



Dorothy McFalls

LA
LISTA
MATRIMONIAL

La lista matrimonial

Dorothy McFalls

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Copyright](#)

[¡Muchas gracias por leer](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

Bath, Inglaterra 1813

Radford, el cuarto vizconde Evers, hizo despachar a Bannor, su irritante y eficiente administrador, y apoyó su pie adolorido sobre el imponente escritorio de arce tigre en su estudio. El desdichado apéndice le palpitaba hasta la punta de los dedos como el mismísimo infierno cada vez que el clima se tornaba húmedo. Lo cual significaba que, en la deprimente y húmeda Inglaterra, el pie le dolía prácticamente todo el tiempo. Además, el incesante golpeteo de la lluvia contra los cristales de la ventana no auguraba sino sufrimiento durante las próximas horas.

Había pasado un año, tres meses y veinticinco días desde que su pie, pierna y parte de su pecho fueran aplastados bajo el peso de su caballo en la península ibérica. Los días transcurrían como la manecilla del pesado reloj de bolsillo de su padre, el cual había comenzado a hacer girar entre los dedos.

—Estás exagerando con este estilo de vida ocioso, ¿no, Evers? — Lord Nathan Wynter interrumpió el tiempo de autodesprecio de Radford sin la mínima cortesía de una invitación. De hecho, Wynter, amigo de infancia de cabellos dorados y segundo hijo del estimado marqués de Portfry, había irrumpido en el estudio sin siquiera darle posibilidad al estoico mayordomo de la Casa Longbranch de negarle el ingreso.

Radford, habiéndose despertado particularmente irritado, había dado a su mayordomo instrucciones específicas de rechazar a todos los visitantes... especialmente a Wynter.

Durante los últimos días había rehuido las visitas prolongadas de sus amistades. La presencia de Wynter le recordaba de manera dolorosa el hombre sano que solía ser antes de que aquel condenado francés derribara a su caballo en medio de la miserable batalla de Salamanca. No había día en que no deseara volver atrás el tiempo y vivir como solía hacerlo, saboreando el tipo de vida desenfadada de la que Wynter disfrutaba con plena libertad.

En días como aquel, se sentía atrapado; como si no fuera más que la suma de sus heridas.

Su amigo rio, y las mejillas rubicundas se le iluminaron más mientras ignoraba las viles maldiciones que profería Radford y sus más ingratos intentos de rechazarlo. No había esperanza alguna de desalentarle: el mal humor de Radford solo lograba avivar la alegría de Wynter.

—Te eché en falta en el salón de aguas termales por la mañana. —Wynter se dejó caer en una silla mullida cerca de la chimenea y jugueteó con las blondas de fino encaje que cubrían los brazos del asiento.

Radford sintió como la ira se encendía en su pecho.

—Ya no tengo interés alguno en exhibir mi pierna coja en público. Esas aguas repugnantes no están logrando una maldita cosa —replicó, cruzándose de brazos como lo haría un niño desobediente y mirando el techo, donde notó que había que reparar el yeso.

—Se supone que ese tedioso ritual de baño acelera tu recuperación, Evers. Pero pensé que quizá habría otra cosa que pudiera motivarte. Una tal lady Lillian Newbury ha notado tu ausencia. Su sonrisa radiante se convirtió en un mohín de fastidio cuando vio que estaba dando vueltas yo solo. —Wynter se estremeció dramáticamente—. Hirió mi frágil orgullo masculino, desde luego.

Radford hizo una mueca. Lady Lillian se interesaba en exceso por su recuperación. Bella como una flor primaveral, solía seguirlo durante los eventos de Bath con una mirada lastimera en sus cristalinos ojos azules. A Radford no le servía de nada la compasión, y menos de una simple

mujer. No obstante, a la luz de los acontecimientos recientes, no tuvo más opción que fingir gratitud hacia sus intereses recatados. Después de todo, haría bien en recordar que los especímenes dañados como él no eran los más deseables en el mercado matrimonial.

Wynter pareció hacer caso omiso del silencio taciturno de Radford. Esbozó una sonrisa mientras una expresión de ironía y diversión brillaba en sus ojos. Un desconocido podría concluir que Wynter estaba a punto de reírse de su amigo. De atreverse, Radford le habría echado a patadas. Sin embargo, este último lo conocía lo suficiente como para descartar tal pensamiento, pues confiaba en su amigo con la misma ferocidad que Wynter confiaba en él.

—Ya que has decidido instalarte en mi estudio, podrías ser de utilidad —le dijo Radford, dirigiendo la mirada al armario de los licores.

Ese fue todo el estímulo que Wynter necesitó, pues no tardó en servir dos copas del mejor clarete del que Radford disponía.

—Ahora dime, Evers, ¿qué diantres te pasa hoy? Estás cien veces más grosero que de costumbre. —Wynter bebió un sorbo de clarete y la expresión divertida en sus ojos se extendió hasta tornarse en una sonrisa bonachona. Solo un viejo amigo sabría que Wynter tenía la intención de mantenerse firme y lograr que Radford confesara.

Radford apretó los dedos y frunció el ceño. La Península le había enseñado por la fuerza que algunas batallas era mejor no librarlas.

—Madre llegó anoche.

—Ah —respondió Wynter, reclinándose en su silla y cruzando perezosamente una pierna sobre la otra.

—Me ha recordado lo cerca que estuve de enfrentarme a mi muerte. Me ha recordado cómo me trajeron en una camilla, sin conocimiento, y cómo el párroco local fue llamado a hacer la extremaunción no menos de tres veces. —Radford detestaba el tono amargo en su voz. Un sentimiento como aquel no era digno de él, ni tampoco de la orgullosa estirpe de héroes de la que descendía.

—Supongo que tu querida madre tenía motivos para desenterrar ese desafortunado suceso del año pasado.

Radford asintió y se bebió la copa de un solo trago.

—Ha llegado a la conclusión que yo mismo me he negado a afrontar.

—Dios santo —dijo Wynter, tomando un trago de su bebida—. Eso suena serio.

—Lo es. Tengo una responsabilidad con mi familia y mi título que he descuidado por demasiado tiempo. En pocas palabras, es hora de que consiga una esposa y comience a tener herederos.

La sola idea de unirse para siempre a una dama frívola, vestida de muselina y con la cabeza vacía le revolvió el estómago.

—En toda mi experiencia —empezó a decir Radford—, jamás he conocido a una mujer que se esfuerce lo suficiente como para pensar en algo que no sea la moda, los cotilleos y la seguridad financiera que solo un hombre puede ofrecerle.

—Caramba, Evers, el matrimonio no puede ser tan malo. Estamos hablando de encontrar una señorita debidamente educada, no una arpía.

Radford suspiró. Wynter tenía razón.

—Me figuro que no puede ser peor que buscar entre los caballos de Tattersall para encontrar un ejemplar verdaderamente superior.

Wynter alzó una ceja rubia.

—No puedes comparar encontrar una esposa con la compra de una yegua para tu programa

de cría.

—¿Por qué no? Lo que deseo es empezar un linaje, ¿no es así? Además, ¿qué te otorga el título de experto en el tema? Estás felizmente libre de ataduras... sin planes de casarte en un futuro previsible.

—Es cierto que intento evitar la maldición del tal apego —admitió Wynter con un gesto indolente—. Pero estamos hablando de las damas, Evers. Su carácter es más sensible que el de cualquier caballo árabe temperamental. Y diez veces más impredecible.

—¡Bah! Deseo elaborar una lista de cualidades que debo considerar, una lista matrimonial, por así decirlo. Haz algo útil por una vez y sé mi secretario.

—No estoy muy convencido... —murmuró Wynter.

—Toma una pluma y un pedazo de papel. Siento que la inspiración está llamando a la puerta.



—Te lo imploro, Iona, deja de moverte tanto. —May Sheffers, que por lo general era una mujer intrépida, pensó que su reprimenda sonaba débil incluso a sus propios oídos. En especial cuando sentía el corazón latiéndole con fuerza. Necesitó toda su determinación para no sacar su pañuelo de encaje y hacerlo jirones. Así de alterados estaban sus nervios.

Verdaderamente, no tenía otra solución.

La orden de desahucio había llegado en el correo matutino. Afortunadamente, May había visto la carta y arrancó la ofensiva misiva de los frágiles dedos de su enferma tía Winnie. La buena mujer, que había cuidado a May desde que esta tenía cuatro años, no necesitaba enterarse del trato despiadado que el enjuto señor Bannor intentaba imponerles. Imagínense, ser expulsadas del hogar en el que habían vivido durante los últimos dos años como si se estuviese lidiando con un par de botas gastadas que ya no servían más. May haría lo que fuese para proteger a la tía Winnie de tener que preocuparse por algo tan horrendo como aquello.

Así, había pasado el último mes intentando solucionar el problema: se había dirigido al señor Bannor en varias ocasiones para defender su caso, pero sus explicaciones y promesas de pago habían caído en saco roto. Y eso, junto con la firmeza de la orden de desalojo, había obligado a May a tomar una medida tan escandalosa.

No le quedaba más remedio que recurrir al hombre que pagaba el sueldo del señor Bannor, el propietario de la casita de campo que ella y la tía Winnie alquilaban en ese momento. Por eso había tomado prestado el carruaje familiar de Iona y se dirigía a visitar al misterioso vizconde Evers.

May solo podía rezar para que Evers simpatizara con su difícil situación.

—No es como si nos hubiésemos abstenido de pagar el alquiler deliberadamente estos tres últimos meses —dijo May bruscamente mientras el carruaje subía por la colina de Sion hacia su destino. Expresar su ira ayudaba a calmar sus nervios—. Nunca pedí que los fondos de padre fuesen vinculados por los tribunales. ¡No está muerto! ¡Madre tampoco! El tío Sires ha ido demasiado lejos. De hecho, intentó declararlos muertos solo porque no había sabido nada de ellos en los últimos siete años. Recuerdo una época en que pasaron ocho años entre correspondencias. Están ocupados con sus investigaciones, Iona, no muertos.

—Ciertamente, May —dijo Iona con tono correcto, el que siempre se volvía más moderado y quieto cada vez que May incurría en uno de sus fuertes exabruptos—. Estoy convencida de que tienes razón. ¿Pero hacer una visita a un caballero que está soltero...? Ni siquiera hemos venido con un chaperón. Ojalá me hubieras permitido dejar que mi padre se encargara de este asunto en

tu lugar. Seguramente esta acción supera los límites de...

—Lady Iona Newbury, ¿sigues perteneciendo o no a la escuela de pensamiento de Mary Wollstonecraft?

—Sí, pero...

—¿Y dónde aprueba la indomable señorita Wollstonecraft el hecho de entregar nuestros problemas a un hombre por el simple hecho de haber nacido mujeres?

En ese preciso momento, el carruaje familiar de Iona se detuvo bruscamente, provocando en el corazón de May una nueva palpitación nerviosa. May jugueteó un momento con sus rizos rojizos, que se habían vuelto imposiblemente indisciplinados debido al clima lluvioso. Su vestido de paseo, confeccionado en muselina de un azul pavo real y de diseño del año pasado, estaba un tanto desteñido, aunque pulcramente planchado. Su capa impermeable tenía un pequeño rasgón en el hombro.

May suspiró. Al fin y al cabo, su aspecto raído era el de costumbre.

El cochero abrió la puerta y sostuvo un gran paraguas para que las dos mujeres se apiñasen debajo mientras caminaban por el sendero bordeado de flores hasta la imponente entrada de Longbranch House.

Un par de tigres de mármol con expresión feroz montaban guardia a cada lado de las puertas dobles. May tragó en seco para librarse de la ansiedad antes de llamar a la puerta audazmente. Cuando nadie abrió de inmediato, estuvo a punto de respirar con alivio y convencerse de que el desconsiderado vizconde Evers había huido a Londres o se había retirado a su finca.

El hombre no había acudido al balneario aquella mañana. La hermana menor de Iona, lady Lillian, había regresado del salón de aguas termales de mal humor tras haberse quedarse mucho más tiempo que Iona o May con la esperanza de que él apareciera.

Bien podría haberse marchado de Bath, pues los solteros elegantes rara vez se quedaban en un pueblo que se estaba convirtiendo en un refugio para ancianos y aburridos crónicos.

Justo en el momento en que las mujeres se daban la vuelta para retirarse, la puerta se entreabrió.

—¿Sí? —inquirió un mayordomo con expresión amargada. Miró a las dos damas con el ceño fruncido mientras temblaban a causa del aire húmedo. A pesar de toda su cortesía, parecía decidido a no dar a ninguna de las dos la oportunidad de refugiarse en el interior.

Su fría actitud no disuadió a May de su resolución. No era la primera vez que se enfrentaba a un criado arrogante. Tres semanas al año, May y tía Winnie visitaban a su tío Sires en su finca, Redfield Abbey, que estaba en Wiltshire. Y durante esas tres terribles semanas, toda la servidumbre de la casa parecía mirar a May con desdén y resoplar de indignación cada vez que se encontraban a su servicio. Y ni una sola vez su desaprobación alteró sus nervios.

Tampoco lo haría ese mayordomo impertinente que les impedía la entrada a la residencia del vizconde Evers. May entrecerró los ojos y entregó la tarjeta de Iona y la suya en la mano enguantada del mayordomo.

—Exijo ver al vizconde. —Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios cuando el hombre se negó a ceder—. Si se atreve a negármelo, me plantaré en esta entrada y causaré molestias a sus vecinos.

El mayordomo refunfuñó algo acerca de que servirían su cabeza en una bandeja antes de abrir de par en par las puertas. Cogió sus capas, condujo a las dos mujeres a un acogedor salón situado junto a la gran entrada de mármol rosa y luego se marchó, todavía con la cabeza temblorosa y murmurando.

—El vizconde no aceptará recibirnos —dijo Iona mientras se acomodaba en una pequeña

silla—. No sería decoroso.

—Me temo que tienes razón. —May abandonó la calidez del delicado salón y siguió el trayecto que había tomado el mayordomo. Iona, que nunca se quedaba atrás, se levantó las faldas y corrió con todo el encanto de una muchacha varonil para alcanzarla.

—Pues díles que se marchen —indicó una enfadada voz masculina en la sala contigua.

May no pudo discernir la respuesta del mayordomo, pero adivinó que estaba haciendo un valiente trabajo para defender su causa por la exclamación que siguió al breve silencio.

—¿Instalarse aquí? Eso es absurdo, Jeffers. Te he dicho que no me molestaras y aquí estás perturbándome otra vez. Retírate.

—Parece que está de mal humor —susurró Iona.

—No son más que bravatas masculinas —dijo May, rezando por tener razón. Contuvo el aliento y empujó la puerta cerrada, tras determinar que la fuente de la voz airada provenía de adentro. Sin esperar un «con permiso», tomó la mano de Iona y ambas mujeres irrumpieron en el estudio revestido de cuero con la cabeza alta, como si fueran un sólido frente militar.

—Perdone la intromisión —dijo en el tono más altivo que pudo adoptar—, pero debo solicitarle unas palabras, milord. Se trata de un asunto importante que no puede posponerse ni un día más.

Su mirada penetrante se posó en el vizconde, quien descansaba como un hombre sin preocupación alguna en el mundo, apoyando el pie calzado sobre su precioso escritorio. Era endiabladamente atractivo.

Aunque nunca habían sido presentados, May lo había visto varias veces cuando acompañaba a su tía al balneario. Mientras Winnie se apoyaba pesadamente en su brazo al pasear por la sala, saludando con un gesto a las caras conocidas, May se había descubierto contemplando más de una vez al caballero de pelo negro y ojos color jade que rara vez se detenía a conversar con alguien.

También había advertido sus esfuerzos obstinados por ocultar una grave cojera y recorrer el balneario sin la ayuda de un bastón. Lord Nathan Wynter siempre acompañaba al vizconde, sonriendo y saludando con la cabeza a las jóvenes mientras blandía el bastón desaprovechado.

—Señoras. —Lord Nathan se puso en pie de un salto, prácticamente derribando el pequeño escritorio junto al que estaba sentado. Hizo una reverencia mientras un profundo sonrojo le encendía las mejillas. May observó con interés cómo se guardaba apresuradamente una hoja de papel en el bolsillo.

No le sorprendió encontrar al hombre en el estudio del vizconde. En Bath abundaban los cotilleos y especulaciones en torno al vizconde Evers y a cómo había aceptado a regañadientes el apoyo de su leal amigo lord Nathan. Era imposible sentarse en un salón de té sin verse asediado por historias de cómo Evers había sufrido sus heridas en el fragor de una heroica batalla y cómo desde entonces se había convertido en una mera sombra del brillante y pícaro joven que solía ser.

—Lady Iona Newbury y la señorita Margaret Sheffers, milord —anunció el mayordomo en voz alta, como si hubiera orquestado la aparición sorpresa de las mujeres.

—Ciertamente —dijo el vizconde Evers. Sus cejas oscuras se alzaron al menos dos centímetros. Observó a las mujeres unos instantes antes de bajar el pie del escritorio. Su mandíbula se tensó cuando el pie cayó con un golpe seco al suelo, el único indicio de que el movimiento podría haberle dolido.

May solamente sintió un breve escalofrío de culpabilidad. Después de todo, el hombre que tenía delante era responsable de su administrador, el señor Bannor. Y Bannor era el villano que amenazaba con echar a May y a su querida tía Winnie de su casa, sin duda con la bendición del

vizconde.

Evers clavó la mirada en May con dureza cuando se levantó de la silla. La presión de su escrutinio hizo estragos en su confianza hasta que se percató del motivo de su inquebrantable concentración. Su mano permaneció en contacto con el escritorio mientras salía rígidamente de detrás de su trono artificial.

El caballero no era una fuerza temible más poderosa que el mismísimo rey, sino un hombre hecho, como ella, de carne y hueso.

—Señoras —pronunció y luego hizo una reverencia superficial. Con un lánguido movimiento de su mano perfectamente cuidada, señaló un pequeño sofá junto a la chimenea—. Les pido que se sienten y compartan este asunto tan urgente que sobrepasa todas las reglas del decoro.

Sonrió enseñando los dientes, gesto que resultó innecesariamente agresivo. ¡Qué descaro! No solo le dedicó una mirada gélida, sino también una mueca atroz. May respiró hondo y abrió la boca para replicar con palabras igual de cortantes, pero sin fingir cortesía alguna.

Por desgracia, necesitaba ganarse al hombre, no irritarlo. Esbozando una dulce sonrisa que distaba mucho de ser genuina, May se sentó obedientemente al borde del sofá que él había señalado. Iona se apiñó a su lado, temblando como un pájaro nervioso, lo que no ayudó en nada a calmar los nervios de May.

—Por favor, traiga una taza de té —ordenó en voz baja el vizconde Evers al mayordomo. Curiosamente, fue Wynter quien respondió a la petición con una inclinación de cabeza y un guiño juguetón.

¿Qué diantres estaba pasando? Nunca antes May se había sentido como si hubiera caído en una guarida de leones. Quizá las normas de decoro, que consideraban poco apropiado que una dama visitara a un soltero en su hogar, se fundamentaban en un peligro muy real. Sintió que su sonrisa se volvía tensa.

—Caballeros, les agradezco con toda sinceridad que se tomen la molestia de recibirnos después de lo que prácticamente ha sido un intento de entrada forzada.

—¿Prácticamente? —El vizconde alzó las cejas de nuevo. La sola frase rezumaba sarcasmo.

—Sí. Debo pedirle disculpas por mi comportamiento. La única razón por la que lady Iona me acompaña es porque no le he permitido que me hiciera cambiar de opinión sobre visitarle, e insistió en que no viniera por mi cuenta. —May se tragó su orgullo y mantuvo una sonrisa forzada en su semblante—. Jamás me habría atrevido a importunarlo de esta forma si hubiera alguna otra opción...

Su semblante brillaba de interés. Se apoyó en el escritorio y ladeó la cabeza. La tela de su traje de chaqueta de color beige parecía tensarse sobre la amplia superficie de su pecho.

May pensó que no debería fijarse en tales cosas. Podía estar segura de que él no advertía ningún encanto en su persona.

Ningún hombre lo había hecho.

May era de belleza más bien ordinaria. El tío Sires la había considerado un patito feo sin esperanzas de convertirse en un cisne. Tía Winnie había protestado ante la acusación, pero dado el pelo rubicundo de May, su tez con matices oliváceos y su figura algo robusta, la querida mujer no contaba con mucho material del que partir. «Tiene un corazón de oro», había concluido la tía.

«Y ninguna posibilidad de atraer a un marido». Las mordaces palabras del tío Sires habían sido pronunciadas seis años atrás, cuando May apenas tenía dieciocho y había inquirido con entusiasmo sobre su presentación en sociedad. Aún mantenían influencia sobre ella. Un rubor intenso le subió por el cuello.

No tenía derecho a contemplar con tal anhelo a un hombre tan apuesto como el vizconde Evers. Ningún derecho, en absoluto. Hasta donde May sabía, al vizconde bien se le podría estar revolviendo el estómago por verse obligado a contemplar a una mujer tan poco atractiva como ella.

Sus cejas ligeramente arqueadas se fruncieron y su mirada se volvió imposiblemente rígida.

—¿Si hubiera alguna otra opción, ha dicho usted? —inquirió el vizconde.

La pregunta tomó por sorpresa a May. ¿Qué estaba preguntándole? ¿Otra opción para qué? Se ruborizó al darse cuenta de que su mirada excesivamente larga había interrumpido su propia explicación. Su interrogativa no debía de ser más que un intento de incitarla a hablar y que fuese al grano.

—Mi tía y yo alquilamos el número doce de Sydney Place —dijo.

La expresión del hombre era tan vacía como un cielo despejado.

—Usted es el dueño de la propiedad —volvió a instar May.

—¿Es así?

Por un momento May tuvo la sensación nerviosa de haber cometido un terrible error, de haberse entrometido en la casa del hombre equivocado.

—El señor Bannor es su administrador, ¿no es así? —preguntó May con tono seco.

—Así es. Se encarga de mi surtido de propiedades e inversiones. —Algo oscuro y malicioso cruzó por sus cejas—. ¿Acaso Bannor la ha ofendido de alguna manera, señorita Sheffers?

May no podía describir el alivio que corría por sus venas.

—En efecto, milord.

Sacó la orden de desahucio del retículo de seda que hacía juego con su vestido y se la tendió para que la cogiera.

—Ha enviado esto. Por suerte, abrí la carta antes de que mi tía Winnie tuviera ocasión de leerla. Está delicada de salud. Es su corazón. Ha sido su maltrecha salud lo que nos trajo a Bath desde Londres, se lo aseguro. Un sobresalto como éste no haría más que empeorar su condición.

—¿En verdad? —exclamó el hombre.

Entonces se tomó un momento para leer la carta de Bannor. May contuvo la respiración mientras contaba el lento paso de los segundos.

—El escrito alega que usted y su tía han dejado de pagar el alquiler durante los últimos tres meses —dijo luego de más de dos minutos de silencio. May estaba convencida de que se estaba quedando sin respiración—. ¿Es cierta tal afirmación?

—Sí, pero...

Evers la interrumpió con un gesto de la mano.

—Tal asunto corresponde a Bannor, señorita. No tengo interés en disputas de este estilo. No me entrometo en las ocupaciones de mi administrador. —Su tono estuvo a punto de congelar la habitación.

—Tal vez deberíamos escuchar a las damas, Evers —intervino Wynter, con una amable sonrisa capaz de persuadir incluso al más testarudo de los animales—. Indudablemente, la tarea que estábamos emprendiendo no podría sino beneficiarse de esta experiencia.

El vizconde miró de reojo a su amigo.

—No. —Dio varios pasos rígidos, acortando la distancia entre May y él—. Cambiemos de tema.

En ese momento, el mayordomo de nariz prominente irrumpió con una bandeja de té. De la tetera azul, pintada a mano con finura, salía vapor. Una intrincada imagen que representaba a varias doncellas cruzando un puente oriental cobró vida en la porcelana. May no pudo evitar

preguntarse por la pequeña fortuna que el vizconde debía de haber pagado por el juego de té mientras servía silenciosamente el líquido en las tazas.

May bebió un largo sorbo, y una abundancia de sabores llenó su boca. En comparación, el brebaje acuoso de su tía sabía a agua caliente sucia.

—¿Deberíamos cambiar de tema, entonces? —inquirió Wynter después de beber un sorbo de té. Le resplandecían los ojos con picardía.

May estranguló el asa de la taza con cierta alarma. Quizá, después de todo, los hombres estuviesen planeando burlarse de las dos doncellas ingenuas como en una escena de una fábula infantil.

—Preferiría... —empezó a decir May.

En ese preciso momento, el vizconde Evers soltó:

—¿Cuántos años tiene, señorita Sheffers? —Parecía serio, demasiado serio.

—Veinticuatro. Ahora, por favor, le ruego que me escuche.

—¿Sigue estando en edad de casarse? —se volvió Evers y preguntó a Wynter.

Al menos Wynter tuvo el honor de quedarse boquiabierto, avergonzado.

—Me parece que sí —dijo, haciendo una mueca de dolor—. Ciertamente, sí.

—Y los caballos, señorita Sheffers, ¿qué opinión les merece?

La pregunta no tenía sentido. ¿Las heridas de guerra del vizconde le habían trastornado la mente?

—No lo sé, milord. He vivido toda mi vida en Londres y conozco mucho acerca de las criaturas. Son bastante grandes e imponentes, supongo.

El vizconde se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y usted, lady Iona? ¿Cuántos años tiene?

Iona alzó el mentón como una verdadera dama.

—Tengo veintiún años, milord, y evidentemente aún tengo edad para casarme. La señorita Sheffers tampoco está pasada de edad. Mi propia madre no se casó hasta los veinticinco, pues tuvo que esperar a que mi padre recobrara el sentido común.

Wynter echó la cabeza hacia atrás y rio con descaro.

—Muy bien, señora mía.

El comportamiento de los hombres, como si estuviesen compartiendo una broma privada a costa de ambas, excedía lo impropio. Su noción del humor le resultaba insoportable. May se encontraba perpleja. ¿Qué debía hacer? Rescatar la confrontación con el vizconde estaba claramente fuera de toda esperanza. Se levantó de un salto. Haber acudido a su residencia había sido un error, un desacierto en su mente normalmente lógica.

—Señores míos —anunció May, y recorrió la sala con su mirada más amenazadora—, ya que no están dispuestos a escuchar mi difícil situación y asistir a una dama en necesidad, me parece que no tengo más remedio que poner fin a esta farsa. Que tengan un buen día.

Cogió a Iona por la muñeca y salió precipitadamente de la estancia.

—Ha sido un verdadero placer —tuvo la delicadeza de añadir Iona mientras salían corriendo bajo la llovizna sin la protección de sus capas, y peor aún, sin haber logrado nada más que hacer el ridículo.

—¿Un placer, dices? ¡El vizconde Evers puede llevarse su condenada casa con todas sus endiabladas y costosas finuras pintadas a mano y encaminarse directamente al infierno, por lo que a mí respecta!

Capítulo 2

—¿Acaso la señorita Sheffers acaba de desearte que te vayas al infierno?

La mirada de Wynter y su boca abierta dejaron en evidencia su estupefacción. El hombre parecía completamente atónito, una expresión que Radford nunca había asociado con su amigo de temperamento ecuaníme.

—Me parece que sí. —Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Radford. Se acomodó en el sofá que las mujeres habían dejado libre. Tres tazas de té a medio llenar le observaban desde la mesita a su lado. La cuarta taza del juego no estaba por ningún lado—. Creo que también ha hurtado mi porcelana fina.

La señorita Margaret Sheffers.

Antes de hace una hora, Radford no tenía la menor idea de su existencia, ni mucho menos de que residiera en una de sus propiedades. Era la clase de mujer que normalmente pasaba inadvertida: sencillamente modesta, de estatura pequeña, sin ningún rasgo extraordinario que atrajera a un hombre, salvo un par de ojos violetas de una viveza inusual. Antes de hoy, habría supuesto que una mujer así sería una buena acompañante de alguna dama noble o una institutriz, y que no resaltaría, en absoluto. Era tan poco sustancial que su irrupción inicial en la estancia hizo que su mirada se desviara hacia la seductora lady Iona, en lugar de hacia su persona. Entonces, ¿cómo había conseguido una mujer así dejarle con el corazón palpitándole en el pecho?

—Respecto a la lista de matrimonios que acabamos de terminar —dijo Radford y extendió la mano—. Creo que la has guardado en el bolsillo.

Wynter miró a Radford por unos instantes antes de sacar del bolsillo del pantalón el trozo de papel arrugado y dejarlo caer sobre la palma de la mano de Radford.

—¿Qué diablos ha sido todo eso, Evers? —preguntó Wynter con un tono de enfado inequívoco y completamente sorprendido.

—¿Qué cosa? —preguntó Radford, distraído. Se puso en pie con dificultad para caminar como un hombre normal mientras repasaba la lista de cualidades que exigiría en una esposa.

—Me refiero a tu condenado comportamiento. Nunca he presenciado una demostración más grosera. ¿Es así como planeas cortejar a una futura esposa? Si es así, será mejor que empieces a prepararte para pasar una larga soltería.

—Todo lo que quería era evaluar sus méritos. —No había lugar para caprichos en la lista del vizconde, ni tampoco nada que le dejara al azar.

—¿Sus méritos? No estamos en Tattersal, donde puedes abrirles la boca a las yeguas y evaluarlas. Tienes que usar tu encanto. Antes de que compraras esa maldita comisión, bastaba con un guiño para que todas las damas a la vista se desmayaran.

—Ese hombre ya no existe. Por una parte, ya no soy una elección de primera. Mírame. Soy un lisiado, nada más que medio hombre.

Wynter suspiró larga y audiblemente.

—Lo que asusta a las damas es tu lengua afilada, no tus heridas.

Radford siguió caminando y sintió que su cojera se acentuaba. El dolor en el pie volvió con fuerza.

¿Cómo era posible que durante la última media hora se hubiera librado del dolor punzante? Había algo en el acto de despertar la ira de una simple florecilla marchita, totalmente olvidable,

que había logrado borrar por completo de su mente el estado de su cuerpo herido.

—Tal vez una esposa sea exactamente lo que necesito.

—Qué manera más curiosa de encontrar una, entonces. —Wynter se sirvió una segunda ración de clarete. Levantó la jarra y se ofreció a servirle un vaso a Radford.

Radford, quien aún caminaba con movimientos espasmódicos mientras arrastraba su pierna coja, hizo un gesto para que Wynter se apartara.

—Ahora no —refunfuñó. Necesitaba pensar y planificar.

Al igual que en la Península, todo dependía de la fuerza de la estrategia. A pesar de lo que dijera Wynter sobre la necesidad de encantar a una mujer, Radford sabía que en la búsqueda de una esposa había más en juego. Había visto las miradas fugaces que le dirigían las damas de sociedad, sus miradas de reojo que reflejaban una mezcla de miedo y lástima.

Los profundos y místicos ojos violetas de la señorita Sheffers brillaban de ira, no de compasión.

Atrás habían quedado los días en que cada dama que conocía lo contemplaba con afecto desbordante ante su saludable físico. La mujer no había sido una de aquellas damas, pero parecía indiferente a su estado.

—No importa que haya ofendido a la mujer, Wynter. No cumplía ni un solo criterio matrimonial —terció Radford, zarandeando la hoja de papel.

—¿No?

Radford comenzó a leer la lista.

—Primero: la edad. Debe ser lo suficientemente joven como para ser moldeable, para adecuarse a mi idea de la esposa perfecta y vizcondesa de mi finca. No puede ser menor de dieciocho años, pues no deseo en absoluto compartir lecho con una niña, pero tampoco mayor de veintiuno. ¿Es necesario continuar?

—De momento no veo objeción alguna —señaló Wynter, encogiéndose de hombros.

—Segundo: apariencia. Debe ser de tez clara, como un ángel sonriente desde los cielos. Me parece que esa última parte la añadió el poeta en tu interior. Además, su figura debe ser robusta, suficientemente generosa como para ocupar las manos de un hombre, y poseer caderas amplias...

—Dentro de lo razonable —intervino Wynter.

—...para asegurar una prole de hijos. —El cuerpo compacto de la señorita Sheffers, como un resorte tenso, sin duda cumplía con la segunda parte de la descripción. Su vestido de muselina dejaba entrever las curvas que ocultaba. Pero, por desgracia, su inusual tono de piel oliváceo, sus rasgos angulares y sus brillantes ojos violetas le conferían un aire de elfo y gitana a partes iguales. Lo cual era una combinación muy adecuada para los cuentos de hadas y las fantasías, pero no apta para la refinada posición de vizcondesa—. De nuevo, ¿necesito continuar?

—No veo motivo para abstenerse. —Wynter se acomodó en la silla acolchada junto al fuego, disfrutando tanto del clarete como de la disección de los defectos de aquella mujer. Radford apretó la mandíbula.

—Tercero: disposición. —Su voz se elevó junto con su exasperación—. Por encima de todas las cosas, deberá poseer una disposición gentil. Comportarse correctamente. Ser complaciente en todo.

—Evers, a decir verdad, fueron las circunstancias las que la forzaron a actuar así. Yo diría que se desenvolvió admirablemente, teniendo en cuenta... —El reproche que profundizó el color azul de los ojos de Wynter no pasó desapercibido ante Radford.

—Muy bien, omitiremos ese punto por ahora. Aunque no importa —dijo Radford, tomando aliento—. Cuarto: familia. Debe haber nacido en una familia respetable de rango adecuado y con

una dote considerable. —Dirigió una mirada feroz por la estancia, desafiando a Wynter a que argumentara a favor de la familia de la señorita Sheffers, convencido de que el apellido familiar de la dama pasaba tan inadvertido para su amigo como para sí mismo.

Wynter se encogió de hombros.

—En cuanto a la dote, no me atrevo a especular. Uno nunca puede suponer la estabilidad financiera de otro cuando tantos viven al límite del crédito. Pero el prestigio de su apellido se sostiene por méritos propios.

—Exacto. —Radford detuvo su paso, incierto. ¿Qué quería decir su amigo con «se sostiene por méritos propios»? No importaba. La última calificación era quizá la más crucial, el único punto en el que nunca cedería—. Quinto: caballos. Debe... —Y aquí la palabra estaba subrayada dos veces—. Debe poseer un conocimiento completo y un afecto genuino por los caballos. Pienso continuar mi programa de cría tanto si puedo volver a montar como si no.

Todos sus médicos estaban de acuerdo y habían sido enfáticos al respecto. Nunca sería capaz de montar correctamente a un caballo ni hacerlo durante períodos prolongados. Aquellos desalmados bien podrían haberle arrancado el corazón con un cuchillo. ¿Nunca montar de nuevo? ¿Le arrebataban su vida y su amor con tanta facilidad?

—Mi esposa compartirá mi pasión por los caballos. No renunciaré a mis establos. Sencillamente no puedo hacerlo. —Miró el segundo papel que tenía en la mano. Había olvidado por completo que aún lo tenía: la orden de desalojo de la señorita Sheffers. Sintiéndose desesperado, Radford exclamó sus siguientes palabras—: Así que debes estar de acuerdo conmigo. La propia señorita Sheffers lo admitió, si no con palabras, al menos con el tono. ¡Tiene un miedo mortal a las bestias!

Wynter se sacudió repentinamente, confundido.

—¿La señorita Sheffers? Creía que estábamos hablando de la muy codiciada lady Iona.



May evitó a su tía Winnie y subió directamente las escaleras hasta su habitación para aplacarse el cabello rebelde y despojarse del vestido húmedo. Sus manos temblorosas, no tanto por el frío de la lluvia como por la furia que aún bullía en su interior, atrajeron su atención hacia la fina taza de té que aún sostenía entre los dedos. Unas brillantes sombrillas y flores azules danzaban alrededor del exterior de la taza perfectamente redondeada.

Era la taza de té del vizconde. En sus prisas por escapar antes de que palabras airadas brotaran de sus labios y la avergonzaran, cometió el fatal error de llevársela consigo.

«La sangre gitana de tu padre te corrompe, te vuelve rebelde, te hace tan salvaje y obstinada como él». Aquellas amargas palabras de su tío resonaban con fuerza en su cabeza. Durante aquellas tres semanas al año en las que se veía obligada a soportar vivir con él, intentaba sacarle la voluntad a golpes, doblegándola con puño de hierro.

No eres más que una niña apasionada. La tía Winnie, que siempre procuraba por todos los medios llenar el vacío que sólo el regreso de su madre o de su padre podía reparar de verdad, había acogido a May en sus brazos, tarareando una dulce melodía mientras una May mucho más joven y dolorosamente inocente lloraba. *No hay nada de malo en la pasión.*

Sin embargo, sí había algo de malo en ello. May aprendió, bajo la mirada escrutadora y reprochadora de la alta sociedad, esgrimida por algunas de las matronas imponentes de alcurnia, a amortiguar su espíritu, a desteñirse a sí misma —al igual que sus vestidos— hasta volverse deslucida, transparente. Llevaba consigo a todas partes el crimen del linaje de su padre. No fue sino hasta su debut en sociedad que comprendió el peso de la carga y la desilusión que sentía su

tío Sires cuando la miraba. Sólo tras alcanzar la mayoría de edad desaparecieron sus sueños de casarse con un hombre que pudiera amarla tan apasionadamente como su padre amó a su madre.

Su linaje, su aspecto, su falta de fortuna y su forma de ser espantaban a los hombres deseables. Poco a poco, ella y su tía intercambiaron posiciones y May se convirtió en la cuidadora, la acompañante de una dama. Una profesión honorable para una mujer destinada a la soltería.

Con el tiempo, May se había acostumbrado a su papel. Se enorgullecía de cuidar de la tía Winnie con el mismo cariño con el que la habían criado. No había sitio en su vida para un marido, no con la responsabilidad a tiempo completo de cuidar de su tía, administrar la modesta casa y acompañarla a una agotadora serie de reuniones de té, bailes, exposiciones y cenas.

En cuanto a la familia, ¿qué mujer no anhelaba hijos? Pero su corazón estaba colmado. Tenía el amor de su tía y de su amiga, Iona. Y eso era suficiente. Sería egoísta pedir más.

Lo único que necesitaba era tiempo. Acarició la taza de té del vizconde Evers, recordando cómo él la había humillado. «No tengo interés en disputas de este estilo», había dicho, menospreciando todo el orgullo que May había tenido que tragarse para entrar en su casa como una menesterosa. Se había negado en redondo a oír cuánto de su orgullo había sacrificado al pedirle fondos a su tío después de que el irritable señor Thomas, el banquero local, le explicara cómo los tribunales habían embargado el dinero de sus padres.

Ya habían pasado dos meses y medio, y seguía sin recibir noticias ni respuesta de su tío.

Si se tratara únicamente del destino de May, ella entendería su desinterés. Pero la tía Winnie era la hermana mayor del tío Sires. Él siempre parecía admirar a Winnie e, incluso, considerar cautelosamente sus opiniones. Al no tener hermanos propios, May carecía de puntos de comparación. Sin embargo, había interpretado su comportamiento como una muestra de afecto fraternal.

Entonces, ¿por qué darle la espalda a Winnie ahora, cuando más lo necesitaba?

Ambas, ella y su tía, estaban atrapadas entre la indiferencia de dos hombres, eso era. May se mordió el labio inferior, incómoda con la sensación de estar en deuda con cualquier hombre. Depositó con cuidado la taza de té perdida del vizconde en su tocador, junto a su cepillo.

Esa insulsa taza de té. ¡Qué opinión tendrá ahora de ella el vizconde! Cruzó la habitación hasta alcanzar el cordón de terciopelo, pensando en llamar a la ama de llaves y pedirle que devolviera la taza cuanto antes. Acababa de tocar el cordón cuando oyó un clamor abajo y el ruido de caballos.

Se asomó a los altos ventanales que daban al diminuto jardín delantero, a la calle y a los elegantes jardines de Sydney. Un carruaje, con un intrincado escudo dorado en la puerta, se balanceó al detenerse frente a su humilde casa.

May se llevó la mano a la garganta, sin saber qué hacer.

¿Qué podía significar que él acudiese a su hogar? Era verdaderamente inesperado. Se pasó un cepillo por el pelo, desesperándose por los rizos sueltos que ya se soltaban de las horquillas, una situación habitual que sólo empeoraba con el tiempo lluvioso.

No habría tiempo para cambiarse el vestido mojado. La tía Winnie necesitaría ayuda para prepararse y recibir a la compañía.

May miró por última vez por la ventana y divisó cómo un criado uniformado con un paraguas oscuro abría la puerta del carruaje con decisión. Se puso rígida y bajó en busca de su tía, comprendiendo que no habría más opción que soportar la situación.

Capítulo 3

La lluvia había amainado y los pesados nubarrones se habían despejado lo suficiente para permitir que un rayo de sol se filtrara sobre la ciudad. Ese momento, la primera tregua tras la tormenta, solía calmar el corazón de May. Era en ese instante mágico cuando se sentía más cerca de su madre y su padre, tan esquivos como la luz del sol.

Hoy, May apenas pudo dedicar una mirada melancólica al cielo desde la ventana del salón. Tal parecía que la tormenta no había pasado verdaderamente, sino que se había trasladado al interior.

Su invitado se paseaba por el salón. Vestido con pantalones grises y un largo abrigo negro de paño, su corpulenta figura parecía atraer toda la atención de la estancia. Tampoco había llegado solo.

El tío Sires, octavo conde de Redfield, había traído consigo a un forastero. El señor Tumblestone, un caballero finamente vestido, tan regordete como el perezoso gato de tía Winnie y casi tan anciano como su tío, sonrió con afecto a May mientras se lo presentaban. Tomó su mano entre las suyas y presionó sus labios, bastante voluminosos, contra los nudillos enguantados de ella.

Después de las presentaciones, las preguntas de los familiares y el té, el tío Sires volvió a pasear por el salón mientras el señor Tumblestone se acomodaba en un asiento cubierto de tapices. Tía Winnie, jadeante por la excitación, permitió que May la ayudara a sentarse en su sillón favorito, cerca del fuego.

La aguda mirada de su tío no se perdía detalle. Frunció el ceño al darse cuenta del debilitado estado de Winnie. De hecho, nada parecía complacerle. Se detuvo a inspeccionar un candelabro de plata de cuatro brazos que había sobre la repisa de la chimenea. Levantó la pieza, haciéndola girar. Las costosas velas de cera se habían consumido por completo. Aunque la plata estaba pulida, el candelabro, barato en su fabricación, estaba abollado por años de uso en varios hogares. Movié uno de sus brazos. May contuvo la respiración, rezando para que el frágil metal no se rompiera bajo la fuerza de su mano.

Hizo un gesto despectivo con la nariz y dejó el candelabro en el suelo. Su mirada errante recorrió a las mujeres mientras Portia, la ama de llaves, traía una bandeja de té cargada con una variedad de dulces, galletas y tostadas.

—Gracias —aceptó May con una sonrisa afable. La llegada inesperada de los invitados había sumido a Portia en un frenesí de actividad en la cocina. La aparición del tío Sires, tan próxima a la hora de la cena, suscitaba la duda de si no solo esperaba ser agasajado con la comida, sino también si pretendía que le hospedasen durante la noche. Además, no estaba solo: también estaba aquel extraño, el señor Tumblestone, con él.

—Así que ésta es la casa de campo sobre la que me escribiste —dijo el tío Sires, recorriendo la estancia con la mirada. Aunque el salón siempre había sido acogedor, hoy, bajo la nube del ceño fruncido de su tío, parecía imposiblemente diminuto e inadecuado.

—¿Escribiste a tu tío? —la tía Winnie inclinó la cabeza hacia May con desconcierto evidente—. ¿Por qué no me lo habías dicho? —La sorpresa de Winnie no era infundada. May nunca escribía a su tío sin que su tía se lo pidiera.

—No deseaba preocuparte, tía Winnie —dijo May, y luego vaciló. El señor Tumblestone se había inclinado hacia delante en su silla, que estaba convenientemente junto a la de May, y

parecía guardar mucho interés en escuchar lo que prometía ser un asunto familiar en extremo privado.

Por una vez, el tío Sires pareció aprobar su reticencia.

—Veo que mi sobrina tiene dotes de jardinera. Si no me equivoco, tiene un talento inusual con las rosas —dijo, señalando una pequeña parcela junto a la ventana del salón.

May había intentado que una colección de rosas trepara por una pérgola en su pequeño jardín, y había permitido que los rosales de Provenza, con sus tonos de rosa pálido, se entremezclaran con las albas blancas y amarillas pálidas. Sus esfuerzos crearon una maraña de enredaderas cargadas de flores. Las flores eran adecuadas para arreglos florales, pero de ninguna manera, ni por asomo, eran un espectáculo de jardín.

—Quizá le gustaría contemplarlas más de cerca. —Como era habitual con el tío Sires, la petición se presentó como una orden real.

El señor Tumblestone se movió con nerviosismo por un momento. Esbozó una sonrisa con sus labios anchos en la que no enseñó los dientes, y luego miró con esa misma extraña expresión a May y luego a la tía Winnie.

—Sería de mi agrado inspeccionar las flores. —Volvió a sonreírle a May, y su mirada lánguida reparó en su figura durante unos instantes de incomodidad—. Soy un gran amante de la belleza.

Se puso de pie entonces, hizo un gesto de complicidad al tío Sires y se excusó para salir. May respiró aliviada cuando la puerta del salón se cerró tras él. Había algo en su comportamiento, como el de un hombre famélico en busca de alimentos, que le ponía los nervios de punta.

—Espero que alguien me dé una explicación —exigió la tía Winnie. Aunque su corazón podía estar debilitándose, su determinación era tan fuerte como siempre—. ¿Por qué razón intercambiabas correspondencia con Sires sin mi conocimiento? ¿Y tú, Sires, por qué has traído a este caballero a mi casa?

May se apresuró al lado de su tía. Se agachó junto a la silla, interponiéndose entre su tío y Winnie con la esperanza de evitar que su tía escuchara algo demasiado perturbador. Winnie puso su mano sobre la de May. Su piel envejecida parecía más fina que la muselina más delicada.

—Mi única intención era protegerte —aclaró May en cuanto el tío Sires abrió la boca para hablar—. Debes entenderlo. —May no podía imaginarse un mundo sin la tía Winnie. Haría cualquier cosa por proteger a la única persona cuyo amor persistía como una constante en su vida.

Entonces, se volvió hacia su tío. Frunció el ceño al cruzarse sus miradas.

—No era necesario que vinieras tan lejos por un asunto insignificante —le dijo.

—Guarda silencio, May. —La voz suave de tía Winnie desmentía la reprimenda. Tenía toda intención de que la incluyeran en la discusión. La única pista de la exasperación de su tía eran las ligeras manchas de color que aparecían en su garganta—. Sires, puedes hablar.

—La niña me ha enviado una misiva solicitándome dinero. —Muy pocas veces el tío Sires utilizaba el nombre de May. Para él, independientemente de su edad, ella era siempre «la niña», pronunciado con un evidente tono de desdén.

—¿Es cierto esto? —preguntó la tía Winnie a May—. ¿Ocurre algo con los fondos de tus padres?

—Los padres de la niña han muerto —anunció el tío Sires antes de que a May se le ocurriera cómo explicar la situación sin preocupar a su tía.

Winnie jadeó ante la horrible noticia y se aferró a la mano de May.

—No están muertos —negó May. Su voz sonaba chillona, como la de una joven petulante. Se aclaró la garganta—. Puede que no hayan escrito en muchos años, tío. Aparte de eso, no hay evidencia alguna de que algo no esté bien.

—La niña se niega a aceptar la verdad, lo cual es completamente comprensible. Fueron vistos por última vez adentrándose en una peligrosa selva de Sudamérica hace siete años y cinco meses. En vista de ello y del doloroso hecho de que nadie los vio salir desde entonces, solicité a los tribunales que prescindieran de la cuestión legal de declararlos muertos.

Su tía apretó la mano de May, pellizcándosela, como un sutil recordatorio para que controlase su temperamento.

—No entiendo —dijo Winnie a su hermano. Su mirada lánguida se endureció—. ¿Qué tiene que ver esto con la petición de dinero de May? Los fondos de sus padres aún deberían proporcionarle un ingreso suficiente.

—El tío Sires ha hecho que los tribunales asuman el manejo de los fondos, tía. —May no pudo evitar que la ira se apoderara de su voz.

Winnie tampoco fue capaz de lograrlo.

—¿Qué significa esto?

—Como bien sabes, la madre de la niña...

—Nuestra hermana menor, Viola —corrigió Winnie.

—Sí, sí. La herencia de nuestra abuela se destinó únicamente a nombre de Viola. Dado que no existe testamento alguno, han surgido dudas sobre la herencia. He pedido a los tribunales que supervisen los fondos hasta que tales dudas sean esclarecidas.

—¿Y quién, además de May, crees que tiene derecho a la fortuna de Viola?

—Yo, por supuesto. Como cabeza de la familia, es justo que sea yo quien maneje los fondos. Nuestra abuela, en su ingenuidad romántica, cometió el error de otorgar una fortuna a una nieta descarriada. Viola mancilló el apellido de la familia casándose con ese gitano bastardo en contra de mis deseos. ¿Qué garantías tengo de que esta niña no seguirá el mismo camino? Con la promesa de una fortuna, hay muchos canallas que intentarían seducirla para conseguir un matrimonio escandaloso con falsas declaraciones de amor.

—May nunca caería en semejante artimaña. —Tía Winnie zafó la mano de la de May y se levantó—. Tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. Administra ese dinero con prudencia y nunca ha buscado gastar frívolamente, a menos que sea en mi beneficio. —Acortó la distancia entre Sires y ella, avanzando como un dragón de la antigüedad. Sus pasos cautelosos le conferían una elegancia poco común. Winnie solía apoyarse en un bastón o en el brazo de May; y esta última sabía muy bien que su tía necesitaba todo su esfuerzo para caminar sin ayuda.

Temía que resultara demasiado para el corazón de Winnie.

—Winnie —se defendió Sires, retrocediendo un paso—. Solo tengo en mente el mejor interés de la familia, incluso el de la niña.

—¿De verdad? ¿Y qué pretendías que hiciera sin acceso al dinero de sus padres? ¿Acaso planeabas que mendigara por migajas? Es una mujer de orgullo. No debería verse obligada a suplicar.

—No, nunca permitiría tal cosa. —Sires retrocedió otro paso.

—¿Y qué hay de mí? ¿Qué esperabas que ocurriera conmigo sin el cuidado de May? Nunca he poseído una fortuna propia. ¿También yo me veré condenada a mendigar?

Sires retrocedió de nuevo solo para percatarse de que se había topado con un muro. Suspiró profundamente y extendió las manos hacia delante, como si intentara retener a Winnie.

—Escucha, sabes que nunca te haría daño. De hecho, te echo de menos. Deseo que vengas a

vivir a la abadía Redfield conmigo —dijo, recorriendo la estancia con la mirada—. Y también que te traslades a mi residencia aquí, en Bath, esta misma noche.

¿Tenía una residencia en Bath? ¡El sinvergüenza! Ninguna de las dos había ocultado la necesidad de mudarse de su residencia de Londres a Bath. La tía Winnie había sido más que franca con su hermano en cuanto a su delicada salud. Él lo sabía y, sin embargo, nunca se ofreció a abrirles las puertas de la casa familiar.

May frunció los labios y rezó por conservar la compostura. El tío Sires privaba a su propia hermana del lujo de su propiedad por el odio que sentía hacia May y los pecados del nacimiento bastardo de su padre. Era un verdadero ruín.

—Por favor, Winnie. Permíteme cuidar de tu bienestar. —Su voz fluyó con suavidad, como la miel de su lengua engañosa. Bajó las manos, ya no en un intento de retener a su hermana, sino con la intención de atraerla más hacia sí.

—¿Pero qué va a ser de May? —inquirió la tía Winnie, mirándola nerviosamente por encima del hombro, aún medio atónita.

—Se casará, por supuesto.

—¿Casarse? Pero no tiene perspectivas, ni pretendientes. No ha tenido la oportunidad de seguir ese camino. —Los ojos de la tía Winnie se llenaron de lágrimas. Su minúscula nariz y sus redondas mejillas se tiñeron de un rojo brillante—. Ha pasado casi todas las horas del día cuidando de mí. ¿Temes que se precipite en un matrimonio y, sin embargo, le sugieres tal destino?

—Pero debe casarse —insistió el tío, como si May no estuviera en la habitación o acaso fuera demasiado descerebrada para comprenderlo—. Mírala. Está en edad de quedarse solterona. Antes de que nuestra tonta hermana se fugara con ese gitano salvaje y abandonara a su hija a nuestro cuidado, anhelaba verla desposada. Además, la niña es demasiado obstinada para retirarse discretamente con la misma gracia con la que tú lo has hecho, querida Winnie. Necesita un hombre con voluntad de hierro que la cuide.

Dirigió una mirada cargada de significado por la ventana del salón, donde el canoso señor Tumblestone hacía ademán de admirar las vibrantes flores amarillas y rosa pálido de May.

En aquel momento, May pudo discernir en los ojos de su tío la convicción de estar haciéndole un gran favor. Sires sonrió mientras hablaba.

—En efecto, ya he tomado la iniciativa de seleccionar a un caballero idóneo para asumir precisamente esa tarea.



—¿Pretende desposarte con un anciano decrepito? —Los ojos azul hielo de lady Iona no podían abrirse más.

—No creo que esté decrepito. —Aunque su complexión parecía tan frágil como la de la tía Winnie y estaba salpicado de lunares de un tono hígado inusual, se movía con la energía de un hombre de la mitad de su edad.

May tragó saliva, recordando la mirada lasciva que le dedicó el señor Tumblestone al marcharse, su mirada hambrienta sin alcanzar sus ojos, sus labios en forma de bacalao humedeciéndose.

—Sin duda es viejo —susurró May.

Iona enlazó los brazos con May mientras seguían paseando por el interior de la sala de aguas termales, inclinando la cabeza para saludar a los conocidos. La tía Winnie se sentó en un banco acolchado cerca de la gran fuente que hacía circular las aguas sulfurosas prescritas por los

médicos como cura para casi todas las dolencias.

El agua olía agria, como huevos que se dejan al sol demasiado tiempo. A pesar de las constantes persuasiones de su tía, May se negaba a probar un sorbo.

Su horario matutino rara vez variaba. Llegaban a las aguas termales a las ocho de la mañana, lo suficientemente temprano para evitar cualquier multitud, pero lo bastante tarde para codearse con algunos de los miembros más influyentes de la sociedad, entre los que se contaban Iona y varias de sus hermanas solteras. La familia de Iona, encabezada por el respetado duque de Newbury, estaba en boga esta temporada, y eran la familia de mayor rango que había elegido Bath en lugar de los destinos veraniegos más populares de Brighton o Escocia.

Antes que nada, May ayudaba a su tía a instalarse cómodamente en un banco y le traía tres vasos de agua, la cantidad que se prescribía beber al día. Winnie se tomaba su tiempo sorbiendo el fétido líquido mientras entablaba conversación con amigos de su juventud. Vaciados los vasos, May le ofrecía su brazo como apoyo y las dos mujeres paseaban por el interior de mármol de la sala de aguas termales, por lo que terminaban pasando más tiempo socializando con los miembros de la alta sociedad que haciendo algún tipo de ejercicio vigoroso.

Aquella misma mañana, cuando May le ofreció su brazo, tía Winnie lo rechazó. Alegó que deseaba reservar sus energías para el baile de la noche, el cual tendría lugar en el salón. Sin embargo, May creía lo contrario. La aparición sorpresa de su tío había alterado tanto a Winnie que parecía más pálida que de costumbre, con la mirada nublada.

Fue la misma tía Winnie quien sugirió que May paseara con lady Iona en su lugar. May aceptó agradecida la sugerencia, desesperada por tener un momento de intimidad con su mejor amiga.

Le contó toda la historia a Iona, incluso cómo se había quedado tan atónita que no pudo oponer resistencia, simplemente prometió acompañar a su tío y al señor Tumblestone a la capilla aquella tarde y luego pasear por Pulteney Street.

—No puedes aceptar este matrimonio. Es una barbaridad —exclamó Iona, estrechando con fuerza el brazo de May. En los momentos más difíciles, Iona siempre buscaba la cercanía femenina. May apreciaba tal contacto.

—No dispongo de muchas alternativas. El tío Sires se ha asegurado de ello al apropiarse del dinero de mis padres. Sin embargo, cedió y accedió a pagar los tres últimos meses de alquiler al vizconde, alegando que era lo único correcto.

La noche anterior, May había pasado la noche en vela en la cama, intentando idear otro curso de acción. Aunque se pagarían las rentas atrasadas, el tío Sires había sido categórico en cuanto a no pagar futuras facturas. Una mujer sin un penique a su nombre no tenía muchas opciones.

—Podría buscar un puesto como acompañante o institutriz si logro persuadir a la tía Winnie de ir en contra de los deseos de su hermano y proporcionarme una referencia.

—¡Oh no, no debes hacer nada parecido! —Iona apretó el brazo de May con tanta fuerza que sus dedos se entumecieron—. No debes aceptar un cargo, casarte ni hacer nada precipitado que te aleje de mí. Quizá padre...

Una voz suave como el terciopelo interrumpió:

—Les ruego me disculpen, señoritas.

Iona fue la primera en volverse para saludar al interlocutor.

—Mi señor. —Una elegante sonrisa se dibujó en sus labios. Un rubor rojo intenso se extendió hasta las raíces de su cabello.

Intrigada por la reacción de su amiga, May también se dio la vuelta.

—Mi señor —susurró.

El vizconde Evers parecía tan imponente como el mismísimo demonio, vestido con una levita negra de cuello alto y corte ceñido. Su chaleco crema no estaba abotonado del todo, siguiendo la moda entre los libertinos más audaces. Sus pantalones color canela eran holgados y casuales. Sus rasgos afilados y su mirada de jade la escudriñaron de manera intimidante. ¿Por qué iba a dirigirse a ella así, en público? ¿Acaso la confrontaría por su comportamiento escandaloso del día anterior?

May dio un paso atrás, como si la retirada pudiera evitarle los problemas. No tanto a sí misma, pues su vida carecía de valor. Su principal preocupación era Iona, su querida y siempre correcta amiga, quien estaría en serios aprietos si su padre, el duque, se enteraba de la inapropiada visita sin escolta a la residencia del vizconde.

—Por favor, milord —imploró May, bajando la voz. Estaba dispuesta a interpretar el papel de la mujer sumisa y a hacer uso de toda su humildad para salvaguardar la reputación de su amiga.

Pero no tuvo oportunidad.

Como si tratara de corroborar la creencia de su tío de que había algo intrínsecamente inaceptable en ella, May resbaló. Un charco de agua, que debió haber derramado algún bebedor descuidado, había convertido el suelo de mármol bajo sus pies en una superficie resbaladiza. Su pie se deslizó y, antes de que pudiera sujetarse, la punta de la zapatilla quedó enredada entre los pliegues de la larga falda de su vestido. May se precipitó hacia delante, convencida de que se humillaría frente al vizconde Evers, quien se mostraba totalmente severo.

El tiempo pareció ralentizarse. May vio cómo el vizconde daba un paso adelante y extendía los brazos como un amante que saluda a una llave perdida de su corazón. Él la atrapó, sus manos enguantadas se enroscaron deliciosamente alrededor de sus hombros en un intento de salvarla.

El vizconde tambaleó y sus dedos se clavaron en su piel mientras luchaba por recobrar el equilibrio. Su pierna herida apenas podía soportar su propio peso y mucho menos sostenerse contra una criatura tan torpe como ella. ¡Qué noble y estúpido de su parte precipitarse a su rescate!

No fue hasta ese instante que May se percató de que el vizconde no era muy alto. Ciertamente, superaba en estatura a la mayoría de las mujeres, pero no se imponía sobre ella como algunos hombres, lo que en aquel momento probablemente era una bendición. Muchas veces su tía había estado a punto, igual que el hombre en aquel momento, de tener una caída inminente. Sin embargo, May nunca había permitido que tal cosa sucediese, y ahora que él estaba tan obstinadamente decidido a salvarla, May plantó firmemente los pies y usó su fuerza para ayudarle.

—Maldición. —Sus ojos de jade centellearon de ira una vez que ambos hubieron recobrado el equilibrio. La soltó y luego retrocedió apresuradamente. Su mandíbula se tensó mientras apretaba los dientes y luchaba contra la gravedad que tiraba de su pierna herida.

May se negó a escandalizarse por el lenguaje soez que había murmurado lo suficientemente alto como para que solo ella lo oyera. Su tía solía proferir peores exabruptos después de un susto tan cercano. Las dolencias tenían que ser terriblemente humillantes.

No obstante, no pudo evitar sentir un leve rubor en las mejillas. Tenía tantas razones para avergonzarse: el tropezón público había atraído las miradas de toda la sala. Las blasfemias de un hombre no podían agravar su ya mortificado estado.

—Ya lo diría yo. —Lord Nathan Wynter avanzó, pálido, del sitio donde había estado charlando con lady Lillian, la bella hermana menor de Iona, y su atenta madre. Seguidamente,

miró a May con desconfianza—. ¿Te encuentras bien, Evers? ¿Debería mandar una silla de manos para llevarte a casa? —Agitó el bastón que sostenía en la mano, en un intento muy evidente de que el vizconde Evers aceptara el apoyo.

—Aparta esa cosa de mí, Wynter —articuló el vizconde con esfuerzo entre dientes apretados.

May se puso rígida y el vizconde Evers también, visiblemente. Las prisas de lord Nathan por ayudar sólo sirvieron para echar sal en las heridas de un hombre orgulloso.

Empezaba a formarse una multitud. Los amigos serviciales y los meros curiosos se deshacían en preguntas. Las mejillas de May ardían sin remedio. Podía sentir la vergüenza del vizconde como si fuera propia.

Era su culpa. La gracia y la elegancia, cualidades tan vitales para una dama correcta, eran atributos ajenos en sus extremidades. ¿No se lo habían dicho su tío, su institutriz y muchas de las matronas de la alta sociedad?

May alzó las manos para acallar el murmullo de la multitud.

—Debo expresar mi gratitud, milord —dijo audiblemente, para que todos los presentes pudiesen oírla—. Mis tobillos descuidados me ponen siempre en situaciones comprometidas. Si no hubiera sido por sus rápidas acciones, temo que ahora yacería en el suelo, enredada irremediabilmente en metros de muselina. Le doy mi más humilde gratitud por rescatarme de tan espantoso destino. —Ella le dedicó una dulce sonrisa, inclinó la cabeza e hizo una profunda reverencia.

Las mujeres de la multitud asintieron con satisfacción. Varios de los chismosos de la ciudad también se mostraron de acuerdo con su apreciación. La escena terminó tan rápido como había comenzado: los miembros de la sociedad se dispersaron y volvieron a sus propios asuntos.

Únicamente lady Iona, su hermana menor, la muy pálida y encantadora lady Lillian, lord Nathan y el vizconde permanecían detrás, con la mirada fija en May. Lady Lillian no tardó en apartar la mirada y sonreírle al vizconde Evers sin pudor alguno.

Este último echó una mirada superficial al grupo antes de tomar la mano enguantada de May. Arrugó las cejas y su expresión se ensombreció. Atrajo a May hacia él, manteniéndola a una distancia apenas adecuada para no considerarse impropia.

—Señorita —susurró, con tono de escarmiento—. ¿Qué se propone?

Capítulo 4

—¿Qué me propongo? —inquirió la señorita Sheffers antes de inclinar la cabeza hacia atrás, de forma que su sombrero peligró en un ángulo precario, a punto de caerse. Miró a Radford con aquellos inquietantes ojos violetas, y su nariz se arrugó al mismo tiempo que fruncía el ceño.

¿Qué se propone usted? Una pregunta tan simple, pero que dudaba que ella pudiera contestar.

La locura debió haberle poseído para interesarse por una criatura tan etérea. ¿Por qué otra razón se habría acercado a la señorita Sheffers y a lady Iona Newbury si no fuera por un extraño arrebatado de locura? Había estado conversando con lady Lillian, intentando coquetear descaradamente —un empeño seguro bajo la atenta mirada de la madre de la joven— cuando divisó a la señorita Sheffers. Llevaba otro de sus gastados vestidos, de un tono rosa desvaído. Su cabello rojizo, una maraña de rizos, apenas se contenía bajo la cofia de paja.

Mientras lady Lillian hablaba en voz queda sobre un vestido que acababa de adquirir, Radford sintió que su atención se desviaba hacia la señorita Sheffers, con su apariencia más bien de duendecillo. Parecía estar enfrascada en una conversación seria con su amiga, lady Iona. Una inquietante oscuridad ensombrecía su expresión.

¿Tendría la señorita Sheffers problemas?

Desde luego que sí. Solo un imbécil no se preocuparía con una orden de desahucio pendiendo sobre su cabeza. La dama corría peligro inminente de que la echaran a la calle. Una criatura tan etérea como ella podría caer en la tentación de cometer una imprudencia, como forzar su entrada en la casa de un hombre soltero.

Con un simple gesto, Radford podría salvarla.

Se había acercado cojeando para hacerlo impulsivamente cuando ambas mujeres se volvieron y lo miraron como si fuera el mismo diablo que surgió del infierno, con el olor a azufre aún impregnado en sus ropas. Y fue entonces cuando verdaderamente se desató el infierno...

Radford se estremeció al recordarlo. Su maldita pierna le había fallado antes de que pudiera articular dos palabras coherentes a la dama. Aunque había intentado salvarla de la caída, ella terminó salvándole a él. La humillación recorría sus venas.

¿Qué se proponía aquella mujer? Además, había agravado su humillación al asumir toda la culpa, haciéndose ver como una ingenua.

—No deseo ni su ayuda ni su compasión —dijo Radford, y su ira aumentó al evocar la única razón por la que ella se habría sacrificado por él, el villano que la desalojaba de su hogar: lástima.

La señorita Sheffers compadecía del pobre e indefenso lisiado.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo. No necesito una insignificante dama al borde del deshonor y la ruina como defensora.

—Muy bien. —May giró la muñeca, intentando zafarse de su apretón de hierro sin llamar la atención. Parpadeó furiosamente cuando él se negó a soltarla—. Muy bien —volvió a decir, con la voz cada vez más ronca. Tragó saliva—. Jamás me dignaré a asistirle de nuevo, señor. Pueden brotarle llamas de la cabeza y no le ofrecería ni una gota de agua.

Radford disfrutaba en exceso del espíritu con el que ella lo desafiaba. Su cuerpo se calentó al imaginarse interpretando el papel de un conde villano empeñado en arrastrar a esta inusual princesa hada de vuelta a su guarida. Entonces podría matarla con apasionados besos en esos

labios satinados suyos y quizá hacer mucho más que eso...

Por los cielos, estaba fuera de sí.

Permitió que sus dedos se soltasen de su delicada muñeca.

—Vamos, vamos —intervino Wynter. Se interpuso entre la señorita Sheffers, cuyo resoplido resultó de alguna manera increíblemente sensual, y Radford, enganchando su brazo con este último—. Le ruego me disculpe, señorita Sheffers, señoras. Evers y yo tenemos un compromiso matutino y no podemos permitirnos llegar tarde.

No tenían tal compromiso, pero Radford comprendió los motivos de su amigo y estuvo de acuerdo. Algo en el comportamiento de la señorita Sheffers hacía aflorar el lado pícaro que llevaba dentro. No podía tolerar un desenfreno semejante.

Tenía que encontrar una esposa, no una amante.

En vista de ello, se inclinó y presentó sus excusas, halagando a propósito a la joven y floreciente lady Lillian antes de despedirse. Pues era lady Lillian, y no una empobrecida criatura del bosque de dudosa herencia, quien reunía los requisitos de su lista matrimonial. La dama sería una vizcondesa incuestionablemente aceptable y, sin duda, tendría una prole de hijos incuestionablemente aceptables.



El tío Sires y el señor Tumblestone llegaron a la casa de campo de May y la tía Winnie unos minutos antes del mediodía para acompañarlas al servicio vespertino en la capilla. Los dos caballos negros del carruaje, perfectamente idénticos con una mancha blanca en la frente, relinchaban y pateaban el empedrado del camino, impacientes por retomar la marcha.

May los observó detenidamente. No estaba en su naturaleza confiar en bestias tan grandes; más bien prefería viajar con la fuerza de sus propios pies. Aunque no siempre fueran de fiar, confiaba en poder evitar que sus propios pies la obligasen a huir despavorida, evitando el pánico que había visto en algunos caballos de carruaje en las ruidosas calles de Londres.

De no ser por la salud de tía Winnie, May podría sugerido un paseo en voz alta. Sin embargo, por el bien de su tía, se mordió la lengua y prestó su hombro para ayudar a guiar a Winnie hasta el carruaje de su tío.

La tía Winnie se envolvió en un chal de lana y tembló bajo la brisa de verano.

—¿Estás segura de que no deberías quedarte en casa? —preguntó May por tercera vez.

Winnie parecía agotada. Las arrugas de su rostro estaban más acentuadas que nunca y se apoyaba en el brazo de May con casi todo su peso mientras avanzaban por el largo camino hasta el carruaje.

—Estoy convencida de que Dios no te pediría que arriesgaras tu salud de esta manera.

—Tonterías —contestó Winnie, irritada. Con mucho esfuerzo, dio unos pasos antes de volver a necesitar la ayuda de May—. Podré estar fatigada, pero no soy una inválida.

No había remedio alguno. Tía Winnie preferiría levantarla de su lecho de muerte antes que faltar al servicio vespertino y permitir que sus amigos sospechasen el grado de su maltrecha salud. May hizo cuanto pudo, pero la anciana mostraba una voluntad inquebrantable.

En eso, eran almas gemelas.

Sólo que el fuerte espíritu de May empezaba a sentir la presión de la responsabilidad. Aquella mañana, el correo había traído una carta del abogado de su padre en respuesta a una súplica desesperada que ella había enviado una semana antes. En la misiva, el abogado había escrito que, a pesar de que desaprobaba las acciones de su tío para declarar fallecidos a sus padres, no podía hacer nada legalmente para impedirlo. Así pues, a menos que sus padres

aparecieran en el próximo barco que desembarcara en Londres, May tendría que encontrar otra fuente de ingresos.

Todo lo que deseaba era velar por el bienestar y la felicidad de su tía Winnie, y aferrarse a la vida satisfecha, aunque ligeramente monótona, que llevaba.

Tendría que encontrar la manera... y ser más discreta la próxima vez que decidiera actuar. Aquel canalla, el vizconde Evers, que parecía algo trastornado, no hacía más que agravar sus problemas. Aún se sentía aturdida por la forma tan mezquina en que la había tratado en el balneario antes de dirigirse a lady Lillian y prodigarle todos aquellos elogios a los oídos de la dama.

Era un bribón, un villano. May no encontraría ayuda de aquel lado.

Como de costumbre, tendría que confiar en sus propios instintos de supervivencia, los mismos que la habían ayudado a salir adelante y a tolerar las visitas obligatorias a su tío. Confiaba en que sus instintos también la ayudarían a superar esta crisis.

Su mente aún cavilaba sobre ese mismo problema mientras asistía a su tía a subir al carruaje. Se sintió aprisionada dentro del vehículo después de que su tío y el señor Tumblestone subieran detrás de ella y ocuparan la totalidad del reducido y oscuro espacio.

Mientras el carruaje los llevaba a la pequeña capilla adyacente al Circus, complejo donde el tío Sires tenía su residencia, la conversación giró en torno a la salud de la tía Winnie.

—Me he comunicado con el médico más respetado de Londres, Winnie. Ha accedido a viajar aquí en una semana para verte —dijo el tío Sires—. Deseo que te instales en mi residencia antes de su llegada.

Tía Winnie estrechó la mano de May.

—Soy feliz en la casa de campo. No deseo mudarme a ningún sitio.

El tío Sires miró fugazmente a May y frunció el ceño.

—Comprendo el apego que sientes por la niña, pero deberás dejarla marchar. Tiene su propia vida por delante, ¿no estás de acuerdo?

—Por supuesto que sí, pero...

—Serás feliz conmigo, Winnie. No te faltará nada. He sido descuidado al permitir que vivieses tan cerca de la pobreza junto con May. Pero he hecho planes para cambiar eso. Todo está decidido. Verás que es lo mejor.

Nadie en el carruaje podía objetarlo, pues el tío Sires poseía la fortuna de Crespo. La tía Winnie ya no necesitaría beber té acuoso y mordisquear pasteles del día anterior. Disfrutaría de todo lo mejor, y de la mejor calidad.

¿Acaso la oferta de su tío no era también el mayor deseo de May para su tía hecho realidad?

Después de la iglesia, el tío Sires dispuso que el carruaje llevara a la tía Winnie de vuelta a la casa de campo para que descansara mientras él acompañaba al señor Tumblestone y a May a dar un paseo por Bath.

—Es preciso que le des tiempo. Tenemos que dejar que la relación florezca —escuchó May que decía el tío Sires a la tía Winnie momentos antes de que el carruaje se pusiera en marcha.

El señor Tumblestone paseaba junto a May frente a una hilera de tiendas de la Pulteney Street. Siendo un hombre que nunca había visitado una ciudad tan grande como Bath, había expresado un gran interés por pasear por el famoso puente Pulteney. May no tenía en el corazón negarle semejante experiencia, incluso si se le hubiera presentado la oportunidad. El tío Sires encabezaba la marcha con el señor Tumblestone y May quedó rezagada apenas un paso por detrás.

Con todo, el anciano señor Tumblestone se comportaba como un completo caballero, y no

procuraba hacer nada para forzar sus atenciones. Hablaba en tono dócil y se esforzaba por incluir a May en la conversación, pidiéndole su opinión y deteniéndose de vez en cuando a admirar los elegantes vestidos de una modista o alguna fina pieza de metalistería en un escaparate.

A diferencia del lúgubre día anterior, el sol resplandecía en lo alto del cielo despejado, y una brisa fresca aliviaba el calor veraniego. Todo era perfecto, absolutamente perfecto. Sin embargo, ¿por qué rezaba May en silencio para que la tierra se abriera y se la tragara entera?

Encontrar a un hombre amable dispuesto a desposarla era el sueño de toda mujer. Podía ser el comienzo de una nueva aventura y, quizá, la oportunidad de encontrar su final feliz.

—Hay que esforzarse para encontrarlo —le dijo una vez la tía Winnie a May—. Una no puede sentarse sin hacer nada y esperar que la felicidad la descubra. Se necesita valor y un corazón lleno de fe para encontrar uno de los tesoros más preciados de la vida.

—¿Por qué nunca has encontrado la felicidad, tía? —había preguntado con descaro una impertinente May infantil hace muchos años.

—¿Te parece que no la he encontrado? —Winnie había abrazado a May entonces. Pero hasta un niño podía ver el arrepentimiento reflejado en sus ojos.

—Recuerda, querida: se necesita un corazón lleno de fe —le había susurrado su tía a May al oído hacía apenas una hora, antes de dejarla para pasar el resto de la tarde con el tío Sires y el señor Tumblestone.

La fe. May parpadeó mientras contemplaba al señor Tumblestone. Sus redondas mejillas reflejaban cierta alegría. También vestía a la última moda y, aunque le faltaban algunos dientes, su aliento olía limpio. Ojalá no fuese tan mayor.

—El señor Tumblestone es uno de mis vecinos —comentó el tío Sires mientras paseaban por el puente Pulteney.

Sobre el ancho puente se habían construido acogedoras casas y apartamentos, alineadas a ambos lados. La única prueba de que estaban sobre un puente arqueado eran los pabellones con cúpulas de cristal que coronaban los extremos.

—Reside a treinta minutos en carruaje de la abadía de Redfield, por lo que, como puedes ver, nunca estarás lejos de Winnie.

El tío Sires estaba orgulloso de sí mismo, sentimiento que May podía ver reflejado en el brillo de sus ojos castaños. Cumplía con su deber como cabeza de familia, velando de sus miembros con el mejor de sus esfuerzos, ya fuese que éstos lo apreciaran o no.

¡Qué pesar sintió May entonces! La noche anterior había maldecido a su tío y sus maquinaciones, convencida de que sus acciones tenían como objetivo apoderarse de la modesta fortuna de sus padres.

Ahora comprendía cuán equivocadamente lo había juzgado.

Con un amplio gesto del brazo y un guiño, el tío Sires condujo a May y al señor Tumblestone a una pequeña tienda que vendía helados y pagó por las refrescantes delicias sin titubeo alguno. Lo que May consideraba una fortuna no debía de ser más que calderilla para un hombre tan rico como su tío. Se daba cuenta de que había cometido el error que tantos otros hicieron con ella: juzgar sin tomarse el tiempo de profundizar más allá de la superficie.

May dejó a un lado la cuchara y dedicó una sonrisa al señor Tumblestone.

—Se lo pido, señor —dijo, viendo desvanecido su sueño de encontrar algún día a un apuesto y joven príncipe—. Cuénteme todo sobre su hogar.

Capítulo 5

Aquella noche, las luces titilaban en lo más alto de las farolas mientras la multitud, ataviada con sus mejores galas, se dirigía hacia el elegante baile que se celebraba en el salón de baile de la alta sociedad. May había adquirido un abono de temporada para todos los bailes y conciertos, pues sabía cuánto complacían a su tía tales acontecimientos. El baile de gala, que se celebraba todos los jueves por la noche durante el verano, era el favorito de tía Winnie y, a su vez, de May.

El tío Sires y el señor Tumblestone escoltaron a las dos mujeres al espectacular evento. Llegaron en el carruaje de su tío, lo que causó una gran impresión entre el público. La presencia de su tío fue recibida con calidez y genuino entusiasmo. Dado que la nobleza escaseaba en Bath este año —pues los miembros más elegantes habían optado por seguir a Prinny hasta Brighton—, incluso un solterón como el conde de Redfield era motivo de un gran revuelo.

El señor Tumblestone, por asociación, fue adulado impudicamente por muchas de las matronas, que parloteaban como jovencitas mientras se congregaban alrededor de los dos recién llegados. Los modales del señor Tumblestone salieron a relucir mientras cautivaba a las mujeres de mayor edad, aunque no dejaba de vigilar atentamente a May.

Si bien no sentía más que una leve gratitud hacia él, May debió admitir que el envejecido señor Tumblestone lucía apuesto vestido con su levita de satén verde pálido, ribeteado con el más suave terciopelo verde bosque. Aquellas telas tan elegantes le conferían una apariencia más juvenil y esbelta.

May se sintió como toda una dama al pasear por los distinguidos salones junto a un caballero tan bien vestido. Se había puesto su segundo mejor vestido, una pelisse con ribetes de armiño rubí que llevaba sobre un sencillo vestido de satén blanco, adornado con volantes también en color rubí que se movían por la parte delantera. El atuendo se completaba con un sombrero de Enrique VIII de terciopelo rubí, con dos plumas blancas engalanadas en la parte frontal. La cofia había sido una extravagancia en cuya compra había insistido la tía Winnie. Aunque el escote de su vestido era modesto en comparación con la moda actual, May se sentía incómoda. Sus pechos, vergonzosamente llenos, tensaban la tela.

Su indecorosa figura debió de haber avergonzado también al señor Tumblestone. Su mirada cristalina se había desviado hacia su pecho más de una vez mientras avanzaban por la habitación del octágono para entrar en el amplio salón de baile.

El salón nunca dejaba de maravillar a May. Del alto techo pendían cinco candelabros de cristal que iluminaban la estancia con un resplandor deslumbrante. Para aumentar su fulgor, dos espejos con marcos dorados, situados en cada extremo del salón, reflejaban el brillo de las lámparas. Todo el salón estaba revestido de columnas corintias y entablamentos de mármol estatuario.

Siempre que acudía, a May le gustaba imaginar que retrocedía en el tiempo hasta la antigua Roma, a un lugar donde nadie conocía las circunstancias de su nacimiento ni el abandono de sus padres. Había dedicado muchas horas a leer sobre fantásticos lugares antiguos. Sin duda, este salón de baile rivalizaba en magnificencia con cualquier palacio romano de antaño.

Sin embargo, por muy seductora que fuera la fantasía de lugares lejanos y héroes anónimos, May no podía permitirse tales ensueños esta noche, ni tampoco podía desvanecerse en un segundo plano. Su misión estaba clara. Por el bien de su tía, tenía que complacer al señor Tumblestone y convencerle de que aceptara casarse con ella.

Bailó dos danzas campestres con él y otras dos con su tío. Durante todo ese tiempo, su mirada vagaba entre la multitud. Su corazón latía a un ritmo inestable mientras seguía buscando.

—¿A quién estás buscando? —preguntó la tía Winnie a mitad de la noche.

Hasta ese momento, May no se había dado cuenta de que había estado estirando el cuello para escudriñar entre la densa multitud.

¿A quién buscaba, en efecto? Seguramente no al despreciable vizconde Evers. ¿Por qué habría de interesarse en él?

—A nadie, tía —contestó, forzando a sus ojos a mantenerse fijos en un punto—. Es solo que hay tanta gente aquí vestida con una variedad tan espléndida de colores.

—¡Patrañas! —reprendió la tía Winnie—. Mentir es poco decoroso, May. Esta noche no es diferente a la de la semana pasada, ni a la de la anterior. De hecho, estos eventos se están volviendo cada vez más tediosos. ¿Quién te ha hecho volver la cabeza?

—Nadie. —May sintió que se le calentaba la cara—. Nadie de importancia.

Definitivamente no el elegante Lord Evers.

—El señor Tumblestone parece bastante prendado de ti esta noche, ¿verdad?

May se contuvo antes de sucumbir a la tentación de volver a mirar la abarrotada sala. Aunque el vizconde asistía a menudo, rara vez permanecía mucho tiempo en el salón de baile. Para un canalla como Evers, la sala de cartas satisfacía mejor sus necesidades. Desde luego, no estaba buscando al vizconde, ¿verdad?

—Sí, ciertamente —respondió May distraídamente.

—¿Y qué piensas de él? —le preguntó su tía—. ¿Crees que sería capaz de hacerte feliz?

—No —contestó sin pensar.

¿Había visto acaso el hombro cuadrado del vizconde entre la multitud? No, el caballero del abrigo negro era el señor Rankcor, un banquero londinense felizmente casado.

Los labios apretados de la tía Winnie y su ceño cuidadosamente fruncido devolvieron a May a la realidad. A Winnie le importaba tanto la dicha de May como a May la de su tía. Y Winnie estaría dispuesta a mudarse a la abadía de Redfield para vivir lujosamente con su hermano si estuviera segura de que May estaba felizmente establecida. Si no fuera por la preocupación por el porvenir de May, probablemente ya habría aceptado que el tío Sires cuidara de ella.

May agitó las manos.

—Quiero decir, tía, que en realidad no conozco bien al señor Tumblestone, ¿verdad? Parece un hombre muy amable.

—Así es. —La tía Winnie volvió a sentarse en su banco y la miró con ojos entrecerrados. May sintió como si la mirada de su tía intentara sonsacarle la verdad—. El matrimonio es una decisión importante, May. Harías bien en evitar hacer algo precipitado.

¿Cómo podía saber la tía Winnie que, a pesar de que el comportamiento del señor Tumblestone era intachable, May ya estaba pensando en planes para librarse de casarse con él?

—Prometo considerar todos los aspectos del matrimonio antes de tomar una decisión, tía. —Tendría que casarse con el señor Tumblestone, aunque solo fuera por la felicidad de Winnie. Ningún otro caballero se había ofrecido a hacerlo.

—Hay algo que debes saber, querida. —Winnie se inclinó hacia delante y susurró—: Antes de que te decidas. Debes entender que...

El señor Tumblestone se acercó con aire confiado. Winnie se ruborizó al levantar la vista y percatarse de su cercanía. Lo que May necesitaba entender se le debió olvidar en ese momento a la tía, que se alisó la falda y saludó al pretendiente de May con una inclinación de cabeza.

Tumblestone esbozó una amplia sonrisa, deteniéndose su mirada una vez más de manera

embarazosa en el pecho de May mientras se inclinaba.

—La noche avanza, señoras. Son casi las once. Comienza el último baile. —Le ofreció el brazo a la tía Winnie—. Y sin embargo, mi querida dama, aún no ha bailado ni una sola vez.

Qué amable y considerado era el señor Tumblestone al pensar que su tía necesitaba que la rescataran. La tía Winnie, que rara vez bailaba desde el comienzo de su enfermedad, hizo un movimiento de manos y aceptó con amabilidad. Parecía décadas más joven mientras batía las pestañas al aceptar la mano del señor Tumblestone.

—Te pido que tengas cuidado, tía —no pudo evitar advertir May. Los bailes campestres implicaban movimientos vigorosos. Winnie no debía esforzarse demasiado o su corazón no lo soportaría.

—¡Bah! Te preocupas en exceso. A veces no eres diferente de una vieja gallina cacareando. Me atrevo a decir que soy lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a un baile suave —dijo Winnie mientras el señor Tumblestone la conducía a la pista de baile de mármol.

May se acomodó en el banco de madera en el lugar que había dejado libre la tía Winnie. Siguió buscando con la mirada mientras observaba cómo comenzaba el último baile de la noche.

Ningún príncipe apareció de la sala de cartas ni tampoco de entre la multitud. ¿Por qué iba a esperarlo? Él nunca bailaba.

May tragó saliva y enderezó la espalda.

Era una tonta, nada más que eso.

No había príncipes encantados acechando entre las sombras... al menos, ninguno que estuviera buscándola.

Capítulo 6

—Dime que no has vuelto a ponerte de mal humor —le exigió Wynter a Radford al irrumpir en el salón con su habitual aire.

Ambos se habían evitado mutuamente durante la mayor parte del día después de separarse enfadados la mañana anterior. Tras el incidente del balneario, que aún avergonzaba sobremanera a Radford, Wynter lo había reprendido con dureza, empleando un lenguaje lo bastante colorido como para hacer estremecerse incluso al soldado de infantería más curtido.

—Los caballeros, por muy arrogantes o inflados de orgullo que estén, no deben tratar a las mujeres como si fueran meras criadas ebrias —había sentenciado finalmente Wynter.

Aunque Radford estaba de acuerdo, se negó a expresar su opinión ni a prometer que cambiaría de actitud. Se limitó a manifestar su voluntad de cortejar a la joven lady Lillian, una confesión que enfureció de nuevo a Wynter.

—Pero, Wynter, debes considerar las ventajas —había dicho Radford con la esperanza de aplacar la ira de su amigo. A continuación, detalló con paciencia las virtudes de la dama. Era joven, de voz dulce, de cabellos claros, proveniente de una familia respetada y conocida en toda Inglaterra, además de ser conocida en toda Inglaterra por ser una jinete consumada.

—¿Qué más podría desear un hombre en una esposa? —preguntó.

¿Qué más, en efecto?

Wynter simplemente no podía dar una respuesta coherente a tal pregunta. Y dado que estaban en un punto muerto, optaron por tomar caminos diferentes.

Hoy tenían planeado reunirse para tomar unas copas antes de acompañar a la madre de Radford a un concierto privado que organizaba el duque de Newbury. Se decía que la encantadora lady Lillian había escrito la invitación a Radford de su propio puño y letra. Todo iba sobre ruedas en sus planes de cortejarla debidamente.

Sin embargo, el desacuerdo con Wynter dejó a Radford desconcertado. Se preguntaba si su amigo aparecería como habían planificado o si le abandonaría a su suerte frente a la encantadora dama y su madre.

Pero, tan seguro como la lluvia, el siempre fiable Wynter llegó puntual. Cuando Radford gruñó su saludo habitual, Wynter, de manera bastante atípica, le devolvió el gruñido.

Maldito sea su mal humor. Por mucho que lo intentara, Radford no conseguía apaciguar su temperamento aquella noche. Quizá porque no era únicamente su estado de ánimo lo que le atormentaba.

Radford se había herido algo más que el orgullo con su caída en el balneario del día anterior. El pie le dolía infernalmente. Aquella noche se había retirado al salón y había apoyado el pie en los cojines del sofá mientras esperaba la llegada de Wynter.

—Una vez más, me veo obligado a pedirte disculpas —insistió Radford, agradecido por los pocos amigos que aún le acompañaban a pesar de sus arrebatos y su mal humor. No estaba bien visto atacar a Wynter sin una causa justificada—. Me complace ver que estás dispuesto a tolerar a un canalla despreciable como yo.

—Ese tono es aún más desafortunado que tu gruñido —dijo Wynter mientras se ajustaba el chaleco, señal inequívoca de que estaba a punto de perder la compostura—. Si no cesas en tu autocompasión, me veré obligado a golpearte la cabeza contra el suelo.

—¿Golpearle la cabeza? —Una voz melindrosa precedió a una mujer grácil, de huesos

delicados y pelo rubio que entró en el salón. Iba vestida con un vestido de seda color melocotón pálido que ocultaba lo mucho que había adelgazado en el último año—. No toleraré semejante violencia en mi casa, joven.

Wynter inclinó la cabeza. Lo mismo hizo Radford. Su madre era una fuerza fascinante a la que ningún hombre podía resistirse.

—Lady Evers —dijo Wynter. Atravesó la habitación y le cogió la mano, rozándole los nudillos con los labios—. ¿Me permite decir que su belleza esta noche eclipsa al fragante ramillete de flores que sostiene?

—Muy adulador de su parte —siseó la mujer. Una sonrisa se dibujó en sus finos labios mientras lo apartaba con su abanico de seda. El estrés del último año había grabado profundas líneas en sus delicados rasgos. Perder a su marido y ver a su único hijo lisiado por la guerra en el lapso de unos pocos meses le había pasado factura. Radford pensó que era un milagro que pudiera sonreír.

—¿Segura de estar preparada para el concierto de esta noche, madre? —preguntó Radford. Sacó la pierna del sofá y se levantó con dificultad.

Lady Evers se apresuró a socorrerle, tirándole de los brazos y moviendo las manos a su alrededor.

—¿Qué has hecho con tu bastón? Los médicos dicen que deberías usarlo. Mira cómo te tambaleas. Por mi alma, serás la causa de mi fin.

El alboroto que su madre armó no hizo más que avivar la ira de Radford. Pero no podía dirigirla hacia ella, no después de todo lo que había sufrido y toda la angustia que sus heridas le habían causado tan poco tiempo después de la muerte de su padre. Así que, una vez más, volvió su lengua viperina hacia su sufrido amigo.

—¿Acaso no hay nada de sustancia en tu ser, Wynter? ¿No puedes al menos borrar esa sonrisa de tu espantosa cara el tiempo suficiente para ponerte a trabajar? —rugió Radford.

Cuando sus ojos se encontraron con los de su madre después de semejante arrebato, se horrorizó de lo que vio. Ella nunca ocultaba sus sentimientos, por lo que el dolor se desbordó en forma de una lágrima apenas perceptible.

—Te ruego, Radford, que intentes mantener la calma. Temo que enfermes de nuevo. —La madre de Radford lo creía un inválido, incapaz de cuidarse por sí mismo. Muchas veces se había quejado de lo inadecuado que era su ayuda para atenderle. Necesitaba contratar a una enfermera, le había dicho por sexta vez aquella misma mañana durante el desayuno. La impotencia que le provocaban sus afectuosos cuidados no hacía más que empeorar su ardiente temperamento.

La sonrisa de Wynter tampoco ayudaba.

—Conque buscas embriagarte antes de presentar a tu madre a la mujer con la que has decidido casarte, ¿eh Evers?

—Vete al diablo —rugió Radford, olvidando por un momento los delicados oídos de su madre.

Lady Evers soltó a Radford inmediatamente y se le ruborizaron las mejillas.

—¿Es cierto? —susurró la pregunta como si temiera haber oído mal a Wynter.

Radford resopló y tropezó con el aparador. No había planeado involucrar a su madre en su proceso de cortejo, al menos no tan pronto. Se sentiría muy decepcionada si fracasaba. Gracias a su amigo —y en este punto fulminó a Wynter con la mirada—, su madre se aplicaría sin duda con todas sus energías a fin de ver consumado el hecho.

—No he decidido con exactitud casarme con ella todavía, madre —explicó Radford en un gesto inútil, pues los ojos de la madre brillaban más que el sol. Se sirvió un poco de brandy en

una copa—. De hecho, la dama apenas me conoce.

—Pero te tomará como esposo —aseguró Lady Evers con determinación—. Debe hacerlo. ¿Quién es la dama que has elegido? Confío en que provenga de una familia respetable.

—Lo es —respondió Wynter antes de que Radford pudiera intentar disuadir a su madre de la idea de casarlo y enviarlo a Escocia de luna de miel antes de que concluyera la velada—. Su padre es el duque de Newbury.

—¡Newbury! —exclamó lady Evers, llevándose las manos al corazón.

Su repentina expresión de éxtasis complació a Radford. Estaba haciendo lo correcto. Este matrimonio era exactamente lo que su madre necesitaba.

—No podría haber mejor elección. Todas sus hijas han sido criadas como damas apropiadas y no hay alguna falta de decoro en ninguna de ellas. Apruebo de corazón tu elección. De todo corazón.

Lady Evers se abalanzó a los brazos de su hijo con tal fuerza que hizo que su vaso se volcara y la pierna coja se le arquease, lo cual le recordó algo: lady Lillian podría no estar interesada en casarse con un hombre a medias.

—No me ha aceptado, madre —advirtió Radford—. Ni siquiera he declarado formalmente mis intereses.

Nada de lo que él dijera podría disminuir el entusiasmo o calmar la maquinación de su madre. En su mente, el matrimonio era una certeza.

—Tendrás que hacer una visita al duque mañana para declararte, hijo.

Wynter soltó una risita y, con toda prudencia, se mantuvo al margen.

—¿Nos marchamos entonces? Me atrevería a suponer que hay cierta hija de Newbury esperando con ansias tu pronta aparición, Evers.

Radford frunció el ceño. La idea de volver a ver a lady Lillian y tener que cortejar a la jovencita le revolvía el estómago. ¿Qué pasaría si él no le gustaba? Era joven y guapa. Seguramente, una muchacha así no se sentiría obligada a conformarse.

Pero, ¿qué otra opción le quedaba?

Enderezó los hombros y se puso los guantes grises. El compromiso estaba sellado. No podía decepcionar a su madre, sin importar lo que sintiera en su corazón.



El concierto avanzaba con un ritmo exasperadamente lento. Aunque el espectáculo era de primera y la compañía resultaba agradable, May encontraba agotador mantener su sonrisa afable. El señor Tumblestone la adulaba, su tío fruncía el ceño ante su elección de vestidos y el insensato lord Evers coqueteaba descaradamente con lady Lillian.

Necesitaba escapar... solo por un momento para recobrar el aliento.

En el intermedio, May se escabulló hasta la oscura biblioteca del duque y cerró rápidamente la puerta tras de sí. Acto seguido soltó el aliento que había estado conteniendo y se desplomó contra la puerta. Esta noche era intolerable.

—Quizá debería llamar a un alguacil, mi encantadora ladrona.

Desde el otro extremo de la habitación, una brasa se avivó en el fuego casi extinto mientras ascendía por la chimenea. Aparte de aquella tenue luz, la estancia estaba envuelta en sombras. La voz, inconfundiblemente suave, pareció resonar aún más profundamente en los rincones de la biblioteca.

Sobresaltada, May se llevó las manos a la boca.

—¿Por qué dice semejante cosa, milord? —respondió, buscando al vizconde en la

penumbra—. Soy una invitada, no una ladrona.

—¿Es así? Entonces, ¿por qué falta una de mis tazas delicadas en mi juego de porcelana?

¡La infernal taza de té! En el caos de los dos últimos días, se había olvidado por completo de enviar a su ama de llaves a devolvérsela.

—¿La ha destrozado en un arrebato de furia?

—Por supuesto que no he hecho tal cosa. —May no se sentía cómoda hablando con un caballero al amparo de la oscuridad. Especialmente no con un pícaro... un hombre notablemente apuesto que había persistido en atormentar sus pensamientos. May aferró la mano al picaporte. Aunque no solía ser cobarde por naturaleza, esa noche estaba más que dispuesta a huir.

—Si no es una ladrona, entonces ¿qué hace ocultándose en la oscuridad? —inquirió él.

La curiosidad le impidió girar el pomo de la puerta.

—¿Qué hace usted ocultándose en la oscuridad? —preguntó May—. No olvide que he sido yo quien lo encontró aquí, no al revés.

El susurro de las telas la alertó de que el vizconde se acercaba. Estaba a pocos pasos de ella y de su atronador corazón cuando una cortina se abrió y dejó pasar un rayo de luz de luna en la habitación.

—Intentaba encontrar un momento de paz —dijo y luego suspiró profundamente—. ¿Y usted?

—Lo mismo —admitió May.

—Ah. —El vizconde se acercó. La fantasmal luz pálida de la luna bañaba sus facciones bien definidas—. Nuestros anfitriones se horrorizarían al saber la razón de nuestra retirada.

—Solamente requería de un momento para ordenar mis pensamientos —se apresuró a explicar May—, no para escapar de nadie en particular.

—¿No? ¿Ni siquiera del simpático señor Tumblestone? —inquirió el vizconde, levantando las cejas. Se cruzó de brazos y adoptó una pose lánguida que solo un pícaro consumado podría ejecutar—. ¿Qué edad tiene? ¿Sesenta años? Me estremezco ante el rumor de que pronto será usted su novia.

¿Se estaba burlando de ella?

—Por mi parte, me pregunto si lady Lillian estará estremeciéndose al pensar en usted como su marido —contraatacó May con crueldad.

Una aterradora mirada de pura ira tensó su perezosa expresión. El vizconde frunció los labios hasta que se convirtieron en una línea muy fina.

—He tocado una fibra sensible, ¿verdad? —Maravilloso, entonces. Se complació de la certera puntería de su lengua—. Quizá sea usted muy consciente de ser lo suficientemente mayor como para ser su padre. —May no estaba convencida de ello. Sabía que Evers había superado la treintena, pero cuántos años tenía exactamente, no podía adivinarlo.

—¿Mi edad? —Su expresión adusta se relajó—. ¿Cree usted que mi edad la asusta tanto como a usted la del señor Tumblestone? —El vizconde rio entonces, un sonido grave que retumbó en su garganta—. Ha pasado por alto un hecho importante, encantadora ladrona. Soy un hombre en la flor de la vida. Un hombre con necesidades lujuriosas.

May no se fiaba del brillo lobuno que de pronto iluminaba los ojos del vizconde ni tampoco del tono cada vez más grave de su voz. Había leído historias de hombres que se transformaban en bestias al ver la luna llena. La situación, unida a la desmesurada luz lunar que entraba por la ventana, la hizo desconfiar.

Una dama soltera nunca debe ser sorprendida a solas con un hombre, especialmente en una habitación oscura. Un descuido de este estilo podría mancillar su reputación y dejarla por los

suelos.

—Mi señor —susurró May cuando él se inclinó hacia delante, acortando la distancia que los separaba. Su aroma puro, una refrescante mezcla de tabaco y vainilla, hizo que sus sentidos se estremecieran.

El vizconde se quitó uno de sus guantes. La áspera y rugosa yema del pulgar le acarició el labio inferior. May jadeó, incapaz de recuperar el aliento. Su mente apenas logró articular una protesta antes de que Radford bajara la cabeza y sus labios capturaran los de ella.

Al principio, el impacto dejó paralizada a May. No podía apartarse, incluso si lo hubiera deseado. Entonces, un cálido torrente surgió de lo más profundo de su vientre, derritiendo su resolución y borrando cualquier pensamiento contrario. Apoyó la mano contra el pecho de Radford, maravillándose por las sensaciones que un beso, nada más que un simple beso, podía evocar en ella.



La caricia no fue mucho más que un roce de labios. Radford contuvo el deseo de deslizar la lengua por aquellos suaves labios y profundizar el beso.

May se había tensado al primer contacto. El vizconde esperaba que ella apartara la cabeza, pero el suspiro sensual que escapó de sus labios lo envalentonó. La muchacha deseaba este beso tanto como él. Al posar la mano en su hombro, Radford captó la señal y la atrajo para que sus cuerpos se fusionasen.

Sus labios de hada sabían al néctar más dulce, despertando una sensación misteriosa y abrumadora en el centro de su pecho.

Ah, si pudiera besar esos labios cálidos y carnosos toda la noche... pero, por desgracia, eso no era lo único lo que haría si no se alejaba... inmediatamente.

Separó sus labios de los de May, pero la mantuvo aferrada por los hombros. Si su expresión ensombrecida le servía de indicio, estaba a punto de desmayarse.

—Mil perdones, señorita Sheffers —susurró.

Sus labios hinchados permanecían fruncidos, tentadoramente besables, mientras le devolvía la mirada con perplejidad.

Radford se dio cuenta entonces de lo que debería haber sabido enseguida por el tímido roce de sus labios contra los suyos. Esta mujer... esta sensual mujer de veinticuatro años acababa de experimentar su primer beso romántico. Él había despertado su cuerpo ante los tentadores placeres de la carne y May había respondido como una mujer hambrienta de afecto.

Sus pasiones se habían despertado tímidamente al principio, pero prometían arder lo suficiente como para hacer que la cabeza del vizconde diese vueltas.

Maldición. Sus propias pasiones también estaban despertando.

—No debí haber cometido un desatino semejante —aclaró Radford con precipitación, aunque era mentira. No se arrepentía de nada—. He perdido el control... —*Y también se olvidó de la encantadora lady Lillian, con la que planeaba casarse*—. Le ruego que me disculpe.

May pestañeó. Un brillo lujurioso suavizó sus extrañas facciones de duendecillo. A la pálida luz de la luna, parecía de otro mundo... casi hermosa.

Radford nunca debió haber empezado en esta biblioteca oscura y perfumada a cuero algo que no tenía ninguna esperanza de continuar. A pesar de todo su encanto terrenal, la señorita Sheffers no cumplía los requisitos que había detallado en su lista.

—¿Comprende lo que he dicho? —El vizconde se preguntó si alguna palabra de lo que había dicho había calado en su nublada cabeza.

May parpadeó de nuevo, esta vez despejando de sus ojos la inocente expresión de la alcoba.

—No he gritado ni le he abofeteado, milord, porque deseo evitar una escena desagradable. —Su voz era ronca y no estaba exenta de un temblor—. Ha sido extremadamente impropio de su parte aprovecharse de mí de tal manera... besándome, ¡nada menos! Espero que no ataque a otras mujeres que puedan tener la desdicha de encontrarse solas con usted en una habitación vacía.

Levantó la barbilla y frunció el ceño como una remilgada.

—Mi querida señorita Sheffers —dijo Radford, sin evitar proferir una risita—. Me parece que ha hecho usted mucho más que simplemente abstenerse de protestar.

Incluso en la penumbra pudo ver cómo se acentuaba el color de sus mejillas bronceadas.

—Desde luego que no...

Radford le llevó un dedo a la boca y acalló sus protestas mientras se entregaba a un último placer y acariciaba aquellos labios dulces como manzanas.

—Desde luego que sí —susurró él. Podía sentir cómo su piel se estremecía en respuesta a su tacto y al sonido de su voz. Una leve expresión de pasión cristalina regresó a su mirada.

May parpadeó.

—Discúlpeme, señor. Deben de estar echándome en falta.

La señorita Sheffers apartó la cabeza de sus suaves caricias y salió de la biblioteca.

Y también de su vida... porque nunca más se plantearía un amorío semejante. Le había criado un padre que situaba el honor y la caballerosidad por encima de todas las cosas, por lo que Radford creía firmemente en la fidelidad de un hombre a su esposa o, en su caso, a su futura esposa, la encantadora lady Lillian.

Capítulo 7

No fue más que un beso.

May aceleró el paso y trató de ignorar el calor que le producía en las mejillas el recuerdo del sorprendente y maravilloso encuentro de la noche anterior en la biblioteca de Newbury. La tía Winnie, fatigada tras dos noches consecutivas de emoción, decidió pasar la mañana descansando en cama, por lo que acordaron omitir su visita habitual al balneario.

Con la mañana libre, May se dispuso a dar un rápido paseo por el acantilado de Beechen, con la esperanza de que el aire fresco y el ejercicio vigoroso le ayudasen a despejar la mente. Por tercera noche consecutiva, el sueño la había eludido mientras se preguntaba qué sentía ante los cambios que se producían en su vida.

Gracias a los cielos, solo había sido un beso sin mayor significado.

Los hombres besaban a las mujeres todo el tiempo.

Pero no a ella.

Nunca a ella. Al menos, no antes de anoche.

No es que le importara ser pasada por alto. Los hombres parecían elogiar solo a las mujeres que mostraban una mente, un espíritu y un cuerpo débiles, una debilidad que May se resistía a fingir. Ella era fuerte y sana. ¿Por qué debería simular tener ataques de nervios solo para ganarse el beso de un caballero?

Se le ruborizaron las mejillas nuevamente cuando el recuerdo de la forma en que los labios del vizconde habían rozado los suyos se repitió como una grata escena. Aquella leve caricia entre labios le había provocado un hormigueo que la había hecho sentir viva hasta la planta de los pies.

Pero su hechizo no había trastornado su mente.

Había visto a mujeres convertirse en insensatas obsesionadas por el amor. Una mujer educada e independiente como ella debía resistirse a caer presa de semejante necesidad.

El vizconde Evers había demostrado claramente su típico carácter masculino por la forma en que elogió a la atontada lady Lillian una vez que se reincorporó al baile. Pasó el resto de la velada riendo ante su inane cháchara y ofreciéndole el brazo cuando parecía a punto de desvanecerse, como era común entre damas tras una larga velada en compañía de un caballero. La sonrisa felina del vizconde reflejaba satisfacción mientras sostenía a lady Lillian. La expresión le había dicho a May todo lo que necesitaba saber.

A pesar de que no buscó su compañía después de robarle semejante beso, a pesar de que no había posado los ojos en ella ni una sola vez durante las largas horas que siguieron, al menos podría haberse fijado en que estaba a su lado mientras hablaba con lady Lillian. No obstante, no importaba, pues May no tendría interés alguno en un hombre así, de todos modos.

Mary Wollstonecraft había advertido en su tratado sobre los derechos de la mujer que los hombres que buscaban a una mujer marchita como esposa eran compañeros lamentables. Hombres como aquellos estaban siempre dispuestos a imponer el yugo de la servidumbre sobre el «sexo más débil».

May nunca se permitiría ser presa de un hombre que no pudiera respetarla como a una igual intelectual. El respeto, había escrito Mary Wollstonecraft, tenía que preceder al matrimonio.

Vaya por Dios. Hace apenas una semana, May se habría considerado felizmente una solterona, una dama bien dispuesta a vivir la vida sola o al servicio como compañera de otra dama. Pero ahora su tío parecía decidido a verla casada, y pronto.

Anoche mismo insinuó que podría anunciar su casamiento a finales de semana. ¡A finales de semana!

Por eso había escapado de la fiesta y se había refugiado en la biblioteca oscura la noche anterior. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Winnie y ella siempre habían disfrutado de una existencia relativamente tranquila. Cuando estaban en Londres, soportar la compañía aburrida en las reuniones de té y perder una noche de sueño cuando asistían a una cena o a un baile solían ser las peores de sus preocupaciones. Por supuesto, todo eso era antes de que Winnie enfermase.

Al igual que sus padres, su tía no siempre estaría con ella.

May se estremeció con la brisa matinal que soplaba desde lo alto del acantilado. Un escalofrío la recorrió como una premonición inoportuna. Tío Sires tenía razón al querer llevarse a la tía Winnie de regreso a la abadía de Redfield. Tenía el dinero y los contactos necesarios para que su hermana recibiera los mejores cuidados.

Sería injusto que May se aferrara a su querida tía, tan injusto como su tío al declarar muertos a sus padres. Sencillamente, no había ninguna lógica sólida que respaldara la decisión.

La pendiente de la colina se volvió empinada. Los pensamientos de May se dispersaron mientras contemplaba el suelo y se concentraba en mantener el equilibrio.

—¡Eh, usted! —Una voz la llamó cuando se acercaba a la cima.

May se protegió del sol llevándose la mano a la frente y observó la ancha silueta del vizconde Evers, quien estaba de pie sobre la cresta, con las manos en la cadera como un conquistador. Estaba a unas yardas por debajo de él y no podía dar media vuelta educadamente y fingir que no había visto ni oído su llamado.

Lo mejor que podía hacer era maldecir en voz baja y prepararse para el encuentro. Una pena, la verdad. Estaba deseando disfrutar de las amplias vistas de Bath y de unos benditos momentos de soledad para aclarar su pobre y confusa mente. Ver al vizconde, ahora, cuando necesitaba olvidarlo, no le haría ningún bien a sus nervios.

—¿Necesita ayuda? —preguntó.

—Puedo arreglármelas bastante bien —contestó May, apretando los dientes cuando su pie resbaló en una roca. Perdió el equilibrio durante un instante, lo cual fue demasiado tiempo para su orgullo. Luego, articuló un «gracias» apenas audible.

—Dudo que pudiera apresurarme si llega a tropezar. Sin duda rodaría usted hasta Bath —dijo el vizconde. Una inconfundible carcajada resonó bajo su tono suave.

—Nunca esperaría que hiciera tal esfuerzo por mí, milord. —May había tomado un sendero difícil y se vio obligada a levantarse las faldas para dar el último y empinado paso hacia la cima. El hombre sinvergüenza no tuvo la delicadeza de apartar la mirada.

Una sonrisa diabólica se dibujó en sus mejillas y se cruzó de brazos.

—No sabes cuánto me alegro de que haya rechazado mi ayuda. Hubiera odiado perderme semejante vista.

—Es usted un canalla, milord. —May bajó la cabeza e hizo ademán de alisarse las faldas para ocultar su vergüenza.

—Y usted, señorita Sheffers, debe ser una muchacha descarada y alocada.

May levantó la cabeza rápidamente.

—¿Qué?

—Una muchacha descarada y alocada, señorita Sheffers. —El vizconde Evers no cambió la expresión de sus ojos, una mezcla embriagadora de diversión y atención.

Aquella mirada le robó el aliento a May, quien únicamente pudo susurrar:

—No sé a qué se refiere, milord.

Una ceja azabache se alzó en el rostro perfectamente serio del vizconde mientras miraba a su alrededor.

—Quizá haya escondido a su acompañante o la haya dejado atrás —dijo él—. Porque solo una muchacha de ese estilo se aventuraría tan lejos por su cuenta. ¿No le parece?

Al haber sido criada por una tía muy correcta, naturalmente estuvo de acuerdo. May solo hacía estas ocasionales excursiones matutinas a lugares que suponía desiertos.

—Mi tía no se encuentra lo suficientemente bien como para emprender tal caminata y nuestra ama de llaves está demasiado ocupada como para cargar con la responsabilidad de seguirme —explicó May. No era un argumento sólido, pero fue lo mejor que pudo pronunciar.

Maldito hombre. Su mezquina presencia enturbiaba su mente. May era una mujer independiente, acostumbrada a usar libremente sus pensamientos. No permitiría que le hiciera esto.

—Esperaba tener unos momentos de tranquilidad, milord. Su presencia aquí interrumpe tal propósito. —Consiguió decir en el tono más suave posible. Hacía bien en mantener sus pasiones bajo control ante un libertino que podía besarla con solo rozarle los labios con el pulgar.

El vizconde Evers se acomodó en el suelo, luchando con su pierna rígida.

—Creo que ambos buscamos lo mismo. Acompañeme usted. —Se sentó con las piernas extendidas hacia delante y palmeó el suelo a su lado.

May levantó la barbilla.

—No sería apropiado.

—¿Porque a su señor Tumblestone no le agradaría? —preguntó Evers, con tono burlón—. Pronto será su prometido, ¿no es así? Se mencionaron los nombres de ambos entre las murmuraciones de anoche. Una mujer dijo que usted debería estar agradecida por haber encontrado un hombre que estuviese dispuesto a desposarla. Hizo una vaga alusión a sus antecedentes familiares. —Inclinó la cabeza hacia ella.

La espalda de May se puso rígida. Su historia familiar no era asunto suyo. Dios sabe que le habían enseñado a guardar silencio al respecto. El tío Sires solía amenazarla con cortarles los rizos ambarinos y dejarla calva como un chelín si se le ocurría pronunciar el nombre de su padre en público.

—No tiene derecho a entrometerse en mis asuntos privados, milord —le espetó.

—¿Entrometerme? —El vizconde esbozó una sonrisa mezquina. May sintió que sus mejillas se ruborizaban al recordar cómo sus labios habían tocado los suyos—. Pues no, supongo que no tengo tal derecho. Solo me preguntaba quién en su vida consideraría impropio se sentara aquí, a mi lado, sin escolta. que

Un brillo voraz oscureció sus ojos. May retrocedió un paso.

—Quizá a mí me parezca impropio, milord. Hay peligro en el hecho de que una dama se encuentre a solas con un caballero, ¿no es cierto?

El vizconde no contestó de inmediato y, cuando lo hizo, su tono reflejaba pesar.

—Sí, señorita Sheffers, me parece que debe haberlo.



Radford había salido al amanecer sin rumbo fijo. La subida a la cima del acantilado Beechen había sido ardua, a pesar de haber elegido una pendiente mucho más fácil que el sendero absurdamente empinado que había tomado la señorita Sheffers. El esfuerzo había merecido la pena por los dolores que sentía en la pierna.

No había mentido cuando le dijo a May que su búsqueda era similar a la suya. Aquí arriba, con la ordenada ciudad georgiana abajo, acompasada por las agujas medievales de la abadía de Bath en su centro, Radford se sentía alejado... libre.

Su madre había expresado su deleite por lady Lillian durante todo el trayecto en carruaje hasta su casa la noche anterior. El matrimonio era un *fait accompli*, un hecho consumido, a juzgar por sus palabras.

En lugar de aliviar sus propias dudas sobre la decisión, la felicidad de su madre solo parecía reducir la jaula en la que había estado confinado el día en que su caballo fue abatido mientras él estaba debajo. Se sentía atrapado y furioso. Estaba maldiciendo a los pájaros de los árboles cuando la vio.

No debería haberle sorprendido. La señorita Margaret Sheffers, con sus inusuales rasgos de ninfa del bosque, se sentiría con mucha naturalidad aquí arriba, bajo el suave susurro de las hayas. Como si no le preocupase en absoluto ensuciar su vestido de algodón amarillo y blanco rayas, la muchacha ascendió en línea recta por el sendero más directo, aunque no el más sencillo.

Y ahora que ambos estaban juntos en la colina, Radford tuvo que luchar para que sus pensamientos sobre la dama no se desviaran del camino respetable.

—Usted estaba aquí primero. Le dejaré a solas con sus pensamientos, milord —dijo May, y se volvió para descender por el mismo sendero empinado.

—Espere —llamó Radford.

Por mucho que su compañía le molestara a él y a su soledad, sabía que su partida le dejaría más desdichado que antes. Se incorporó con dificultad, maldiciendo en silencio su idea insensata de holgazanear en el suelo como un petimetre de alta sociedad. En algún lugar de su mente, surgió un pensamiento horriblemente vergonzoso. La idea susurraba con voz cantarina que, si encontraba la forma de tumbarse en la hierba con aquella criatura de hadas, sus debilidades y dolores desaparecerían y se convertirían en nada más que un mal sueño provocado por un exceso de comida.

Sí, ella disiparía su miseria como el sol ahuyenta una pesadilla. Porque, ¿dónde más deberían ser desterrados tales temores sino a Avalon, al que esta criatura de misterioso origen debe llamar hogar?

—En buena conciencia, señorita Sheffers —dijo—, simplemente no puedo permitir que continúe deambulando por el campo sin escolta. Como caballero, me veo en la obligación de protegerla de sus imprudentes acciones.

La mirada sofocante que la muchacha le dedicó podría haber quemado el papel oriental de las paredes del salón. Se alegró de que estuvieran en un espacio abierto.

—Se lo pido, señorita Sheffers —dijo con mucho más tacto—. Sufriría terriblemente si me enterara de que se ha hecho daño en la larga caminata de vuelta a casa. Por favor, permítame acompañarla.

Tras una insufrible pausa, ella asintió brevemente. Había fruncido los labios hasta que se convirtieron en una mera línea y no se parecían en nada a los hinchados pétalos de pasión que él había saboreado la noche anterior.

El beso. Había varias cosas que Radford debía decirle con respecto a ese beso. ¿Por dónde empezar?

—No puedo seguirla por un sendero tan empinado —dijo él en su lugar, a pesar de que la muchacha había permanecido inmóvil, dejándole tomar la iniciativa y marcar el ritmo.

Caminaron en silencio varias yardas por un sendero bien transitado. Radford percibió cómo May se tensaba con cada paso hasta que pareció estar tan tensa como un arco a punto de disparar

una flecha.

—Puedo representar el papel de un libertino, señorita Sheffers, pero le garantizo que está tan segura conmigo como lo estaría con mi viejo perro guardián desdentado.

—Lo sé —aceptó May con demasiada prisa.

—Lo que quiero decir... —Le costó encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo podía explicárselo sin escandalizarla ni herir su sensibilidad virginal?—. Aunque disfruté mucho besándola y anhele hacerlo de nuevo, soy un hombre virtuoso. Nunca forzaría mis atenciones ni la pondría a usted en una situación que comprometiera su reputación.

—Gracias —replicó ella.

Sus respuestas tan escuetas se le clavarón en las entrañas. No le estaba poniendo las cosas fáciles. ¿Y por qué debería hacerlo? Había sido testigo de cómo la trataba la sociedad. Era la acompañante de lady Winifred, el rango más bajo que podía tener una dama joven. La mayoría de los invitados a la fiesta de Newbury la ignoraban. Ni siquiera parecía importarle el hecho de que se esperaba que se retirase discretamente de entre los asistentes elegantes y se desvaneciera como una humilde servidora en las paredes revestidas.

Radford había estado a punto de intervenir en la fiesta de la noche anterior cuando la vivaz lady Iona había aparecido y se llevó del brazo a la señorita Sheffers entre una multitud de mujeres. De hecho, la familia Newbury, con la excepción de lady Lillian y su madre, trataba a la señorita Sheffers como a una más de ellos, como parte de la familia.

Por muy interesantes que fueran sus pensamientos errantes, no resolvían en absoluto cómo iba a abordar el hecho de besarla. Debería ofrecer alguna explicación adicional. ¿Pero cuál?

—¿Por qué se niega a usar bastón? —preguntó May, interrumpiendo el silencio que se hacía cada vez más extenso.

La pregunta detuvo a Radford en seco. No estaba preparado para hablar del tema. Sus heridas eran su carga y solo suya. Hablar de ellas solo las haría más reales.

Verdaderamente creía que si se esforzaba, ignorando el dolor y las debilidades, podría eliminar el daño.

La señorita Sheffers se detuvo en el camino de hierba y se volvió hacia él.

—Mi tía suele rechazar la ayuda de un bastón. Me parece que el orgullo la impide depender de semejante lujo. En cambio, se apoya con fuerza en mi brazo.

—Debe ser una carga considerable. Lady Winifred debe pesar al menos veinte *stones*.

—Es una que llevo con gusto. Dispongo de hombros fuertes. —La señorita Sheffers levantó la cabeza y le miró a los ojos desde bajo su sombrero de paja—. Pero usted no se apoya en nadie. ¿Por qué?

—No lo necesito.

Una lenta sonrisa, la expresión más cercana a la lástima que había visto en sus vivaces facciones, se le clavó en el vientre como una espada helada. Lo último que quería de parte de la muchacha era lástima.

—Se engaña a usted mismo, milord. Inclinarle ante el uso de un bastón no puede menoscabar su hombría. Sus heridas, por pasajeras que sean, son una realidad...

—No sabe nada. No puede comenzar a imaginar qué ha sido de mi vida —terció Radford amargamente.

—En cambio, mi tía, nunca se recuperará —dijo en el mismo momento—. Solo se debilitará.

Radford no pasó por alto la cruda tristeza que oyó en su voz.

—Lo lamento —dijo—. Me refiero a lo de su tía. ¿Es su única familia?

—También tengo a mis padres y a mi tío, el conde de Redfield —contestó May, pero las palabras sonaron vacías.

—Ah —musitó el vizconde. Aquella historia escondía algo más, pero los detalles exactos solamente podía conjeturarlos—. El conde es el hermano de lady Winifred, ¿cierto? ¿También ha sido él quien le ha presentado a su amado, el señor Tumblestone?

May parpadeó con rapidez. Era evidente que había tocado un tema delicado.

—Hay consideraciones más importantes que el amor cuando se considera el matrimonio, milord.

—Por supuesto. Entonces ha encontrado a un hombre adinerado, ¿no? —bromeó—. ¿Quizá posee la mitad de Inglaterra?

—No me parece que el estado financiero del señor Tumblestone sea de su incumbencia. —Se adelantó a paso ligero.

A Radford le costó muchísimo alcanzarla cuando dobló la colina en dirección a Sydney Gardens. Su cojera se hacía cada vez más notoria y sentía que el pie se le desgarraba por dentro.

—Más despacio... —El sudor perlaba la frente del vizconde—. Por favor.

May echó un vistazo en su dirección y se detuvo rápidamente.

—¿Le duele algo?

—¡No, maldita sea! Por el amor de Dios, ¿qué clase de dama decente marcha a un ritmo que rivaliza con el de un endiablado soldado de infantería?

—Le duele. —May lo cogió del brazo. Había en sus delicadas extremidades una fuerza considerable—. ¿Se apoyará en mí... o prefiere descansar?

Un árbol derribado yacía cerca del sendero. Aunque Radford estaba más que decidido a seguir adelante y soportar el dolor, el firme agarre de May le condujo hacia el tronco podrido.

—Hace un día tan bonito —dijo mientras se arreglaba las faldas y se sentaba en el tronco sucio sin preocuparse por las manchas que pudiese causar—. Creo que nada me gustaría más que tomarme un momento para disfrutar del sol antes de regresar a la casa de campo.

La sonrisa de la muchacha era tan radiante como el sol. Radford no pudo evitar mirarla y maravillarse. Mentía tan bellamente para salvar su orgullo. May se sentó sin molestarle, sin presionarle para que se uniera a ella y le quitara peso de la pierna. Simplemente miró a lo lejos, contemplando la ciudad que resplandecía con la gloria de la mañana y, en efecto, le ignoró por completo.

Como habría sido descortés despreciar sus esfuerzos por proteger su orgullo, Radford se acomodó junto a ella en el tronco y estiró la pierna rígida. El cómodo silencio se prolongó durante varios minutos.

Fue él quien finalmente interrumpió el momento.

—Tengo intención de informar a mi administrador, Bannor, que anule la orden de desahucio —dijo—. Debe saber que su tío ha pagado el alquiler atrasado.

La señorita Sheffers no se volvió para mirarle. Se reservó sus propios pensamientos.

—Comprendo que se encuentra usted en una situación de escasez de fondos. Pero, como me agradaría llamarla mi amiga, me repugnaría obligarla a abandonar su morada. Sepa que puede seguir viviendo en Sydney Place todo el tiempo que necesite.

—Sería impropio aceptar eso, señor. Me niego a vivir como una mujer mantenida. —Su tono mordaz le sorprendió. ¿Cómo podía no ver que le estaba haciendo un favor?

—¡Dios mío, me ha malinterpretado! No le estoy pidiendo que sea una. —No podía demorarlo más. Tendrían que hablar sobre el beso—. Lo que pasó anoche fue una fugacidad, un capricho asombroso que nunca se repetirá... —*Lo que supondría un gran sacrificio.*

Su cuerpo ansiaba probar de nuevo su dulce néctar.

La señorita Sheffers negó con la cabeza.

—No importa que usted espere un pago por su amabilidad o no. Lo único que importa es lo que la sociedad creería. No arriesgaré mi reputación de esa manera. No necesita preocuparse por mis asuntos, yo misma me encargaré de ellos.

—¿Lo hará casándose con un hombre que tiene edad suficiente para ser su abuelo? —Radford reconoció enseguida que era un error por su parte insistir en la cuestión. Las atenciones del señor Tumblestone claramente la inquietaban. Aunque la muchacha no hacía nada públicamente para despreciarlo, Radford había visto con toda claridad la forma descorazonada en que fruncía el ceño cada vez que sonreía al anciano caballero.

—Perdóneme, señorita Sheffers, ese comentario fue indigno de usted —se excusó rápidamente—. Verdaderamente gustaría que me considerase un amigo. No indagaré más en sus asuntos.

El sombrero de la muchacha se movió cuando hizo un gesto vago.

—Deseo que seamos amigos —insistió Radford. No había nada en el mundo, aparte de su salud, que deseara más. Estar con ella, enredarse con sus propias palabras y actuar como el caballero más bruto y tosco que alguna vez hubiese existido era lo más divertido que había experimentado desde que regresó de la Península más muerto que vivo.

Por primera vez en meses, tenía ganas de levantarse por la mañana.

—Quítese la bota —dijo la muchacha de repente, con un tono tan claro como el de un general. Su repentino cambio de actitud y el hecho de que el pie palpitante pareciera estar a punto de romperle las costuras del zapato hicieron que Radford se apresurara a obedecer.

La diminuta señorita Sheffers se arrodilló en el suelo y le acunó el pie herido en el regazo.

—Está hinchado —murmuró después de masajear suavemente los músculos. Su hábil tacto alivió lo peor del dolor y envió una sensación cálida en espiral por todo su cuerpo. Ah, si esos dedos mágicos suyos subían un poco más por su muslo, dudaba que pudiera responsabilizarse de sus actos.

Se volvió la cabeza para mirarle, entonces. ¿Era su roce tranquilizador o la aguda inteligencia que brillaba en sus ojos violeta lo que más aliviaba el dolor punzante? Una pregunta surgió en sus labios abiertos, que formaron una delicada letra «o».

Dios santo, tenía que conseguir controlar su cuerpo rebelde antes de asustar a la pobre dama intentando besarla de nuevo. Radford ensayó una sonrisa indulgente.

—¿Sí, señorita Sheffers?

—¿Ha caminado hasta aquí desde Sion Hill? ¿Atravesando toda la ciudad y subiendo esta colina? —preguntó May. Antes de que Radford pudiera responder, ella prosiguió—: Es usted un hombre insensato, mi lord. Un hombre muy, muy insensato.

—¿Le parece? —Nadie, aparte de Wynter, se había atrevido a llamarle insensato. Y no solo lo dijo una vez, sino tres. Tres veces le llamó necio. La acusación no le sentó bien.

—Solo un insensato abusaría así de su cuerpo —dijo.

—¿Es así? —¿Cómo se atrevía? Quizá se había equivocado. Quizá la señorita Sheffers no podía considerarse una amiga. Sí, su sola presencia le ayudaba a olvidar sus dolores. Sin embargo, al mismo tiempo, le exasperaba constantemente hasta el punto de hacerlo peligroso.

Radford agarró la bota, se la puso en el pie hinchado y se levantó.

—Ahora la acompañaré a casa —declaró.

Si prolongaba la situación, permitiendo que ella lo reprendiera mientras le masajeaba el pie con sus dedos feéricos, pronto se sentiría obligado a zarandearla o besarla. Y ese género de

imprudencia no podía permitírsela... no mientras estuviera decidido a convertir a lady Lillian en su esposa.

Capítulo 8

Tía Winnie estaba en el umbral de la casa, con una mano en la cadera y la otra apoyada en la jamba de la puerta. May miró rápidamente a lord Evers. De repente se sintió tan traviesa como una niña a la que han pillado robando caramelos en la cocina.

—Lady Winifred. —Lord Evers se acercó a Winnie y le ofreció una pintoresca reverencia—. Con mucho gusto dejo a su joven acompañante a su cuidado. —Sonrió como un gato que acaba de volcar el tarro de la harina. Con un movimiento de muñeca, inclinó su sombrero con la habilidad de un hombre versado en el fino arte de la seducción. Luego bajó la cabeza y le dedicó a May una inclinación llena de promesas y malicia antes de marcharse.

La tía Winnie entrecerró los ojos al verlo alejarse cojeando. La querida tía de May no había invitado al vizconde a tomar un refrigerio, ni tampoco le había preguntado si necesitaba descansar la pierna cansada.

Sin duda, había encendido su ira.

—Tía... —comenzó May, pero la interrumpió una mirada tranquilizadora.

—Ve a sentarte en el salón, niña.

May obedeció sin rechistar. A estas horas de la mañana, el salón, con sus cortinas negras y doradas y sus sillas tapizadas a juego, estaba sumido en las sombras. Parecía tan lúgubre y oscuro en comparación con el brillante cielo matutino que acababa de compartir con el vizconde.

No debió haberse dejado llevar de aquella forma. Nunca debería haber aceptado que el vizconde la acompañara a casa. Pero su conversación había sido muy animada. Él conocía los escritos de Mary Wollstonecraft e incluso estaba de acuerdo con algunos de sus preceptos. Habían debatido filosofías de buen corazón hasta que la casa que ella compartía con su tía se hizo visible. Después, en silencio y como de mutuo acuerdo, se dirigieron a la residencia. Qué locura creer que la aventura de la mañana había sido segura.

Suspirando profundamente, May eligió una silla cerca de la ventana y esperó a que la tía Winnie comenzara su sermón.

Sin duda, se lo merecía. ¡Qué necedad la suya al haber llamado insensato a lord Evers! Y aún más insensata había sido al creer que aquel pícaro desvergonzado intentaría besarla... al desear que volviera a presionar sus labios contra los suyos. Necesitaba una chaperona que la protegiera de sí misma, pues nunca antes había existido en el mundo una mujer tan insensata como ella.

—Te prometo que nunca más... —De nuevo, la mirada tranquilizadora de su tía le impidió terminar su promesa de no aventurarse nunca en el monte sin compañía.

La tía Winnie permaneció de pie. Resopló varias veces antes de hablar, su torso corpulento se agitaba por el esfuerzo que le suponía.

—El vizconde Evers —dijo al fin con un tono altivo muy parecido al de su hermano—. ¿Qué tan bien conoces a ese pobre diablo?

Seguramente, la tía Winnie debía estar creyendo que May se había escapado para tener una cita secreta entre amantes. Un sentimiento de mortificación floreció de nuevo dentro de la muchacha, y sus mejillas se ruborizaron con un vigor incontenible. Por primera vez se alegró de su tono oscuro de piel, que no estaba de moda. Su tez aceitunada ocultaba todos los cambios de tono salvo los más profundos.

—Juro que no es más que un amigo, tía. Estaba paseando por el acantilado de Beechen

cuando me lo encontré. Insistió en acompañarme a casa.

Tía Winnie observó a May durante unos largos minutos, deliberando si debía confiar en su sobrina descarriada. Por fortuna, May siempre había sido una pésima mentirosa. De niña, nunca conseguía librarse de una travesura sin romper a llorar y confesarlo todo.

—Te lo aseguro, tía. El encuentro fue del todo inocente —dijo May con determinación.

La tía Winnie finalmente cedió con un prolongado suspiro de alivio. Se acomodó en su sillón predilecto, cerca del fuego.

—Ruego que en adelante te conduzcas con mayor prudencia, especialmente teniendo en cuenta tu posible enlace con el muy correcto señor Tumblestone.

Winnie no tenía que alzar la voz ni proferir órdenes severas para imponer su voluntad. La fuerza del castigo residía en sus ojos. La mirada dura hizo temblar a May, tal como siempre había sido. Tía Winnie se comportaba con una gracia que no admitía desobediencia.

May bajó la cabeza.

—Así lo haré, tía.

—¿Deseas casarte con el señor Tumblestone?

No era una pregunta que May pudiera responder con facilidad. Levantó la cabeza y advirtió que el cabello de su tía, que asomaba debajo de la cofia, parecía más gris y su tez había adquirido un tono bilioso en los últimos días.

—Quiero que seas feliz —repuso May mientras acariciaba con los dedos los gruesos hilos que adornaban su silla—. Quiero que recibas los mejores cuidados y que no debas de preocuparte por mí.

El brillo de unas lágrimas amenazó con asomarse a los ojos fatigados de su tía.

—¿No preocuparme por ti? Yo te he criado, May. Te quiero. Siempre me preocuparé por ti. Lo llevo en la sangre.

La declaración hizo que May se sintiera más decidida a hacer lo correcto por Winnie.

—Creo que me gustaría tener una familia —admitió May—. Y el señor Tumblestone, aunque no sea ideal, parece un caballero estable. Me siento afortunada de que me considere una opción atractiva.

Winnie frunció el ceño al oír esto último.

—Y respecto a lord Evers, ¿cuáles son tus sentimientos hacia él?

Sabía que era inútil mentir, por lo que May intentó desviar la pregunta.

—Mis sentimientos hacia el caballero carecen de mayor importancia. Está decidido a desposar a lady Lillian.

Winnie arrugó el entrecejo y pareció concentrarse profundamente durante unos largos instantes.

—No suponía que fuera tan necio —dijo la tía al cabo de un rato—. Tal vez necesite conocer sus opciones.

—No importaría, tía —se apresuró a decir May.

Si su futuro realmente era estar con el anciano señor Tumblestone, su corazón no podría sobrevivir ni a la más mínima esperanza de que pudiera haber un hombre en el mundo capaz de amarla, apreciarla y emocionarla al mismo tiempo.

—Lo que quiero decir es que, aunque me encontrase atractiva, su rango sigue siendo demasiado alto para que alguien como yo pueda aspirar a él. Un emparejamiento así seguramente causaría un escándalo.

—Tonterías, May. Harías bien en recordar...

Tía Winnie no tuvo ocasión de decirle a May lo que necesitaba recordar porque en ese

mismo momento alguien llamó a la puerta con fuerza, y seguidamente se oyó una carcajada.

—Hablares de esto más tarde —prometió Winnie y se removi6 en su silla mientras esperaban a que Portia, su pobre ama de llaves sobrecargada de trabajo, condujese a sus invitados al salón.

Lady Iona irrumpió en la habitación con una mirada aprensiva que alternó entre May y la tía Winnie.

—¿Por qué no estuvieron presentes en el balneario esta mañana? —exclamó—. Me preocuparon mucho. Por favor, díganme que nada ocurre, no después de la fiesta de madre y padre de anoche. Se les rompería el corazón si se enterasen de que los festejos le han causado algún daño, lady Winifred.

May se levantó de la silla, corrió por la habitación y entrelazó sus manos con las de Iona para tranquilizarla.

—Tía Winnie estaba fatigada después de la fiesta y debo admitir que yo también. El alboroto de los últimos días nos está agotando a ambas.

—Desde luego —dijo lady Lillian al entrar en la estancia detrás de su hermana. Su brazo delgado y blanco como la nieve se enlazó con el de lord Nathan Wynter. La voz tranquila que solía emplear atrajo a May para inclinarse hacia ella y prestarle toda su atención.

Un elegante vestido rosa se arremolinaba entre los tobillos de Lillian mientras recorría la habitación para acercarse a May. Se movía como un ángel, como un hermoso espíritu espectral caído de los cielos.

—Debe estar fuera de sí de júbilo ante la idea de aceptar una propuesta de matrimonio.

—No ha habido propuesta alguna —se apresuró a señalar Iona—. Tampoco la habrá, si de mí depende.

—Bueno, no depende de ti —dijo Lillian con una brusquedad que rara vez se oía fuera del hogar de la familia Newbury.

Lord Nathan se liberó de las encantadoras garras de Lillian y se interpuso entre las dos hermanas. Su fino abrigo azul marino hacía juego con sus relucientes ojos cerúleos, y sus pantalones de corte impecable le sentaban con completa naturalidad, como si de una segunda piel se tratasen.

Iona miró al caballero y se bamboleó, una reacción que May encontró sumamente interesante.

—Señoritas, por favor. Ni siquiera he tenido la oportunidad de saludar a nuestros sufridos anfitriones.

En el momento de silencio que había creado, Lord Nathan saludó reverentemente a la tía Winnie, esbozando una inclinación digna de una reina. Winnie pareció cautivada por la alegre sonrisa de lord Nathan y sus facciones masculinas y cuadradas. Iona suspiró, haciendo que May se preguntara si su amiga podría estar aún más encantada por sus elogios floridos hacia Winnie que la propia Winnie.

—Espero que no nos veamos obligados a prolongar nuestra estancia —señaló la perfecta Lillian, sin alzar la voz lo suficiente como para que la escuchara alguien más que May. Lillian y May nunca se habían llevado bien. Desde su primer encuentro, Lillian había dejado muy claro que, al igual que la mayoría de la sociedad, desaprobaba el pedigrí de May. Sin embargo, Lillian poseía la educación y los modales de una dama, por lo que presentó sus más cálidos respetos a la tía Winnie.

La muchacha incluso llegó a sentarse junto a Winnie y comenzó un largo discurso sobre cómo había convencido a su padre para que le comprara el extravagante sombrero que reposaba

inclinado sobre su cabeza. Tres brillantes plumas de avestruz rosadas se mecían mientras parlotaba sobre cómo no podía prescindir del sombrero de plumas ahora que estaba siendo cortejada activamente.

—Verá —dijo Lillian con esa voz suave suya, que la hacía sonar siempre tan inofensiva—, el vizconde Evers se ha fijado en mí.

Una aguda punzada de celos se encendió en el pecho de May, quien se sintió irresistiblemente tentada a escuchar.

—Madre dice que soy adecuada para ser la esposa de un hombre de su posición social. Imagine los bailes y reuniones de té que organizaré en su residencia de Londres. También dice que me integraré magníficamente y me convertiré en el furor de Londres. Las damas de la más alta categoría suspirarán por recibir una invitación. Pero no tema, pues por supuesto que la invitará a todos los eventos, lady Winifred. Puede traer también a su peculiar acompañante.

—Es muy amable de tu parte, querida —dijo Winnie con frialdad, mientras Lord Nathan se ahogaba con un breve acceso de risa.

Luego le guiñó un ojo a Iona, quien inmediatamente le devolvió el gesto.

Cuánta curiosidad le daba aquel comportamiento. Algo enrevesado tramaban entre los dos. May rezó por tener pronto tiempo libre para que la incluyesen en cualquier travesura que estuvieran tejiendo. Tal vez planeaban enseñarle a lady Lillian una lección de humildad.

«Que Dios me condene», se reprendió May. No tenía derecho a desearle el mal a lady Lillian. El vizconde se merecía todo lo bello y perfecto, incluida Lillian.

La envidia era una emoción más propia de una dama con el estatus y la aceptación social necesarios para competir con una perfección tan encantadora. May no tenía nada que ofrecer al vizconde, aparte de un apellido familiar mancillado y una cartera vacía.

Además, no tenía tiempo ni energía que malgastar en sueños imposibles. Su vida estaba tan trastocada en aquel momento que dudaba si tendría tiempo para leer la última novela gótica, y mucho menos para intentar disfrutar de alguna travesura con su mejor amiga.

Sin embargo, su curiosidad indómita volvió a despertarse cuando lord Nathan e Iona se deslizaron disimuladamente hacia la puerta del salón y conversaron en privado mientras May y la tía Winnie escuchaban educadamente mientras Lillian no paraba de hablar sobre sus planes futuros con lord Evers.

—Naturalmente viviremos en Londres la mayor parte del año. Pero desearemos seguir a Prinny a Brighton en verano, ¿no les parece? Bath tiene sus beneficios, nunca he visto el estómago de mi madre tan calmado, pero la vida social puede resultar tan cansina con las clases bajas dándose aires solo porque tienen unos cuantos chelines de sobra. He oído que Brighton no es nada parecido.

Winnie asintió y sonrió afectuosamente a la joven, dándole palmaditas en la muñeca de vez en cuando. Se llevó una mano temblorosa a los labios mientras reprimía un bostezo. May supuso que su tía hacía tiempo que hubo dejado de escuchar y se estaba cansando rápidamente.

—¿Debo llamar para que traigan el té? —preguntó May cuando Lillian hizo una pausa para respirar. Ofrecer té era lo correcto, pero no era ése el motivo por el que May lo había sugerido. Lillian nunca vendría de visita de buena gana. Iona debió haberlas desviado de su destino original para interesarse por la salud de May y la tía Winnie. La forma más rápida de hacer que se marcharan —aunque no es que a May le importara apresurar a nadie más que a Lillian— era ofrecerse a iniciar el proceso para calentar el té.

Lillian reaccionó exactamente como May había predicho. Se levantó de la silla como si el fuego la hubiese alcanzado.

—¿Tomar el té? Oh, me temo que no. No podríamos, en verdad. Les ruego que me disculpen, pero lord Nathan me acompaña a visitar a lord Evers. Es una visita abierta a todos, por supuesto, hay una multitud de gente con nosotros y también está la madre de lord Evers en la residencia.

Dios bendito, la lengua de Lillian corría sin freno alguno. May asintió, aunque su sonrisa fingida empezaba a dolerle.

—Evers ha comprado un caballo nuevo. Una yegua joven —explicó tranquilamente Wynter tras la excusa de Lillian para marcharse—. Su preciado semental le ha servido como reproductor, por lo que podrán comprender su natural entusiasmo con la llegada del caballo hoy y su intención de presumir de su nueva adquisición ante lady Lillian.

—Oh, sí. —Las mejillas de Lillian resplandecieron—. Ha mandado a traer a la yegua hasta Bath en lugar de a sus establos en Northhamptonshire, a un gran costo, solo para poder contemplarla. Debemos irnos. Sería una pena llegar tarde.

—Es usted bienvenida a acompañarnos, señorita Sheffers. Evers disfruta presumiendo de su habilidad para elegir entre las mejores yeguas. —Wynter compartió una mirada alegre con Iona.

A pesar de sus sospechas sobre los motivos de su mejor amiga, el corazón de May saltó ante la tentación de aceptar. Era absurdo querer pasar tiempo con un hombre destinado a herir su corazón. Haría bien en centrar sus pensamientos en lo racional, en lo lógico.

Eso es precisamente lo que habría hecho Mary Wollstonecraft.

—Gracias por la amable invitación, pero debo rechazarla —repuso May, avanzando hacia la tía Winnie como si buscara apoyo en esa dirección—. Estoy muy ocupada, ya ven. Y mi tía no se encuentra del todo bien. Me preocuparía terriblemente dejarla sola.

—Pero May, debes acompañarnos. —Iona tiró de su brazo—. Me sentiré irremediabilmente disgustada contigo si te niegas.

May lanzó una súplica silenciosa en dirección a la tía Winnie. La anciana se llevó la mano a la boca para cubrir un bostezo y murmuró algo sobre querer tomar la siesta todo el día.

Incluso lord Nathan se unió a las persuasiones con la tentadora oferta de obsequiar a todas las mujeres con bombones por el camino.

Únicamente la esbelta lady Lillian apoyó la razonable decisión de May.

—Permítele quedarse, Iona. Su ocupación es cuidar de lady Winifred, ¿no es así? No deberíamos fingir que es algo distinto de lo que es.

—¿Y qué es? —se apresuró a preguntar Iona, aunque no había necesidad. May se había dado cuenta desde temprano de cómo la mayoría de las damas de sociedad no la trataban diferente a una criada.

Tía Winnie se levantó de la silla y acalló la sala con un único aplauso.

—May, pasas demasiado tiempo con damas y caballeros mucho mayores que tú. No es saludable. Un joven necesita la compañía de otros jóvenes. Irás.

Ni siquiera lady Lillian se atrevió a oponerse a una orden tan clara. Alzó la nariz antes de aferrarse de nuevo al brazo de lord Nathan.

—No estaba bromeando, ¿verdad, milord? —susurró ella después de despedirse de la tía Winnie—. ¿Nos va a obsequiar con chocolates?

Lord Nathan murmuró unas palabras tranquilizadoras y se dejó conducir fuera de la habitación.

May besó a su tía en la mejilla y prometió no ausentarse mucho tiempo mientras Iona sacaba a May a toda prisa del salón en persecución de lord Nathan y Lillian.

Dado que la decisión no estuvo en sus manos y habría sido muy descortés llevarle la

contraria a su tía, May decidió disfrutar de la excursión vespertina... aunque eso supusiera arriesgar su corazón, el cual aún no había probado.

Capítulo 9

Radford miró el bastón que tenía sobre el escritorio de arce tigre del estudio y se quedó pensativo mientras esperaba la llegada de Bannor. Tenía muchas razones para sentirse ansioso. Por un lado, su jefe de cuadra debía llegar en una hora para que Radford pudiera ver de primera mano a la yegua joven que había comprado al duque de Grafton. El caballo solo se quedaría en Bath unos días antes de que el jefe de cuadra regresara a sus establos en Northhamptonshire.

Desde el accidente, Radford había evitado sus caballos. Incluso dejó el cuidado exclusivo del par de tordos juguetones y perfectamente idénticos que utilizaba para su carruaje en las hábiles manos del joven mozo que había traído consigo a Bath. Así que hoy, su impaciencia por conocer por fin a esta nueva yegua, criada de uno de sus propios sementales, estaba teñida de una agridulce anticipación. ¿Qué sentiría al verla y saber que nunca sería él quien la montara? Nunca volvería a conocer de primera mano la personalidad de un caballo en los vastos campos y bosques de su finca.

Tales preocupaciones eran motivo suficiente para cavilar. Entonces, ¿por qué insistía en culpar a la obstinada señorita Sheffers por la mayor parte de sus nervios?

En el sendero de bajada por el acantilado de Beechen, la muchacha había insistido en que la usara como apoyo. ¡Ella, una mujer delicada, nada menos! Él había sido humillado. Avergonzado. Nunca debería un hombre ser tan traicionado por su propio cuerpo que se viera obligado a depender de una mujer.

Ah... pero su ayuda había alivianado los agudos dolores que le atormentaban la pantorrilla y el pie. ¿Podría ser esa la razón por la que había pasado los últimos quince minutos contemplando su bastón?

—No se puede forzar a un caballo con una pata coja —refunfuñó para sus adentros. Un caballo requería de tiempo y una buena dosis de cuidados para sanar. No reparaba en gastos para mimar a sus caballos y mantenerlos sanos. Entonces, si sabía lo que se necesitaba para curar una lesión, ¿por qué iba a hacerle falta la regañina de una mujer?

Aquella criatura obstinada y totalmente olvidable con aspecto de duendecillo le había llamado insensato. Además, se había excedido y demostrado su propia estupidez insistiendo en que se apoyara en su brazo.

No era un caballo, pero era de carne y hueso al fin y al cabo. May tenía razón. Si quería curarse tendría que tomarse un tiempo y mimarse a sí mismo por un tiempo.

¡Maldita sea! Debía de ser un tonto... porque no deseaba otra cosa que enviar a buscarla y prodigar poéticos sentimientos de gratitud sobre su delicado ser. Peor aún, deseaba tenerla a su lado para que le infundiera valor cuando saliera a ver a su nuevo caballo.

Y besarla... oh, sí, besarla. Se había visto tentado a cubrir sus labios con los suyos cuando ella se atrevió a llamarle necio. La tentación no había disminuido. Aún quería besarla y, que Dios le ayudara, tal vez también quería hacer algo más.

—¿Milord? —Bannor estaba de pie en el umbral de la puerta, con expresión de absoluto bochorno—. He tocado a la puerta —explicó en voz baja.

Radford se dio cuenta de repente de que había levantado su maldito bastón y lo había estado golpeando contra el suelo mientras se recriminaba en silencio. No tenía derecho a sentir esos condenados sentimientos por una mujer tan corriente como la señorita Sheffers, quien no era, en absoluto, adecuada para casarse con él; hecho que la endemoniada lista ya había demostrado.

Emplearía mucho mejor su tiempo contemplando cómo complacer a su lady Lillian o revisando asuntos de negocios con su administrador.

Con un rápido gesto, el bastón cayó al suelo. Se aclaró la garganta.

—Antes de que empecemos a revisar los libros —dijo— tengo un asunto de negocios que consultarte.

Bannor asintió con la cabeza, como si ver a su jefe en un arrebato fuera algo común. Se ajustó las gafas de montura de alambre y ocupó su asiento habitual frente al escritorio de Radford. Sus ágiles dedos retiraron una pluma del tintero y la secaron con gran precisión.

Bannor lo hacía todo con precisión. El padre de Radford no habría contratado a este hombre como encargado de los asuntos de su finca si no hubiera sido un modelo de perfección.

—¿Cuál es ese asunto, milord? —preguntó una vez terminado el largo ritual de preparar sus papeles en el escritorio.

—La joven que alquila el número doce de Sydney Place. —Radford mantuvo su tono deliberadamente neutral.

—¿El número 12? —Bannor jugueteó con sus papeles—. Ah, sí, la señorita Margaret Sheffers. Aunque se ha pagado el alquiler atrasado, no hay indicios de que ni ella ni su anciana tía puedan producir futuros pagos. Deberían irse a fin de mes.

—Sí. —Radford hizo un gesto negligente con la mano—. Respecto a eso, no las desaloje. Si desean marcharse por voluntad propia, naturalmente no podemos impedirselo. Pero no permitiré que las eche usted.

A Bannor se le cayó la pluma. La tinta salpicó su libro de contabilidad.

—Pero, mi lord, no somos una caridad.

—Ni esto será una práctica habitual. Dígame, ¿qué sabe sobre la dama? —Aunque le había prometido no entrometerse en sus asuntos, Radford no pudo evitar la sensación persistente de que, como caballero, estaba obligado a tomar alguna acción. Ella estaba considerando casarse con un vejestorio, por el amor de Dios. La señorita Sheffers tenía que estar al borde de la desesperación.

—Hablé con su banquero. Me dijo que su cuenta había sido embargada por los tribunales. Desconozco el motivo.

—¿Y su familia? Supongo que está emparentada con el conde de Redfield.

—Es su tío —explicó Bannor, aunque Radford ya lo sabía—. Su madre, me parece, era la hermana menor del conde. La señorita Sheffers cuida de su tía, que es la hermana mayor del conde. Sin embargo, percibo una relación tensa entre el conde y su hermana. Imagino que esa es una de las razones por las que ambas damas han estado en dificultades durante tanto tiempo.

—Muy bien. —Esto no le revelaba nada nuevo a Radford—. Averigua todo lo que puedas sobre las dos mujeres lo antes posible. Quiero secretos profundos y oscuros, si es que existen. ¿Entendido?

Bannor tragó saliva y se reajustó las gafas.

—¿No... no estará planeando usted coaccionar a la joven de alguna manera deshonrosa, verdad? —susurró la pregunta.

—Todo lo contrario, Bannor. Al reunir esta información espero evitar que alguien más haga precisamente eso.

Bannor soltó un largo suspiro de alivio.

—Además, Bannor, esa fue una pregunta impertinente. En el futuro, le advierto que no toleraré tales cuestionamientos sobre mi carácter. Si vuelve a ocurrir, puede que se encuentre en la necesidad de buscar empleo en otra parte.

Bannor asintió furiosamente y se tiñó de un carmesí brillante.

—Debe perdonarme, milord. No pretendía insultarle. De verdad, no fue mi intención.

—¿Revisamos los libros? —propuso Radford, con la esperanza de pasar el momento incómodo lo antes posible. Tenía por delante un día repleto de momentos incómodos y no deseaba recrearse en ninguno de ellos.



Por más que lo intentó, May no pudo evitar que su estómago se revolviese nerviosamente cuando el mayordomo del vizconde de cara larga, Jeffers, abrió lentamente la pesada puerta. Dio un respingo cuando se encontró mirándola a ella y a la sonriente lady Iona.

Lord Nathan gruñó y, sin prestar atención a la muda sorpresa de Jeffers ni a la inquietud de May, avanzó con determinación, conduciendo al grupo hacia el salón. Con sorprendente atrevimiento, se anunció a sí mismo y a las damas ante una mujer de aspecto frágil que reposaba en un sofá de terciopelo.

La mujer se incorporó ligeramente y, sin dejar de sonreír, regañó a lord Nathan por su comportamiento poco convencional. Levantó la mano para que éste se la besara. Iba vestida con capas de las telas más delicadas que existían y su sedoso cabello castaño era canoso.

Así que ésta era lady Evers, la madre del vizconde, pensó May cuando terminaron las presentaciones. Lady Evers se levantó con mucho cuidado, como si temiera que sus delgados huesos pudieran romperse. May se preocupó por un momento de que las debilitadas piernas de lady Evers no fueran capaces de sostener su peso. Pero la dama sorprendió a May cuando logró cruzar la sala y abrazar a lady Lillian con gran entusiasmo.

Tomó el rostro de la joven entre sus manos.

—Cada vez que te veo, pienso que eres tan hermosa como una joya. Mírate —dijo. Su mirada se desvió hacia May y se detuvo por un momento en Iona—. Y a tu hermana. Las declaro a ambas diamantes de primera calidad.

La sonrisa natural de May se volvió forzada. No había motivo para sentirse menospreciada. La reacción de lady Evers ante ella no había sido diferente la noche anterior, ni tampoco de la de varios miembros de la alta sociedad. Pero aquí, bajo el techo del vizconde, la expectativa de lady Evers de que May pasara dócilmente a un segundo plano le escocía más que cualquier insulto velado que lady Lillian pudiera proferir.

Naturalmente, Lillian e Iona aceptaron los elogios y entablaron una cómoda conversación con la madre del vizconde. Era justo que Lillian se hiciera amiga de lady Evers. Después de todo, era muy probable que aquella mujer se convirtiera en su suegra.

«Sólo una vez», pensó May. Su sonrisa se tensó hasta que le dolió la mandíbula. «Por una vez, me gustaría ser la bonita, la que todos desean amar». Pero eso nunca ocurriría. Ni siquiera sus padres, las dos personas que deberían amarla sin importar lo fea que fuera, la habían querido lo suficiente como para quedarse a su lado.

Se retiró hacia el asiento de la ventana, como era su costumbre, y permitió que la pasasen por alto. Quizá fuese una intrusa... pero tenía su orgullo.

Un tiempo interminable pasó antes de que lord Evers entrara en el salón. Bastón en mano, estaba dando a su pie herido un merecido descanso. A pesar de la incomodidad de May por ser la invitada olvidada, su sonrisa se relajó al verle usar aquel bastón. Sus palabras de aquella mañana debieron de surtir efecto. El vizconde permitía que su bastón de madera finamente pulida con la empuñadora dorada soportara el peso de su pierna lastimada... y se veía más apuesto que nunca por ello.

Su mirada recorrió la habitación. Una breve vacilación ensombreció su expresión al pasar la vista del encantador puchero de Lady Lillian a su bastón y de nuevo a Lillian. La joven interpretaba el papel de coqueta a la perfección.

Lillian giró la cabeza y susurró al oído de lord Nathan, riendo ligeramente. El vizconde permaneció de pie en el umbral, luciendo adorablemente contrariado. May se dio cuenta enseguida de lo que él no había percibido: como no había elogiado de inmediato a Lillian con cumplidos floridos ni tampoco había alabado su ridículo bonete de plumas de avestruz, Lillian había decidido castigarle coqueteando descaradamente con su amigo.

Afortunadamente, la madre del vizconde parecía conocer las reglas del juego que Lillian había decidido jugar, por lo que acudió inmediatamente en su ayuda.

—Radford —exclamó—. Ven a decirle a lady Lillian lo guapa que está. ¿No te has fijado en su preciosa cofia nueva y en cómo complementa su tez sonrosada? —Entonces tomó el brazo de Lillian—. Tendrás que perdonar a mi hijo. Al igual que su padre, Radford puede ser ciego ante asuntos tan delicados. Aprecia el resultado final sin prestar la debida atención a los detalles que hacen de nuestra belleza un éxito.

¿Radford?

Su nombre de pila encajaba con su estatura erguida y orgullosa. May lo susurró para sí misma, sintiendo cómo se deslizaba suavemente por sus labios. Por más que lo intentara, no podía apartar la mirada de él.

Había cambiado de vestimenta. Sus pantalones de ante de color crema se ajustaban perfectamente a sus piernas, aunque quizá era demasiado para su pierna herida. Su levita también era ceñida, acentuando sus anchos hombros. Una corbata de lazo muy bien planchada le caía del cuello. En conjunto, iba muy bien vestido. Su estilo podía rivalizar con el de los dandis más elegantes de Londres. Si estuvieran en dicha ciudad, sin duda recibiría la aprobación de Beau Brummell, el árbitro de la sociedad del gusto y la moda.

May observó a Radford con fascinación, dándose cuenta con un pequeño jadeo de horror de que estaba más que medianamente enamorada de él. El vizconde adulaba a Lillian, besándole la mano y mirándola intensamente a los ojos azules. Ella, a su vez, le dio un manotazo en el hombro y le hizo prometer que nunca volvería a pasar por alto sus preciosos bonetes.

—No me atrevería, milady. Tiene usted un gusto exquisito en vestuario —le dijo con el mismo tono meloso que había usado antes de regalarle a May su primer beso—. Me inclino ante su genio en todos los asuntos relacionados con la moda. Es usted una diosa en ese aspecto. Una diosa hermosa y con talento.

Ese primer beso que le había dado significó el mundo para May.

Sintió como si un cuchillo se retorciese en sus entrañas. El monstruo de ojos verdes, los celos, la apuñaló profundamente. Ese mismo beso no había sido más que una diversión vacía para Radford.

May rezaba fervientemente para que el amor fuera, en efecto, una emoción pasajera, como había sugerido Mary Wollstonecraft. De lo contrario, ¿cómo podría soportar las punzadas desgarradoras de su corazón? ¿Cómo podría vivir el resto de su vida mientras tales dolores se clavaban en el fondo de su alma?

No había nadie, salvo su tía, que alguna vez la hubiera considerado digna de ser amada. Aquello amenazó con hacerle brotar lágrimas. May parpadeó con furia. Era una mujer hecha y derecha, no una niña enamoradiza que aún creía en cuentos de hadas y finales románticos. Tales cosas solo existían en las novelas.

Los finales felices estaban ciertamente ausentes de su vida tranquila.

Radford ni siquiera había advertido su presencia. Era como si se hubiera fundido con el revestimiento de las paredes. Deseando no luchar contra molinos de viento, May se arrellanó en el asiento de la ventana, parcialmente oculta tras las pesadas cortinas, mientras deseaba poder desaparecer del todo.

Radford animó a su madre y a su querida Lillian a acompañarle en un largo sofá. Hizo un gesto hacia un sofá de terciopelo más acogedor, invitando a lord Nathan y a Iona a que también se pusieran cómodos.

Lord Nathan lanzó una mirada cautelosa en dirección a May y rechazó la oferta de sentarse. Iona hizo lo mismo.

—Preferiría permanecer de pie, milord —dijo Iona en ese tono bajo y correcto tan característico que siempre sonaba como un reproche a los oídos de May.

Su negativa dejó a Radford en una posición incómoda. Se encontraba atrapado entre la necesidad cortés de sentarse con su madre y su prometida o permanecer de pie con Iona. Arqueó ligeramente las cejas y dirigió una mueca rápida hacia su amigo.

—Muy bien —dijo—. Estoy ansioso por inspeccionar a mi potranca. Hace unos diez minutos que llegó mi mozo de establos. Quizá deberíamos...

En ese momento, su mirada se cruzó con la de May y se quedó de piedra.

El vizconde estaba enfadado. May podía percibir la ira en el aire y estaba convencida de que procedía de él. No la quería en su salón, ni en su casa, ni en su vida. Aceptar la tonta noción de lord Nathan de que sería bienvenida fue una locura que May lamentaba profundamente. Pero ahora no podía cambiar de parecer, por lo que tragó saliva y se levantó.

—Milord —dijo con brusquedad e hizo una reverencia.

El vizconde parpadeó.

—Mi hermana ha insistido en que *ella* viniera —dijo Lillian en el silencio que siguió. Ni lord Nathan ni Iona movieron un músculo para ayudar a May. En su lugar, dieron un paso atrás y se sonrieron con cierta complicidad—. A Iona le gusta llevarla a nuestras salidas. Quizá sea por caridad, al fin y al cabo.

¿Caridad? May era demasiado orgullosa para aceptar la caridad.

—Lady Iona y yo somos amigas, milord. —Como nadie más iba a defenderla, May decidió que simplemente se defendería a sí misma—. Lord Nathan sugirió que me uniera al grupo, explicando lo hábil que es usted al juzgar caballos. Deseaba que me impresionara su gran conocimiento, imagino.

La comisura de los labios de Radford se contrajo. Lo que estuviera pasando por su cabeza no podía ser bueno. Hizo una exagerada reverencia.

—Mil perdones, señorita —dijo—. Le ruego que me perdone por pasar por alto su presencia. Supongo que hoy estoy condenado a caer presa de todo tipo de humillaciones.

Dicho esto, Radford salió de la estancia, dirigiéndose a un gran campo vacío que había junto a su hogar. May se quedó rezagada, con la esperanza de permanecer en el salón, hasta que se dio cuenta de que su madre también planeaba quedarse dentro. Lady Evers se estiró como un tigre traicionero en el sofá de terciopelo.

—No te angusties. —Iona cogió a May del brazo y la condujo fuera.

—Pero los caballos son animales tan grandes... —dijo May.

—¿Tiene miedo? —preguntó Radford. Se apoyó perezosamente en una de las columnas jónicas del pórtico mientras Iona y May salían.

El corazón de May dio un vuelco. Luchó contra un nuevo acceso de vergüenza al darse cuenta de que él había escuchado sus temores absurdos. Era la única dama que conocía que no

tenía conocimientos rudimentarios de equitación ni de caballos. Se había criado en Londres con una tía que también compartía un miedo enfermizo a las bestias, por lo que May no había tenido muchas oportunidades de aprender siquiera a acercarse a un caballo, y mucho menos a montar en uno.

—No tengo experiencia, milord —dijo con cierta rigidez—. No sé qué hacer con ellos.
El vizconde se rio entre dientes.

—La cogeré de la mano, señorita Sheffers, y la guiaré para que pueda acariciar su suave nariz de terciopelo. —Separó el brazo de May del de Iona y caminó entre las mujeres hacia el campo. Un hombre con gorra de tweed y pantalones holgados sostenía las riendas de un caballo muy alto de color crema y la grupa moteada de marrón. La potranca agitó sus crines castaño oscuro y bailó de lado mientras se acercaban.

May habría preferido con mucho intentar acariciar la perfecta nariz de lady Evers que tentarse la suerte con aquella bestia de mal genio que se cernía ante ella. ¿En qué estaría pensando Radford para atreverse a tocar a semejante animal?

—¡Oh! —suspiró lady Lillian. La potranca volvió a bailar de lado—. Es realmente encantadora, ¿verdad? ¿Puedo montarla? Debe moverse tan rápido como el viento. ¿Es así, lord Evers? —Empujó a su hermana y se aferró al brazo que Radford había usado para sostener su bastón, tirando de él como si fuera el juguete de madera de un niño—. ¿Cabalga como el viento?

Radford se puso rígido. May sintió que el aire a su alrededor se volvía denso. Hacer semejante pregunta había sido una falta de consideración por parte de Lillian. Evidentemente, sus heridas le habían impedido montar a caballo, una condición que seguramente había herido profundamente su orgullo.

—Correrá bastante bien —dijo tras una larga pausa. Se encogió de hombros y sus ojos se iluminaron al estudiar a su bestia—. Es una belleza, Lyles. Sus patas parecen fuertes. Quizá deberíamos inscribirla en las carreras.

—Sí, milord, creo que sí. Tiene madera para la velocidad —dijo el jefe de cuadra de Radford, con una sonrisa amplia que mostraba una hilera de dientes faltantes—. Es una belleza, milord, como su padre.

La potranca movió la cabeza como si estuviera de acuerdo.

—Quiere correr —dijo Radford.

—Sí, el caballo que tira de mi carruaje trotaba demasiado despacio para el gusto de Princesa.

—¿Princesa? ¿Es ese su nombre? —preguntó Lillian, con voz cada vez más suave. Su expresión brilló al mirar a Radford—. Qué encantador. Oh, cómo me gustaría tener un caballo así.

May esperaba que le prometiera a Lillian la potranca como regalo de bodas, o al menos que insinuara que podría hacer algo tan tontamente romántico. Sin embargo, la sorprendió al ignorar el comentario.

En cambio, su mirada se apartó bruscamente de Lillian y se dirigió hacia ella.

—Princesa formará parte de mi reserva de reproductores. Puede que la haga correr, pero principalmente será una yegua de cría.

—Lord Evers, es usted escandaloso. Me hace ruborizar —dijo Lillian y le dio un golpe en el brazo.

May también se sonrojó porque Radford había empezado a trazar pequeños círculos en el interior de su muñeca con el índice. Probablemente no se daba cuenta de que lo estaba haciendo, pero había un destello de calor en su mirada que la hizo sentir repentinamente suspicaz.

No, estaba siendo tonta otra vez. Él le había dicho claramente que nunca podría haber nada entre ellos. Que ni siquiera le pediría que fuese su amante.

Cuando May regresó al presente, Radford la había soltado del brazo y había vuelto a ocuparse de Lillian. Aduló a la joven de una forma que nadie, ni siquiera la tía de May, había hecho nunca con ella. Debía tener cuidado. Si volvía a dejarse llevar por sus fantasías, lo único que le esperaba sería dolor.

Ningún hombre la quería.

Bueno, el señor Tumblestone sí, pero May seguía sin entender por qué.

Lord Nathan, Iona y Lillian hablaban a la vez, alabando al caballo, mientras permanecían mucho más cerca de la bestia de lo que May consideraba seguro. La potranca dio un fuerte pisotón, como si le molestara su presencia, y levantó un chorro de fango que salpicó el vestido de algodón de May. Nadie se percató de la mancha ni de la creciente angustia de May.

Sacó un pañuelo de la manga y se dio golpecitos para limpiarse. Era inútil, lo sabía. Estaría salpicada de barro hasta que pudiera quitarse la prenda.

Radford no le dedicó ni una mirada de pasada una vez que se hubo zafado de las garras de Lillian y se alejó de las alabanzas de su amigo para hablar con el encargado de su establo.

Lillian no pareció darse cuenta de su ausencia. Siguió parloteando como si aún estuviera entre ella y May.

—A mi padre le encantará oír lo hábil que es usted juzgando caballos, lord Evers. Los dos últimos caballos que compró cojeaban al mes. No tiene buen ojo para esas cosas, debe saberlo. Se lo diré enseguida...

Una de las plumas de avestruz de la cofia de Lillian se inclinó hacia delante y acarició la nariz de la yegua mientras seguía explicándole lo mucho que deseaba que su padre pudiera ver a Princesa. Asentía con cada palabra que decía y la pluma seguía rozando a la potranca. May vio cómo el asustadizo animal ponía los ojos en blanco.

Algo malo iba a ocurrir. May podía sentirlo en la forma en que su corazón comenzó a latir con fuerza. La potranca iba a espantarse y los mataría a todos de un pisotón. Pobre, pobre Radford. Nunca se perdonaría que su preciado caballo hiriera a su amada Lillian.

Princesa relinchó y agachó la cabeza, como si intentara escapar de la brillante pluma teñida. Dio un pisotón y volvió a relinchar cuando la molesta pluma pareció seguirla.

—Es de espíritu fuerte, milord —dijo el encargado de cuadra y tiró de la rienda con más fuerza.

—Es un caballo muy bonito —añadió Iona—. Basta con mirar a la coloración tan inusual.

—Lo has hecho bien esta vez, Evers —dijo lord Nathan—. Todo tu duro trabajo en los establos está empezando a dar sus frutos.

Nadie, aparte de May, percibió el menor indicio de peligro. La prenda de plumas de Lillian seguía moviéndose y atormentando al caballo, y su discurso continuaba sin pausa alguna.

«Es una bestia muy grande», no pudo evitar pensar May. «Nos matará a todos».

Luchó contra el impulso de alejarse a una distancia segura. Pero nunca fue de las que se acobardaban. Si los demás no tenían miedo, ella no mostraría su incipiente terror... aunque eso significara arriesgar el cuello para proteger su orgullo.

Oh, qué pecado tan tonto, el orgullo. May había notado más que nunca cómo una emoción tan obstinada podía ser la causa de problemas innecesarios.

La potranca resopló después de que la pluma bailara en su orificio nasal. Echó la cabeza hacia atrás, se encabritó y emitió un sonido horrible.

Todos se quedaron inmóviles. Incluso Lillian cerró la boca el tiempo suficiente para mirar a

la bestia con cautela.

—Debo decirle, milord —dijo entonces con voz algo chillona— que nunca he visto...

Lo que Lillian no hubiera visto, nadie lo sabría. Princesa aterrizó con un estruendo sordo y le arrebató el bonete a Lillian de un tirón. La muchacha chilló y se arrojó a los brazos de lord Nathan. Tanto Radford como el encargado del establo forcejearon con las riendas, tratando de calmar a la gran bestia. Mientras se estiraba hacia delante, mostrando sus grandes y cuadrados dientes, parecía que iba a arrancarle a Lillian un trozo de su espesa cabellera rubia.

Sin mucho pensamiento por su propia seguridad, May cogió el bonete del suelo y saltó entre Lillian y Princesa.

—Aquí está tu enemigo —dijo con voz firme y empujó la brillante cofia hacia la boca de la potranca. Era el sombrero, no Lillian, lo que la había ofendido.

La potranca tomó el bonete y lo sacudió hasta hacerlo pedazos mientras el encargado del establo empleaba toda su fuerza para llevársela a rastras a una buena distancia.

May se quedó helada, con los ojos cerrados ahora que el peligro inminente había pasado, y escuchó la conmoción a su alrededor. Lillian lloriqueaba mientras lord Nathan e Iona intentaban, en vano, calmarla.

—Eso sí que ha sido valiente —opinó Radford.

A May le dio un vuelco el corazón al oír su voz. El vizconde había venido a elogiarla por su rapidez mental. Abrió un ojo y luego el otro.

Pero no había nadie en su campo de visión.

Radford la había ignorado por completo y había cogido en brazos a la temblorosa Lillian.

—Esperaría que cualquier dama de bien se asuste hasta el extremo después de semejante experiencia. Los caballos son tan grandes, ¿verdad? Su gran tamaño debe resultar intimidante para las mujeres, especialmente para las tan delicadas como usted. Ha sido muy valiente, mi querida Lillian.

Lillian se aferró al abrigo de Radford y sollozó en su corbata.

—Usted también parece conmocionada, señorita Sheffers. —Al menos lord Nathan tuvo la decencia de recordar su valiente esfuerzo por salvar el precioso cabello de Lillian—. Si lo desea, usted también puede sollozar en mi corbata y arruinarla. —La sonrisa que mostró fue contagiosa.

—No, gracias, milord. —Hizo una reverencia fingida—. Me parece que podré tolerarlo. —Aunque su broma calmó sus nervios desbordados, no hizo nada para aliviar los celos que bullían por sus venas. Le dolía, en todo sentido literal de la palabra, ver a Radford acariciando el cabello intacto de Lillian.

Esa boba emocional era indigna del vizconde. Debería haberse fijado en Iona, una mujer de mucho mejor corte. Seguramente May no se vería atormentada por un corazón celoso si, en cambio, lo estuviera viendo seducir a su amiga.

Eres una mentirosa.

Nadie, ni siquiera su amiga más íntima, podía resultar adecuada para Radford. El incipiente afecto romántico estaba resultando ser una aflicción ilógica. May odiaba perder el control.

—Dios mío, señorita Sheffers, ¿qué cosa le ha amargado el día? —preguntó lord Nathan—. Parece usted tan enfadada como la propia Princesa hace unos momentos. No tendré que proteger mi sombrero de sus dientes, ¿o sí?

May sonrió débilmente y se sentó en un banco bajo un haya de corteza lisa. Mirar desde la distancia ayudaba un poco.

Radford seguía acariciando y arrullando a Lillian. A pesar de los esfuerzos de May por cerrar su mente, aún podía oír todo lo que se decía. Cada palabra se le grababa en la memoria.

—¿Ha visto lo que ha hecho con mi sombrero? —se lamentó Lillian—. Esa odiosa muchacha le ha dado de comer mi bonete a su caballo malhumorado. Sus celos hacia mí siempre han causado problemas. Y ahora casi me mata.

—No creo que el comportamiento de Princesa haya sido culpa de May —señaló Lord Nathan perezosamente. Parecía extrañamente satisfecho de sí mismo.

—Debe de haber asustado a la potranca, querida —dijo Radford con una voz tan suave como para consolar a un bebé con cólicos. Frotó la mano por la espalda arqueada de Lillian. May se estremeció de solo presenciar un gesto tan íntimo. Si las suaves manos de él le hubiesen tocado la espalda de aquella misma manera y si aquellas palabras hubiesen sido para ella, se habría fundido de felicidad.

Lillian no se derritió. Se liberó de él, con las mejillas enrojecidas.

—¿Cree que he sido yo quien la ha asustado?

Radford intentó estrecharla entre sus brazos de nuevo.

—Permítame que la conduzca dentro. Puede descansar usted en el sofá y tomar un té caliente mientras se recompone.

Lillian golpeó sus hombros hasta que la soltó.

—Quiero irme a casa —gritó Lillian. Las lágrimas corrían por sus bonitas mejillas rosadas—. Mire lo que esa bestia de mal genio le ha hecho a mi sombrero nuevo. ¡Solo mire! —El bonete de paja yacía hecho jirones en el suelo embarrado—. ¡Cómo se atreve a culparme! ¡Nunca perdonaré a esa monstruosidad! Tendrá que venderla, milord, ¡o nunca se lo perdonaré!

Se estaba poniendo histérica y su voz era cada vez más estridente. Tanto Iona como May conocían demasiado bien las señales de alarma. La última vez que habían presenciado una escena semejante fue tres años atrás, después de que el duque comprara varios metros de sedas exóticas brillantes para la hermana mayor de Iona y se negara a comprarle a Lillian un rollo igual de costoso.

—Me parece que deberíamos llevarla a casa —dijo Iona en voz baja—. Gracias por su ayuda, lord Evers.

El vizconde asintió con la cabeza y se retorció las manos.

—Por supuesto.

—Acompañaré a las señoritas Lillian e Iona a su hogar —dijo lord Nathan, dirigiendo una mirada significativa en dirección a May—. Quizá desees consolar a la señorita Sheffers también. Ella también ha sufrido un susto.

Radford alzó una ceja, negra como el azabache.

—¿Es así? —inquirió y se volvió hacia ella—. ¿Ha sufrido terriblemente, señorita Sheffers? —la llamó.

May se levantó del banco, se abrió paso con la mayor gracia posible entre las hierbas altas y se reunió con el grupo. Su orgullo interfería con lo que su corazón quería decir. Interfería con su anhelo de enterrarse en su corbata sucia y disfrutar de su cercanía.

—Naturalmente que no, milord —repuso, levantando la barbilla—. Lord Nathan se está divirtiendo a mi costa.

—¿Entonces te quedarás con el vizconde y acariciarás la nariz de la potranca? —preguntó Iona.

—Y yo la sostendré de la mano —añadió Radford antes de que May pudiera protestar.

—¿Y qué hay de mí? —se lamentó de nuevo Lillian.

Iona cogió a su hermana del brazo y la llevó al banco en el que May había estado sentándose.

—Tienes que dejar de moquear. No voy a pasear por Bath contigo en ese estado. Todas las bocas hablarían durante semanas.

—Está de mal humor —dijo Radford mientras evaluaba a su nueva potranca con el ceño fruncido. La bestia seguía pisoteando el suelo con la pezuña y tirando de las riendas—. No puedo imaginarme por qué. Quizá deberíamos mantener las distancias por ahora.

May soltó un saludable suspiro y dio gracias al cielo por el indulto.

—¿En otra ocasión, entonces?

—Sí, en otra ocasión.

Nunca habría otra ocasión, por supuesto. May y Radford nunca podrían estar cerca, nunca podrían ser amigos. No cuando le dolía el corazón solo de estar cerca de él.

Le tocó la mano. El simple acto le robó el aliento.

Cinco minutos después, May, Iona y lord Nathan sacaron del campo a una Lillian mucho más calmada. May se despidió de Radford con un gesto de la mano que no fue correspondido. Estaba absorto en su caballo, y su ceño fruncido ensombrecía sus rasgos aristocráticos.

Estaban a medio camino de Sion Hill cuando se oyó un gran grito. Un estruendo de cascos marcaba un sendero adyacente a la carretera. May fue la primera en verla. La potranca, hermosa como su homónima de la realeza, corrió hacia ellos, con las riendas ondeando libremente tras ella. Había una belleza primitiva en su movimiento.

May se quedó paralizada mientras el poderoso animal saltaba sobre una valla de madera y aterrizaba a menos de un metro de ella. Lillian chilló. Iona dio la voz de alarma. El gran caballo parecía locamente decidido a alcanzar a May, y ella no tenía ninguna esperanza de escapar de semejante criatura ágil.

Lo único que podía hacer era mantenerse firme, cerrar los ojos y esperar lo mejor mientras el estruendo de los cascos se hacía cada vez más fuerte. No deseaba morir, pero no veía ninguna posibilidad de huir. May cerró los ojos y esperó ser pisoteada hasta la muerte.

Sin embargo, un gran hocico aterciopelado le rozó la frente. May se obligó a abrir los ojos y miró el largo rostro de Princesa. El aliento caliente del caballo se arremolinaba a su alrededor.

—¿No vas a hacerme daño? —dijo May con una valentía que tuvo que sacar de lo más profundo de su ser. Habló en el mismo tono tranquilo y refinado que Iona adoptaba cuando se agitaba. La estratagema funcionó. Princesa empujó suavemente el hombro de May y relinchó con serenidad.

Las riendas de cuero colgaban a los pies de May. Fue una tarea sencilla recogerlas y emprender el camino de regreso hacia Longbranch House, la residencia de Radford. Princesa la siguió como un cachorro huérfano. Fue una experiencia bastante entrañable.

El encargado del establo bajó corriendo la colina, seguido del propio Radford, que arrastraba la pierna coja tras de sí. May hizo una mueca de dolor al verle. Pero el vizconde no dejó que la lesión le frenara, pues pasó junto al encargado y se detuvo, respirando con dificultad, a unos metros de May.

—¿Está herida? Tan pronto como la perdimos de vista a usted, ella salió corriendo. Estaba aterrorizado... tal vez corría tras lady Lillian. Menos mal que la ha detenido —dijo mientras intentaba recuperar el aliento. Parecía pálido, enfermo.

—Lady Lillian está ilesa, milord —le aseguró May. Se preocupó al ver su tez pálida. Se había esforzado demasiado, pero ella sabía que no debía preguntar por su salud.

Su orgullo rivalizaba con el de ella.

—Parece estar medio enamorada de la señorita Sheffers, Evers —dijo Lord Nathan. Tuvo que apartar a Lillian de su brazo para avanzar hacia ellos—. La potranca corrió directamente

hacia ella y le dio un pequeño empujón amistoso.

Radford miró entonces a May con extrañeza. Frunció el ceño e inclinó la cabeza, mirándola como si la viera por primera vez. May le devolvió la mirada mientras temblaba por dentro. Aunque no entendía muy bien por qué, aquel momento eterno entre ellos era mucho más sensual que su primer beso.

Una sonrisa se dibujó de forma natural en sus labios mientras le entregaba las riendas.

—Espero que tenga un buen día, milord. —Su voz sonaba suave y ronca—. Le agradezco por una tarde encantadora.

Radford le cogió la mano antes de que pudiera escabullirse y se llevó los nudillos a los labios.

—El placer es mío.

Un sinfín de fantasías surgieron en la fértil mente de May como reacción a esas cuatro simples palabras. *El placer es mío*.

Rezó por una larga noche de sueño ininterrumpido.

Oh, los sueños que planeaba tener...

«El placer es mío», había dicho.

Capítulo 10

—Deberás vender a la bestia sin más —concluyó lady Evers, levantándose del sillón y cruzando la sala. La tela de su vestido ondeaba a su alrededor, recordándole a Radford a una pluma atrapada sin remedio en el cálido viento de verano—. Me estremezco al pensar en lady Lillian sufriendo semejante sobresalto. Debes enmendar este error inmediatamente. Envíale un sinfín de flores a su hogar. Cómprale un hermoso sombrero para reemplazar el que tu caballo arruinó. Visítala para asegurarle tu preocupación... pero primero, ¡deshazte de la bestia!

¿Deshacerse de la bestia? Princesa era un caballo que le había costado años adquirir. Antes de partir hacia la Península, Radford había recorrido el campo en busca de la yegua perfecta. La lista de requisitos ocupaba tres páginas. La yegua debía ser una pareja robusta para su potente semental, fuerte en áreas donde su preciado caballo era débil. La unión de dos animales semejantes debía producir un caballo digno de ser considerado para la fundación de su establo.

Una vez hubo localizado el caballo, Lyles, su encargado de cuadra, había trabajado durante más de un año para cerrar el trato con el duque de Grafton en ausencia de Radford y conseguir que su semental se aparease con la yegua. El primer caballo nacido había sido un macho. Era necesaria una segunda cría, ya que su establo necesitaba una potranca.

Tras seis años de duro trabajo, por fin había podido sentarse a contemplar los resultados de su labor. Además, era una criatura joven, hermosa y rebosante de vida.

No renunciaría a ella.

—No fue más que un bonete tonto, madre —dijo Radford—. Lady Lillian exageró. Lo cual es sorprendente, en realidad, pues se supone que es una jinete hábil. Una potranca enérgica no debería haberla atemorizado. —Pensó entonces en May. Le había aterrorizado estar tan cerca del caballo. Su mano había temblado en la de él. Sin embargo, no se redujo a un manojo de miedo cuando Princesa atacó el brillante sombrero adornado con plumas de avestruz de lady Lillian.

A pesar de sus temores, May se había interpuesto imprudentemente entre el caballo sobresaltado y la histérica lady Lillian y había evitado un verdadero desastre. Era asombroso, realmente.

La había visto bajo una nueva luz. Una dama común, vestida con un apagado vestido de algodón y un amplio sombrero de paja sin más adornos que una cinta de seda de color melocotón pálido, no era en absoluto una belleza delirante. Pero cuando la vio guiando a su caballo por el sendero, obtuvo una repentina sensación de calma que solo el regreso a su Castlemain Hall y sus vastos campos de caballos le habían dado alguna vez. La muchacha era tan sencilla y natural como la briosa potranca. Sintió una gran ternura por la señorita Sheffers. La silenciosa atracción le atraía como ninguna otra.

—¡Radford! —Su madre dio una palmada para recuperar su atención—. Atiéndeme. No estás tomando este asunto lo suficientemente en serio. Una joven tiene sentimientos delicados. Debes proceder con cuidado.

—Sí, madre —repuso dócilmente. Había aceptado casarse, después de todo. Y había encontrado en lady Lillian a la mujer que mejor se ajustaba a sus requisitos—. Enviaré flores de inmediato.

—Y venderás tu nueva yegua. —Su madre no dejaría pasar el punto sin un compromiso firme... uno para el cual Radford no estaba preparado.

—Investigaré el asunto.

—Venderás la bestia.

—No hasta que entienda lo que pasó. Y no hablaré más de esto. —Salió de la estancia con el grito ahogado de su madre persiguiéndole.

Su madre había sufrido tanto como él. Se merecía las mejores atenciones y estar rodeada de nietos felices. Él le daría eso, aunque tuviera que sacrificarse un poco para lograrlo. Iría tan lejos como casarse con una joven insensata y emocional como lady Lillian.

Sin embargo, no renunciaría a su sueño de establecer una de las mejores caballerizas de Inglaterra.



—No permitiré que aplastes sus sueños como has hecho con los míos, Sires.

May se acercaba al salón de arriba, que también hacía las veces de biblioteca, con la intención de buscar la novela horriblemente romántica, Udolfo, para perderse en ella, cuando oyó la voz elevada de su tía. Apenas había estado en casa el tiempo suficiente para cambiarse el vestido salpicado de barro y domar sus rizos rebeldes. No tenía ni idea de que su tío había hecho una visita sorpresa.

¡Qué impresión debía tener de ella! Había abandonado a su tía toda la tarde para entregarse a sus propias frivolidades. ¿Y para qué? Su corazón solo se había hundido más en el abismo sin fondo del amor mientras hería su orgullo, arruinaba su vestido y perturbaba su mente con una bestia temible de cascos pesados.

—¿Aplastar tus sueños? —cuestionó el tío Sires con tono sereno. May casi tuvo que acercar la oreja a la puerta del salón para oírle—. ¿Es eso lo que crees? No soy un monstruo desalmado, Winnie. Cuando tomo estas decisiones, siempre pienso en su bienestar... como lo hice contigo hace tantos años.

—Ella nunca será feliz con él. Es demasiado viejo. Admítelo, Sires. Solo lo trajiste aquí para herirme.

—¿Para herirte, querida hermana? —Lo que dijo después se perdió tras la pesada puerta de madera que separaba a May del interior del salón. Además, escuchar a escondidas era indigno. Debería estar dentro de la habitación al lado de su tía.

May vaciló un momento antes de empujar la puerta, sonriendo a su tía y haciendo una reverencia obediente a su tío.

—Espero no haberme ausentado demasiado tiempo, tía —dijo en voz baja y fingió no haber oído ni una palabra de su tensa conversación.

—Por esta razón me preocupo por ti —dijo el tío Sires, haciendo un gesto exagerado hacia May—. Es indómita, poco fiable. Debería estar aquí contigo, no deambulando por la ciudad como una desvergonzada.

—Es joven —dijo Winnie—. Necesita pasar tiempo con damas y caballeros más cercanos a su edad, no estar encerrada con una vieja debilitada como yo.

—No es tan joven. Tiene veinticuatro. Algunos dirían que la niña ya está pasada de años.

—No eres una vieja debilitada —dijo May por encima del tío Sires. Era de mala educación hablar cuando no correspondía y, además, interrumpir al cabeza de familia. Pero sintió que debía explicar que nunca se había cansado de la compañía de su tía—. Eres una compañera encantadora y siempre estás llena de conversaciones inteligentes.

—Por favor... —El tío Sires se volvió hacia May—. No digas falsedades para encubrir tus defectos. Todos sabemos que no puedes soportar permanecer bajo un techo durante mucho tiempo. Eres el engendro de tu padre... nada más que una gitana vestida con harapos a la moda.

A May rara vez le dolían sus insultos. Con los años había llegado a esperarlos de él. Pero, por un momento, su acusación la perturbó. Estaba descubriendo que, en efecto, prefería un paseo al aire libre a leer tranquilamente en el asiento de ventana del salón. ¿Significaba eso que había algo innatamente malo en ella?

Radford se había burlado de ella esa misma mañana. La había llamado descarada y alocada. ¿De verdad creía eso de ella?

—Amo a la tía Winnie. Nunca me he arrepentido de ningún momento que haya pasado a su lado —dijo May lentamente con lo que su tío llamaba su lengua gitana sin control—. Debes saberlo, tía.

Winnie asintió brevemente.

—Dejarás esta tontería, sires. No escucharé tu opinión. Tú no conoces a May como yo, y me atrevería a decir que nunca lo harás.

—Pero debes estar de acuerdo, hermana. La finca de Tumblestone dará a May amplias oportunidades de vivir una vida libre de las restricciones de la alta sociedad. Nadie en el pueblo juzgará las circunstancias de su nacimiento. Nadie se quejará si pasa la tarde bajo el sol abrasador. Será feliz.

¿Feliz? De algún modo, May no podía visualizarlo. ¿Cómo podía ser feliz casada con un hombre que no conocía? Un hombre mayor que su propio padre, además. ¿Cómo podía ser feliz con el señor Tumblestone cuando era otro quien ocupaba su corazón?

No importaba cómo se sintiera o la forma en que Radford la miraba con intensidad, May no era una muchacha ingenua. Sabía que nunca podría haber nada entre ellos. Winnie había enseñado a May a protegerse.

—No será feliz —proclamó Winnie al levantarse de la silla acolchada—. No será feliz con él.

—Sé razonable... —empezó a decir el tío Sires, pero cerró la boca cuando Winnie le dedicó una mirada desagradable. Luchó sin la ayuda de un bastón o del brazo de May para salir con gracia de la estancia, dejando un aire de altivez tras de sí. El esfuerzo debió de ser grande. La tía Winnie estaba tan cenicienta como un fantasma cuando llegó a las escaleras de la puerta.

May corrió tras ella, pensando en ofrecerle ayuda, cuando el tío Sires se interpuso en su camino y bloqueó la puerta.

—El arrebató emocional de mi hermana no tiene nada que ver contigo, niña —le dijo con un tono amplio y redondo que aún podía asustar a May hasta la punta de los dedos de los pies. Sus fríos ojos marrones permanecieron fijos en ella mientras recogía la capa, el sombrero y los guantes—. Ven a caminar conmigo.

May bajó la cabeza y reprimió el fuerte deseo de desobedecerle.

—Sí, milord —contestó, convenientemente acobardada.

Sires sonrió, con los labios estirados en una expresión sin alegría.

—El señor Tumblestone es un caballero distinguido, ¿no te parece? —preguntó mientras bajaban codo con codo la estrecha escalera. May estaba pegada a la pared.

—No le conozco lo suficiente como para juzgarle, milord. —Tampoco tenía muchas ganas de saber más sobre el señor Tumblestone. Y ahora, con su tía menos complacida con el matrimonio, May descubrió que su interés por el señor Tumblestone se desvanecía rápidamente—. Es viejo.

—Su edad no tiene mayor importancia, niña. Con las rigurosidades del parto, los maridos naturalmente viven mucho más tiempo que sus mujeres.

Aquel pensamiento hizo reflexionar a May.

—Entonces, ¿ha enterrado a muchas esposas? —preguntó una vez que llegaron a la puerta principal.

—No, a ninguna. Nunca ha estado casado, ya ves.

—¿Nunca? —A May le costaba trabajo creerlo. Parecía un hombre de importancia, aunque escasa en comparación con los estándares de su tío, y poseía propiedades. Un hombre así debería haberse casado para asegurar su futuro mucho antes de llegar a una edad avanzada—. ¿Por qué no?

—La razón no es importante. Él está dispuesto a casarse ahora. Está dispuesto a casarse contigo.

La idea de que un hombre, un soltero consumado por cierto, aceptara casarse con una mujer a la que nunca había conocido hizo recelar a May.

—Estaba dispuesto a tomarme como esposa antes de conocerme. ¿Por qué?

—¿Por qué? Para ingresar en nuestra familia, por supuesto —replicó el tío, como si los caballeros y pretendientes debieran estar aporreando la puerta para ofrecer su mano en matrimonio solo para alinear sus familias con la suya. ¡Cielos, aquello distaba tanto de la realidad que May tuvo que contener una risa burbujeante que amenazaba con salir de sus labios!

—¿Tienes alguna otra pregunta sobre él? —preguntó—. Quiero que te sientas cómoda cuando aceptes su propuesta la semana que viene.

¿Aceptar su propuesta la próxima semana? Sires debía estar loco.

—¡Todavía no lo conozco! —exclamó May—. ¡No puedo hacerlo!

Su sombría sonrisa no decayó.

—Entonces organizaré que pases más tiempo con él. No hay necesidad de tanta emoción femenina. Te doy una semana entera para que te acostumbres a la idea, por el amor de Dios.

—¿Me está dando una semana? —espetó May, con la ira ya totalmente desatada—. Es usted un imbécil arrogante, milord. No tiene voz en mi vida. Ninguna en absoluto. Solo me inclino ante usted y considero sus deseos en deferencia a la tía Winnie. Si elijo casarme, será con el hombre de mi elección... un hombre al que pueda amar con todo mi corazón. ¡Algo de lo que seguramente no sabe usted nada!

Sires le cogió la barbilla con su gruesa mano y se la pellizcó.

—Niña, educa tu genio o de lo contrario te azotaré. —Su voz era un áspero susurro—. Sigo siendo el cabeza de esta familia y te guste o no, eres parte de mi responsabilidad por la sangre de mi hermana menor. ¿Me entiendes?

—Sí, milord —respondió automáticamente.

Le apretó la barbilla.

—Necesitas ser disciplinada, niña. Tu obstinación es una pesadilla para toda nuestra familia. Antes de que tomes decisiones precipitadas, piensa en la salud de tu tía. Piensa en lo que tu desobediencia le hará.

Le soltó la barbilla dolorida y parecía estar considerando maltratarla en ese mismo momento. Durante varios minutos tensos, el único sonido del pasillo provenía del tictac de un reloj de pie. May se mantuvo firme y en contacto visual con él todo el tiempo.

—Considera a tu tía —dijo como si May necesitara que se lo recordaran—. Traeré al señor Tumblestone mañana por la mañana. —Luego salió enfurecido de la casa.

Se reuniría con el señor Tumblestone por la mañana. La reunión sería muy bien recibida, ya que pensaba decirle exactamente lo que pensaba sobre el intento despótico de su tío de casarla con el primer hombre que encontrara dispuesto a tenerla.



A la mañana siguiente, tras regresar de su visita habitual al balneario, May se puso un vestido de paseo de muselina moteada con mangas cortas. La tía Winnie se lo había obsequiado a principios de verano, aunque a May no le complacía particularmente el tejido. Los lunares rosa la hacían demasiado llamativa. Prefería los colores apagados y desvaídos que llenaban su guardarropa, vestidos desgastados y cómodos que le permitían, en especial, pasar desapercibida en cualquier entorno social, lo que complacía a casi todos los involucrados.

Sin embargo, como May no tenía planes de visitar a nadie, había elegido el vestido para complacer a su tía. No le importaba destacar en su propia casa. Permitiría que el señor Tumblestone, que llegaría con su tío en una hora, se fijara en ella. Quería toda su atención al rechazar su oferta de matrimonio.

El señor Tumblestone era un hombre amable. Supuso que debía ser un buen hombre. Pero, con la bendición de tía Winnie, May estaba decidida a no convertirse en la esposa de ningún hombre. Si el tío Sires persistía en retener el dinero de sus padres, simplemente buscaría empleo como dama acompañante.

Una vez resueltos los detalles, al menos en su mente, May esperó con ansias la llegada de los hombres. Estaba deseando escandalizar a su tío y, al mismo tiempo, rechazar amablemente la propuesta del bondadoso viejo Tumblestone.

La mañana era luminosa y cálida. Los pájaros entonaban melodiosas canciones desde lo alto de los árboles. La tía Winnie volvía a sonreír. Todo parecía estar en orden.

El reloj marcaba la hora cuando el carruaje del tío Sires se detuvo frente a la casa. Portia puso la tetera en el fuego mientras May ofrecía el brazo a Winnie y la ayudaba a acomodarse en su sillón favorito del salón.

—Sé valiente —susurró Winnie un momento antes de que el ama de llaves condujera a Sires y Tumblestone a la estancia—. Mientras sigas a tu corazón, estarás haciendo lo correcto.

Mientras los hombres se agolpaban en la sala, Winnie permaneció sentada y ofreció un saludo poco cortés con un resoplido. May, por su parte, hizo una reverencia y murmuró sus saludos.

—El té vendrá enseguida —informó a los hombres.

El señor Tumblestone, con el pelo canoso asomando bajo su pulido sombrero, sonrió ampliamente a May. Le cogió la mano y le apretó los nudillos con los labios.

—Me han dicho que tu tío y tu llegaron ayer a un acuerdo. Nuestro futuro está sellado. Estoy muy contento por ello.

—Yo también —dijo May, zafándose suavemente de su huesuda mano—. Pero debe permitirme hablar, señor Tumblestone. Nadie puede estar seguro del futuro, ¿no está de acuerdo?

—¿Qué disparates estás diciendo, niña? —Tío Sires se acercó, con su barriga redonda saltando de agitación—. No toleraré discursos desconcertantes hoy. Las amonestaciones ya se han preparado y se publicarán este fin de semana. No nos confundirás porque tu débil mente sufra de un caso de nervios.

May ladeó la cabeza y miró a su tía. Estaba sentada con total serenidad y los dedos entrelazados frente a los labios. May sabía que nadie iba a salir en su defensa, por lo que tendría que manejar esto sola.

Supuso que la presencia de su tía en la estancia era suficiente apoyo. No quería que nadie librara esta batalla por ella. Como mujer preparada para forjarse un nuevo camino en el mundo, tenía que seguir pensando y actuando sola.

—Procuraré ser lo más clara posible con lo que quiero decir, tío. —Sonrió entonces y se tomó su tiempo para disfrutar de la tensa calma. El silencio duraría poco—. Señor Tumblestone,

me ha tratado usted con la mayor cortesía estos últimos días. Por ello le estoy agradecida.

—Es usted muy gentil, señorita Sheffers —dijo Tumblestone. Sacó una cajita de un bolsillo interior de su abrigo—. Nos entenderemos bien. Ya lo verá.

La tapa de la caja estaba abierta, revelando un deslumbrante anillo de zafiro azul sobre un nido de seda rosa. La visión del oro pulido y la piedra reluciente inquietó a May. Ella no quería su propuesta. No le estaba dando tiempo para explicarse.

—Por favor —dijo, alejándose un paso de él. Era un hombre muy alto y tuvo que estirar el cuello para mirarle a los ojos—. Se lo ruego, guarde eso, señor.

Cogió el anillo de la caja y avanzó hacia ella.

—Preferiría ponérselo en el dedo, señorita Sheffers.

Aquello no iba como May había planeado. Se suponía que debían escuchar su discurso bien elaborado, no interrumpirla. El pánico se apoderó de su interior. No importaba cuánto la acorralaran, no cedería a su ardiente pasión gitana y gritaría su rechazo.

Anoche había perdido los estribos con el tío Sires. No lo haría ahora.

Así que en lugar de exclamar lo incómoda que el señor Tumblestone la estaba haciendo sentir, levantó la barbilla solo un centímetro y apretó la mandíbula.

—Señor, le agradezco su interés. —Su tono carecía tanto de emoción que sonaba completamente plano—. Pero para ser brutalmente honesta con usted, me siento atrapada. No le conozco lo suficiente como para aceptar su propuesta. Citando a mi tío, estoy pasada de años y me he acostumbrado a la libertad que tal posición proporciona.

—¡Niña estúpida e insensata! ¡No tienes libertades! —gritó el tío Sires. Quizá también él tenía unas ciertas gotas de ardiente sangre gitana recorriéndole las venas—. No tienes dinero, ni perspectivas, ni opciones. ¿Qué piensas hacer, mendigar a tus parientes?

—Nunca se me ocurriría, milord. —May deseaba que Iona pudiera presenciar su gran actuación. Tanta teatralidad se desperdiciaba en un público tan reducido—. Planeo buscar empleo y ganarme la vida por mí misma.

—Winnie... —Sires se dio la vuelta, haciendo crujir las tablas del suelo—. ¿La has educado para tal acto de rebelión?

Winnie le miró fijamente por encima de sus dedos entrelazados.

—Apoyo su decisión.

—¿Y qué hay de tu salud? ¿Seguirás rechazando mi oferta de cuidarte? —exclamó el tío Sires lo bastante alto como para hacer vibrar las figurillas de porcelana que descansaban en la repisa de la chimenea.

—No tengo deseo alguno de vivir con un viejo déspota —declaró Winnie—. Me las arreglaré por mi cuenta.

¿Qué diantres estaba diciendo su tía? May no podía fiarse de lo que oía. Seguramente su tía no estaba rechazando lo que prometía ser un futuro mejor. Sires podía proveer para Winnie. Tenía más dinero y contactos con los mejores médicos.

—¿Qué es esto? —preguntó May, sintiéndose conmovida... verdaderamente conmovida—. ¿Qué vas a hacer, tía?

—Me las arreglaré. —Continuó mirando a su hermano—. Como a menudo me las he arreglado, sola.

No. Eso no podía ser. No tenían fondos para pagar la casa, la comida o la atención médica de su tía. Winnie tenía que aceptar la ayuda de Sires. No había otra opción.

Antes de que May pudiera protestar, el señor Tumblestone levantó las manos y se adelantó. Afortunadamente, había vuelto a guardar el anillo en el bolsillo de su abrigo.

—Señorita Sheffers, ¿le gustaría dar un paseo por el jardín conmigo?

—No creo que sea el mejor momento. —Incluso si lo fuera, no tenía deseo alguno de llevarlo a una alegre persecución. En cualquier caso, no consideraría su propuesta.

Por desgracia, no se dejó disuadir fácilmente. Le cogió la mano y le dio un pequeño tirón.

—Se lo pido, me parece que deberíamos hablar de nuestro futuro.

Después de que May no consiguiera zafarse de su mano, cedió.

—Muy bien, señor. Pasearé con usted un momento.

Había un banco en la parte trasera, bajo un roble enjuto. Tumblestone la condujo allí y sacó un pañuelo. Siempre considerado, depositó el pañuelo en el asiento del banco e invitó a May a sentarse. Se cruzó de brazos y esperó a que se acomodara.

—No la conozco —dijo el hombre sin rodeos—. No conozco su naturaleza ni su origen y, francamente, me preocupan. Después de ver lo que he visto respecto a tu temperamento, me inquieta nuestro futuro.

May abrió la boca para explicar que no habría futuro alguno para ellos, pero él le lanzó una mirada tan penetrante que volvió a cerrar la boca.

—Permítame decirle lo que me ha traído aquí para tomar lo que la mayoría consideraría una decisión escandalosa. —Hizo una pausa hasta que May asintió un poco—. No conoce bien a su tío. Aunque supongo que no es ninguna sorpresa para usted. Ha pasado muy poco tiempo con él. A pesar de lo que piensa, es un buen hombre.

May se mofó ante la idea. Su tío era un sinvergüenza de la peor calaña. Era un matón y un tirano que disfrutaba atormentándola hasta hacerla llorar.

—Hace cinco años había perdido mis tierras. La razón ya no importa. Lo importante, sin embargo, es cómo su tío me apoyó hasta que se saldaron las deudas. Le debo todo lo que tengo.

»Cuando acudió a mí en busca de ayuda, me regocijé ante la oportunidad. Su tía está enferma. Posiblemente muriendo.

—Conozco bien la condición de mi tía. —May bajó la mirada hacia la hierba pulcramente segada que crecía bajo sus pies.

—Aunque el conde tiene dificultades para expresarlo, él también está profundamente preocupado. También sabe que su tía no vendrá a vivir con él de buena gana. Están cortados por la misma tijera, esos dos. Esperaba que si su tía la viera a usted casada y establecida cerca, naturalmente la seguiría.

A May se le hizo un nudo en la garganta.

—El bienestar de mi tía Winnie es muy importante para mí. Nunca haría nada para perjudicarla.

—Entonces acepte casarse conmigo. —Sonaba tan razonable—. Si su tía no desea vivir con su hermano, puede vivir con nosotros.

La tentación de aceptar era grande. Con una simple palabra, May podría eliminar sus problemas.

¿Pero matrimonio? Un nudo en la garganta amenazaba con estrangularla. Sus sueños, sus necios sueños femeninos de amor, matrimonio y felicidad para siempre, de alguna manera se habían entrelazado irremediabilmente con aquel apuesto canalla, aquel diablo que ya había puesto sus ojos en otra. El dolor le desgarraba el corazón.

—Por favor, señor Tumblestone, le pido que no me apesure. —May necesitaba tiempo a solas para pensar—. Deme unos días más antes de pedirme que tome una decisión tan importante.

¿Cómo había sucedido? Nunca lo quiso. De hecho, le parecía lo peor del mundo. Pero la

verdad se interponía entre ella y el señor Tumblestone como una espada afilada, manteniendo a raya la única opción racional. Por mucho que lo intentara, no podía negar aquello que se había vuelto tan real.

Estaba irremediablemente enamorada de Radford.

Capítulo 11

Un griterío estridente surgió desde el frente de la cabaña y ahogó la respuesta del señor Tumblestone a la petición de tiempo de May. Una repentina carcajada desvió su atención de la mirada fulminante del caballero.

—Portia me dijo que te encontraría sentada bajo tu árbol favorito —exclamó Iona mientras corría por el estrecho sendero que atravesaba el patio lateral con las faldas levantadas. Llevaba una buena parte de la tela en los puños. Parecía deliciosamente joven y juguetona, corriendo a toda velocidad.

Iona no se había comportado de manera tan poco femenina desde antes de su presentación en sociedad, tres años atrás. May no pudo evitar preguntarse, mientras sentía una punzada agri dulce por el pasado, qué intriga había provocado aquel estallido de comportamiento travieso.

—Debes venir enseguida. Debes... —Iona se detuvo precipitadamente. Su rostro palideció y dejó caer las faldas—. Oh, cielos. No me había dado cuenta de que no estabas sola. —La dulce voz melodiosa de Iona se convirtió entonces en el tono suave y correcto que ambas mujeres habían sido entrenadas para usar con sumo cuidado—. Perdóname por interrumpir.

Aunque Iona hizo ademán de sentirse avergonzada, no hizo ningún movimiento para marcharse. El señor Tumblestone se irritó ante la intrusión y parecía dispuesto a arrancarle la cabeza a Iona. Contuvo su irritación, supuso May, sólo porque estaba haciendo un gran esfuerzo por pintar una imagen tan agradable de sí mismo y del matrimonio.

Cerró sus enormes puños. Con la espalda rígida, Tumblestone hizo una breve reverencia.

—Lady Iona —dijo—. Es un placer volver a verla. Por favor, acompáñenos.

—Oh, no, no podría quedarme —dijo Iona y agitó las manos sobre su pecho—. Lo que quiero decir es que debes venir a ver algo, May. Usted también puede venir, por supuesto, señor Tumblestone.

May se levantó del banco, picada por la curiosidad.

—¿Ver qué?

—Lord Nathan tiene un nuevo faetón y lord Evers le sigue en un hermoso landó. Tienes que venir a verlo.

May encontró difícil no dejarse llevar por el entusiasmo contagioso de Iona y unirse a la diversión. Aunque nunca había sido gran admiradora de los carruajes, siempre disfrutaba contemplarlos amistosamente.

Incluso Iona pareció sorprendida cuando May se volvió seria de repente. Entrelazó las manos mientras su mirada oscilaba entre su amiga y el señor Tumblestone. Por el bien de la tía Winnie, tenía que refrenar sus impulsos.

—Señor Tumblestone —dijo May y lanzó una mirada anhelante hacia la parte delantera de la casa de campo—. Quizá deberíamos continuar esta conversación dentro. Lo siento, Iona, pero hoy no puedo acompañarte. Tal vez en otra ocasión.

—Pero hoy es el último día de la feria y hace un tiempo precioso. —Iona se negó a ceder y sería descortés dejarla sola en el jardín trasero—. Quizá desee usted venir también, señor Tumblestone. Será bienvenido, se lo aseguro. Debería haber sitio de sobra en el landó de lord Evers. Oh, por favor, diga que vendrá.

—¿Qué es eso sobre una feria? —El tío Sires se acercó a ellos—. Niña, debes saber que hay una comitiva en la puerta preguntando por ti. —Su mirada se clavó en la de lady Iona—. Oh, veo

que ya se ha anunciado, milady —dijo de manera bastante grosera.

El conde y el duque de Newbury nunca se habían llevado bien. El hecho de que May encontrara en su hija una amiga tan íntima y la aceptación de la familia Newbury no había conseguido más que echar sal en las tensiones que separaban a los dos hombres.

—Lord Nathan y lord Evers nos acompañan a Lillian y a mí a la feria rural de Widcombe. Esperaba que May y el señor Tumblestone estuvieran disponibles también.

—¿Una feria en Widcombe? —Sires se frotó la barbilla.

—Ya había rechazado la oferta, tío. —May no deseaba que la regañaran injustamente, ya que había hecho lo más maduro y había rechazado la tentadora invitación.

—¿Te has negado? Niña estúpida —murmuró—. Por supuesto que Tumblestone acompañará a mi sobrina a la feria. A la encantadora pareja le vendría bien pasar un tiempo lejos de los vejestorios seniles de esta casa.

Iona parecía a punto de atragantarse, mientras que a May le costó no soltar una carcajada. Tumblestone tenía la edad del tío Sires. Sin duda, el viejo granjero esperaba poder escapar de nuevo a la cabaña y volver con los «vejestorios seniles» en lugar de intentar alejarse de ellos.

—Me encantaría —dijo Tumblestone, sin parecer nada complacido. Entrelazó los dedos con los de May y esbozó una sonrisa despiadada.

Independientemente de los deseos de los demás, Sires había tomado una decisión. Le dio a May veinte libras y le dijo que se gastara la pequeña fortuna en fruslerías inútiles. May se quedó mirando el regalo, totalmente desconcertada.

—Prométame que vigilará de cerca a estos dos tortolitos, lady Iona. No puedo permitir que ocurra nada adverso que pueda manchar la reputación de la niña o precipitar la fecha de la boda.

May levantó la vista, esperando encontrar el suelo sobre ella y las nubes a sus pies. El tío Sires estaba actuando tan fuera de lugar que le dolía la cabeza. Incluso Iona se quedó sin palabras.

Pero su tío no era la única causa de los sentimientos revueltos de May. No sabía qué pensar de montar en un landó con el señor Tumblestone a su lado mientras tenía que ver a Radford acariciar y arrullar a la delicadamente bella Lillian.

La tarde prometía ser tortuosa. Y, sin embargo, su corazón no pudo evitar palpar en silenciosa expectación. Pasar otra tarde en compañía de Radford era su mayor deseo... y también su mayor temor.



¿Por qué demonios había dejado que Wynter lo metiera en este lío? Aunque el clima era agradable y el aire fresco, Radford deseaba estar en cualquier parte menos en Widcombe, pasando tiempo no sólo con la mujer con la que iba a casarse, sino también con la mujer que no podía quitarse de la cabeza. Por desgracia, esas dos mujeres no eran la misma.

Hasta ahora, se lo había pasado fatal en su landó con lady Lillian pegada a su lado, parloteando sobre la moda que había visto en los escaparates de Edgar's Building aquella mañana. Lo pasó fatal observando a la señorita Sheffers sentada rígidamente, sin dejar que su espalda tocara los cojines, y evitando su mirada, así como de la del amargado señor Tumblestone. La muchacha llevaba puesto un precioso vestido con un patrón de lunares blancos y rojos, cortado especialmente para resaltar sus generosas curvas.

Si vistiera una prenda así todos los días, la pobre joven estaría abrumada con ofertas de matrimonio. Al fin y al cabo, bajo esos vestidos desteñidos y mal ajustados se escondía una joya encantadora. Radford se sintió aún más desdichado al darse cuenta de ello. ¿Por qué demonios

había accedido a poner un pie fuera de su casa?

La feria rural en el cercano Widcombe se agolpaba en el prado de Widcombe Crescent, una gran extensión de hierba, y se extendía por los campos vecinos. Había muchas caras conocidas entre la multitud. Parecía que más de la mitad de Bath había decidido unirse a las festividades.

Wynter y lady Iona se abrieron paso entre acróbatas cantantes, representaciones callejeras de populares obras de moralidad y puestos callejeros que vendían carnes de olor delicioso y pasteles recubiertos de azúcar.

—Me han dicho que hay una anciana al extremo del campo —explicó Wynter. En sus brillantes ojos azules brillaba la picardía—. Le adivina el futuro a uno por solo dos peniques. ¿No es divertido? Todos debemos dejar que nos mire las palmas de las manos.

—¿Algo diabólico, dices? —Tumblestone no sonaba nada complacido—. Es pecado tratar con adivinos o brujería. No participaré en esta locura... ni tampoco lo hará la señorita Sheffers.

—¿En verdad? —dijo Radford, haciendo todo lo posible para que la palabra sonara aburrida en lugar de tensa. El ritmo brutal que había impuesto Wynter le dolía en el pie, ya que el orgullo le había impedido traer su bastón. Se detuvo en el camino para recuperar el aliento.

—¿Está de acuerdo, señorita Sheffers? ¿No siente curiosidad por saber qué futuro ve esta anciana para usted? —Dirigió una mirada en dirección a Tumblestone.

May volvió la cabeza hacia otro lado, aparentemente demasiado astuta para caer en la trampa que Radford le había tendido de forma poco galante. Un espíritu libre como May disfrutaría sin duda de las diversiones de una vieja bruja gitana.

—Sería un desperdicio de dinero, milord —murmuró.

—Qué tontería, May —terció lady Iona—. Tu tío te ha dado amplios fondos para malgastar hoy.

—No en comportamientos pecaminosos —le espetó el señor Tumblestone.

—No veo cuál es el alboroto —dijo lady Lillian. Clavó sus garras en la manga de Radford—. May no necesita que una bruja gitana le lea la palma de la mano. Me atrevería a decir que esa habilidad es innata en personas como ella. La vieja bruja podría ser incluso su abuela. Puedes adivinar tu propio futuro, ¿verdad, May? Está en tu sangre... la sangre gitana de tu padre.

¿Su padre, un gitano?

—Qué disparate —soltó Radford—. Su madre es hija de un conde.

—Crea lo que quiera —dijo Lillian con bastante rencor. La emoción era muy impropia de los rasgos juveniles de la dama.

Iona se metió el puño en la boca. Wynter enrojeció y murmuró incoherencias. Nadie sabía qué decir. Radford casi esperaba que la señorita Sheffers rompiera a llorar y saliera corriendo.

Sin embargo, la joven señorita era demasiado fuerte para hacer algo tan débilmente femenino como eso. En lugar de eso, se mantuvo firme y miró fijamente a la más alta y encantadora lady Lillian. Sin pronunciar una sola palabra, borró de la mente de Radford cualquier duda persistente.

Se trataba de la señorita Sheffers, la única mujer que se había atrevido a llamarle insensato y que no solo leía las novelas más horribles, sino que se empapaba de todos los clásicos. Sobre todo, era la mujer que le había obligado a ver el daño que estaba haciendo a su cuerpo al rechazar aquel bastón infernal. ¿Cómo podía una mujer tan gentil y valiente estar contaminada con sangre gitana salvaje?

—Qué cosa tan perniciosa —reprendió Radford en tono suave, en un intento desesperado por romper el tenso silencio—. No debería decir tales mentiras, milady.

—¿Cree usted que miento? —lady Lillian se enderezó y parecía inmensamente satisfecha de

sí misma—. Pregúnteselo usted mismo a May. Si ella niega lo que digo, entonces será testigo de primera mano de una mentirosa verdaderamente consumada.

Tumblestone se interesaba mucho por lo que la señorita Sheffers pudiera decir en su defensa.

—¿Y bien, señorita? Niegue lo que dice la dama para que podamos continuar. La gente empieza a mirarnos —dijo.

Los ojos violetas de May se oscurecieron varios tonos. Abrió varias veces su delicada boca para hablar, pero no emitió sonido alguno.

—Esto es una tontería. Pide disculpas, Lillian, por decir algo tan cruel. —Iona acudió rápidamente en defensa de la señorita Sheffers.

—No lo haré. —Lillian levantó la cabeza. Las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos.

Radford solo pudo sacudir la cabeza. Por más que lo intentara, su comprensión de la especie femenina nunca mejoraba.

—Quizá deberíamos continuar entonces —sugirió Wynter. Parecía tan incómodo como Radford. Seguir adelante y dejar atrás la acusación le parecía perfecto a Radford.

Por desgracia, Tumblestone tenía otras ideas sobre el asunto.

—Señorita Sheffers, diga algo. Niegue o afirme lo que afirma la dama.

La mirada nerviosa de May saltó de un rostro al otro. Finalmente suspiró, hundiendo los hombros en señal de derrota.

—No puedo hacer ninguna de las dos cosas —dijo—. Tendrá que hablar con mi tío si desea saber la verdad.

Ah. Otro misterio envuelve a la querida princesa feérica. Radford se sintió perversamente intrigado. Esperaba que su administrador regresara pronto con todos sus sucios secretos al descubierto.

Sin nada más que discutir, Radford tomó el brazo de lady Lillian y avanzó a paso lento pero firme por la fila de puestos.

Había una bruja gitana esperando a ser consultada.

La anciana estaba encorvada y arrugada. Sus dedos temblorosos eran retorcidos como las ramas de un roble viejo. Sus ropas remendadas fluían a su alrededor, mostrando una gama de colores brillantes. Llevaba un pañuelo de lana en la cabeza y un gran aro dorado en el lóbulo de la oreja.

Lady Lillian rio nerviosamente mientras le entregaba unas cuantas monedas a la bruja y le ofrecía la mano. La mujer de ojos turbios no miró la palma de la mano de Lillian, sino su rostro. Acarició los largos dedos de Lillian y tarareó suavemente durante unos instantes.

—Eres tan encantadora, querida. Conmueves los corazones de muchos hombres, ¿verdad? Pero, ¿qué es la belleza? ¿Qué te aportará? Oh, querida, no mucho. Pasarán muchos años frustrantes antes de que encuentres la felicidad —susurró la bruja con voz gruesa y acentuada, inclinándose hacia delante.

Lillian apartó la mano de golpe y se la apretó contra el pecho.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir, vieja farsante?

La anciana se encogió de hombros.

—No desesperes demasiado. Aún eres joven.

Iona cogió las manos de Lillian y le susurró palabras suaves a la sensible joven mientras Wynter entregaba dos monedas más a la bruja. Cuando ella alargó el brazo para cogerle la palma, Wynter capturó la mano de Radford, le quitó el guante y se la tendió a la anciana para que la leyese.

—¿Qué demonios? —protestó Radford.

—Sólo escucha lo que tiene que decir.

Curiosamente, la bruja no tenía nada que decir. Abrió los ojos de par en par mientras miraba fijamente el centro de la palma de la mano de Radford.

—Tal vez es que ya debería estar muerto —bromeó el vizconde.

—Oh, no —dijo ella, sacudiendo violentamente la cabeza—. Tienes una línea de vida muy fuerte. Sólo que... —trazó un camino por el centro de su palma con el dedo torcido— no la estás viviendo.

—¿No la vivo? Entonces, ¿qué hago aquí, si no vivo?

—Escondiéndote, supongo. Escondiéndote de todo lo que debería ser importante para ti. Usas esa cojera como escudo, ¿no es así?

La anciana tiró de su brazo con una fuerza sorprendente y repentina, obligándole a agacharse para poder susurrarle al oído.

—Cuidado, milord. No puedes esconderte de tu corazón. El universo no lo permitirá.

Al igual que lady Lillian, Radford apartó la mano como si la bruja le hubiera picado. Algo malicioso se le arremolinó en el estómago cuando las palabras de la bruja le recorrieron el cuerpo. Se sacudió y soltó una breve carcajada. La bruja era buena. Su teatralidad rivalizaba con la de los mejores actores que había visto sobre un escenario.

—Qué divertido —dijo. Volvió a reírse para disimular el sentimiento de presagio que se colaba en su interior, advirtiéndole de que la bruja había dado en el blanco—. Te has ganado tu dinero —añadió Radford, arrojándole unas monedas de más antes de meterse las manos en el bolsillo y volver al lado de Lillian.

Prodigó atenciones a su bella dama y sólo escuchó solo a medias mientras la bruja gitana prometía a Wynter que pronto haría que su padre se sintiera orgulloso y encontraría el amor en un lugar sorprendente. La lectura de lady Iona era tan benigna y vaga como la de Wynter.

Cuando la bruja volvió su mirada cristalina hacia May, el señor Tumblestone renovó sus protestas contra la pecaminosa actividad.

—No ganarás ni un penique de mi parte, vieja bruja. Así que vuelve a guardar tu sucia mano en tus faldas.

Una sonrisa irónica y sobrenatural se dibujó en los rasgos de la anciana. May tuvo la delicadeza de asentir amablemente a la pobre alma antes de dejar que Tumblestone se la llevara.

—Quizá deberíamos alejarnos de los animales de granja —sugirió Lillian—. El olor es repugnante.

Antes de que el grupo pudiera acordar una nueva actividad, la vieja bruja se acercó cojeando y envolvió el brazo de May con su mano marchita. La mirada salvaje de la mujer fue una vista aterradora.

—Es peligroso fingir ser lo que no se es —siseó antes de que alguien pudiera acudir en ayuda de May—. Harías bien en dejar de jugar a esos juegos, querida, especialmente contigo misma.

Capítulo 12

La bruja desapareció entre la multitud. Su partida dejó a May boquiabierta como una tonta. La anciana había pronunciado las palabras que ella misma se había negado a pronunciar durante demasiado tiempo.

Fingía ser algo que no era.

—¿Le ha hecho daño esa gitana? —Radford le había cogido las mejillas y se había agachado un poco para estar a su altura. Sus dedos trazaron suavemente la línea de su mandíbula.

—¿Qué? —May se sintió repentinamente abrumada por su cercanía masculina—. Estoy bien.

—No parece estarlo —señaló Wynter.

—Ella se encuentra bien —argumentó Tumblestone. Con fuerza, apartó a May de Radford y enganchó su brazo al de ella—. Esto es un sinsentido. Un completo despropósito lanzado por una arpía desquiciada. No me agrada el ambiente que se respira aquí. No es lugar adecuado para una joven. Exijo que regresemos a Bath de inmediato.

Eso era lo último que May quería. Volver a Bath significaría el fin de su aventura con Radford. Su regreso la pondría en una posición en la que se sentiría obligada a aceptar la solicitud del señor Tumblestone.

Es peligroso fingir ser algo que no se es.

Debían regresar lo antes posible. Fingir que era una dama, fingir que era alguien a quien Radford podía amar, era peligroso. Podía perder su corazón si no tenía cuidado.

—Me gustaría quedarme. —Las obstinadas palabras salieron de su lengua a pesar de todo el buen juicio de May—. Acabamos de llegar y todavía hay mucho por ver.

Debería disfrutar de la tarde. No tenía nada más que perder cuando Radford ya era dueño de su corazón... lo quisiera él o no.



Lady Lillian era refinada, joven y de buena familia. Era todo lo que Radford deseaba en una esposa. No era como si realmente necesitara que le gustara la chica. Se quedó rezagado mientras observaba cómo Lillian e Iona se paseaban entre la multitud de un puesto a otro, admirando los sencillos artículos y comprando lo que les causaba placer. Iona había cogido del brazo a May y arrastraba a la princesa élfica con ella. May rara vez sonreía durante las compras. Aunque admiraba muchas telas coloridas y exóticas y volúmenes de libros viejos y desgastados, ni una sola vez abrió su retícula para hacer una compra.

Al cabo de un rato, el grupo regresó a la pradera donde los gitanos habían acampado. Unos conocidos de paso habían mencionado una colección de antigüedades a la venta procedentes de las misteriosas tierras de Oriente.

El camino hacia la maltrecha caravana de madera les condujo por un sendero polvoriento donde las hierbas altas se alargaban y rozaban sus piernas. Lillian, la belleza de cabellos rubios que era perfecta para él, gimoteaba con cada paso. Se desesperaba por la suciedad que se adhería a su vestido hasta que Radford accedió a regañadientes a alzarla en brazos.

May no hizo tales quejas. Para ser una mujer que admitía tener miedo a los animales y no saber qué hacer en la naturaleza, avanzaba con determinación entre las hierbas altas, como si su cuerpo pequeño estuviera hecho para pasar largas horas paseando al aire libre. Mechones de su

cabello ámbar se soltaban de sus horquillas y le colgaban sueltos por la espalda. Su bonete de paja estaba ligeramente torcido, moviéndose con cada paso. Era verdaderamente una criatura de la tierra. Quizá tenía algo de sangre gitana en las venas. Quizá por eso había sido capaz de hechizarle con aquellos ojos inquietantes.

Su deseo por la muchacha era lo bastante fuerte como para hacerle replantearse sus valores. A un hombre de su posición le convendría tener a una mujer sólida como la señorita Sheffers como amante. Tenerla a su lado le convertiría en un hombre mejor.

¿Qué podía haber de malo en ello? Él cuidaría de ella y la protegería de viejos lascivos como el señor Tumblestone.

—¡Oh! —lady Lillian se retorció entre sus brazos—. Son preciosas. —Sus ojos brillaron al ver tres figurillas inusuales sobre una mesita delante de una colorida carpa. Eran de porcelana fina.

Por una vez, Radford tuvo que darle la razón. Las figurillas, un trío de duendecillos de madera, estaban congeladas para siempre en medio de alguna danza pagana. Con las cabezas inclinadas hacia atrás, las extremidades ligeras y alegres y las túnicas ondeando, parecían moverse al son de alguna antigua melodía en la porcelana suave y lisa.

Radford los estudió mientras miraba furtivamente a su propia criatura mística. Las tres caras sonrientes eran la viva imagen de la señorita Sheffers.

—Están muy bien hechas —comentó. Cogió una, le dio la vuelta en la mano y acarició la figurilla mientras su mente se llenaba de pensamientos sobre la señorita Sheffers, quien se inclinó hacia delante y miró las figuras. Una amplia sonrisa iluminó sus facciones al ver a las hadas.

Un anhelo desnudo acechaba en lo más profundo de los ojos de la muchacha y Radford no podía pasarlo por alto. ¿Había visto algo en la forma en que aquellas figuritas bailaban libremente? ¿También ella anhelaba esa libertad? Quizá ella también se viera a sí misma reflejada en sus bellos rostros.

—Me recuerdan a una mujer asombrosa que conocí no hace mucho en el acantilado de Beechen —dijo Radford, en voz suficientemente baja para que solo ella le oyera—. Poseía un espíritu tan libre como estos duendecillos, ¿no está de acuerdo?

—No tengo ni idea de lo que está hablando, milord —dijo May, irritada. Sin embargo, no se apartó, sino que siguió admirando en silencio las pequeñas estatuillas.

—¿Quizá algún día se permitirá soltarse el cabello y bailar con tanto desenfreno para mí? —Sabía que la sugerencia la escandalizaría, pero no pudo contener su lengua. Provocar su fachada mojigata le resultaba mucho más agradable que cualquier pensamiento de moderación.

Le dirigió una mirada interrogante.

—Se está burlando de mí —susurró May. Retrocedió para alejarse de los tesoros del gitano e intentó pasar desapercibida.

Pero eso era lo último que Radford quería que hiciera.

—No tiene que huir —se dio la vuelta y le dijo.

El señor Tumblestone se acercó a May en una clara muestra de propiedad. Su mirada se clavó en Radford. Un desafío tácito yacía en el suelo entre ellos. Radford tenía toda la intención de plantarle cara al viejo necio y quedarse con May.

Lady Lillian tuvo que recordarle su deber para con ella y su madre. Le dio un tirón del brazo e hizo un bonito mohín.

—¿Qué ocurre, milady? —preguntó Radford. Por Dios, las necesidades de Lillian ponían a prueba su paciencia.

—He gastado todo mi dinero —dijo en voz baja. Arrugó su nariz de botón y batió sus largas pestañas—. Oh, y cuánto me han encantado esas figurillas.

Radford le dio una palmadita en la mano con la que se había aferrado a su manga.

—Nunca es sabio elegir antes de considerar todas las opciones. —Su mirada se dirigió involuntariamente hacia May.

Sus cintas se estaban soltando, haciendo que sus rizos se convirtiesen en una maraña. Y ella lo fulminaba con la expresión de desagrado más sincera que él podría esperar ver en la vida. En general, la encontraba irresistiblemente adorable.

—No es prudente arruinar la única oportunidad de ser feliz actuando precipitadamente, ¿no cree usted? —cuestionó nuevamente.

Lady Lillian frunció el ceño.

—Pero, lord Evers, podría comprarme las figurillas si realmente lo deseara.

Radford tenía la sensación de que sus deseos no tenían peso en este caso. Sus sentimientos nunca importarían cuando se trataba de lady Lillian. Era una niña egoísta, no una mujer preparada para... para... ¿Qué esperaba él del matrimonio aparte de hijos?

Al tratar de esconderse de un futuro con una pierna que nunca sanaría, había fallado en imaginar su vida en los años y décadas que tenía por delante. ¿Qué querría de una esposa?

—Le compraré solo una de las tres, milady, para enseñarle una lección. No siempre puede tener lo que desea, y a veces hay que elegir. Me pregunto cuál elegirá.

—Es usted un bromista, milord —ronroneó ella. Era la coqueta perfecta, la dama literalmente destilaba sensualidad.

Extrañamente, sus encantos aburrían a Radford. Observó con desinterés cómo ella levantaba cada estatuilla y le explicaba qué era lo que adoraba de ella. Lady Iona se unió a la diversión.

Wynter se alejó en busca de entretenimientos más interesantes mientras Lillian seguía indecisa.

May luchaba con un pequeño cabrito que solo quería comerse las flores de seda cosidas en el dobladillo de su vestido. Empujar al animalillo marrón y blanco con la mano enguantada solo lo hacía más decidido a jugar con ella. Dejó escapar una risa ronca cuando el pequeño la embistió en la pierna.

Tumblestone arruinó la diversión. Balanceó su pierna robusta hacia la bestia juguetona y la habría golpeado si May no se hubiera interpuesto en su camino. La punta de su bota golpeó su espinilla.

May se frotó la pierna y se rio del dolor. Pero había una clara cojera en su andar cuando aplaudió y persiguió al cabrito de vuelta al campo.

Radford apretó la mandíbula, deseando patear un par de veces a Tumblestone en defensa de May. Pero no podía. Su intromisión no sería bienvenida ni apropiada. La señorita Sheffers ya había dejado muy claros sus sentimientos. No quería tener nada que ver con él.

Pero, ¿qué quería?

Desde luego, no podía pensar seriamente en casarse con un hombre como Tumblestone. Era demasiado viejo, demasiado aburrido para ella. Un matrimonio así acabaría con su espíritu. Sus escasas sonrisas se habían vuelto tensas y su impredecible personalidad se había apagado tras unas pocas horas en su compañía.

—Esta. —Lady Lillian levantó una estatuilla. El duendecillo de porcelana hacía una reverencia con la cabeza echada hacia atrás riendo.

—Muy bien —dijo. Consideró la posibilidad de ofrecerle también uno a lady Iona, pero ella se había alejado de las figurillas y estaba ocupada hablando con uno de los comerciantes gitanos

sobre un collar con una gran gema púrpura. Wynter se había unido a ella y parecía dispuesto a guiar a la dama en su compra.

Radford no deseaba marcharse sin los otros dos duendecillos del bosque. Por increíble que le pareciera, aquellas figuras ágiles le encantaban.

—Y usted, señorita Sheffers, ¿qué desea? ¿Por casualidad anhela uno de estos tesoros?

La muchacha pareció sorprendida por la pregunta. Parpadeó rápidamente y se dio la vuelta.

Radford esperaba que ella le dijera que su caridad no era bienvenida, aunque secretamente deseaba que le rogara por el par de figurillas de hadas. Jamás, ni en todo un mundo de posibilidades, había soñado que se le pondrían los ojos llorosos.

—Se está haciendo tarde —dijo ella, negándose a responder a su pregunta—. Tía Winnie se preocupará por mí.

—Muy bien. —Radford pagó el regalo de lady Lillian y le ofreció el brazo a la simpática señorita. Mientras se abrían paso entre la multitud, Radford no podía dejar de pensar en las dos figurillas abandonadas.

May merecía tenerlas en su posesión.

No eran más que un par de simples baratijas, nada más que juguetes para adultos. Radford debía de haber perdido la cabeza.

—Por favor, discúlpeme un momento. —Desenganchó su brazo del de Lillian—. Wynter, por favor, cuida de mi dulce encanto —dijo, y agració a su compañera con una sonrisa indulgente—. Creo que veo a un viejo conocido. No tardaré más de un minuto.

—Pero me gustaría conocer... —empezó a decir lady Lillian.

Radford se llevó un dedo a los labios.

—Esta vez no.

—No tardes mucho, Evers —dijo Wynter con cierta impaciencia—. Te esperaremos en el landó.

Con paso ligero, lo cual era toda una proeza considerando los dolores de su pie hinchado, regresó a la caravana gitana y compró las dos figurillas restantes. Es un regalo, pensó. Seguramente no había nada de malo en que quisiera darle a May un símbolo de su gratitud. Ella le había convencido para que usara su bastón.

Ese maldito bastón. Deseaba con todas sus fuerzas haber superado su orgullo y haberlo traído consigo a la feria. Su preocupación por lo que lady Lillian pudiera pensar si le veía constantemente dependiente de él se lo había impedido.

—Entonces comprará los otros dos adornos a su prometida, por lo que veo —dijo Tumblestone, poniéndose a la par de Radford.

—Algo así —murmuró Radford. Caballero o no, no tenía ningún deseo de conversar con el viejo granjero—. ¿Dónde está la señorita Sheffers?

—Está feliz riéndose con esas dos tontuelas. Y yo tenía la intención de conversar con usted en privado.

—¿De verdad? —«Privado» no era una descripción exacta del concurrido prado de Widcombe que estaban cruzando—. ¿Wynter dijo que cuidaría de las tres damas? Se lo agradeceré. Es un soltero que disfruta de sus mujeres, pero no de todas a la vez. Y definitivamente no de la variedad casadera.

Tumblestone rio entre dientes.

—Supongo que le envidio. Usted y yo estamos en la misma búsqueda. Somos dos solteros empedernidos, y ahora el matrimonio se vislumbra en el horizonte, ¿no es así?

—Las responsabilidades familiares lo exigen así. —Radford se puso rígido. No tenía ningún

deseo de tener esta discusión con Tumblestone. Sin embargo, la curiosidad mórbida le obligó a hacer la pregunta—: ¿Por qué desea usted cambiar sus costumbres?

—Podría decirse que apareció la oferta adecuada. —Una expresión curiosa ensombreció los rasgos descarnados de Tumblestone. Tenía el aspecto petulante de un hombre que sale de un garito de juego con los bolsillos llenos de dinero y una baraja marcada oculta en el sombrero.

—Ya veo —dijo Radford.

—Me temo que no —dijo Tumblestone—. He observado la forma en que ella le mira a usted.

—¿Se refiere a la forma en que frunce el ceño al mirarme? —Radford utilizó su tono desenfadado. Había pasado muchos años perfeccionando su actitud de canalla y podía invocarla a voluntad—. Me temo que la señorita Sheffers desearía maldecirme.

—No creerá eso, ¿verdad? —Por un momento Tumblestone le recordó a su padre. Casi esperaba que el hombre se cruzara de brazos y suspirara—. Ha desarrollado sentimientos por usted, la pobre e insensata muchacha. No aprecio que aliente usted sus impulsos inexpertos. No sé lo que tiene en mente, pero no será su amante. —Tumblestone levantó un gran puño. El anciano poseía la fuerza de un jornalero y, sin duda, podría defenderse en una pelea. Radford no deseaba poner a prueba su temple.

—Confunde mis intenciones, señor. Ni siquiera encuentro atractiva a la muchacha.

—Perdóneme, milord. —Tumblestone retrocedió enseguida. Al parecer, la mirada helada y la pequeña mentira funcionaron—. No pretendía faltarle al respeto. Estoy seguro de que lo comprenderá usted: verá, no puedo imponer a la señorita Sheffers la disciplina que tanto necesita hasta después de la boda. Debo cortejarla... ganarme su confianza. Pero es una muchacha tan huidiza y descerebrada. Me temo que pone a prueba mi paciencia. Afortunadamente, no hay nada en ella que una mano dura no pueda corregir.

Por el amor de Dios misericordioso. Y pensar que Radford se había preocupado de que Tumblestone quebrase el espíritu de May. Tendría suerte si no acabara físicamente rota después de unos pocos meses viviendo con este monstruo.

Capítulo 13

—Por favor, dígame que tiene noticias sobre la situación de la señorita Sheffers —dijo Radford, omitiendo el saludo, cuando su administrador se apresuró a entrar en el estudio con un fajo de papeles bajo el brazo. Tras haber pasado la noche en vela, había enviado un mensajero a buscar a Bannor al amanecer.

Tenía que detener los planes de matrimonio de May. Simplemente tenía que hacerlo. Si no fuera por esa maldita carta de desahucio, ella no le habría dado ni la hora a un hombre como Tumblestone. Era una mujer independiente, llena de vida y perspicaz.

La solución más sencilla a su problema era la misma que había impedido a Radford conciliar el sueño. No porque fuera imposible, ni porque fuera completamente ilógico. Simplemente el hecho de considerarlo le aceleraba la sangre.

Podría casarse con la señorita Sheffers.

—No pude descubrir mucho sobre la joven señorita, milord. Pero he averiguado algunas cosas interesantes sobre su familia —dijo Bannor, ajustándose las gafas en la nariz y acomodándose en una silla. Se tomó su tiempo para organizar los papeles que tenía delante en el escritorio.

Radford tenía demasiada energía para quedarse quieto. Apoyado en su bastón, recorrió la habitación. Su paciencia se agotó rápidamente. No tenía tiempo para la eficiencia de Bannor.

—¿Y bien? No me tenga en suspenso. ¿Qué ha encontrado?

Bannor volvió a jugar con nerviosamente con sus gafas.

—Solo un par de testamentos. —Revolvió sus papeles en busca de una hoja en particular—. No tengo copia de los documentos, fíjese. Sólo cotilleos de un chico que contraté para sonsacar información a los criados que trabajaban en la abadía de Redfield.

—¿La Abadía de Redfield? —La minuciosidad de Bannor impresionó a Radford. No se le habría ocurrido enviar a alguien a husmear entre los criados del conde de Redfield.

—Sí, milord. Espero que no le importe —terció Bannor, nervioso.

—No, claro que no. ¿Qué ha encontrado?

Bannor se aclaró la garganta.

—Parece que las damas Redfield y el actual conde rara vez se ponen de acuerdo. Cuando el conde rompió lazos con su hermana menor por casarse sin su permiso, su abuela lo excluyó de su testamento. En su lugar, dejó su pequeña fortuna a una de las hermanas.

—¿Y esta hermana es...? —preguntó Radford.

—Lady Viola, la madre de la señorita Sheffers. Aún no he podido descubrir la razón por la que los tribunales confiscaron dichos fondos recientemente, pero tengo la extraña sensación de que el conde es el responsable.

—Siga trabajando en eso, entonces. —Radford reanudó su paseo—. ¿Y qué más ha descubierto?

—Otra historia interesante. La madre del conde aún vive. Y aunque muy anciana y débil según todos los indicios, aún conserva el juicio. No hace mucho, ella y el conde tuvieron una discusión, y ella cambió su testamento, dejando a lady Winifred todas sus posesiones mundanas.

—¿Todas sus posesiones mundanas? ¿Y qué implicaría eso?

—Mucho más que unos cuantos collares de diamantes, al parecer. Según mi fuente, la condesa viuda es propietaria de una pequeña finca en Londres y de una vasta extensión de tierras

de labranza adyacentes a la finca de la abadía de Redfield.

—Ya veo.

—No lo creo, milord. Las propiedades que la condesa viuda está tan dispuesta a ceder a su hija mayor suponen más de la mitad de los ingresos del conde. Su estilo de vida podría cambiar considerablemente a la muerte de su madre.



El tío Sires había suavizado considerablemente su actitud hacia May al día siguiente. Aunque seguía sin sonreír en su presencia, su entrecejo fruncido era menos pronunciado.

—Me alegro de que disfrutaras ayer de tu paseo con el señor Tumblestone —le dijo durante un breve encuentro en el balneario aquella mañana.

¿Le alegraba? Nada que involucrara a May había contentado nunca a su tío Sires. Esta era realmente una ocasión trascendental. Aunque May hacía tiempo que había dejado de desear su aprobación, aquella pequeña muestra de complacencia la emocionaba.

Sonrió como una boba mientras daba su vuelta por el balneario con Winnie. Todo sería perfecto esa mañana de no ser por la salud de su tía. La pobre y querida tía Winnie volvía a sentirse débil hoy. Se apoyaba pesadamente en el brazo de May y mantenía los labios apretados.

Iona y Lillian se unieron a ellas mientras se acercaban a la imponente estatua de Beau Nash situada en un extremo del balneario.

—Estás absolutamente desaliñada, Iona —exclamó May. El pelo de su amiga se soltaba de las horquillas y su vestido estaba salpicado de barro.

—Un caballo salvaje casi la atropella —explicó Lillian con esa voz suya, tan suave como un susurro—. Justo fuera de la entrada, ni más ni menos. Madre sufrió un ataque de nervios y tuvo que ser llevada a casa en una silla de manos, la pobre.

—Dios mío —jadeó May. Los caballos podían matar a una persona.

—La bestia salvaje me recordó a ese monstruo que compró lord Evers. Va a vender ese caballo, ¿saben? Madre dijo que lo haría. Dijo que su madre le oyó maldecir con las palabras más viles y lamentar cómo casi me había matado. —Lillian parpadeó y pareció inmensamente complacida—. Me envió un enorme encargo de flores como disculpa.

Un cuchillo se revolvió en las tripas de May.

—Qué maravilla —dijo. Su placer por la aprobación de su tío se desvaneció.

—No era más que un simple jarrón lleno de flores —murmuró Iona.

—Un jarrón bastante grande, no obstante. No importa, pues madre dice que planea pedirme matrimonio. Está enamorado. No creo que le dé una respuesta de inmediato. Solo tengo diecinueve años, después de todo. Quizá le deje suspirar un tiempo y le haga demostrar que es digno de mis intereses.

May no creía poder escuchar ni una palabra más.

—Estoy tan feliz por usted —mintió.



—Hay más —dijo Bannor.

—¿Más? —La sola idea del repentino interés del conde por casar a la cuidadora de su hermana ya era bastante inquietante.

—Me tomé la libertad de preguntar por el señor Tumblestone. Él es el hombre que ha...

—Sí, sí. —Radford agitó la mano—. Sé muy bien quién es.

—¿Sabía usted también que, hace unos treinta años, lady Winifred se fugó con el señor

Tumblestone? Se habrían casado en secreto en Escocia si el conde no hubiera intervenido.

—¿Y ahora el conde exhibe a Tumblestone frente a las narices de su hermana y obliga a su queridísima sobrina a casarse con el único hombre que una vez amó? Debe una tortura para lady Winifred. ¿Cómo le ayudará eso después de que muera su madre? —Radford reanudó su paseo.

—No lo sé, pero corre el rumor por la sala de la servidumbre de que el señor Tumblestone recibirá una buena suma por aceptar desposar a la señorita Sheffers.



Lord Nathan Wynter hizo una gran reverencia e hizo ademán de saludar a las mujeres en medio del balneario.

—El vizconde envía sus disculpas. Le han surgido asuntos urgentes esta mañana.

Lillian resplandeció y se agarró a su brazo.

—Qué atento de su parte, lord Nathan. No quería que me preocupara por él, así que le ha enviado a usted. ¡Qué consideración! Tendré que regañarle por descuidarme, por supuesto. Aunque creo saber qué asuntos debe estar atendiendo. —Entonces posó la vista en su dedo desnudo.

May solo podía observar con creciente desesperación. Permanecer en Bath y verse obligada a fingir felicidad por las nupcias de Lillian y Radford sería más de lo que podría soportar. Que el cielo la ayudara, pero necesitaba escapar.

Y la tía Winnie necesitaba cuidadores más capaces que ella. Su tía ralentizó el paso hasta casi detenerse.

Lillian, Iona y lord Nathan avanzaron a paso ligero y se vieron envueltos en una conversación con uno de los conocidos de lord Nathan. Iona saludó a May con la mano antes de seguir caminando.

—Permíteme llevarte a casa —dijo May, preocupada por el paso vacilante de su tía—. Ya he tenido bastante por hoy.

—Estoy segura de que así es. ¿Realmente ha encantado esa tonta a nuestro lord Evers? —Winnie susurró la pregunta. Por un breve instante el color inundó las mejillas de su tía, tiñéndolas de un saludable rosa. Parecía más animada de lo que había estado en días—. Es más necio de lo que sospechaba al principio. ¿Qué hacemos?

A May se le posó el corazón en la boca del estómago. ¿Cómo podía decirle a su tía que no había esperanza de una relación entre ella y el vizconde? Condujo a Winnie fuera de la habitación y hacia la brillante luz del sol. El día prometía ser tan cálido y acogedor como el anterior, un agudo contraste con la tormenta que se estaba gestando en el corazón de May. Caminaron en silencio por la columnata hacia Cheap Street.

—Ha dicho que podíamos quedarnos en la casa de campo todo el tiempo que quisiéramos —dijo finalmente May—. Dijo que no le interesaba nuestro dinero.

—Oh, querida. —Winnie aceleró el paso y pellizcó el brazo de su sobrina—. No has hecho ninguna tontería, ¿verdad May?

A May le escocían las mejillas de vergüenza.

—No, tía, no. Nunca lo haría.

Winnie suspiró.

—¿Te lo ha pedido?

—Dice que no me quiere de esa manera...

—¿Pero?

—Me besó en el concierto de Newbury. —May se sintió completamente indigna. Una dama

decente nunca debería confesar algo así, ni siquiera a su cariñosa tía.

Aun así, Winnie no estaba satisfecha.

—¿Y?

—Y nada. No fue más que un simple beso. —Algo simplemente maravilloso que había incendiado su cuerpo.

—No existe un simple beso entre una joven como tú y un hombre como el vizconde. ¿Qué haremos?

El brillo en los ojos de tía Winnie era idéntico al de Iona cuando tramaba un plan. Auguraba problemas. May necesitaba proceder con sus planes con mucha cautela.

El tío Sires tenía razón. La tía Winnie necesitaba a alguien más capaz de cuidarla. Desafortunadamente, no se iría voluntariamente del lado de May a menos que supiera que ella no se quedaría sola y sin dinero. El matrimonio era la única solución lógica.

Según todos los indicios, lord Evers le propondría matrimonio a lady Lillian esta noche. No había razón para que May siguiera torturándose. Él nunca fue un hombre que ella pudiera esperar tener. Su tío le había enseñado muy bien esa lección. Por su nacimiento, por ser quien era, la sociedad respetable nunca podría aceptarla. No era una candidata digna para un matrimonio de cuento de hadas.

Y allí estaba el señor Tumblestone, dispuesto.

Le enviaría una nota a su tío.

—Por favor, no te preocupes demasiado por mí, tía. Soy una mujer sensata. Los asuntos del corazón son problemas para simplones y tontos. Yo soy bastante inmune.

—Muy bien. —Winnie no parecía convencida.

May tendría que actuar antes de que su bienintencionada tía pusiera en marcha un plan. Ella nunca poseería el corazón de Radford, y tampoco lo necesitaba. Después de esta noche, su futuro estaría decidido. Realmente no había otra opción viable.

—Seré feliz —dijo, sin estar del todo segura de decir la verdad—. Te lo prometo, tía, seré feliz.

El matrimonio con el señor Tumblestone prometía ser un gran desafío para aquellas audaces garantías de felicidad.



—¿Qué hay de la señorita Sheffers? ¿Fue incapaz de encontrar algo más sobre sus antecedentes?

—Aparte del hecho de que sus padres murieron recientemente en el extranjero, no. —Bannor hizo una pausa y pareció sopesar cuidadosamente sus palabras—. Los criados son muy reservados al hablar de su persona. El conde no soporta estar cerca de ella, eso quedó claro. Mi hijo cree que hay algo enterrado en su pasado. Algo que nadie se atreve ni siquiera a susurrar.

¿Algo como la herencia gitana de su padre? ¿Podría ser cierto? Si lo era, su descabellada idea de casarse con May se hacía varios grados más imposible.

—Investigue los antecedentes de su padre. Averigüe quién era y quiénes eran sus padres.

—Sí, milord. —Bannor recogió sus papeles y se dirigió a la puerta—. Oh, milord. Por favor, acepte mis más sinceras felicitaciones.

—¿Por qué?

—Su señora madre ha dicho que desposará a una de las hijas del duque de Newbury. No podría elegir una esposa de una familia más respetable.

Capítulo 14

Radford contempló los dos duendecillos de porcelana que había puesto sobre la chimenea, incapaz de decidir cuál conservar y cuál regalar a May.

Una se había subido la falda y enseñado la pierna mientras bailaba, paralizada en el tiempo por la arcilla endurecida. Era un alma verdaderamente libre. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y flores en la cabeza. Así deseaba ver a May. Así debía verse una princesa de cuento. Levantó la pequeña estatua y la giró en su mano. Hasta los hoyuelos de las redondas mejillas del duendecillo se parecían a los de May.

La segunda figurilla parecía mucho más comedida en contraste. Sus delgadas manos le cubrían la boca y se giraba para disimular un sonrojo. Sin embargo, el artista había sido hábil en capturar los detalles. Los delicados ojos de la mujer miraban hacia atrás, como atraídos perversamente por lo que la había hecho sonrojarse y apartarse.

El artista bien podría haber utilizado a May como modelo para esta estatuilla. También ella se escondía de su naturaleza alegre, permitiendo que solo ocasionales destellos de su verdadera personalidad escapasen.

Entonces, ¿cuál de las dos figurillas merecía May? ¿La imagen de ella alejándose de la sociedad... alejándose del amor y de la vida? ¿O la imagen del espíritu libre que ya no debía negar?

Podría darle ambas cosas.

Presentarle incluso una sola, por trivial que fuera, sería considerado inapropiado. Él era un soltero que contemplaba casarse con otra. Ella era una dama precipitándose hacia un desastre que él se sentía obligado a detener. El regalo no sería bien recibido. No iba a engañarse a sí mismo en ese punto.

¿Qué había de malo en regalarle ambas estatuillas?

Egoísmo, supuso Radford.

Un fuerte deseo de quedarse con ambas ardía en su interior. Quería a la temeraria criatura duendecillo y a la tímida, asustada e inocente princesa feérica. Ambas le encantaban. Y sospechaba que una no podía existir sin la otra.

Como ya había decidido dársela, se obligó a tomar una decisión. Tal como había sugerido la bruja gitana, May merecía su libertad. Cogió al duendecillo salvaje y danzante y lo sostuvo para que brillara en el rayo de sol que entraba por una gran ventana. Había que darle la oportunidad de bailar y brillar a la vista de todos.

Radford se la daría y mantendría el recuerdo de la otra escondida. Para atesorarla... y amarla.

Envolvió cuidadosamente a la tímida figurilla del bosque en un pañuelo de lino y se la metió en el bolsillo del pecho para que descansara justo encima de su corazón. Luego, recogió la otra y se caló el sombrero de castor, dispuesto a visitar a May de inmediato. Quisiera o no, él se aseguraría de que aceptara su regalo.

—Ahí estás, Radford. —Su madre entró en la habitación. Llevaba otro vestido ligero que flotaba alrededor de sus tobillos al cruzar al salón.

La madre de Lillian, la duquesa de Newbury, iba un paso detrás. Los buenos modales hicieron que Radford se quitara el sombrero y saludara cortésmente a las mujeres. Se guardó la estatuilla de May en el bolsillo.

—Ese mayordomo perezoso tuyo ya debería haber traído el té arriba. Tienes que hablar con él. —Su madre lanzó una mirada preocupada en dirección a la duquesa—. Los solteros son criaturas tan indefensas. Realmente necesitan una dama de carácter fuerte que mantenga a los sirvientes en su lugar.

Nunca, ni siquiera en su juventud desenfadada, Radford había sido descuidado con sus sirvientes. Era justo pero severo, y esperaba que le devolvieran tanto esfuerzo y respeto como él les daba. La acusación contra Jeffers le crispaba los nervios, sobre todo porque había criticado a un mayordomo digno de elogios.

—Madre, no voy a...

—No tienes que hacer nada, querido. Tenemos el asunto controlado.

—¿Sí? —Radford volvió a coger su sombrero. Ya se preocuparía de las intrigas de las mujeres más tarde. Alguien tenía que advertir a May de la no tan honorable razón del señor Tumblestone para querer casarse con ella.

Según su experiencia, las jóvenes que se encuentran en una situación tan desesperada suelen actuar con precipitación. Sin duda, el tiempo era importante.

—Muy bien. Puedes arreglártelas bien sin mí entonces.

—¡Radford! —gritó su madre. Se agarró a su brazo con una fuerza asombrosa—. Debes participar en esto. Estamos planeando tu matrimonio.

Por supuesto que sí. Apretó los dientes y arrojó el sombrero a una silla cercana. ¿Por qué si no iban a reunirse su madre y la duquesa para buscarlo? El brillo de recién casada que ambas mujeres tenían en sus ojos debería haberle alertado ya. Había visto ese resplandor en los ojos de docenas de jóvenes damas embelesadas y de sus radiantes madres antes de que sus lesiones lo convirtieran en una criatura digna de lástima.

—Dios no permita que me pierda una discusión tan trascendental. Recuérdamelo, madre, ¿a quién, te ruego, has decidido casarme?

—Radford —le regañó su madre, mientras la duquesa tomaba una profunda bocanada de aire y parecía bastante escandalizada—. Está bromeando, duquesa. No de buen gusto, claro está.

Radford se mantuvo firme.

—Dado que aún no me he declarado formalmente a ninguna dama, debes comprender mi confusión.

—Ciertamente no te entiendo. —Su madre meneó uno de sus dedos esbeltos en su dirección—. Tu broma ha ido demasiado lejos. Discúlpate con la duquesa de inmediato.

La duquesa parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía. Sus mejillas se estaban volviendo de un color rojo remolacha mientras continuaba jadeando por aire.

—¿Se está ahogando? —preguntó Radford, realmente preocupado—. ¿Quizá un poco de agua le ayudaría?

—Ella necesita una disculpa, Radford.

—Me disculpo entonces. Lamento causarle tanta angustia, su Gracia. Aunque, desde luego, no tengo ni idea de por qué debería estar tan preocupada por las perspectivas de su hija menor. Es joven, hermosa y posee las cualidades refinadas que cualquier caballero desearía en una esposa.

—Es tan joven e impresionable —logró balbucear la duquesa entre jadeos.

—¿Está segura de que no quiere que le traiga un vaso de agua? —insistió Radford, con creciente preocupación—. Tiene que sentarse. —La condujo a la silla más cercana y la ayudó a sentarse.

—Ella... ella está enamorada de usted, milord —susurró la duquesa mientras seguía

luchando por respirar con normalidad—. Odiaría que su inocente corazón se rompiera... se destrozara. Tiene emociones tan tiernas.

¿Lady Lillian con emociones tiernas? Deben de estar bien ocultas. Radford se frotó la barbilla. Un pavor hirviente aterrizó en su pecho. ¿Podría haber malinterpretado a la muchacha insensata? ¿Podría haber pasado completamente por alto sus profundidades ocultas?

Posiblemente... probablemente...

Era un cobarde. Sus intereses se habían centrado demasiado en la señorita May Sheffers, quien era completamente inadecuada. Qué desastre había causado. Ambas damas estaban en peligro de terminar con un corazón herido gracias a él.

Radford se apoyó pesadamente en su bastón mientras se dirigía a la ventana más cercana. El sol brillaba en los campos. Vio a su caballo estrella, la vivaz Princesa, retozando con uno de sus caballos más jóvenes.

Su futuro se extendía ante él en aquel campo. Pero con su antigua vida desaparecida, nada más que desilusión le aguardaba allí. Estaba atrapado en un mundo en el que ya no podía disfrutar de la libertad que solo montar a caballo podía ofrecerle.

¿Qué clase de esposo sería para cualquier mujer? Nadie, ni siquiera la complicada lady Lillian, que era su pareja ideal, merecía sufrir así.

—¿Está convencida usted de sus sentimientos hacia mí? —preguntó Radford a la duquesa. La idea de que la joven pudiera estar enamorada de él le causaba una gran alarma—. Es imposible que esté enamorada. Apenas nos acabamos de conocer.

La duquesa movió la cabeza de un lado a otro con tristeza.

—Ella no ve más que dicha y felicidad. Aún es joven, Evers. Su atención hacia ella ha ganado completamente su estima. Ruego que su rechazo no le inflija un daño irreparable.

—¿Rechazo? —intervino lady Evers—. ¿Qué es este disparate sobre un rechazo?

—Solo deseo ralentizar las cosas. Esperaba cortejar a la dama sin...

—Calla, muchacho —le dijo su madre con severidad—. Ya has causado suficientes estragos por hoy.

Radford suspiró hondamente y se cruzó de brazos. No había esperanza. Esta vez se había metido en un buen lío. Permitiría que las mujeres hicieran los planes de matrimonio. Esos asuntos no lograban captar su interés de todos modos.

Dejó en la repisa de la chimenea la figurilla bailarina que pretendía regalar a May y escuchó a medias la charla de las dos madres. Sus esperanzas de ganarse el favor de la señorita Sheffers se habían degradado repentinamente hasta convertirse en algo insondable. La descabellada idea de pedirle matrimonio nunca podría hacerse realidad. Había demasiada gente involucrada en sus planes matrimoniales... demasiados corazones frágiles a tener en cuenta.

Pero, ¿qué era May para él? Si no tenía madera de esposa y era demasiado honorable para considerarla su amante, tendría que conformarse con la amistad. Como amigo, le advertiría. Haría todo lo que estuviera en su mano para impedir su matrimonio con el vejstorio sediento de dinero de Tumblestone.

La amistad tendría que ser suficiente para él.



—No estarás sugiriendo que los hombres y las mujeres no pueden ser amigos. Te aseguro que la señorita Sheffers es una mujer muy poco común, con una mente que supera con creces a la de muchos hombres.

Wynter simplemente se había echado a reír, alegando que Radford, un hombre, jamás

podría aspirar a ser amigo de May, una mujer de lo más espléndida.

Después de soportar dos horas con su madre y la duquesa, Radford había estado más que dispuesto a escapar de su casa y aventurarse en busca de May. Puede que hubiera accedido a visitar al duque de Newbury y declarar oficialmente sus intenciones aquella noche, pero no había accedido a olvidar su deseo de ayudar a una amiga en necesidad.

Había que dejar en manos de Wynter irrumpir en su casa y apartarlo de su tarea al tiempo que le exigía una explicación. El ceño de su amigo se había vuelto más pronunciado a medida que Radford explicaba su situación. Le restó importancia a los confusos sentimientos que sentía hacia May y protegió su reputación al no mencionar el dinero que le habían prometido a el señor Tumblestone por tomarla como esposa.

—La señorita Sheffers es una mujer honesta. Estaría orgulloso de poder llamarla amiga — declaró Radford. Volvió a intentar llegar hasta la puerta, calándose el sombrero de castor en la cabeza. Ya había perdido demasiado tiempo en la casa.

Wynter se movió rápidamente para impedir su huida.

—¿Estás siendo deliberadamente obtuso? Por supuesto que creo que hay casos en los que un hombre y una mujer pueden desarrollar una amistad similar al vínculo entre hombres. Todo lo que digo es que los hombres no miran a las amigas como tú la miras a ella. Estás embelesado. *Amas* a la señorita Sheffers y, sin embargo, estás a punto de proponerle matrimonio a una dama que apenas puedes tolerar. Como tu mejor amigo, tengo que preguntarte: ¿has perdido la maldita razón?

Capítulo 15

May entrelazó las manos para evitar que le temblaran visiblemente. Lo que pensaba hacer iba en contra de todas y cada una de las enseñanzas feministas de Mary Wollstonecraft. Una mujer independiente nunca renunciaría a su libertad de esta manera. Habría librado una batalla más digna.

Si la salud de la tía Winnie no fuera una preocupación...

Era demasiado tarde para echarse atrás. Había fijado su rumbo, ya había mandado llamar al señor Tumblestone. Portia ya se había apresurado a abrir la puerta y dejar entrar al visitante.

May se mantuvo tan quieta como una estatua, deseando con desesperación parecer calmada y en control. El vestido de seda burdeos, cuidadosamente planchado, le sentaba de maravilla en su figura redonda. Era importante lucir lo mejor posible y presentar una imagen agradable al señor Tumblestone. Debía estar contento con su decisión y satisfecho con su actitud.

La felicidad era un objetivo demasiado elevado para ella, admitió May. Pero como el matrimonio parecía inevitable, pensaba hacer todo lo que estuviera en su mano para que la situación fuera lo menos dolorosa posible.

—Nos llevaremos bien —murmuró. Se le aceleró el corazón y se le secó la boca al escuchar el ruido de unas pesadas botas golpeando contra el suelo de madera.

—El vizconde Evers, señorita —anunció Portia.

¿El vizconde? ¿Aquí?

El ama de llaves parecía tan sorprendida como May. Radford no tenía nada que hacer en su casa. No ahora. No cuando esperaba la llegada del señor Tumblestone en cualquier momento.

—Pido disculpas por llegar sin previo aviso —dijo. No parecía en absoluto arrepentido. El vizconde dominó la habitación con su presencia varonil hasta el punto que May sentía que tenía que luchar por respirar. Sus ojos se encontraron con los de ella, luego sonrió. Era una expresión depredadora que hizo que su corazón palpitara de nuevo.

—Estoy esperando al señor Tumblestone, milord. —Había querido sonar fría. Su falta de aliento dejó escapar un tono de desesperación en sus palabras.

—En efecto. —Enarcó una ceja. —En ese caso, parece que he llegado justo a tiempo. Ese vestido complementa su figura. Se ve usted realmente encantadora, señorita Sheffers. Supongo que el esfuerzo adicional que ha hecho con su apariencia es por su vejistorio.

—¿Cómo se atreve? —Sus palabras la habían herido como un puñal en el corazón—. No tiene derecho a juzgarme, ni a mi ropa, ni a mi elección de marido. No le he pedido ni quiero saber su opinión al respecto. Mi vida es mi vida. Usted no tiene poder sobre mí. —Levantó el brazo y señaló hacia la puerta. Un dedo largo y delgado, como el de lady Lillian, habría pintado una imagen mucho más convincente—. Salga de aquí.

Radford mantenía los pies bien plantados sobre la desgastada alfombra oriental.

—Primero me escuchará.

—¿Le escucharé? Oh, no. Si no se va usted, lo haré yo. —May se dirigió a la puerta.

Radford la cogió en brazos y la estrechó contra su pecho.

—Va a escucharme.

—Si no me suelta en este instante, gritaré.

En respuesta a la amenaza, no pudo evitar sostenerla con más fuerza. La levantó hasta que May quedó de puntillas, y entonces su boca se conectó con la de ella.

Ante su insistencia, sus labios se entreabrieron y la lengua de May tuvo libre acceso para acariciar el suave interior de sus labios. May se quedó inerte bajo su dulce asalto. La abrumaron la presión de su pecho contra el suyo, el firme agarre de sus manos calentándole los brazos a través del tejido de su vestido y el suave contacto de los labios del vizconde contra los suyos.

Sus sueños y plegarias secretas estaban siendo escuchadas. Él la deseaba. Había llegado justo a tiempo para declarar sus pasiones eternas. Por un momento, se permitió creer en la magia de los cuentos de hadas y en esa esquiva felicidad para siempre.

—Oh, May —murmuró con un suspiro embriagador cuando se separó de ella. Sus dedos ásperos acariciaron su mejilla. No eran las manos de un caballero ocioso. Sus callosidades solo hicieron que ella le amara más—. Mi querida y obstinada May.

Radford le levantó la barbilla y le giró la cabeza hasta que ella lo miró fijamente con sus cálidos ojos.

—Lo que me hace... no se puede imaginar...

Su corazón retumbó bajo la mano de May. Ella retiró la palma de su pecho y dio un paso atrás.

—¿Por qué ha venido? —le preguntó ella, deseando más allá de toda esperanza que le declarara su amor.

Radford parpadeó varias veces y carraspeó. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una brillante figurilla de porcelana. May la reconoció enseguida como la que había admirado en la feria.

—Es para usted. —La depositó en su mano y enroscó sus dedos alrededor de la fría y suave estatuilla—. Es un símbolo de nuestra amistad.

¿Amistad? May no sabía qué pensar. Se quedó con la mirada perdida ante la risueña criatura del bosque que le había regalado.

¿Radford había venido a ofrecerle *amistad*? Aquel beso había encendido partes de su interior y la había dejado anhelando más. Sin duda, había algo más que amistad en la forma en que la había tocado.

Por supuesto que no podía ofrecerle nada más.

May levantó la barbilla y se tragó sus sentimientos. Las circunstancias de su nacimiento la hacían inelegible para casarse con alguien tan respetado y solicitado como Radford.

Una sola lágrima salpicó la expresión alegre del duendecillo.

—Gracias, milord. La conservaré para siempre.

Radford arrugó la frente con preocupación. Capturó la muñeca de May y cerró la mano sobre su puño y la estatuilla.

—Vaya por Dios. No parece muy contenta... y no es apropiado que esté a solas conmigo en esta habitación.

Sin dejar de sostenerla, Radford la guio desde el salón hasta la puerta principal. Su bastón resonaba contra el suelo de madera. El brillante sol que entraba en el pequeño patio escocía los ojos de May, llenos de lágrimas que se secó con el dorso de la mano enguantada.

—Le ruego que me suelte —le dijo May mientras él la conducía a través del patio y hacia la calle—. ¿Adónde me lleva? Suélteme. Espero la llegada del señor Tumblestone en cualquier momento.

Qué desastre tendría entre manos si Tumblestone la viera a solas con Radford. Además de un corazón roto, perdería la única oferta de matrimonio que le habían hecho. ¡Qué desastre!

Se zafó de su agarre y apoyó los puños en las caderas.

—No soy su marioneta. Dígame de qué se trata esto o márchese. De cualquier forma, no me

importa.

Radford enarcó una ceja.

—¿No le importa? —Le pasó un dedo por la mejilla, enjugando una lágrima perdida.

May se mordió los labios y pidió fuerzas. No permitiría que el vizconde viera más de las emociones apasionadas y dolorosas que se agolpaban en su estómago. No tenía derecho a saber cuánto le dolía el corazón.

Su silencio pareció frustrarle. Radford masculló una maldición y respiró hondo.

—He venido a advertirle y parece que lo estoy haciendo muy mal —dijo, dejando caer el bastón. Se llevó las manos a la espalda y avanzó cojeando hacia el campo vecino. La hierba alta ondeaba ante ellos—. No sé cómo decirle lo siguiente.

—¿Decirme qué? —Como no iba a declararle su amor eterno ni a suplicarle su mano en matrimonio, y de eso último no cabía duda, May desconfiaba de lo que Radford deseaba decirle—. No aceptaré ser su amante, milord. Tengo demasiado amor propio para convertirme en una mantenida.

—Dios mío, no. —Le dio la espalda—. La respeto demasiado como para sugerir algo por el estilo. Oh, maldición... es muy difícil decirle esto.

Entonces se dio la vuelta. La dureza de sus rasgos aristocráticos hizo que a May se le cortara la respiración.

—No puede casarse con ese vejestorio. —Las palabras brotaron de sus labios—. Su tío le está pagando una pequeña fortuna para que le ofrezca matrimonio. ¿Me entiende? Le pagan para que se aleje de su tía.

—Qué cosas más desagradables ha dicho —siseó May. Solo a un monstruo se le ocurriría pisotear su corazón destrozado.

En los ojos del vizconde no había malicia, sino una sincera preocupación.

—Lo lamento profundamente, señorita Sheffers. Pero es la verdad. Su tío tiene una muy buena razón para querer que lady Winifred vuelva bajo su control. Usted se interpone en su camino. De ahí la propuesta de matrimonio.

—Miente. —May retrocedió un paso. No quería oírlo. Creerle sería demasiado doloroso—. Ha dicho ser mi amigo. ¿Por qué me hace tanto daño?

Radford se acercó y le tendió los brazos.

—Soy su amigo. Mi único deseo es protegerla de su tío. El señor Tumblestone solo quiere la pequeña fortuna que le han prometido... no a usted.

—No —susurró May como si la negación pudiera ahuyentar sus palabras. El estruendo de los cascos ahogó el nervioso golpeteo de su corazón. May miró por encima del hombro. El carruaje con cresta del tío Sires se acercaba a la cabaña. La nota que había enviado prometía a Tumblestone una agradable respuesta a su propuesta de matrimonio.

Pero, ¿y si Radford estuviera diciendo la verdad?

—No —volvió a repetir May mientras volvía a mirar, con lágrimas en los ojos, la expresión suplicante de Radford. Luego movió la cabeza de un lado a otro, sin estar segura de qué hacer, ni siquiera qué pensar.

Necesitaba tiempo.

Levantándose la falda con una mano, May corrió tan rápido como sus piernas cortas podían llevarla hacia las altas hierbas.



Nadie nunca ha resuelto nada huyendo. May debería haberse quedado y haber exigido la

verdad a su tío. Debería haberse enfrentado a Radford y haberle exigido que le explicara por qué la había besado con tanta pasión.

Huir era la elección del cobarde, y ella nunca se consideró como tal.

No le importaron las manchas de hierba ni ensuciarse, ni tampoco le preocupó estropear su elaborado peinado cuando se tumbó de espaldas en medio del campo y se tendió sobre el fresco suelo. Se quedó mirando las nubes mullidas que flotaban en el cielo azul. Después de un rato, cerró los ojos y se limitó a respirar el cálido aire del campo.

Toda una vida en Londres le había privado de placeres tan sencillos. Se encontró disfrutando de la sensación de la tierra bajo su espalda y del rico olor a tierra fértil. Se había cansado de los interminables bailes, las recepciones y reuniones téis donde la mayoría de las veces era ignorada. El bullicio y la emoción de una ciudad abarrotada solo le ofrecían sueños decepcionantes.

Estaba lista para un cambio.

El matrimonio con el alto y regordete señor Tumblestone le ofrecía ese cambio. Llevaba una vida tranquila y bucólica. Aunque Radford dijera la verdad y solo la quisiera por el dinero que le ofrecía su tío, la oferta de matrimonio no había cambiado... ni tampoco sus sentimientos hacia Tumblestone. Era un anciano bondadoso que simplemente le ofrecía un futuro estable.

No podía haber ningún daño en aceptar su propuesta, ¿verdad?

Si al menos supiera a qué se refería Radford al decir que el tío Sires intentaba tener a la tía Winnie bajo su control. Quería brindarle una mejor atención médica, eso estaba claro. ¿Podría haber otra razón para el repentino interés de su tío en sus vidas?

¿Y sus padres?

No estaban muertos. May podía sentir la verdad en lo más profundo de su alma. Podrían estar perdidos... pero estaban lejos de estar muertos.

¿Por qué su tío se empeñaba tanto en declarar muertas a las dos personas que una vez había deseado completamente fuera de su vista? ¿Por qué revivir una conexión que tan fervientemente quería ignorar?

Había tantas preguntas...

Maldito sea Radford, hasta la punta de sus adorables cejas arqueadas. Había traído esas preguntas a la luz. Y lo que era peor, por un momento fugaz la había hecho sentirse amada. Y eso era lo que ella más deseaba... simplemente ser amada.

Su nacimiento y sus modales poco convencionales ahuyentaban a los caballeros respetables. Había aceptado su corazón vacío, se había dicho a sí misma que el afecto de su tía era suficiente, pero no lo era.

May se sentía paralizada por el dolor. Necesitaba ayuda, necesitaba a alguien con quien discutir esas preguntas sin respuesta.

Un viento cálido le sopló en la cara, haciéndole cosquillas en la nariz. El crujir de las hierbas cercanas le advirtió de que ya no estaba sola. La piel de su espalda se erizó al darse cuenta de que alguien la observaba en silencio.

¡Cómo se atrevía un intruso a acercarse sin avisar! Una avalancha de palabras duras invadió su mente atormentada. Se le habrían escapado si no se hubiera dado cuenta de la imagen chocante que debía estar dando, tendida de espaldas con las piernas y los brazos extendidos en los ángulos más absurdos.

Dios, quienquiera que la estuviera observando debía pensar que estaba loca.

Sin esperanza de conservar su dignidad, May abrió los ojos. Un gran hocico marrón unido a una cara extraña y alargada cobró claridad lentamente. La criatura resopló, rociándola con su

aliento caliente.

May se levantó de golpe. Un grito se le quedó atascado en la garganta.

Capítulo 16

—¿Se ha ido? ¿Cómo que se ha ido?

Lyles, el encargado del establo de Radford, se retorció la gorra entre las manos mugrientas y se movía de un lado a otro, aparentemente incapaz de articular palabra alguna. El extraño comportamiento del hombre no contribuyó en absoluto a calmar el mal humor de Radford.

La simple tarea de informar a May se había convertido en un completo desastre. Recordarla huyendo mientras lágrimas frescas se asomaban en los ojos le desgarraba el corazón. La había perseguido, por supuesto. Pero su pierna había cedido ante el esfuerzo y cayó al suelo, por lo que se dio por vencido.

En lugar de hacerse amigo de ella, la había besado. No era más que un tonto obsesionado, un endemoniado tonto.

Wynter había tenido razón, otra vez.

Le dolían los nudillos por tener la oportunidad de golpear la arrogante cara de su amigo. Como Wynter no estaba por ninguna parte, Lyles se convirtió, por desgracia, en un blanco demasiado conveniente. Dio un gran paso hacia el hombre tembloroso.

—Habla más alto. ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Ella... ella debe haber saltado la cerca, milord. La he buscado por todo el campo. No está en ninguna parte.

Igual que Wynter.

—Maldita sea, ¿para qué te pago? Pensé que entendías la importancia que tiene. Se suponía que debías vigilarla. Se suponía que debías protegerla. —Golpeó con el puño la palma abierta. Años de duro trabajo y sueños se estaban esfumando. Su vida, sus deseos y anhelos eran más difíciles de retener que la doncella mágica, May Sheffers—. Alguien debe habérsela llevado, maldita sea.

Lyles palideció considerablemente.

—Tuve mucho cuidado, milord. Nadie se acercó a ella. Se lo juro.



May se incorporó torpemente mientras se le entrecortaba la respiración. Aquellos cascos brillantes, a escasos centímetros de su pecho, parecían enormes. Un movimiento en falso podría asustar a la curiosa bestia y a sus poderosas patas. Incluso si el animal no quería hacerle daño, May podría verse aplastada por su peso.

—Eso es, buena Princesa —susurró May por la fuerza, a pesar del nudo de miedo que tenía alojado en la garganta—. No quieres hacerme daño. Debes haber venido buscando a tu lord Evers.

Solo podía imaginar la preocupación de Radford. Esa joven potranca no le había dado más que problemas y, sin embargo, May había reconocido claramente el brillo soñador de sus ojos cuando contemplaba a su hermosa bestia.

Princesa sacudió la cabeza y resopló. *Por todos los cielos, ¡me va a matar!* El corazón de May pareció detenerse en seco cuando su mirada volvió a clavarse en aquellas pezuñas.

El destino tenía un don para la irónica crueldad. Había encontrado brevemente el amor solo para que otro le ofreciera matrimonio, y para que el hombre al que amaba le destrozara el corazón. Ahora, su caballo estaba a punto de acabar con ella.

En su dolor, May podría haberse tumbado y haber dado rienda suelta a Princesa para que la destrozara. Sin embargo, su preocupación por la tía Winnie no le permitía rendirse. Tenía que luchar y ser fuerte a pesar de los dolores que atravesaban su corazón. A pesar de todo lo racional, la tía Winnie se había resistido a la oferta del tío Sires de dejar que cuidara de ella. May necesitaba averiguar por qué.

¿Radford decía la verdad o solo quería hacerle daño?

—Por favor, Princesa —dijo May, envalentonándose un poco más. Empujó suavemente la nariz aterciopelada que seguía acechando demasiado cerca de su cabeza—. Por favor, no te asustes ni me estampes contra el suelo cuando intente ponerme de pie.

Necesitó toda su audacia para levantarse de debajo del caballo, en su mayoría desenterrada de sentimientos olvidados hace mucho tiempo, guardados tras noches en vela, preguntándose por qué sus padres no la querían lo suficiente como para volver con su única hija. May respiró hondo y se levantó lentamente.

Se sacudió el vestido. Estaba arruinado. La seda burdeos tenía manchas de hierba y suciedad. Portaría la regañaría y tendría que trabajar durante horas para intentar salvar el material. Pero, al igual que el de May, el futuro del vestido parecía sombrío.

Princesa le dio un empujoncito en el hombro, recordándole que aún no estaba fuera de peligro. A diferencia del otro día, no había riendas colgando del ronzal de Princesa. Es más, la bestia no llevaba cabestro.

Era tan salvaje y libre como el viento de verano.

May retrocedió, con la esperanza de poner más distancia entre ella y el caballo y así, finalmente, escapar. Por cada paso que May daba, Princesa daba una zancada igual de medida. Después de varios minutos de moverse en una dirección y luego en otra, solo para encontrarse guiando a Princesa en una rígida danza, May abandonó toda esperanza.

El caballo estaba perdido y buscaba una cara amiga. ¿Quién iba a negársela?

—Será mejor que me sigas —le dijo. A través de los campos, cruzando un puente delicadamente arqueado y subiendo la poco empinada Sion Hill, se encontraba Longbranch House, el hogar de Radford. Llevar a su potranca premiada a casa era lo único honorable que podía hacer.

Además, en algún lugar de su mente, May temía volver a su casa para ver el ceño fruncido de su tío.

¿Qué demonios podía decir para explicar su comportamiento? Había huido sin decir una palabra a nadie. Una vez más, su ardiente temperamento gitano la había llevado a hacer travesuras.



—Espero que esta noche no intentes hacer gala de tu ingenio —dijo lady Evers mientras se acomodaba en un sofá del salón. Un momento antes, Jeffers había llevado una tetera de té humeante, levantó la nariz con altanería y se había retirado en silencio con un gesto de desprecio en la comisura de los labios.

Radford rechazó el té y apenas saludó a su madre. Seguía pensando en su yegua desaparecida. Había equipos de hombres buscándola entre cada brizna de hierba, literalmente. Si no fuera por sus heridas, él también estaría cabalgando por los campos. Al igual que un poni cojo, se sentía atrapado escuchando a su madre parlotear alegremente sobre su futuro.

—¿Y bien? —dijo bruscamente su madre—. ¿La tengo o no?

—Disculpe, madre. —Radford suspiró al darse cuenta de que no tenía ni idea de lo que le

estaba preguntando—. ¿Tienes qué?

—De verdad, Radford. Me preocupa que tus heridas de guerra hayan trastornado tu mente. Has estado actuando muy extraño desde que regresaste a casa de ese horrible lugar. ¿Podrías escucharme, por favor?

Radford asintió bruscamente y se quitó de la cabeza sus pensamientos sobre Princesa.

—Muy bien. Ahora, como iba diciendo... ¿Tengo tu palabra de que te comportarás como un completo caballero esta noche? ¿No harás más bromas sobre no querer casarse con lady Lillian?

Ah, así que le había estado enseñando a pedir la mano de una dama. Radford apretó la mandíbula y se levantó. Caminó, dejando que el bastón aliviara el peso de su pie lesionado, y cruzó la habitación hasta situarse frente al gran ventanal.

Una figura a lo lejos captó su atención. Los rizos ámbar rebotaban con un delicioso desorden. Unas caderas tentadoras se contoneaban mientras May se paseaba por el camino. Una débil sonrisa iluminó sus labios fruncidos.

¿Qué demonios? Radford parpadeó dos veces para convencerse de que sus ojos no le engañaban. Princesa, su yegua descarriada, seguía a May como una alumna sin rumbo, moviendo la cabeza de un lado a otro con cada zancada.

Lyles salió corriendo y saludó a May agitando los brazos de un lado al otro. Como una nube oscura que pasa por delante del sol, la sonrisa de May se desvaneció. Miró nerviosa hacia la casa. Radford se apartó de la ventana.

—¿Pretendes ignorarme por completo? ¿Es así como pretendes honrar a tu madre y todo lo que he soportado?

—Debería bajar a verla —murmuró. La voz chillona de su madre apenas resonaba en su cabeza. Sus pensamientos estaban tan concentrados en May que todo lo demás en su vida había desaparecido, especialmente sus lesiones—. ¿Cómo diablos se las arregló para encantar a mi caballo?

—¡Radford! ¡Atiéndeme ahora mismo!

Se volvió al oír el grito. Su madre se había levantado del sofá y paseaba por la habitación como un espectro enfurecido.

—¿Qué te distrae? ¿Qué ves?

Entrecerró los ojos y miró por la ventana.

—¿Quién es esa joven de aspecto tan espantoso? Tiene algo que me resulta familiar.

¿Espantoso? La visión de la bonita figura de May añadía nuevos colores y una nueva profundidad al mundo. ¿Cómo podría alguien describir semejante milagro como espantoso?

—La conociste el otro día —dijo Radford con cierta rigidez—. Ella es la señorita May Sheffers.

—¿Sheffers? No conozco ese apellido.

—Es amiga de lady Lillian.

Su madre frunció aún más el entrecejo.

—¿Y qué hace ella aquí... sin una escolta adecuada y con el aspecto de una salvaje? Ciertamente no querrá hablar contigo.

Solo le quedaba esperar.

Lyles había echado una rienda suelta sobre el cuello de Princesa. Señaló hacia la casa, sin duda invitándola a entrar. May levantó las manos y dio un paso atrás. Ella no quería verle.

¿Cómo podía culparla? La había confundido con su descarado beso y luego le había confesado torpemente por qué no debía casarse con Tumblestone, que estaba hambriento de dinero. Por supuesto, ella se negó a creerle. Solo un tonto creería un cuento presentado con tan

poca sensibilidad.

Debe creer que la quieres para tu lecho.

—No hay nada impropio en la señorita Sheffers —explicó Radford a su madre. La princesa feérica era demasiado correcta para considerar siquiera la posibilidad de convertirse en su amante. Si hubiera alguna otra manera...

La lista matrimonial que Wynter y él habían creado le quemaba en el bolsillo. No había necesidad de sacarla y repasar los requisitos que exigía a una esposa. Las palabras estaban grabadas a fuego en su cabeza. Podía recitarlas incluso aunque durmiese.

De acuerdo con cada punto de esa lista, May no era elegible. Nunca podría ser una esposa adecuada. Lady Lillian, al contrario, sí.

—No subirá. —Permanecer como un observador pasivo y verla alejarse de la casa era lo más difícil que Radford había hecho jamás—. No creo que desee ni un ápice de mi amistad.

—Y bien que no debería —suspiró aliviada lady Evers—. Ya es bastante chocante verla aparecer de esa manera en tu puerta.

—Creo que encontró a mi caballo. —Algo valioso dentro de él cayó en espiral en un agujero sombrío—. Tengo con ella una deuda de gratitud. Como verá, le teme a los caballos.

—¿Tu caballo, Radford? ¿La yegua briosa y salvaje que atacó a tu prometida? Pensé que habíamos acordado que te desharías de esa bestia problemática.

—No accedí a tal cosa. —Se metió las manos en los bolsillos. Su mirada siguió a May mientras se retiraba. Le resultaba imposible apartar la vista de la ventana y de su delicioso vaivén.

La mirada de su madre se movía entre la ventana y Radford.

—Oh, cielos —dijo en voz baja—. Verdaderamente debo hacer algo al respecto.

—¿Sobre qué, madre? —preguntó Radford. Sus pensamientos volvieron a la endemoniada lista. Había algo que estaba fundamentalmente mal. Pero quizá no fuera la lista en absoluto, quizá es que había algo fundamentalmente mal en él.

Incluso si arrojara el decoro y la lógica por la borda y corriera tras May para declararle amor eterno, nada cambiaría. Ella rechazaba su amistad, sus ofertas de ayuda, sus propuestas de pasión. Su rechazo le mantuvo firmemente plantado en el salón.

Un hombre tan quebrantado, tan confundido sobre su valía en la vida, nunca podría esperar atraer a su alma a un espíritu feérico como el de May. Ella merecía un hombre capaz de abrir la jaula dorada que la retenía. Merecía elevarse con las nubes.

Mientras Radford la observaba a través de la ventana, May miró de reojo hacia Longbranch House. ¿Era su imaginación o veía el mismo anhelo que ardía en su pecho reflejado en sus ojos brillantes? ¿Existiría la posibilidad de un futuro con ella?

No. No. No. La respuesta debía ser no.

No había amor entre ellos, únicamente anhelo y una emoción curiosa que Radford no sabía muy bien cómo describir. Sus pasiones hacia May se sentían tan cómodas como una amistad, solo que más ardientes.

Qué embrollo tan desastroso. Se pasó una mano por el pelo, tirando de los mechones.

Lady Evers le agarró la muñeca y evitó que sus dedos bien cuidados le despeinaran aún más.

—No te preocupes por el futuro, Radford. Mantendré el camino despejado para ti. Ya lo verás. Tu decisión de casarte con lady Lillian es la correcta. Este matrimonio es algo que haría sentir orgulloso a tu padre.

Sus ojos brillaron con hermosura.

—Y me enorgullecerás a mí esta noche, y le concederás felicidad a una joven muy afortunada.

¿Felicidad? ¿Por qué no se le había ocurrido poner nada sobre su propia felicidad en aquella lista matrimonial? La lista, al igual que su vida, se había enredado por las limitaciones de la lógica y el deber.

Capítulo 17

La vida sería muy diferente si poseyera el delicado aspecto de lady Lillian o el carácter suave de lady Iona. May enderezó la barbilla y contuvo algunas lágrimas rebeldes. Si los hombres se negaban a ver más allá de su nacimiento, su naturaleza y su apariencia... bueno, entonces no quería formar parte de ese mundo.

Sobreviviría.

Sus padres la abandonaron y de alguna manera se las arregló para sobrevivir. Las matronas de la sociedad la trataban como a una sirvienta, mientras que ella apenas pestañeaba ante sus comentarios y gestos. La salud de su tía se debilitó. Y tuvo que verse obligada a convertirse en alguien más fuerte de lo que nunca imaginó que podría ser. Había sobrevivido con creces.

¿Por qué iba a preocuparla una nimiedad como un corazón roto?

Con la espalda recta, la cabeza bien alta y preparada para enfrentarse a su tío, May marchó de vuelta a su acogedora cabaña. Se enfrentaría a él usando las acusaciones de Radford e insistiría en que la tía Winnie tenía derecho a exigir la ayuda y el apoyo de su hermano.

Aunque este momento se sentía trágicamente como un final, May se recordó a sí misma que no lo era. Era un maravilloso y glorioso comienzo. Una nueva aventura la aguardaba en el horizonte. Las cosas serían diferentes, y sería más fuerte sin cierto vizconde apuesto entrometiéndose en su vida. Las cosas serían mejores...

May se detuvo de golpe. El carruaje del tío Sires ya no estaba esperando delante de su casa de campo con tejado de paja. Las cortinas en el interior permanecían corridas, las ventanas sumidas en la oscuridad.

Una nube teñida de carmesí se extendía a lo alto en el cielo, indicando que se acercaba el final de un día absolutamente desconcertante, y May no pudo evitar que un sentimiento de pavor le recorriera las venas. La casa parecía diferente, de alguna manera. Algo estaba mal.

Horriblemente mal.

—¡May! —la llamó una voz sin aliento. Lady Iona agitó los brazos mientras lord Nathan dirigía con destreza su nuevo carruaje por el camino. May inclinó la cabeza hacia atrás y miró a la pareja mientras el vehículo se detenía en el camino frente a ella. A Iona se le caían los alfileres del pelo y su vestido estaba sucio de tierra. Las lágrimas rodaban por sus mejillas sonrosadas.

—¿Qué sucede? —preguntó May. Su amiga nunca aparecería en público en ese estado a menos que algo estuviera terriblemente mal—. Por favor, dime que no es...

—Es tu tía, May. Se ha desplomado. Te hemos buscado por todas partes. ¿Dónde diablos has estado?

—No —jadeó May. Entró en la casa de piedra, con lágrimas en los ojos. Nunca debió haber huido. Nunca debió haber...

—¡Tía! Por favor, por favor, no...

Portia apareció en el vestíbulo. Inclinó la cabeza al ver a May, y no cesaba de fruncir los labios y mover las manos constantemente.

—Lo siento mucho, señorita Sheffers.

May oyó que lady Iona y lord Nathan la seguían al interior de la casa. Sintió que la abrazaban por los hombros. Pero su mente no podía asimilarlo todo.

—¿Tía Winnie? —¿Cómo sobreviviría sin su tía? Sus piernas cedieron, haciendo que cayera en alfombra oriental que cubría el suelo del vestíbulo mientras lloraba en silencio—.

Tengo que verla. Debo pedirle perdón por no haber estado con ella.

Lord Nathan se aclaró la garganta, paseándose nerviosamente por el pequeño vestíbulo.

—Parece que su ama de llaves intentó valientemente disuadir a lord Redfield de llevarla a su casa de la ciudad, pero fue en vano.

—Oh, eso es correcto, señorita Sheffers. Su pobre y querida tía estaba tan débil. Él insistió en cuidar de ella. —Portia soltó un suspiro lloroso—. Maldecía con tal furia que temí que mis oídos sangraran.

May levantó la cabeza lentamente, temiendo que cualquier movimiento brusco pudiera hacer desaparecer esa pequeña chispa de esperanza.

—¿La tía Winnie está viva? —Sus piernas se sostenían por pura fuerza de voluntad—. Debo ir a verla, ella me necesita.

—Por supuesto. —Lord Nathan sostuvo a May del brazo y la llevó de vuelta al exterior.

—Pero... pero, lord Redfield... —balbuceó Iona.

—¡Que el diablo se lleve a ese hombre! Tendrá que negarle la entrada en persona— refunfuñó lord Nathan.

May estaba demasiado alterada para detenerse a pensar en aquel enfrentamiento. Dejó que lord Nathan la ayudara a subir a su carruaje. Iona se acomodó a su lado y, en menos de un minuto, el carruaje empezó a andar por las calles empedradas hacia la casa de su tío en Queen's Square.

Tía Winnie era fuerte. Se recuperaría. Simplemente tendría que hacerlo... May no estaba preparada para aceptar otro final que no fuese aquel.



—Tengo instrucciones de no dejar entrar a nadie. —El mayordomo del tío Sires miró con desprecio a May mientras hablaba. Ella se percató de que era el hombre que conoció en la abadía de Redfield. Había sido el criado principal la última vez que ella la había visitado la abadía. Su actitud desagradable no la disuadió.

—Le ruego que me disculpe —dijo May, en un tono de voz peligrosamente bajo. Se aseguró de que sus diabólicos ojos violetas se clavaran en los del hombre—. No me importa las órdenes que le hayan dado, mi tía está dentro y voy a entrar para verla. —Hizo una pausa dramática—. Hágase a un lado.

—Yo haría lo que ella ordene —dijo lord Nathan cruzándose de brazos. Lady Iona, bendita sea, hizo lo mismo. Los tres se mostraron como un frente unido preparado para la batalla.

—Muy bien —contestó el mayordomo, apartándose de la puerta. No hizo ningún intento de conducirles a un salón o a la habitación de la tía Winnie. En lugar de eso, los dejó plantados en el impresionante vestíbulo de mármol—. Avisaré a su Señoría que han llegado.

May no tenía intención de quedarse allí mientras el mayordomo y su tío discutían formas de negarle la visita. Tía Winnie la necesitaba. Abriría todas las puertas cerradas de la casa, si fuera necesario, para encontrarla.

Mientras el mayordomo se alejaba hacia la parte trasera de la casa, May subió las escaleras. Lord Nathan e Iona la siguieron en silencio.

Un murmullo retumbó tras una puerta cerrada al final de un largo pasillo. May corrió hacia el sonido. Abrió la puerta de un tirón, sin preocuparse de nada más que de velar por el bienestar de su tía.

Dos hombres estaban inclinados sobre su tía, que yacía inmóvil en una cama elegantemente decorada. La habitación parecía haber sido diseñada para albergar a una reina de cuento de

hadas. Al menos su tía recibía por fin el trato que siempre había merecido, pensó May mientras corría a su lado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó May. Se arrodilló junto a la cama y levantó suavemente la mano de su tía para estrecharla contra su pecho.

—Solo el tiempo lo dirá —dijo el hombre de pelo blanco más cercano a ella con un leve movimiento de cabeza—. Se encuentra muy débil.

—Ha estado sobrecargada de preocupaciones. —La voz del tío Sires retumbó en la habitación—. No permitiré que tú y tus modales indecorosos la pongan en mayor peligro, niña.

May depositó con cuidado la mano de su tía sobre la mullida cama. Acarició con cariño la suave mejilla de Winnie y rezó por su recuperación antes de levantarse para mirar a su tío.

—Tengo más derecho que usted a estar con ella —dijo May con una voz sorprendentemente calma—. Puede que me haya quitado mi dinero. Incluso puede quitarme mi futuro. Pero me enfrentaré a las fuerzas del infierno antes de permitirle que saque a Winnie de mi vida.

—Por favor —dijo el médico, guiando a todos hacia la puerta—. Por ahora necesita tranquilidad. Necesita descansar.

En cuanto May salió por la puerta de la habitación, el tío Sires la agarró por la muñeca, arrastrándola sin piedad por el pasillo y escaleras abajo. May tropezó al intentar seguir el ritmo brutal. Lord Nathan intentó intervenir y salvarla, pero dos criados robustos vestidos con brillantes libreas rojas lo apartaron rápidamente.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó May y entonces giró su muñeca, tratando desesperadamente de liberarse. Había un brillo asesino en los ojos de su tío que hizo que su corazón latiera con fuerza—. ¿Qué pretende hacer?

—Algo que debería haber hecho hace años —dijo y le dio un tirón despiadado del brazo. Ella bajó a trompicones los tres últimos escalones. Sus rodillas chocaron con el duro suelo de mármol del vestíbulo. No le dio tiempo a ponerse en pie antes de que, con paso firme, su tío la arrastrara por el suelo hasta un estudio oscuro con paneles de roble.

—Eres una abominación... igual que tu padre. No soporto mirarte, eres una grotesca mezcla de su sangre con la mía. —Se cernió sobre ella. Una mueca amenazadora transformó sus rasgos en una máscara de odio puro.

Se inclinó hasta que sus labios quedaron a un centímetro de la oreja de May y su aliento abrasador le golpeó la mejilla mientras su voz crepitaba.

—No puedo permitir que esta existencia voluntariosa tuya continúe, niña —la amenazó, presionando un látigo de cuero justo debajo de su nariz—. Pretendo quitártela a golpes de una vez por todas.



¿Dónde estaban las endiabladas lluvias? El cielo se oscurecía a medida que se acercaba el atardecer, la pálida luna asomaba y no se veía ni una maldita nube. Radford no deseaba contemplar la luna mientras su landó los llevaba a su madre y a él a la casa adosada de Newbury, en el centro de Bath.

La luz de la luna le recordó a May y a la noche en que la besó por primera vez. Esa noche, la muchacha estuvo bañada en el resplandor espectral de los cielos que entraba por el ventanal de la oscura biblioteca de los Newbury. Lucía como una diosa feérica iluminada por la elegancia natural que emanaba.

Ella era un espíritu inalcanzable, que pronto se comprometería con un hombre ansioso por

extinguir todo lo que la hacía especial y adorable.

Cerró el puño con fuerza cuando el carruaje saltó sobre un bache en el camino empedrado. Imaginarse a May casada con otro hombre... entrando en el lecho conyugal con otro... era un tormento insoportable. Prefería las lluvias, los músculos doloridos y la miseria que el tiempo húmedo traía consigo, antes que contemplar la luna brillante y ovalada y pensar en May.

En el bolsillo de su abrigo guardaba un anillo familiar, una antigua obra de arte con un escudo en miniatura grabado en una rubí de corte cabujón. Dentro de unas horas, deslizaría ese anillo en el delgado dedo de lady Lillian y se entregaría en cuerpo y alma a una mujer a la que tal vez nunca llegaría a amar.

Su madre se acurrucó a su lado y susurró feliz.

—Esta noche será mágica —susurró. El conductor del landó aminoró la marcha para doblar hacia Bennett Street—. Solo unas cuantas cuadras más, Radford. Tu futuro te espera en Royal Crescent. No podría estar más orgullosa.

Ella le apretó la mano. Su apretón se sentía ligero y frágil a través de sus guantes de cuero.

Esta noche era para su madre. Se entregaría a Lillian, prometiéndole fidelidad y seguridad a cambio de una descendencia.

Este era su regalo para su madre. Ella había sufrido tanto por sus heridas. El matrimonio con una belleza como lady Lillian no suponía un gran sacrificio para poder cumplir con su deber hacia su familia.

Si al menos hubiera llovido. Con la maldita luz de la luna brillándole en la cara y las estrellas titilando misteriosamente en el cielo negruzco, no podía evitar que sus pensamientos se desviaran hacia May, una mujer completamente inadecuada.

«Ah, May... un futuro con usted no es más que un bonito cuento de hadas», pensó el vizconde. Los niños podrán creer en un final tan románticamente escandaloso, pero los adultos están entrenados para ser mucho más prácticos.

—Me alegra que te complazca mi decisión —dijo afectuosamente a su madre—. Tu felicidad es muy importante para mí.

—La tuya también lo es para mí, querido. —Le dio una suave palmada en el brazo—. Muy importante.

Lady Evers se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza.

—¿Qué será eso? —susurró mientras se inclinaba aún más hacia delante. Se había alejado tanto del asiento que corría el riesgo de caerse.

Radford observó el camino. Su landó estaba dando la vuelta al Circus. Unos cuantos peatones, tres mujeres jóvenes que reían a carcajadas mientras seguían a una pareja mayor, paseaban por la acera. Un carruaje pasó rodando en la otra dirección. Dos carruajes permanecían inmóviles frente a un par de casas adosadas, con los mozos de cuadra atendiendo a los caballos que esperaban. Aparte de eso, no veía nada inusual. Ciertamente, ninguna de las actividades en la calle era fuera de lo común.

—¿Qué es? ¿Qué ves? —preguntó cuando su madre dio un grito ahogado y se desplomó sobre los cojines, casi desmayada.

—Vergonzoso... lamentable —murmuró—. ¿Una mujerzuela siendo expulsada de una casa, aquí, en esta respetable zona? No puedo creer lo que ven mis ojos.

—¿De verdad? ¿Dónde? —preguntó Radford, más para intentar apaciguar a su disgustada madre que por algún tipo de perverso interés en presenciar los asuntos turbios de otro hombre.

—Allí. —Su madre extendió un dedo acusador para ayudarlo a identificar una casa adosada a pocas puertas de la hilera circular de casas conocida como el Circus.

¿Qué demonios?

Radford se inclinó hacia adelante en el asiento para ver mejor. El tiempo parecía ralentizarse mientras observaba cómo se desarrollaba una pesadilla. May, vestida con el mismo vestido burdeos que llevaba cuando se reunió con ella ese mismo día, estaba de pie ante la puerta abierta. Le habían arrancado una manga larga del elegante atuendo. Parte del corsé arruinado colgaba. Tiraba con fuerza del brazo ancho y masculino que la sujetaba. Su mirada de terror absoluto en su rostro élfico, tenuemente iluminado por la luz amarillenta de la lámpara, le heló la sangre en las venas.

Se puso en pie temblorosamente, preparado para saltar de su landó mientras seguía en movimiento.

—Detente ahora —llamó a su chófer y abrió de golpe la puerta.

—¡Radford! —gritó su madre y rodeó con los brazos su pierna fuerte. Él cayó de espaldas sobre el asiento mientras su maldita pierna debilitada colapsaba bajo la tensión del repentino cambio de peso.

Contempló horrorizado cómo May se liberaba de su atacante, tropezaba al bajar los escalones y corría a ciegas hacia el camino de ladrillos. Sus caballos, asustados por la repentina aparición de la mujer delante de ellos mientras disminuían la marcha, relincharon y se encabritaron. El landó crujió y se sacudió hacia delante.

May gritó.

Entonces reinó un silencio sepulcral.

¡No! Radford desasíó las manos de su madre, que seguían rodeándole la pierna firmemente, y saltó al suelo. ¡No! Arrastró su pierna más débil tras de sí, sin importarle su aspecto ni cómo se movía. Lo único que le importaba era llegar hasta May... comprobar que estaba a salvo.

—No pude hacer nada para salvarla, milord. Se lo juro. Ni siquiera la vi —gritó su cochero, retorciéndose las manos mientras contemplaba el cuerpo inconsciente de May.

Un hilillo de sangre se deslizaba desde lo alto de su frente.

—No —susurró Radford. Se dejó caer en la carretera y cogió a May en brazos. Acunándola, la estrechó contra su pecho y buscó cualquier señal de vida, por pequeña que fuera. Ella estaba inerte en sus brazos, demasiado inmóvil—. Vive, maldita sea. Si yo tengo que aferrarme a esta maldita agonía terrenal, tú también lo harás.

Levantó la mirada suplicante hacia el cielo. Y luego su mirada se posó en la puerta abierta y en el hombre que la había atormentado, el hombre que había causado que ella corriera delante de sus caballos.

El conde de Redfield.

Un látigo colgaba de su mano. Un brillo asesino oscureció su rostro. ¿Por qué no lo había visto Radford? El sinvergüenza se había propuesto arruinar la vida de May desde el principio. Su poder y su cómodo estilo de vida se veían amenazados con su presencia. Radford debería haberse preocupado por la seguridad de May después de que él le contara la verdad sobre su tío. Ella debió de haberse enfrentarse a él, despertando la ira del avaricioso hombre.

—Debería haberte protegido. —Le apartó el pelo de la frente ensangrentada y le puso un pañuelo en la frente. Nunca se perdonaría si ella moría. Perder a May dejaría un enorme agujero en su corazón que, al igual que su pierna, nunca sanaría.

Con un grito, Wynter apartó al conde a un lado, bajó corriendo los escalones y cruzó la calle. Lady Iona le siguió de cerca, deteniéndose solo el tiempo suficiente para pisar el pie del conde a su paso.

Después, el tiempo empezó a fluir a una velocidad vertiginosa. Radford necesitó toda su

concentración para seguir el ritmo.

—¿Está muerta? —Lady Iona gimió, arrojándose a los brazos de Wynter.

—No. —Radford presionó su palma contra el pecho de May y sintió un latido fuerte y constante moverse bajo su vestido destrozado—. Pero necesita atención inmediata.

Volvió a levantar la vista. La puerta de la casa del conde de Redfield se había cerrado. La luz del salón delantero se había apagado. Ese villano no le ayudaría.

—Wynter, busca al mejor médico que puedas encontrar. Voy a llevar a May de vuelta a Longbranch House. Allí estará a salvo.

—Mi padre... —empezó a decir lady Iona, solo para ser silenciada por Wynter.

—Permita que Radford se encargue de esto. —Wynter se desasíó de los brazos de lady Iona y se agachó para apartar a May de los brazos de Radford. Radford se negó, aferrándose con fuerza al cuerpo de May. Quería mantener a su pequeño duendecillo contra su pecho hasta que supiera que estaba realmente a salvo.

Como si pudiera protegerla. ¡Ja! El peso de su cuerpo lo atrapó en el suelo con la misma fuerza con la que su caballo moribundo lo había hecho en la Península. Radford la soltó de mala gana. Así estaban las cosas, le costaba levantarse del suelo con los brazos vacíos, cosa que empezó a hacer de la forma menos elegante que nadie pudiera imaginar. Se tambaleó como un pez fuera del agua hasta que lady Iona le ofreció una mano. Tragándose el orgullo y una buena parte de su virilidad, tendió la mano y permitió que la delgada mujer le ayudara a volver al landó.

—Oh por Dios, oh por Dios —murmuraba su madre, revolviéndose en el banco. Tenía la piel pálida como la luna y parecía a punto de desmayarse. Wynter y lady Iona también parecían bastante enfermos.

—Iré con usted, lord Evers —dijo lady Iona, secándose las mejillas llenas de lágrimas—. Puedo ayudar con May y su madre.

Radford agradeció la ayuda.

—Por supuesto, se lo agradezco. —Se hizo a un lado para dejar sitio y depositó a May en su regazo.

—¡Vamos, Wynter! ¡Trae un médico! —Radford ladró la orden, y en cuanto lady Iona estuvo instalada, hizo un gesto con la cabeza a su ansioso cochero para que volviera a poner en marcha a los caballos.

A una cuadra de distancia, los ojos de May se abrieron de golpe y suspiró con brusquedad cuando el carruaje saltó a causa de una piedra suelta. El pecho de Radford se contrajo con fuerza mientras ella lo miraba con los ojos muy abiertos. Su hermosa mirada violeta estaba empañada de confusión. Ojalá pudiera bañarla en besos y borrar sus miedos.

—Tía Winnie... —susurró May, revolviéndose en sus brazos, luchando contra él. Un seno redondo y perfecto parecía a punto de liberarse de su corpiño rasgado—. Por favor, Winnie...

—Calla, amor mío. Deja que te cuide. —Sin pensar en las miradas penetrantes de su madre o de lady Iona, que observaban cada uno de sus movimientos, le acarició reverentemente el pecho y el suave terciopelo de su vestido. El pecho de May subía y bajaba con profunda regularidad con cada suave respiración. Radford se reconfortó al sentir su piel cálida, suave y satinada. Se sentía muy, muy viva.

No se dio cuenta de lo inapropiado que podía parecer que siguiera acariciándola ligeramente, hasta que su madre, con los labios fruncidos, se acercó y le apartó la mano. Puso sus dedos de modo que pudiera aferrarse al hombro de May.

Radford se movió ligeramente, avergonzado. ¿Qué pensarían de él las dos damas que lo miraban fijamente?

May parpadeó con pesadez. Su mirada se posó en el rostro del vizconde y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. La adorable mirada dejó a Radford con ganas de cubrir su boca suave cual pétalo con la suya.

Allí estaba él, un caballero a pocas horas de proponerle matrimonio a otra, contemplando a una mujer medio inconsciente cuya débil sonrisa hizo que su corazón se desbocara como el de un enamorado indefenso.

Esto era una locura. Una verdadera locura.

Capítulo 18

May se despertó en una cama ajena y sintiéndose muy mal. Le dolía la cabeza, tenía los brazos dolorosamente rígidos y las rodillas le escocían como si se las hubiera aporreado hasta quedar a carne viva. La cama extraña tenía un lujoso colchón de plumón que la irritaba. Aferró el pesado edredón contra su cuello e intentó recordar lo sucedido.

—¡Tía Winnie! —Se sobresaltó en la cama, para luego encontrarse con una habitación que daba vueltas—. Tía...

Volvió a apoyar la cabeza en la almohada de seda. Un fuego ardía en la chimenea al otro lado de la habitación, estaba claro que hacía poco que habían avivado las brasas. En la pared que se encontraba junto a dos ventanales, había un cuadro de un alegre perro pastor. La luz del sol se filtraba en la habitación a través de un par de pesadas cortinas de color burdeos... casi del mismo tono que el vestido de terciopelo que llevaba puesto.

Sintiéndose terriblemente confundida, May levantó lentamente las sábanas y miró debajo. Su vestido había desaparecido y ahora cubría su cuerpo un suave camisón de noche con un lazo de satén en el cuello.

Estaba en casa de un extraño, usando la ropa de dormir de esa persona. Lo último que recordaba —o tal vez había sido un sueño— era estar acunada en los brazos de Radford. ¿De verdad la había llamado su amor? No, aquellos recuerdos fantásticos solo podían ser de algún sueño maravilloso.

May cerró los ojos y trató de conjurar recuerdos reales... y alejar esos pensamientos dulces creados puramente por alguna anomalía provocada por un golpe en la cabeza.

—La tía Winnie se desmayó —dijo en voz alta mientras recordaba lentamente los acontecimientos del día anterior. Luego, soltó un sollozo al recordar que había visto a su tía tendida en la cama de su tío. Lucía tan pálida y débil—. Oh, Winnie.

Sé valiente. Tenía que ser valiente por Winnie y resolver todo esto.

—Discutí con el tío Sires, porque estaba siendo muy irrazonable. —Sí, ahora lo recordaba. El corazón se le aceleró al recordar cómo él la había amenazado. Estaba verdaderamente enfadado y fuera de sí. Estuvo a punto de golpearla con aquel látigo de cuero para caballos cuando ella le mordió y huyó de su residencia como alma que lleva el diablo.

A partir de ahí su memoria se volvía borrosa, como un sueño. ¿Había estado atrapada en una pesadilla o en una fantasía? Un caballo la había asustado. ¡Se alzaba y le mostraba los cascos, dispuesto a matarla!

Con un grito, May se incorporó en la cama y se arrastró hacia el cabecero tallado en madera de palisandro en un intento de escapar de las terroríficas imágenes.

—Tranquila, querida. —Una criada ligeramente encorvada dejó apresuradamente una bandeja sobre una pequeña cómoda y luego corrió al lado de May—. Acuéstese y no se mueva, el señor dijo que de esa forma podrá recuperarse más rápido. Así que quédese quieta y todo irá bien.

La habitación volvía a dar vueltas, pero gracias a Dios, menos que antes. May dejó que la criada mayor acomodase las sábanas hasta que quedó bien arropada, como masa en un molde.

—Gracias... señora...

—Me llamo Lottie, señorita. —La señora sonriente acarició ligeramente la frente de May—. He sido la criada de la señora durante treinta años. Y ella me dijo que cuidara muy bien de usted.

Su Señoría está muy preocupado, anoche no durmió en toda la noche. Pero como no sería apropiado para él poner un pie dentro de esta habitación, se paseó por el pasillo hasta el amanecer, el pobre hombre. Y a la señora no le gusta verle disgustado, así que me ha dicho que quiere que usted se recupere cuanto antes.

May salió de debajo de las sábanas para poder sentarse, apoyada por el montón de almohadas que había encima de la cama.

—¿Quién es la dama de la que habla usted?

—La vizcondesa Evers, señorita Sheffers. —Las palabras salieron muy apropiadamente de una lengua refinada antes de que Lottie pudiera responder. May desvió la mirada hacia la puerta abierta del dormitorio, donde lady Evers, vestida con un riguroso traje negro, observaba la habitación con el ceño fruncido—. Ya puedes irte, Lottie. Te llamaré cuando la señorita Sheffers esté lista para comer las gachas que has traído.

Lottie murmuró promesas de volver pronto e hizo una profunda reverencia a la vizcondesa antes de salir corriendo de la habitación. En ese momento, un reloj en algún lugar cercano dio las campanadas.

Ignorando sus dolores, May se incorporó en la cama y alisó la colcha con la mano.

—¿Podría preguntar qué hora es, milady? —inquirió May con cierta calma.

—Son las once de la mañana.

—¿Las once? Oh, cielos. Nunca he dormido hasta tan tarde.

La vizcondesa esbozó una sonrisa forzada.

—Te encontrabas enferma. —La vizcondesa entró en la habitación y cerró la puerta audiblemente—. Confío en que te encuentres mejor.

—Todavía estoy un poco mareada... —empezó a explicar May.

—Eso pronto pasará. El doctor no parecía preocupado anoche. Confío en su juicio y tú también deberías hacerlo. —El tono amargo de su suave voz pilló a May desprevenida.

—Sí, por supuesto, no era mi intención quejarme.

—Naturalmente.

—Sobre mi tía, lady Winifred... —May ignoró la fría actitud de la matrona, puesto que tenía preocupaciones mucho más urgentes en las que pensar que la razón del mal humor de la vizcondesa—. ¿Hay alguna noticia sobre su estado? Mi tío la llevó a su casa cuando se desmayó.

—Lady Iona Newbury llegó esta mañana temprano con todo tipo de noticias. —Lady Evers se sentó en el borde de la cama y continuó con el ceño fruncido, antes de sacar una nota de uno de los pliegues de su falda.

—¿En serio? Se lo ruego, hábleme de mi tía. Ella es todo lo que tengo.

—Es así, ¿verdad? Pobrecilla. —No hubo compasión en sus palabras—. Tu tía se encuentra más fuerte esta mañana. Sus médicos confían en que con cuidados diligentes recupere gran parte de sus fuerzas.

May exhaló un suspiro de alivio y sintió cómo sus tensos músculos se relajaban en las mullidas sábanas.

—Gracias a Dios —susurró.

—Querrás visitarla enseguida, supongo.

—Ciertamente. Ella depende de mí, y yo la quiero mucho.

Lady Evers chasqueó la lengua y meneó la cabeza lentamente.

—El conde está muy contrariado, sin embargo. Esa escandalosa escena que has protagonizado delante de su residencia le mortificó. Debo admitir que me horrorizó presenciar semejante comportamiento tan bajo por parte de una joven. Esos gritos y esa exhibición tan

descarada de tu cuerpo... Me estremezco al pensarlo.

—Él intentaba hacerme daño, yo solo deseaba escapar —intentó explicar May. Luego volvió a recordar al caballo... a sus grandes pezuñas a punto de aplastarla, y se le secó la boca.

—¿Ha sido Radford quien me salvó? —¿Podría realmente haberla llamado «su amor»? ¿De verdad la estrechó entre sus brazos?—. Le ruego que me lo cuente, no recuerdo lo que pasó una vez que hui de casa de mi tío.

—Lo más conveniente es que no lo recuerdes. —La vizcondesa se inclinó hacia delante. Dejó la carta que sostenía sobre su regazo y cogió la mano de May para acunarla entre sus palmas heladas. Con sus finos dedos rozó los nudillos de May—. Le tienes afecto a mi hijo.

Lady Evers había declarado los sentimientos de May hacia Radford como si fueran de conocimiento común. May estaba segura de que su comportamiento hacia el vizconde en público no había traicionado sus sentimientos más profundos. Estaba segura de que había actuado con más cautela.

May intentó apartar la mano.

—No entiendo a qué se refiere usted.

La señora la apretó con más fuerza.

—Ya, ya. No juguemos a la coqueta, pues no tienes la personalidad ni el físico delicado para triunfar con esos juegos. Te he observado, por esa razón es que lo sé.

¿*Lo sabía?* May luchó contra el deseo de meterse bajo las sábanas y esconderse.

—Muy bien. —Se obligó a decir con calma mientras apretaba la barbilla—. Es verdad que siento cierta simpatía por el vizconde.

—Y él también la siente por ti, muchacha insensata. No sé qué le has hecho, pero parece cautivado.

¿*Radford cautivado? ¿Sería posible?* A May le escocían las mejillas mientras un rubor le recorría la cara y le bajaba por el cuello hasta tocarle el pecho.

Lady Evers levantó la carta que había dejado a un lado y la estampó contra la mano de May.

—He mantenido correspondencia con la duquesa de Newbury esta misma mañana sobre dicho asunto, y me ha asegurado que eres una muchacha razonable.

Los elogios de la duquesa eran una rareza. La madre de Iona nunca había aprobado el vínculo de May con la familia Newbury. Le había hecho saber claramente que, si hubiera dependido de ella, la existencia entera de May habría sido ignorada. Por suerte, el duque no estaba de acuerdo.

Oír que la duquesa la había llamado «razonable» alarmó a May.

—¿Qué más ha dicho? —preguntó May, mirando la carta con gran preocupación. Con un simple trazo de pluma, la duquesa tenía el poder para hacerle la vida aún más difícil. May podría ser completamente rechazada por la alta sociedad si supieran toda la verdad sobre el pasado de su padre.

El tío Sires había insistido siempre que un hombre así no tenía lugar en una sociedad educada.

—Su Gracia no está contenta, debes saberlo. Mi hijo iba a proponerle matrimonio a su hija anoche, pero el espectáculo que has creado arruinó esos planes. A pesar de mis ruegos, Radford se quedó aquí para preocuparse por tus insignificantes heridas en vez de acudir a su cita para cenar con la familia Newbury.

—Oh. —¿Entonces Radford aún no estaba comprometido con lady Lillian? Saber que seguía siendo soltero no debería haber aligerado el humor de May, pero así fue.

—Señorita Sheffers. No puede creer de verdad que mi hijo, un vizconde, pueda casarse con

usted. Debe ser capaz de ver que tal unión es imposible.

Por supuesto que lo veía, pues sabía muy bien cuál era su lugar. Sin embargo, levantó la barbilla y trató de parecer lo más desafiante posible, como si así pudiera ahuyentar la verdad.

—¿Qué crees que pasaría si mi Radford se casara contigo, una mujer con antecedentes de causar desgracias? —preguntó Lady Evers, con voz chillona—. ¿Crees que la sociedad toleraría semejante unión imprudente? ¿Crees que mi hijo podría mantener la influencia política que la familia Evers ha cultivado durante generaciones después de demostrar que ni siquiera se puede confiar en él para elegir una esposa adecuada? Si Radford te importa en lo más mínimo, debes dejarlo marchar.

Los hombros de May se encogieron. Por mucho que mantuviera la barbilla erguida, la verdad nunca desaparecería.

Lady Evers sacó la carta de su sobre.

—Su Gracia tuvo la bondad de compartir conmigo algo de tu pasado. La madre de tu padre era una gitana soltera, ella y su gente criaron a tu padre hasta los doce años. Naciste de un padre gitano bastardo que sedujo a tu madre a pesar de los esfuerzos del conde de Redfield por protegerla. Tu padre mancilló a una dama nacida en cuna noble y te produjo a *ti*.

La última palabra flotaba en el aire, cargada de desprecio. A May le costaba separar el desdén que Lady Evers sentía por ella de la desaprobación que su tío le había infligido durante toda su vida.

—Me pregunto: ¿negarás las palabras de su Gracia? ¿Negarás que esta es tu herencia?

May negó lentamente con la cabeza.

—La duquesa es conocida por decir la verdad —susurró—. No discuto sus palabras.

Lady Evers sonrió ampliamente.

—Me complace ver que, en efecto, eres una muchacha razonable. Dime, entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Ves ahora cómo el matrimonio entre tú y mi hijo sería un desastre?

May asintió mientras las lágrimas inundaban sus ojos.

—Lo sé, y él también. Nunca me ha ofrecido tal promesa.



—Por favor, reconsidérelo, señorita. Se lo ruego —dijo Lottie, retorciéndose las manos fatigadas mientras May continuaba enfrascada tercamente con un mechón de cabello rebelde. Un trozo de yeso cubría una pequeña herida en lo alto de la frente de May. Aunque pasarse el cepillo por el pelo hacía que tirara de la herida, causándole una sensación como si unas agujas afiladas le pincharan el cuero cabelludo, May pensaba que ese era un pequeño precio a pagar. Quería parecer sana y vigorosa ante su tía, puesto que nada debía alterar a Winnie ni su recuperación.

—Su Señoría dijo que usted debía permanecer en cama. —Se quejó Lottie—. Nunca habría mencionado el vestido para pasear que lady Iona Newbury ha traído si hubiera sabido que usted insistiría en usarlo. Su señoría se enfadará mucho cuando se entere de esto.

May rozó con las manos la falda del vestido violeta descolorido que se había puesto apresuradamente.

—No deseo molestar al vizconde, ya ha sido en extremo amable.

May solo necesitaba escapar. Era muy simple, su tía la necesitaba. Radford no. Permanecer bajo su techo un momento más solo serviría para terminar de dañar su corazón. El simple hecho de haber admitido los sentimientos que tenía por él ante su madre había sido una tortura. Escuchar a lady Evers expresar en voz alta lo nefasta que era May para su hijo casi la había destrozado.

Toda su vida ella había sido un error, una persona inadecuada. No podía quedarse.

A pesar del leve mareo, May estaba decidida a enderezar los entuertos que había causado y seguir adelante con su vida. Su mente se había aclarado tras la visita de lady Evers.

Lo único que necesitaba era valor.

—Nadie se quejó nunca de que me faltara valor.

—¿Qué ha dicho, señorita?

—Nada, Lottie. —Rodeó con sus brazos a la pequeña criada y le dio un fuerte abrazo a la atribulada mujer—. Me ha servido usted bien, haciéndome sentir cómoda, y se lo agradezco.

May salió de la habitación y bajó las escaleras con la cabeza bien alta. Un mareo solo interrumpió su paso una vez... y fue después de ver por casualidad a Radford a través de una ventana.

El vizconde estaba paseando junto a la finca con Wynter a su lado. Parecían dirigirse hacia los establos. Con cada paso que daba golpeaba el suelo con un bastón de mango dorado. Bendito sea, por fin se había comprometido a tratarse bien y a darle tiempo a su pierna para curarse. May apenas podía distinguir su cojera mientras él se apoyaba hábilmente en aquel robusto bastón. Al igual que Wynter, vestía de forma impecable, aunque con un toque menos formal. Un par de pantalones de ante color beige, que llamaban la atención, ceñían sus piernas. Vestía un discreto chaleco a rayas verdes y blancas sobre una camisa blanca impoluta. Sostenía un sencillo abrigo verde oliva sobre el brazo y su reluciente sombrero de castor entre dos dedos. La corbata la llevaba atada de forma relajada en un estilo de cuatro en mano.

En resumen, May pensó que era devastadoramente guapo. Podía entender por qué las damas de la alta sociedad solían hablar de él en susurros escandalizados.

Se quedó paralizada mientras observaba cómo crecía la distancia entre ellos. Sentía una gran presión en el pecho. Hizo bien en huir, pues quedarse le dolía demasiado.

Con el labio superior rígido, May continuó caminando por el pasillo y se reunió con Iona, que la había estado esperando en el salón delantero. Su querida amiga observó su desaliñado aspecto y rompió a llorar.

—Estaba tan preocupada. —Se lamentó Iona—. ¿Qué sería de mí si te perdía?

—Oh, no seas tan nerviosa y exagerada —regañó May, sintiéndose repentinamente avergonzada por el problema que había causado—. No hables como si me hubiera encontrado en las puertas de la muerte, no he sufrido más que un ligero golpe en la cabeza. —Se golpeó la parte superior de la cabeza con el nudillo, y se arrepintió de haberlo hecho al instante, porque un dolor agudo le recorrió el cráneo.

—¿Ves? —dijo May apretando los dientes—. No hay de qué preocuparse. Así que, por favor, llévame a casa ahora. Mi ama de llaves debe estar muy preocupada.

Iona enganchó su brazo con el de May.

—No haré tal cosa. Portia ya ha sido trasladada a la casa de mi familia. Mi padre insiste en que te quedes con nosotros mientras tu tía se recupera.

¿Quedarse en casa de los Newbury y ver de cerca los preparativos de la boda? May dudaba que su corazón pudiera soportarlo.

Iona dio un pisotón con su pequeño pie.

—Sabes que es la única solución. Es inapropiado que una joven viva sola... sin una acompañante.

Por supuesto que May lo sabía, qué tonta fue al creer que podía anular las reglas de la sociedad. Cuanto antes aceptara su destino, mejor.

—Muy bien —concedió May. Bajo la mirada afligida de Jeffers, ella e Iona caminaron

cogidas del brazo por la entrada principal y bajaron la escalinata de Longbranch House. El carruaje del duque esperaba en la calle a pocos pasos y, dos lacayos vestidos con librea carmesí bajaron de un salto para abrir la puerta del carruaje y bajar los escalones.

Iona apretó con fuerza el brazo de May.

—Sobrevivirás a esto —susurró.

May tragó saliva y, tras echar un último vistazo a Longbranch House, se dio cuenta de que las lágrimas amenazaban con derramarse de nuevo.

—¿Qué significa esto? —exclamó Radford desde un lado de la casa. Vestido apropiadamente, con su traje oliváceo abotonado y su sombrero de castor firmemente dispuesto en lo alto de la cabeza, se acercó rápidamente con un andar tambaleante, dejando que el bastón hiciera la mayor parte del trabajo para su pierna rígida. De improviso, cogió a May del brazo y la alejó varios metros de Iona y el carruaje—. ¿Qué demonios hace usted fuera de la cama?

Le temblaba la voz.

May parpadeó con fuerza, rezando para que él no la escrutara con demasiada atención y se diera cuenta de lo cerca que había estado de soltar esas condenadas lágrimas que tenía en los ojos.

—Estoy bien, gracias —dijo.

—¿Usted está...? —Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo oscuro—. Es usted una desagradecida, eso es lo que es. ¿Cómo se atreve a escabullirse y escaparse como una vil ladrona?

Él dirigió una mirada nerviosa hacia Iona y otra más larga y depredadora hacia lord Nathan Wynter, que avanzaba a toda velocidad.

Todavía mirando a Lord Nathan, moderó su voz.

—Me complacería que me concediera un momento de su tiempo, señorita Sheffers. —Volvió entonces sus penetrantes ojos color jade hacia ella—. Solo unos minutos para escuchar lo que tengo que decir.

A May le retumbaba el corazón en los oídos mientras consideraba la petición. Por supuesto que aceptaría escucharle. Estaría encantada de escuchar cualquier cosa de la que él quisiera hablar durante el resto de sus días.

—Solo un minuto —consiguió decir fríamente con una mirada al cielo, como si pudiera leer la hora en la posición del sol.

Radford actuó como si ella acabara de aceptar entregarle el mundo. Con una sonrisa resplandeciente, recogió su sombrero desechado en las cálidas hierbas y condujo a May de vuelta a la casa, dejando bruscamente a Iona abandonada fuera junto a lord Nathan.

Ni Iona ni Lord Nathan, que sonreían como tontos, parecían molestos en lo más mínimo.

—Por favor, siéntese —dijo en voz baja, señalando una pequeña silla a pocos pasos del salón.

Con un brusco asentimiento, May hizo lo que él le pedía. Respiró hondo varias veces, tratando desesperadamente de frenar el palpitar de su corazón, antes de doblar deliberadamente la mano sobre el regazo. Levantó la cabeza y lo miró con una expresión vacía que ejecutó con mucho cuidado.

—¿Qué es lo que desea decirme?

Radford parecía muy serio. ¿De qué grave asunto quería hablar? ¿Planeaba, como su madre, regañarla por su escandaloso comportamiento de la noche anterior?

Probablemente.

Al parecer, su temerosa huida de las manos del tío Sires causó un gran revuelo. Incluso Iona

había murmurado que las chismosas del balneario se habían pasado toda la mañana rememorando la escena. May contuvo el aliento, rezando para que Radford, un hombre que una vez le había rogado que lo considerara como su amigo, no compartiera la opinión de la sociedad y la condenara sin pensarlo dos veces.

—Ese color violeta realza sus ojos —dijo él con total sinceridad.

—¿Qué? —Ciertamente Radford no la había traído de vuelta al interior de la casa para comentar el color de su... de su...

¿Qué demonios estaba diciendo?

—Su vestido de paseo. —Hizo un gesto vago, casi avergonzado, en su dirección—. El material está desteñido, pero el color le sienta bien.

—Gracias —dijo May, poniéndose rígida. Había algo más. El cumplido que le dio era fruto de sus nervios. Ella lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que necesitaba prepararse para lo que fuera a decir.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el vizconde tras un breve silencio—. ¿Está libre de los fuertes dolores que sufrió?

—Sí, sí. —May sostuvo sus manos frente a ella como un escudo—. Por favor, no se preocupe por mí. Tiene usted asuntos mucho más importantes...

—¿Más importante? —Sus cejas se arrugaron—. Nada podría ser más importante que su bienestar, May. Nada en absoluto.

Oh, si eso pudiera ser verdad...

Radford empezó entonces a pasearse, golpeando la alfombra de Axminster con su bastón con regularidad.

—Usted no lo entiende.

May temía haberlo entendido demasiado bien.

—Oh, Radford —dijo con un suspiro—. Debe usted pensar primer en su familia. Yo soy como un juguete nuevo para usted. Esta fascinación que siente por mí es pasajera. El atractivo que tengo ante sus ojos se desvanecerá demasiado pronto.

—No lo entiende. —Él mantuvo un paso firme mientras continuaba caminando metódicamente por la habitación—. Yo conocía los planes de su tío, sabía que podría causarle problemas a usted. Y sin embargo... sin embargo, no la protegí. De hecho, mi propio caballo casi acaba con usted.

—No estuve a punto de morir —susurró May. Verle cargar con toda la culpa de sus problemas la afectaba profundamente. Ningún hombre había actuado con tanta gallardía ni se había hecho su defensor.

Mary Wollstonecraft no lo aprobaría. Una mujer siempre debe ser su propia defensora. Por mucho que ella deseara que él tomara las riendas y arreglase sus horribles líos, no podía permitir que lo hiciera.

«Si Radford te importa en lo más mínimo, debes dejarlo marchar». Las palabras de lady Evers resonaron en su cabeza.

—Nunca pedí su ayuda —añadió May.

—Es verdad. —Radford se detuvo y se volvió hacia ella—. Usted no me lo pidió, me lo exigió. El primer día que interrumpió usted en mi estudio como si fuera una arpía encantadora, me exigió que le ayudara.

Cielos... Había hecho exactamente eso.

—Yo... yo nunca pretendí...

—May, mi adorada y subestimada May —dijo, caminando lentamente hacia ella—. Lo he

considerado durante bastante tiempo y solo puedo encontrar una solución: usted y yo debemos casarnos.

Las palabras flotaron en el aire como un sueño que se tambalea entre el sueño y el olvido. Si se despertara y aceptara su propuesta, la magia desaparecería y la realidad volvería tristemente.

—No. —May se levantó de la silla con lentitud, temiendo que sus piernas estuvieran demasiado débiles para sostenerla—. Por favor, no puedo. —Retrocedió hacia la puerta.

Radford avanzó con un brillo decidido en los ojos.

—Debemos hacerlo.

Con paso firme se acercó, moviéndose con la seguridad de un halcón hambriento al acecho de su presa.

—Es la única forma en que puedo protegerle honorablemente de su tío y sus maquinaciones.

May se quedó sin aliento cuando su ardiente mirada la mantuvo clavada donde estaba parada.

—Además, May, nos adaptaremos, usted y yo. Usted...

—No. —May dijo enérgicamente. Por mucho que lo deseara, ningún sueño podía sustituir a la realidad. Movié la cabeza de un lado a otro para negar sus palabras—. No. Solo conseguiría odiarme, se merece usted algo mejor que lo que yo puedo ofrecerle. Algo mucho mejor.

Él aflojó ligeramente la mandíbula mientrasladeaba la cabeza.

—¿No se tiene usted en alta estima? —preguntó Radford, genuinamente sorprendido.

Su pregunta caló hondo en el alma de May.

—Tengo ojos... y oídos. Sé muy bien lo que soy, así que no tengo pretensiones al respecto.

—¿Pretensiones? —Élladeó la cabeza. Si tan solo él no despertara en ella el deseo de ser la mujer hermosa y agraciada que quería por esposa, quizá entonces la verdad no sería tan difícil de expresar.

—Soy una mujer pequeña y robusta, más adecuada para el papel de lavandera que para el de dama gentil, milord —repuso con lágrimas quemándole los ojos, pero no las soltaría. No por esto, nunca por esto—. De hecho, no soy una mujer de cuna noble. Mi padre, verá usted, no es más que un bastardo; su padre era un caballero despreocupado y su madre una gitana salvaje. —Giró la cabeza, recuperando el control sobre su respiración temblorosa—. Me niego a sentirme avergonzada —susurró.

—Ni yo le pediría que lo estuviera. —De repente estaba de pie frente a ella, sosteniéndola de la cara con sus manos enguantadas—. No me importa su pasado, lo que me preocupa es su futuro. Y actualmente no tiene opciones. Es impotente ante las maquinaciones de su tío, pero yo no lo soy.

Cerró los ojos y frotó la mejilla contra su cálido contacto.

—Déjeme hacer esto por usted, May. Consienta en convertirse en mi esposa.

Si tan solo... si tan solo...

Su contacto encendió un cúmulo de sentimientos. La cabeza le daba vueltas en una espiral de confusión. El hombre al que amaba con todo su corazón le estaba proponiendo matrimonio. ¡A ella!

Qué fácil sería decir que sí. Abrió la boca para aceptar la locura cuando se dio cuenta de lo que la retenía.

Aunque las palabras de lady Evers la habían impactado, no era el vergonzoso nacimiento de May lo que estaba actuando como un obstáculo. May no había mentido cuando dijo que no se avergonzaría. Aunque sus padres apenas eran más que un vago recuerdo, los quería mucho... y

apreciaba el amor que se tenían.

Sus padres habían desafiado las convenciones para casarse, no por honor ni por el deseo de defender al otro. Habían tomado esa difícil decisión por pasión.

Aunque este momento siempre viviría como un milagro en la memoria de May, también recordaría la razón por la que apartó sus manos y lo mantuvo a distancia antes de que los labios del vizconde pudieran tocar los suyos. En ninguna parte de su sincera propuesta, Radford había mencionado el amor. Había jurado protegerla, hacer lo honorable y rescatar a la doncella en apuros. Quizá incluso se había convencido a sí mismo de que la amaba.

Sin duda, las constantes frustraciones por sus lesiones le hacían sentirse impotente, obligándole a actuar como San Jorge y enfrentarse a sus dragones. Él mismo lo había dicho: sentía que era poderoso.

—Por favor, Radford. —May se alejó más de él—. Por favor, no me presione para dar una respuesta.

Negarle sería demasiado doloroso, pero aceptarlo sería un error que May no podía permitirse cometer.

Capítulo 19

Radford observó con absoluta confusión cómo May huía de su casa. Su cuerpo temblaba mientras permitía que un criado la subiera al carruaje ducal de los Newbury.

Lady Iona lanzó una mirada nerviosa en su dirección antes de seguir a May hasta el carruaje. En cuestión de segundos, los caballos se pusieron en movimiento y las ruedas del carruaje comenzaron a rodar, llevándose a May de la vida del vizconde.

—¿Qué he hecho mal?

—¿Qué le has dicho? —Wynter empujó agresivamente a Radford para que subiera los escalones y entrara en la casa—. La señorita Sheffers parecía destrozada, absolutamente destrozada. Por no hablar de lady Iona, quien está fuera de sí de preocupación por su amiga. ¿Qué demonios hiciste para empeorar las cosas?

Radford lo condujo a su estudio, donde se quitó el chaleco, se despojó de los guantes y arrojó el sombrero sobre una silla. El calor del final del verano lo estaba volviendo loco.

Sirvió dos copas de clarete y bebió un sorbo de su copa antes de ofrecerle la otra a Wynter. Tras murmurar algo sobre involucrarse demasiado con lady Iona, Wynter vació el vaso de un trago.

—Ahora dime, Evers, ¿qué has dicho para molestar a la señorita Sheffers... y a Lady Iona?

Radford se tiró del pelo al recordar cómo May había palidecido cuando él le había detallado las razones por las que debían casarse.

—Fui racional y calmado. No puedo entender su reacción.

—¿Qué le dijiste exactamente de manera tan racional y calmada?

—Pues le dije que deberíamos casarnos. Al diablo con los requisitos de la esposa perfecta, la señorita Sheffers me necesita. Puedo ayudarla a enfrentarse a su tío.

—Maldita sea —murmuró Wynter y se sirvió otra copa de clarete—. ¿De verdad le dijiste que querías casarte con ella para protegerla?

—En cierto modo, sí. —Al igual que May, su amigo se estaba poniendo emocional ante lo que debería ser un razonamiento claro y racional. Wynter se paseaba por el estudio como una bestia salvaje mientras refunfuñaba maldiciones entre dientes.

—La señorita Sheffers es una mujer orgullosa —dijo Wynter después de que aparentemente se hubiera calmado—. Ya lo viste la primera vez que irrumpió en esta misma sala y exigió que la escuchases. No es alguien que desee que la cuiden ni que le digan lo que es mejor para ella.

—¿Y cuándo te convertiste en el experto en proponer matrimonio? —gritó Radford—. Creía que habías jurado ser célibe antes que aceptar un compromiso tan insoportable.

—Recuerdo que pronuncié esas palabras menos de un minuto después de que tú hicieras un juramento muy parecido. Los dos estábamos ebrios... y éramos jóvenes y tontos.

Radford se dejó caer en la silla de cuero de su escritorio y frunció los labios.

—Quizá no fuimos tan tontos. No creo que estuviera en mi destino el contraer matrimonio. —Al menos no estaba destinado al tipo de relación abierta y sincera que ahora deseaba. Conocer a May le había cambiado. Antes de ella, el matrimonio con una mujer como lady Lillian habría cumplido con sus obligaciones familiares. Ahora... la idea de un futuro así lo dejaba sintiéndose vacío.

—Renunciar al matrimonio no resuelve nuestro problema —señaló Wynter.

—Es así —convino Radford.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? Has creado un montón de problemas importunando a la señorita Sheffers.

Radford consideró cuidadosamente sus opciones antes de responder. No deseaba empeorar involuntariamente las cosas para May.

—Deberíamos incluir a mi administrador en esta discusión. Ha estado reuniendo información para mí sobre el conde y su familia. Información que no es de conocimiento común. Creo que podremos usar el armario lleno de esqueletos que Bannor ha estado desenterrando para evitar que el conde de Redfield cause más estrés a la señorita Sheffers.



Poco dada a ceder o a dejar que otros la defendieran, May se sintió incómoda al día siguiente mientras paseaba con lady Iona y el padre de ésta, el poderoso e intimidante duque de Newbury. Esta salida había sido idea del duque, puesto que planeaba enfrentarse al conde de Redfield en nombre de May.

May aminoró el paso. Se rezagó varios pasos mientras jugueteaba con las cintas de su sombrero. Oh, cuánto deseaba visitar a su tía y ver por sí misma que Winnie se estaba recuperando. Pero ¿qué diría su tío al verla llegar sin avisar?

Las habladurías no cesaban por las calles de Bath. Según la duquesa de Newbury, todos los habitantes de Bath conocían el desastroso encuentro de May con su tío y el desconcertante rescate de Radford. La divulgación pública de un asunto familiar habría mortificado a su tío. Para él, el orgullo y la apariencia de la familia estaban por encima de todo.

May tendría suerte si se le permitiera poner un pie en la casa del tío Sires.

—No tienes de qué preocuparte —dijo el duque, que se había detenido en la acera y esperaba a que May le alcanzara—. No se negará a aceptarte. El conde tiene un deber contigo, siendo su sobrina. Me encargaré de que te trate con el mayor respeto.

Para disgusto de May, Iona había contado a su padre todos los horribles detalles de cómo el tío Sires había perdido completamente la cabeza y la había atacado. Pero, ¿por qué iba Iona a mantener los labios sellados? Al oír hablar a la duquesa, todo Bath sabía cómo su tío había intentado azotarla con un látigo. Era como si una audiencia hubiera presenciado el espantoso drama.

Bueno, sí hubo una audiencia... solo que May esperaba que los sirvientes de su tío se comportaran con discreción.

Las sienas empezaron a latirle con fuerza mientras el grupo esperaba en la entrada a que el mayordomo respondiera al timbre. Si no fuera por su tía Winnie, nunca habría aceptado volver a ver a su tío. Como ahora él era el cuidador de Winnie, ella no tuvo más remedio que humillarse y rogar por tener una audiencia con su tío. Suplicaría todo el día si eso fuera necesario solo para poder ver a su tía.

Iona le apretó la mano cuando se abrió la puerta de madera tallada.

—Traiga al conde —dijo el duque, entregando su tarjeta al mayordomo, que fruncía el ceño.

—Lo siento, su Gracia —dijo el mayordomo con gravedad—. El conde se encuentra fuera de casa por los momentos.

—Puede fingir su ausencia a cualquier otra persona en esta ciudad, no me importa. Tendrá que verme. —El duque se cruzó de brazos y miró fijamente la expresión severa del mayordomo.

Por un momento, May pensó que el duque por fin había encontrado a un hombre lo bastante valiente como para resistirse a su severa fachada. Sin embargo, poco a poco, los hombros del hombre se encogieron y las comisuras de sus labios descendieron.

—Muy bien —dijo el mayordomo mientras se retiraba por la puerta—. Informaré al conde de su llegada.

Antes de dejarlos, condujo al trío al mismo estudio donde May había mordido descaradamente a su tío para escapar de su locura. Las cortinas estaban corridas y las velas apagadas, haciendo que la habitación pareciese oscura y silenciosa.

El duque puso una mano en el brazo del mayordomo y lo detuvo antes de que pudiera alejarse.

—Dígale que no me haga esperar.

El mayordomo asintió con la cabeza y desapareció.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando el conde de Redfield apareció en la puerta vestido con los mejores pantalones de cuero color beige, un chaleco de colores y una levita negra. Su mirada pasó de May a Iona y al duque.

—Newbury —dijo.

—Redfield —repuso el duque.

May se adelantó para intervenir. Esta era su batalla para mantener a la tía Winnie en su vida y tenía la intención de luchar.

—Ah, qué sorpresa. —Una voz retumbante resonó en el vestíbulo. El señor Tumblestone entró en la sala con una amplia sonrisa y un traje de campo bastante holgado. Esquivó al conde y, con su gruesa mano extendida, se acercó al duque.

—Su Gracia —dijo jovialmente—. Es un placer volver a verle. —Se volvió y saludó a Iona con la cabeza—. A usted también, milady. —Su mirada cristalina se posó en May—. Y especialmente a usted, señorita Sheffers. —Acercó la mano de May a la suya y le dio un beso en el nudillo enguantado.

—¿Cómo está usted? —dijo May mientras tiraba para zafarse de su mano. Se apartó del señor Tumblestone y volvió a prestar atención a su objetivo principal—. Tío, he venido a hacer las paces.

—Calla, May —dijo el duque levantando la mano—. Déjame encargarme de esto.

—Pero, su Gracia... —empezó a decir May.

—Deje hablar a los hombres. —Los gruesos dedos del señor Tumblestone rodearon su brazo. Tiró de ella hasta hacer que quedara a su costado—. Aunque su espíritu me cautiva, dudo que un hombre del rango del duque o del conde se divierta con tales payasadas.

May levantó la cabeza hacia el corpulento hombre y frunció el ceño.

—¿Acaba de decir que le cautivo?

Entonces se dio cuenta de que tanto el tío Sires como el duque se habían dado la vuelta y los miraban boquiabiertos. El duque adoptó un tono paternal y se adelantó para intervenir. Iona le guiñó un ojo a May y se acomodó en un cómodo sillón, como si se dispusiera a disfrutar de una obra de teatro.

—Quizá debería tener cuidado y quitarle las manos de encima a la señorita Sheffers —gruñó alguien.

May giró la cabeza hacia la puerta del estudio y su corazón se detuvo. ¿Qué hacía él aquí? Lo último que necesitaba eran más complicaciones que le impidieran ocuparse del bienestar de la tía Winnie. Por su bien y el de Winnie, May le había dejado a él y a su corazón en Longbranch House. Él no debería estar aquí, interfiriendo en su vida. Él no tenía lugar en su vida... ni ella en la suya.

Sin embargo, allí estaba Radford, en el umbral, tan apuesto como siempre, vestido de negro, con un bastón en una mano y sosteniendo al larguirucho mayordomo del cuello con la otra mano.

Wynter le secundaba imponente, y las miradas de ambos hombres estaban fijas en el señor Tumblestone, especialmente en la forma en que sus manos se enroscaban con fuerza alrededor de los brazos de May.

El corazón de May dio un vuelco. Había vivido en Londres lo suficiente como para saber que los libertinos impetuosos tenían la inquietante tendencia de retarse a duelo por asuntos triviales. May de ninguna manera quería un duelo en el que peleasen por ella.

—¿Qué demonios está pasando? —rugió el tío Sires—. ¡No toleraré que mi hogar sea tratado como una taberna! —Su rostro se tornó de un color pálido que no podía ser saludable.

May intentó zafarse de Tumblestone, pero él solo la apretó con sus manos curtidas por el trabajo en la granja con más fuerza.

—He dicho que la suelte. —La voz de Radford llevaba consigo la fuerza de su pasado militar—. No tiene derecho a tocarla.

—Por favor, esto es demasiado —dijo May, aun forcejeando para intentar liberarse.

—No hay necesidad de tanta teatralidad —dijo el señor Tumblestone con una inclinación de cabeza hacia Radford y otra más profunda hacia el duque—. Si me permitieran explicarme, todo quedará aclarado.

—Lo dudo —murmuró Radford, soltando al desventurado mayordomo, cruzándose de brazos y mirándolo como si el mismísimo diablo lo hubiese poseído.

—Por favor, explíquese entonces, Tumblestone —dijo el duque con sobriedad.

El tío Sires gruñó y asintió. El tono de su piel volvió a su palidez normal.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Tumblestone. Trazó el borde de su resbaladizo labio inferior un par de veces antes de proseguir.

—La señorita Sheffers y yo tenemos un acuerdo.

May vio cómo las manos de Radford se cerraban en un par de puños muy sólidos.

—No. —Se apresuró a añadir Tumblestone—. No ha habido un anuncio formal. Sinceramente, no ha habido tiempo. El conde y yo estábamos llamando a la señorita Sheffers para hacer los últimos preparativos cuando lady Winifred sufrió un colapso a causa de su débil corazón.

—Eso es mentira —dijo Radford, de manera cortante. Sus puños se aferraron con fuerza a la cabeza dorada del robusto bastón que tenía a su lado—. Ella nunca aceptaría de buen grado una propuesta de matrimonio de usted.

—Ah, pero la ha aceptado.

La cabeza de May empezó a dar vueltas, la verdad es que había aceptado su petición. La elegante carta que había escrito horas antes de que su tía cayera enferma así lo decía. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Tumblestone le soltó el hombro para poder sacar esa misma carta del bolsillo de su chaleco.

—¿No es así, señorita Sheffers? —preguntó.

Con la mirada fija en aquella condenada carta, asintió lentamente mientras su mente trabajaba de más tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Es esto lo que realmente deseas, May? —preguntó el duque en ese tono paternal tan característico suyo.

—Antes de que responda. —Se apresuró a decir el señor Tumblestone justo cuando May abría la boca para decirle amablemente que había cambiado de opinión—. Permítame recordarle la situación. —Se volvió entonces hacia el duque de Newbury—. La señorita ha sido indebidamente influenciada, y yo diría, confundida por un hombre que solo desea hacerla su amante.

—¿En verdad? —Las cejas del duque se alzaron—. ¿Es cierta esa acusación, Evers?

—Desde luego que no. —Radford tiró su bastón y se quitó los guantes mientras avanzaba—. Pagaré por ese insulto.

Tumblestone tiró de sus guantes, quitándoselos dedo a dedo.

Cielos, se avecinaba un conflicto. Uno para el cual no tenía tiempo, pues todo lo que May quería era ver a su tía. Si las acciones de los hombres seguían en esa dirección, sin duda se crearía un desafío para un duelo. May se puso firme cuando quedó claro que debía interponerse entre los dos hombres y su peligrosa locura. Así que levantó ambos brazos.

—Detengan esto ahora mismo. —Su voz sonó con una altivez tan fría que ambos hombres se congelaron—. No permitiré que ningún hombre luche en mi presencia o en mi nombre. Hasta ahora no he necesitado a un hombre en mi vida, y nada en ella ha cambiado lo suficiente como para obligarme a aferrarme al brazo masculino más cercano. Soy mi propia persona y pienso tomar mis propias decisiones.

Tumblestone parecía vastamente divertido con su discurso. Se golpeó los guantes contra el brazo y rio entre dientes.

—Muy bien, señorita Sheffers.

Radford, en cambio, no se iba a dejar disuadir tan fácilmente. Su mandíbula se tensó y la fulminó con la mirada. Sentía como si le hubiera dado una bofetada. La rabia que ardía tras su tensa expresión facial le resultaba familiar. Al igual que el día en que estuvo a punto de caerse en el balneario y ella cargó con la culpa del percance, ahora había vuelto a herir su orgullo.

Y eso era lo último que quería. A pesar de la falta de futuro, May quería a Radford tanto como a sus padres y tanto como a su tía. Aunque tal vez nunca volviera a verlo después de hoy, siempre formaría parte de su corazón y de sus pensamientos.

—Por favor, milord, debe preocuparse de sus propios asuntos. Como puede ver... —Señaló al duque—estoy siendo bien atendida.

—Pero yo...

Le puso un dedo enguantado sobre los labios. Un comportamiento vergonzoso, lo sabía, pero aun así necesitaba tocarlo, sentir su calor una vez más. Lo que estaba a punto de decir iba a desgarrar su ya destrozado corazón.

—Vuelva con lady Lillian. Ha elegido una buena mujer. Es digna de su título y será una buena esposa para usted. Preocúpese por ella, milord. No por mí. Su apellido ya ha sufrido bastante al asociarlo con mis problemas y conmigo. Piense en el apellido de su familia y haga lo correcto.

Radford sostuvo el dedo que May le había llevado a los labios y lo retuvo en la palma de la mano.

—¿Qué es lo correcto?

La pregunta la dejó muda.

—El deber familiar —respondió el tío Sires por ella—. Debo felicitarte, niña, por haber puesto voz a un punto que aprecio mucho. El deber para con la familia debe ser siempre lo primero. ¿No estás de acuerdo?

May se sentía atrapada entre la intensa mirada de Radford y los ánimos de su tío para obedecer ciegamente y satisfacer su obligación de honrar el apellido Redfield.

—Piense en su tía —dijo el señor Tumblestone—. Lady Winifred deseará tenerla cerca durante su larga recuperación.

De nuevo, la cabeza le dio vueltas. Maldito sea ese golpe en la sien que le dolía. Si pudiera tener un poco de tiempo para pensar con claridad... si no hubiera una sala abarrotada esperando

oír su decisión... si tan solo su vida fuera diferente...

Pero eso no era del todo cierto. Antes de sentir su corazón latir y conocer su existencia, había estado contenta. Había disfrutado viviendo con su tía y ocupándose de sus necesidades. Su vida no era perfecta, pero ¿acaso la de alguien lo es? Había sido feliz.

Y podría volver a serlo.

La decisión era suya.

—Lo siento, Radford. —Apartó la mano.

La independencia la había hecho feliz. Esa era una elección que podía tomar. Su tía era otra. El deber familiar pesaba mucho sobre sus hombros, pero después de años de arduo trabajo apoyando a su tía, sabía que sus hombros podían soportar dicho peso.

—Mi tía es lo más importante para mí. Haré lo que haga falta para estar en su vida y poder estar a su lado.

—¿Qué desatino es este? —La tía Winnie se apoyó fuertemente en su bastón, que rara vez usaba, mientras entraba lentamente en la habitación. Llevaba un pesado chal de lana sobre su camisión blanco. Un gorro con volantes le enmarcaba la cara, cubriéndole todo excepto unos mechones de pelo gris.

Todos en la sala se giraron para verla hacer una entrada majestuosa.

—¿Winnie? —jadeó May, llevándose las manos al pecho. Su tía estaba tan pálida y débil. May cruzó la habitación y cogió el brazo libre de su tía para ayudar a sostenerla—. Tía, deberías estar en cama.

—¡Disparates! —Winnie golpeó el suelo con su bastón. Sin embargo, permitió que May siguiera apoyándola—. Hay demasiada algarabía ocurriendo en esta casa como para que me quede acostada ahora.

—Por favor, tome mi silla —ofreció lady Iona. Wynter asistió a May mientras llevaba a Winnie al mullido asiento. Los pies de su tía se movían con dolorosa lentitud. A la pobre mujer no deberían haberle permitido alejarse de su cama. Para cuando se acomodó en la silla, jadeaba por el esfuerzo.

May abrazó a Winnie y no pudo evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Estaba tan preocupada. No puedes imaginar cuánto me preocupé. Temía que te iba a perder.

Winnie, fiel a su orgullo, no permitió que las efusividades de May continuasen por mucho tiempo. Le dio unas palmaditas en el brazo antes de golpear el suelo con su bastón para silenciar la habitación.

—Aunque es conmovedor verte, May, no eres la razón por la que he bajado. —La voz de Winnie sonaba tan regia y fuerte como siempre. Extendió su pesado brazo y señaló al señor Tumblestone—. Tú —dijo con énfasis—. Debemos hablar.

La sonrisa se borró de la cara del señor Tumblestone. Inclínó la cabeza.

—Sí, supongo que debemos hacerlo.

—¿Tía? —May no podía entender por qué Winnie sentía la necesidad de arrastrarse desde su cama solo para hablar con el pretendiente de su sobrina. Casi siempre le había permitido a May manejar sus propios asuntos. Resultaba extraño que interviniera y tomara las riendas de esta manera, puesto que ella creía firmemente que May tenía que aprender a manejar los problemas tal y como se le presentaban y no esperar que otra persona los solucionara por ella. May estaba totalmente de acuerdo con esa filosofía.

¿Qué pretendía hacer su tía?

—Una vez te quise con todo mi corazón y con todo mi ser —le dijo la tía Winnie al señor

Tumblestone.

May se quedó boquiabierta.

—No es el momento, Winnie —dijo tío Sires entre dientes, con el semblante oscurecido. Miraba a todos los miembros de la alta sociedad que estaban en su estudio y presenciaban un nuevo drama gracias a May.

—Cuando te arrebataron de mí hace tantos años, pensé que mi vida se acabaría. Eras mi mundo entero. Sabías exactamente cómo hablarle a una dama y hacerla sentir como si no existiera nadie más en el mundo.

¿El señor Tumblestone había cortejado a la tía Winnie? Era posible, debido a que vivía a pocas millas de Redfield Abbey, y ambos tenían edades similares.

—Años después supe la verdad. Ahora sé que aceptaste el dinero que te dio mi hermano para poner fin a nuestra relación. La verdad es que descubrir eso me desgarró más que el misterio de tu repentina desaparición. Cuando llegaste a Bath con Sires, pensé que habías venido a pedirme perdón. —Winnie levantó la barbilla con orgullo.

—No entiendes las circunstancias —dijo el señor Tumblestone, tenso—. Nunca has pasado necesidad de dinero.

Winnie enarcó una ceja.

—Sin embargo —dijo, y May se estremeció ante la frialdad del tono de su tía—. Has venido a casarte con mi sobrina, no a arreglar cuentas conmigo. Naturalmente, asumí que May te rechazaría. Sin embargo, una parte de mí estaba de acuerdo en que necesitaba un marido. Mi deseo más profundo es verla formar su propia familia y tener a alguien a quien amar y cuidar cuando yo ya no esté.

—Oh, Winnie —susurró May, incapaz de soportar la idea de un mundo sin su tía.

Winnie se puso rígida.

—Hasta ahora me he callado, dando al destino la oportunidad de seguir su curso. Ya no lo haré más. Se han abierto otros caminos hacia la plenitud para mi sobrina. Y tú, Tumblestone, eres un hombre frío y desalmado que solo anhela nuestra riqueza. Habría sido desgraciada de haberme casado contigo.

» Le agradezco a mi hermano que me hiciera ese favor hace tantos años. Yo, a cambio, haré lo mismo por mi sobrina. Ella no se casará contigo, porque no lo permitiré... y Sires tampoco.

La sala se quedó en un silencio atónito. Solo Radford tuvo la audacia de sonreír como un vencedor que regresa de una guerra muy reñida.

—¿Redfield? —El señor Tumblestone dijo finalmente—. ¿Está de acuerdo con su hermana en esto?

El tío Sires parecía haberse tragado un limón entero. Se retorció nervioso y su corbata bien almidonada parecía estar a punto de estrangularle.

—Estoy de acuerdo —susurró.

—Pero teníamos un acuerdo. —El señor Tumblestone palideció—. Usted había dicho que si yo...

—No importa lo que he dicho —dijo el tío Sires en voz alta—. Agradecería que se marchase de mi casa en este momento. De hecho, les agradecería a todos que se fueran. Tengo mucho que hacer.

Nadie se movió. Ni siquiera Tumblestone.

—¿Qué harás ahora, querida? —preguntó Winnie, mirando a Radford con picardía.

—Se casará, por supuesto —respondió el tío Sires por ella.

—Por supuesto —dijo Winnie, para disgusto de May.

—Le encontraré otro caballero más adecuado —aseguró el tío Sires.

May levantó las manos, alarmada ante la perspectiva de que la vendiesen a otro caballero sin dinero.

—No tío, no aceptaré semejante locura. No necesito a ningún hombre en mi vida. De hecho, ya lo he decidido: no pienso casarme nunca.

—Si no te casas, niña —dijo el tío Sires mientras golpeaba a May en el pecho con su dedo rechoncho— ¿qué harás? ¿Morir de hambre?

Capítulo 20

Radford fue testigo de cómo May negaba su necesidad de pasión en la vida. Llevaba tanto tiempo relegada a un segundo plano que había olvidado cómo ser ella misma. Para Radford era evidente que la habían obligado a ser una persona de espíritu apagado y de impulsos contenidos. Al igual que el tímido duendecillo de cerámica que se escondía en su bolsillo, May se había retirado por completo del apasionante mundo que la llamaba.

No podía permitir que un crimen así continuara. Mientras aún respirara, la liberaría. No es una tarea fácil, lo sabía, porque su ayuda no era precisamente bienvenida. Wynter había acertado en su apreciación. Radford había herido el orgullo de May cuando le anunció audazmente que debía casarse con él y dejar que resolviera todos sus problemas.

No importaba qué tanto intentara esconderse ella, su espíritu independiente siempre brillaba. Esa era una de las razones por las que él la amaba tan ferozmente.

Amar.

La mera idea de estar bajo el control de una emoción tan tierna asustaba a Radford hasta lo más profundo de su ser. Admitir sentimientos tan vulnerables era un peligro que no estaba dispuesto a afrontar. May había rechazado sus atenciones más de una vez. Por esa razón, ella tendría que demostrar lo que sentía por él antes de arriesgarse a la humillación de declararse enamorado.

Radford se quedó inmóvil en medio del estudio del conde de Redfield y observó, impotente, cómo May se enfrentaba a su tío. Le consolaba saber que, con tantos protectores, ella no corría peligro de sufrir heridas a manos de Redfield.

Aunque a Radford no se le había permitido ver a May en persona dos noches antes, el médico le había relatado sobre los moratones que le cubrían los brazos y las piernas. Wynter había descrito con detalle cómo el conde había arrastrado a May hasta este mismo estudio mientras todos en la casa se preocupaban por ella.

Su vida había estado en peligro y Radford planeaba utilizar todos los poderes a su alcance para que no volviera a enfrentarse a la misma amenaza.

La noche anterior, Radford y Wynter se habían encerrado en el estudio de Radford mientras se reunían con Bannor. Los tres acordaron que su arma más poderosa contra un hombre como el conde sería la amenaza de sacar a la luz los cambios en el testamento de su moribunda madre.

Como muchos miembros de la alta sociedad, el conde llevaba un estilo de vida lujoso. Bannor había elaborado una larga lista de acreedores a los que el conde debía dinero. Con los ingresos de las propiedades de su familia, no tendría problemas para pagar sus facturas. Pero si perdía una gran parte de esos ingresos en favor de su hermana, como se estipulaba en este nuevo testamento, el conde se encontraría en un aprieto.

Si esa información se hiciera pública, los acreedores y comerciantes del conde harían cola para exigir pagos en efectivo. Perdería su credibilidad. Y para un hombre de su importancia, semejante situación sería como sufrir un golpe mortal, exactamente el tipo de arma que Radford esperaba encontrar.

Wynter y él habían entrado hoy por la fuerza en la casa del conde para advertirle de que estaban dispuestos a compartir los detalles del nuevo testamento de su madre con sus acreedores si seguía importunando la vida de May.

No esperaban encontrar una multitud.

El duque de Newbury, de pie junto a May, como un león que protege a su cachorro, había sido sin duda una sorpresa.

Una muy bienvenida, por cierto.

La noche anterior, Bannor había aportado otra información interesante... ésta sobre el padre de May. Como Radford había temido, su padre había nacido efectivamente de una gitana errante. Sin embargo, el padre del desafortunado nacimiento, que a su vez era el abuelo de May, era el octavo duque de Newbury, padre del actual duque.

¿May era sobrina del duque de Newbury? Esa información, combinada con el favorable gesto del duque, daría a May plena entrada en la sociedad. Un gesto favorable, algo que el tacaño conde de Redfield nunca se había dignado a conceder a su sobrina, convertiría el matrimonio entre ella y un vizconde en una posibilidad socialmente aceptable.

«Nunca me casaré», acababa de declarar. Radford tendría que sacar a relucir todos sus encantos olvidados para ganarse su confianza y su mano. La mera idea de librar semejante batalla hacía que cada uno de sus alientos se insuflase de nueva vida... Verdaderamente, May era una mujer por la que valía la pena vivir.

—Pase lo que pase, no me moriré de hambre —le dijo May a su tío. Detrás de sus ojos violetas ardía un fuego delicioso. Por pequeña que fuera, se mantenía erguida ante su tío, como una valiente David frente al temible Goliat.

Radford no podía sentirse más orgulloso. Ella era especial, única en su especie. Capturar a un espíritu feérico tan escurridizo no sería fácil. Comenzaría la persecución demostrando su lealtad.

—Redfield, he venido a hablar con usted en privado —dijo Radford con gran autoridad. Tiró de su levita—. Se trata de un asunto de suma importancia, y no, no puede retrasarse más.

May frunció el ceño.

—No veo cómo puede usted...

Radford presionó uno de sus dedos contra los labios de ella. Había disfrutado mucho cuando ella se lo había hecho a él, así que le devolvió el gesto encantado. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que la sala estaba llena de miradas inquisitivas.

May se lo había buscado al establecer el tono íntimo entre ellos de una manera tan pública. Las damas correctas no posaban el dedo en los labios de un caballero, ni tampoco lo llamaban por su nombre de pila. Tales comportamientos escandalosos en público solo aludían a sucesos más íntimos a puerta cerrada.

Después de hoy, sin duda se esperaba un rápido matrimonio.

—Insisto —dijo Radford en voz baja.

May se sonrojó aún más y asintió con la cabeza.

—Deseo estar presente —dijo el duque. Aunque su tono era amable, la expresión que lo acompañaba transmitía su exigencia inflexible de ser incluido. Su interés por el futuro de May complacía enormemente a Radford.

Con una mueca lo bastante grotesca como para hacer gritar a un bebé, el conde condujo a Radford y al duque de Newbury a una pequeña biblioteca contigua.

Radford fue breve y directo en sus peticiones, mientras el duque miraba, asintiendo de vez en cuando. El conde permaneció en silencio, con una expresión sombría en el rostro.

—No entiendo por qué se preocupa usted tanto por la niña —dijo Redfield tras un largo silencio—. Es la hija de un gitano bastardo... no sirve para nada.

A Radford comenzaron a escocerle los nudillos en afán de violencia.

—¿Tengo su cooperación?

Redfield se mordió el labio inferior durante varios instantes más. Un reloj de latón pulido sobre una repisa de roble sonó con fuerza.

—Sí, maldita sea. Llévesela muy lejos, me deslindaré de este asunto.

—Y en cuanto a lady Winifred —dijo el duque—. La tratará con la mayor amabilidad o usted descubrirá que la alta sociedad se enterará de la inminente fortuna de la dama.

Redfield se irritó y alzó la barbilla.

—Todo lo que he hecho ha sido por el bien de mi familia. Siempre he cuidado de todos sus miembros.

—Entonces no tendrá de qué preocuparse —dijo el duque inclinando ligeramente la cabeza.

Por supuesto, Radford no tenía intención de esperar a ver si el conde era un hombre de palabra. Su mente estaba maquinando mientras regresaban al estudio. Si al final May rechazaba su petición, simplemente tendría que pagar a un corredor de Bow Street para que la vigilase.

Después de la segunda oportunidad que ella le había dado de vivir, Radford estaba decidido a que May nunca volviera a encontrarse sola. Nunca se vería obligada a actuar por desesperación y a mendigar caridad como había hecho en su primer encuentro.

—¿Está este misterioso asunto aclarado a su gusto, milord? —preguntó May secamente a su regreso.

Radford frunció los labios, apenas capaz de contener una sonrisa ante su vano intento de reparar su desliz anterior, en el que demostró a la sala su afecto por él.

—Creo que sí, señorita Sheffers.

Recogió el bastón del suelo. Agacharse para coger el endemoniado bastón le resultó difícil con la pierna rígida. Por el rabillo del ojo, vio que lady Winifred apoyaba una mano en el brazo de May cuando ésta se disponía a ayudarle.

Lady Winifred era una mujer inteligente. Tendría que fijarse una fecha para la boda antes de que terminara la semana si May hubiera actuado de forma tan poco habitual, tendiéndole una mano amable al mismo hombre al que una vez había jurado no volver a ayudar. Radford confiaba en que Wynter, el duque y lady Iona no dirían ni una palabra sobre el asunto. El señor Tumblestone, sin embargo, podría no ser tan discreto. Acababa de perder una fortuna prometida al perder la mano de May, así que la imagen que podría pintar con sus palabras sería poco halagadora tanto para ella como para Radford.

No había necesidad de alimentar aún más las especulaciones que ya corrían por los salones de té. El delicado cortejo que planeaba para May tendría que llevarse a cabo en público y ajustarse a los más estrictos dictámenes de la propiedad.

—Señorita Sheffers —dijo en cuanto se enderezó—. Si está de acuerdo, me gustaría visitarla en la residencia Newbury esta tarde.

Su mandíbula se tensó, algo que Radford creía imposible, pues sus facciones ya parecían muy tensas. May abrió la boca para protestar y en sus ojos brillaba la desaprobación.

—Por supuesto, Evers, la señorita Sheffers estará encantada de recibirle —respondió el duque antes de que May tuviera ocasión de pronunciar lo que seguramente prometía ser una negativa aplastantemente perversa.

—¿Encantada? —soltó, con la ira ardiendo en sus ojos. Sus párpados se entreabrieron varias veces mientras resoplaba. Lady Winifred pellizcó el dorso de la mano de su sobrina.

Radford hizo una mueca de compasión por el agudo dolor que debió de sufrir... en la mano y en el orgullo. May inclinó obedientemente la cabeza.

—Me encantaría —murmuró.

Era una mentirosa consumada, pensó Radford con una rápida sonrisa. Dirigió sus mejores

deseos a lady Winifred, lady Iona y el duque antes de salir de la habitación. Wynter le siguió como un cachorro feliz.

—Le ruego un momento —llamó el duque justo cuando Radford se abría paso por la entrada del conde.

Radford se volvió y esperó a que el duque se reuniera con él. Wynter, con increíble tacto, se acercó a su landó y fingió inspeccionar una rueda.

—¿Sí, su Gracia? —Radford se tensó ante lo que prometía ser una discusión incómoda. A lady Lillian se le rompería el corazón, pero no había manera alguna de evitarlo.

El duque podría incluso querer castigar a Radford por causar tanto dolor a su encantadora hija. ¿Y quién podría culparle?

—Pido disculpas por la vergüenza que pueda causarle —dijo Radford rápidamente, con la esperanza de evitar lo peor de la infame ira del duque.

—Respecto a mi hija —habló el duque como si no hubiera oído ni una palabra de la disculpa—. Cuando se case, será con un hombre cuyo corazón no esté ocupado por otra persona. Ya no apruebo el interés de usted hacia ella, y ya no se le permitirá acompañarla a futuros eventos.

Radford no podía creer su suerte.

—Gracias, su Gracia.

El duque, al poner fin él mismo al noviazgo, acababa de evitar a lady Lillian la vergüenza de considerarse abandonada. Aunque no se había hecho ningún anuncio formal, todo el mundo esperaba el compromiso. Si Radford hubiera intentado algo con May antes de que el asunto con lady Lillian estuviera resuelto, habría dejado una tacha desagradable en la reputación de Lillian, que muchos considerarían tan escandalosa como quedarse plantada en el altar. Los comentarios maliciosos persistirían mucho más allá de la temporada estival, ya que la alta sociedad especularía sobre la carencia que Radford había encontrado en Lillian.

Cogió la mano del duque y la estrechó enérgicamente.

—Gracias. Desde el fondo de mi corazón, nunca me he sentido tan complacido de que un padre encuentre defectos en mí y en mi deseo de casarme con su hija.



—No hace falta que sigas esperando al sinvergüenza como un perro de caza hace con su dueño —le dijo la duquesa de Newbury a May con notable desdén—. No vendrá.

May estaba sentada cerca de uno de los dos grandes ventanales del salón de los Newbury. Las frías paredes de color salvia creaban un falso aire de calma en la estancia. La duquesa tenía razón en un aspecto: el corazón de May latía como el de un perro nervioso.

Llevaba una hora hojeando su libro más reciente, un discurso sobre la flora y la fauna americanas, sin leer palabra alguna. Cada sonido atraía sus ojos hacia el jardín delantero, donde una tormenta se avecinaba en el horizonte. Afuera, negros nubarrones surcaban el cielo como grandes dragones.

Radford había dicho que vendría a visitarla. Aunque era lo último que creía haber deseado, May se encontró sin aliento a medida que el día avanzaba. Había sido Iona quien la había convencido para que se pusiera el vestido violeta brillante, uno que May nunca se había puesto.

—Un mensajero llegó hace varios minutos. El vizconde envía sus disculpas. Lo lamento. — El tono de la duquesa contaba otra historia. El duque de Newbury había regresado a casa y anunciado que había ordenado a Radford que buscara otra esposa. May nunca había presenciado tal consternación. La duquesa se había derrumbado al no poder hacer que el duque cambiara de

opinión.

—El vizconde no es lo suficientemente bueno para Lillian —había dicho el duque con firmeza—. Tendrá que encontrar otro hombre al que aferrarse.

Al principio, Lillian tomó la noticia con calma, encogiéndose de hombros con elegancia y declarando que había muchos hombres más aptos en mercado matrimonial. Pero después de que a su madre le diera un ataque de histeria, Lillian hizo lo mismo. El pobre duque tuvo que calmar a dos damas afligidas mientras se mantenía firme en su decisión. May se sintió afortunada de tener a su lado a un hombre con tanta fuerza de voluntad. Ella también había estado a punto de llorar al final del tormento.

En consecuencia, ni la duquesa ni Lillian vieron con buenos ojos la idea de que Radford visitara a May aquella tarde.

—Debes estar de acuerdo en que su deseo de presentarse aquí era de muy mal gusto —dijo la duquesa mientras May seguía mirando por la ventana. Seguía sin creerse que Radford pidiera visitarla y de repente cambiara de opinión. ¿Había ocurrido algo? ¿Qué podía estar mal?—. Por supuesto, después de sufrir el rechazo de Lillian, querría encontrar una nueva mujer para desfilarse de su brazo. Probablemente tú eras la más conveniente. Su orgullo debe haber sufrido un duro golpe. Estaba tan dedicado a Lillian, debes darte cuenta. Se encontraba listo para casarse con ella

—Sí —aceptó May con la esperanza de que la duquesa la dejara pensar en paz. Desde luego, no necesitaba que nadie le recordara que no estaba a la altura de las circunstancias en lo que se refería a la boda.

Cuando la duquesa continuó persistiendo, May cerró su libro y se levantó.

—Discúlpeme, su Gracia —dijo May con serenidad—. Creo que iré a cambiarme. Si no le importa, creo que debería pasar unas horas en la cabaña ayudando a Portia a guardar todas nuestras cosas.

—Por supuesto, querida. Debes estar ansiosa por comenzar tu nueva ocupación.



Vestida con un sencillo vestido de algodón calicó y un pañuelo en el pelo, May ayudó a su ama de llaves a empaquetar las destastadas pertenencias a las que se había acostumbrado. El maltrecho candelabro de plata que había regateado a un comerciante se había convertido en un viejo amigo. May pasó el dedo por el metal picado y abollado, y recordó las noches que ella y su tía habían pasado en su acogedor salón, riendo mientras jugaban a las cartas con un inclemente abandono.

Aquellos días se habían acabado. Los recuerdos estaban siendo envueltos en suaves telas para ser atesorados en un futuro lejano.

La mano de May se detuvo entonces en la diminuta figurilla de porcelana que había dejado descuidadamente sobre una mesa auxiliar dos días antes. En aquel momento, había rechazado la figura del hada bailarina que Radford le había comprado en la feria. Los acontecimientos de los últimos días habían sido tan caóticos que no había podido tomarse un momento para reflexionar sobre el regalo. ¿Por qué regalarle algo tan bonito?

No era apropiado que un caballero hiciera regalos a una mujer soltera... a menos que sus intereses por ella fueran bien conocidos y aceptados. Era aún más impropio que May hubiera aceptado el regalo.

Sin embargo, él no la había dejado rechazarlo.

Solo mirar al risueño duendecillo, una figura perdida en un mundo de felicidad, le hizo un agujero en el corazón. La dejó a un lado, pero no se atrevió a envolver a la criatura en una tira de

lino y esconderla en una caja.

Estaba haciendo lo correcto, se aseguró a sí misma. Su tía había aceptado a regañadientes su decisión de marcharse. Y aunque echaría la echaría mucho de menos, May consideraba que era la única manera. Quedarse tan cerca de Radford le haría daño.

Abandonar Bath era su única opción racional. Demasiados recuerdos vivían en las calles de esta encantadora ciudad. Quedarse y tener que revivirlos cada día acabaría por profanar aquellas bellas escenas.

En algún punto, Radford seguiría adelante... y ella también debería hacerlo.

—Dios mío —exclamó Portia desde la parte trasera de la casa—. Oh, oh, cielos.

May dejó caer las sábanas que llevaba en la mano y corrió a la cocina. Portia estaba de pie con las manos pegadas al pecho mientras un caballo de color crema estiraba el cuello por ventana abierta. Sus largos labios envolvían una zanahoria naranja brillante que luego succionó.

—Princesa —susurró May.

La yegua, al oír su nombre, levantó la cabeza y miró fijamente a May. Sus largas pestañas se batieron mientras parpadeaba con sus grandes ojos.

—¿Qué haremos? —preguntó Portia—. Parece que no puedo espantar a la bestia, y está haciendo un desastre en mi cocina.

Los tarros de cerámica en la encimera estaban volcados y su contenido se derramaba. Había verduras frescas esparcidas por el suelo cubierto de harina.

—La mantendré ocupada —susurró May, con cuidado de no asustar al gran caballo—. Ve a buscar al vizconde Evers. Debe estar terriblemente preocupado por perder a esta revoltosa.

—Sí, señorita. Tenga cuidado, señorita. Nunca he visto a un caballo actuar de forma tan extraña. —Portia recogió sus faldas y corrió hacia la puerta principal tan rápido como sus piernas podían llevarla.

May tranquilizó a Princesa cantando una canción de cuna que recordaba vagamente haber oído cantar a su madre. Un nuevo conjunto de recuerdos dolorosos inundó la habitación al cantar las notas olvidadas.

Princesa pareció calmarse en respuesta a los suaves sonidos. La yegua bajó la cabeza y mordisqueó feliz una cabeza de col mientras May repetía el estribillo.

May se quedó congelada en el centro de la cocina mientras luchaba contra el deseo de subir corriendo, arreglarse el cabello y ponerse un vestido más nuevo. Radford no tardaría en llegar y no quería que el último recuerdo que tuviera de ella fuera uno en el que estuviera vestida como una criada agotada.

Pero si se movía, Princesa podría huir. La joven potranca podía parecer fuerte, pero como Radford había dicho, aún era muy joven y enérgica. No debería permitírsele correr a sus anchas por Bath. Había demasiados peligros, por lo que necesitaba que la cuidaran y protegieran.

A May se le cansó la voz mientras cantaba la misma suave canción de cuna. Por suerte, su melodía mantuvo el interés del caballo. Princesa siguió mordisqueando.

La puerta principal chirrió al abrirse. La yegua agitó la oreja. Su atención, sin embargo, permaneció fija en el festín que tenía ante ella.

Un minuto después, Radford entró cojeando en la cocina, con su bastón repiqueteando en el suelo de piedra.

—Gracias a Dios —dijo, respirando profundamente—. Pensé que esta vez la había perdido para siempre.

Su corbata estaba suelta alrededor de su cuello. Llevaba una capa de hule negro manchada de suciedad. Parecía adorablemente desaliñado, y May no pudo evitar sentirse atraída por su

presencia imponente en la cocina.

—Temo que se sobresalte y salga corriendo —susurró May—. Le he estado cantando.

Una extraña sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—Lo escuché. Fue encantador. —Le dedicó una rápida mirada a May—. Usted le gusta, ¿sabe? Nunca había visto a un caballo tan encariñado.

Pensar que un caballo estuviese encariñado con ella tuvo un extraño efecto en el ánimo de May. Le complacía pensar que una criatura tan esbelta y grácil pudiera quererla.

—Venga conmigo —dijo Radford mientras recogía las pocas zanahorias que quedaban en la tabla de cortar de la cocina y se las metía en el bolsillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó May. No quería dejar a la yegua. El tonto caballo la necesitaba.

—Afuera. —Radford cogió la mano de May—. Usted va a atrapar a Princesa por mí.

—Yo voy a... ¿qué? —Tenía que estar loco. No podía atrapar a un caballo. ¿Qué impediría que Princesa se asustara y levantara sus pesados cascos? May sería pisoteada... otra vez.

—No, no, no se preocupe, May. Estaré a su lado. —Él la guio alrededor de la casa hasta el patio trasero, donde estaba Princesa. Había pisoteado completamente el jardín de hierbas de Portia. El suelo vibró bajo los pies de May cuando Princesa sacudió la cabeza desde la ventana y se apartó de ellos.

Un trueno lejano retumbó. Princesa movió la cabeza de un lado a otro y se movió de nuevo, evidentemente nerviosa por la tormenta.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Radford la necesitaba y Princesa también. Pero May solo podía pensar en cómo un caballo la había pateado hacía dos días. No podía enfrentarse a tal peligro. Era una locura.

Radford puso una zanahoria en la palma de su mano. May respiró hondo. Ya fuese una locura o no, Princesa y Radford la necesitaban. Dio un paso adelante y tarareó la canción que había utilizado antes para calmar a la criatura. Su voz se quebró cuando sus nervios comenzaban a debilitarse.

—Estoy aquí —dijo Radford en voz baja, como si estuviera alentando a un gatito asustadizo—. Confíe en sus instintos.

Dejó el bastón sobre la hierba y sacó una larga cuerda de cuero.

—Siga haciendo lo que hace. Ya ha captado su interés. Ahora acérquela a usted con la zanahoria.

May chasqueó la lengua, como hacen algunos cocheros antes de poner en movimiento a los caballos. El sonido captó la atención de la Princesa. El caballo bajó la cabeza y abrió sus fosas nasales.

—Extienda la zanahoria. —Radford cogió el dorso de la mano de May mientras la guiaba lentamente para que alcanzara a la enorme potranca. Se posicionó justo detrás de May y su cuerpo se ajustó a las curvas de su espalda. Le rodeó el pecho con un brazo y la mantuvo a salvo dentro de su abrazo. La cuerda de cuero colgaba de su mano, rozando la parte delantera del desgastado vestido de muselina de ella.

—Dulce Princesa —cantó May—. Dulce princesa perdida, ven a casa.

Paso a paso, el caballo se acercaba a ella. May tragó saliva y cerró los ojos, esperando que un trueno desatara la furia asesina del caballo.

Los truenos retumbaron en el cielo y los ojos de May se abrieron de golpe. Princesa no pareció notar el sonido retumbante mientras sus fosas nasales se ensanchaban y la guiaban hacia la mano de May.

—Acerque la zanahoria a su pecho ahora —susurró Radford.

A May le temblaba la mano cuando hizo que la cabeza de Princesa quedara a escasos centímetros de la suya.

—Buena chica. —May no podía discernir si Radford se dirigía a ella o al caballo, pero no importaba. El tierno espacio detrás de su oreja hormigueaba en respuesta a la caricia de su suave voz. Sus piernas se tornaron débiles.

Radford levantó la cuerda y, con sumo cuidado, la colocó sobre el cuello de Princesa. A May le pareció que duraba una eternidad mientras rodeaba metódicamente el ancho cuello de la yegua.

—Hermoso —susurró. Sus brazos se estrecharon alrededor de May—. Muy hermoso.

May soltó el aliento que había estado conteniendo y dejó caer la cabeza sobre su pecho, deleitándose con la sensación de su cuerpo tocando el suyo.

Los labios de Radford rozaron su cuello, instándola a inclinar la cabeza hacia un lado mientras sus cálidos labios ascendían hacia el lóbulo de su tierna oreja. Le quitó el pañuelo que cubría su pelo y le pasó los dedos por los gruesos rizos.

—Mmm... —ronroneó Radford—. Has sido una alumna muy apasionada. No puedo esperar para enseñarte a montar.

May estaba al borde de perderse. Le parecía demasiado fácil volver a abrirle su corazón. Empezó a girar la cabeza para aceptar sus besos cuando una gran gota de lluvia aterrizó en el centro de su frente.

Una segunda gota cayó sobre su hombro.

Y entonces el cielo cedió.

Radford sujetó con fuerza la rienda delantera mientras una constante lluvia fría los empapaba, acabando con la magia y devolviendo la vida a su estado original. Radford rodeó a May para calmar a Princesa.

—Déjeme asegurarla al poste de enfrente y luego la acompañaré adentro.

Capítulo 21

¿Por qué Radford no la había buscado desde temprano aquel día? Hacía un momento se había mostrado tan encariñado con ella como su yegua. Todo lo contrario que hacía unas horas, cuando había enviado aquel mensaje impersonal para explicar su ausencia. ¿Era la preocupación por la desaparición de su caballo lo que le había mantenido alejado? ¿O habría cambiado de opinión, acaso?

May se preocupaba por esas preguntas mientras movía montones de cajas de las sillas del salón. Toda la casa estaba en un triste estado de desorden. La idea de recibir a alguien la mortificaba. Se pasó los dedos por los rizos enmarañados y se alisó el vestido varias veces mientras esperaba a que Radford se reuniera con ella.

—¿Qué es esto? —preguntó él cuando por fin entró en la habitación. Se sacudió el agua de la capa, pero no se molestó en quitársela. En su lugar, levantó la pesada caja de los brazos de May y la dejó a un lado—. Se marcha usted, ¿verdad?

Parecía totalmente devastado por la idea.

—Tía Winnie y yo discutimos el asunto por un largo rato después de usted se fuera esta mañana. Ella planea quedarse con mi tío. Él puede mantenerla mucho mejor que yo.

Radford asintió con la cabeza.

—¿Y usted?

May se dio cuenta que no podía mirarle.

—¿Por qué no se comunicó conmigo esta tarde? —Había planificado un bonito discurso para él. Se había puesto su mejor vestido... y él no había aparecido. Tampoco había dejado ninguna nota; solo un breve mensaje que transmitió un criado al mayordomo de Newbury.

—Princesa había saltado la valla. Había manchas de sangre en las tablas y me preocupaba que se hubiera hecho daño. Le pedí a mi madre que... —De repente empezó a pasearse de un lado al otro—. Supongo que nunca recibió una explicación adecuada. Siento haberle decepcionado.

May se encogió de hombros.

—Necesitaba ayudar a Portia a empaquetar nuestras pertenencias, de todos modos. Yo... me iré de Bath.

—No puede hacerlo —susurró él, con expresión decaída—. No se lo permitiré.

May le acarició la mejilla.

—Oh, Radford, no puedo quedarme. La hija mayor del duque de Newbury tiene tres hijos y no tiene institutriz. Me ha invitado amablemente a ir a vivir con ella y su marido a Londres, y he aceptado.

—Pero ¿qué pasa con nosotros? No puedo creer que sea capaz de alejarse de nuestra amistad. Yo... yo... —Se apartó de repente—. La necesito, May

Cuánto deseaba ella poder creer que era verdad que la necesitaba. Escuchar esas palabras no hacía más que reforzar las razones por las que no podía quedarse. Ella creía que él la encontraba atractiva. Pero la atracción no era suficiente en esta situación. Una simple atracción no era lo que había mantenido unidos a sus padres durante más de veinte años.

¿Qué pasaría con su relación cuando su pierna sanara y él ya no sintiera que necesitaba ser su salvador para recuperar una pizca de autoestima? Declararía que su apresurado matrimonio había sido un masivo error.

Oh, si tan solo pudiera mirar en su corazón y ver qué era lo que amaba de ella. ¿La quería de verdad o simplemente se sentía atraído por la sensación de fuerza que le producía rescatarla?

—No le conozco lo suficiente como para saber si esto es lo correcto entre nosotros. A diferencia de mis antepasados gitanos, no puedo leer el futuro. ¿Qué pasará cuando el brillo de nuestra atracción empiece a apagarse y usted se dé cuenta de que no soy alguien especial? — May bajó las manos por su cuerpo pequeño y ligeramente rechoncho—. No estoy dispuesta a arriesgarme a arruinar su vida por unos breves momentos de dicha.

—¿Unos breves momentos, May? No quiero solo unos momentos. Estoy hablando de toda una vida. Puede que usted no sea capaz de ver el futuro, pero yo sí. Por primera vez desde el accidente puedo visualizar un mañana sin nubes oscuras.

—Esa esperanza que siente es porque ahora se está cuidando y está comenzando a curarse. A hacerse más fuerte. Pronto podrá demostrar que los médicos se equivocan y volver a montar.

—No —insistió Radford—. Es usted quien me ha transformado.

«Si Radford te importa en lo más mínimo, debes dejarlo marchar». La madre del vizconde tenía razón. Estaba confundido, temeroso de no volver a ser el hombre fuerte que una vez fue. Necesitaba tiempo para curarse y ver por sí mismo que había una cantidad de mujeres que podían hacerle feliz.

—Por favor, no me presione —dijo May. Su voz temblaba mientras contenía un torrente de lágrimas—. Ya he tomado una decisión. No me casaré con usted.

El afecto desapareció de la expresión de Radford. Su mirada era tan fría como las piedras de jade que parecían sus ojos. Se golpeó el muslo con la mano enguantada de blanco, en una señal inequívoca de su agitación.

—Puede dejar de actuar. —Entonces se rio. Era una risa triste y dolorosa.

A May se le paró el corazón.

—No entiendo...

—Usted debe ser la coqueta más hábil que he conocido, señorita. Imagínese, la había creído la más inocente de las criaturas.

¿Inocente? May nunca se había creído inocente. Había sufrido el suficiente rechazo y dolor como para comprender la cruda realidad del mundo. Extendió las manos delante de ella.

—Soy quien soy, Radford. Nunca he jugado a nada.

—¡Ja! —Él levantó una mano y se puso a pasear con la capa ondeando a sus espaldas—. Me mira usted con sus grandes ojos apenados y solamente ve mis discapacidades. Admítalo, me encuentra deficiente.

—¿Deficiente? —Como un loro con la cabeza vacía, May solo pudo repetir la escandalosa acusación.

—Basta con un gesto favorable del duque de Newbury y se convertirá usted en el delirio de la temporada. Todos los galanes de la ciudad la perseguirán. Eso es lo que quiere, ¿no? Por eso eligió Londres en vez de a mí.

May sacudió la cabeza, incapaz de creer lo que oía. La ira que escupía Radford la desconcertaba.

—No lo entiendo, milord.

—Milord, ¿es así como se dirigirá a mí ahora? ¿Se refugiará en esa formalidad mojigata que una vez me pareció atractiva? Bueno, ya no ejerce en mí el mismo poder que antes, señorita. Ahora sé quién es usted. Me había estado engañando. No es nada diferente a lady Lillian. Lo único que le importa es aumentar su posición social.

—¿Posición social? —Ese pensamiento era risible. May se habría reído si el dolor que

estaba sintiendo no hubiera sido tan profundo. ¿Cómo podía creer algo así?

—Y yo estaba destrozándome, tratando de averiguar cómo convencerle de que fuera mi esposa. —Él se cernió sobre ella con violencia en sus ojos.

May se negó a acobardarse mientras se le partía el corazón. Lo que le dolía más que sus palabras era la sólida convicción con que las había pronunciado.

May suspiró profundamente.

—Antes de que su tío, el duque, la acogiera bajo su protección, debió usted pensar que yo era lo mejor que podía tener. Necesitaba una esposa y usted fue amable conmigo, fingiendo estar ciega ante mis dolencias, ¿verdad? —La agarró del brazo y la sacudió—. Pensé que tenía usted sentimientos por mí. Lo más lamentable es que le creí.

May tropezó cuando él la empujó. Su pie chocó con la esquina de la mesita auxiliar, haciéndola caer. La figurita del duendecillo del bosque que Radford le había regalado cayó al suelo y se hizo añicos.

Una lágrima rodó sin querer por su mejilla al ver a la pobre criatura mágica rota. No había hecho nada para merecer tan mal final.

Nada de nada...

—Milord —dijo May, respirando hondo. Pestañeó para apartar lo que parecía ser un torrente de lágrimas y enderezó los hombros, elevándose tanto como su baja estatura se lo permitía—. Le agradecería que se marchara ahora.

Radford se quedó mirándola un momento y no pareció dispuesto a ceder. May tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad y de su orgullo para no arrojarse a sus brazos y rogarle que la comprendiera.

Ojalá su amistad no tuviera que acabar así, hecha añicos en el suelo como la figurilla rota. Repararla sería imposible.

Ambos pertenecían a dos mundos diferentes.

—Adiós, señorita Sheffers. —Su voz era tan rígida como su pierna coja. Hizo una media reverencia antes de abandonar su cabaña para siempre.



El sol matutino brillaba con tal intensidad que casi le escocía los ojos irritados a Radford. El calor temprano secó rápidamente toda evidencia de la tormenta que se había desatado durante la noche.

¿Cómo se atrevía el sol a brillar? La tierra debería estar envuelta en tinieblas. Así era como se sentía; ¿por qué el mundo no podía compartir su dolor? Poco después del desayuno, llegó un criado vestido con una libera colorida y le entregó una hoja doblada con el sello del duque de Newbury, junto con la taza de té que faltaba envuelta en un delicado pañuelo.

La vista de la solitaria taza de té aplastó su alma doliente.

Se había sentado toda la noche desperdiciando página tras página de papel en un desesperado intento por recuperar las palabras floridas que una vez pronunció para encantar a las jóvenes damas, palabras que podrían reconquistar el corazón herido de May. Esas palabras ya no eran suyas para decirlas a voluntad. Aquel joven despreocupado había muerto en la Península. Sus palabras ahora estaban fatalmente teñidas de amargura... y orgullo.

Su orgullo lo había arruinado ayer. Había querido estrechar a May entre sus brazos y besarla hasta que le faltara el aire. El abierto rechazo de su necesidad hacia ella había matado su ímpetu. Por un momento se sintió como si estuviera de nuevo desparramado y desgarrado, completamente indefenso en el campo de batalla.

Por miedo, había explotado del modo en que lo hizo. La ira había ocultado bien sus temores... y también había logrado alejar su primera oportunidad de recuperar una vida placentera.

Tras dejar la delicada taza de té sobre el escritorio que tenía delante, Radford rompió el sello ducal y desdobló el papel. La nota, firmada por el duque, era breve y lacónica.

«La señorita Sheffers me ha pedido que le devuelva esta taza de té. Envía con ella sus disculpas por haberla conservado tanto tiempo. Al salir de Bath esta mañana, la señorita Sheffers también me solicitó personalmente que no intente ponerse en contacto con ella. Debo asegurarle que no le guarda ningún rencor».

Radford leyó la carta varias veces, cada vez más vacío que la anterior.

Ella se había ido... y no quería nada de él.

Había sido un tonto al no perseguirla desde el principio. Se sacó del bolsillo la maldita lista matrimonial y la extendió sobre el escritorio, junto a la carta del duque de Newbury.

Ninguno de los requisitos de la lista parecía tener ya sentido. La lista le había llevado por el camino equivocado... Si no fuera por el destino, en la actualidad estaría comprometido con una dama muy poco apropiada para él.

Levantó la lista y la rasgó limpiamente por la mitad. Había olvidado considerar tantos intangibles como la pasión, el cariño y el amor. Ésas eran las cualidades que debería haber buscado al iniciar esta búsqueda absurda de una esposa. Y esas cualidades no se encontraban en ninguna joven. Como May le había demostrado, primero tenía que encontrar esas cualidades dentro de sí mismo.

Su comprensión y compasión le habían abierto el corazón... Ahora ella se había ido y él se sentía destrozado por dentro. Se levantó del escritorio y cojeó por la habitación. Con un gesto de rabia, arrojó la maldita lista a la chimenea y vio cómo las esquinas del papel en el que una vez había delineado su futuro se curvaban y quemaban.

Una suave presión le tocó el hombro. Radford levantó la mano y cubrió los dedos frágiles de su madre.

—Llamé a la puerta —dijo ella—. Me preocupé cuando no hubo respuesta.

Radford no dijo nada durante un buen rato. Siguió observando cómo el papel ardía lentamente en las brasas.

—He arruinado mi vida, madre —confesó después de que desapareciera el último rastro de la lista matrimonial.

—No, querido, lo estás haciendo muy bien. Solo estás infeliz en este momento —dijo ella, conteniendo un sollozo suave—. Me equivoqué al presionar el cortejo entre lady Lillian y tú. Ahora lo veo. Ella no era adecuada para ti.

Lady Lillian, sin lugar a duda una buena mujer, algún día haría muy feliz a un hombre afortunado. Pero no a él. Necesitaba una mujer muy especial que lo sacara de sus sombríos estados de ánimo. Necesitaba una mujer que le enseñara que valía la pena volver a vivir.

¿Cómo había dejado que su orgullo ahuyentara a una mujer así?

—Te pido disculpas por mi comportamiento, hijo. Nunca debí permitir que el prestigio de unir a nuestra familia con una tan respetada como la del duque de Newbury se interpusiera en tu felicidad. Tu felicidad es lo único que me importa. Por favor, dime que crees en mis palabras.

Radford respiró hondo. Su vida no había terminado. Aquella gitana de la feria le había dicho que se había estado escondiendo en lugar de vivir. Hoy lo creía.

—Lo creo, madre. Yo también quiero lo mejor para ti.

—Esa Margaret Sheffers —dijo su madre—. ¿Es la dama a la que amas?

Radford se acercó cojeando a la ventana y observó cómo sus caballos hacían cabriolas y jugaban en el campo. Era hora de volver a vivir. Incluso si eso significaba que tendría que subsistir como un hombre solitario, abrazaría cada nuevo día con todos los desafíos que el sol naciente traía consigo.

—La muchacha no es en absoluto un diamante de primera calidad. Pero... —Su madre suspiró profundamente— supongo que si el duque la acepta como si fuese de la familia... entonces, puliéndola un poco, quizás pueda llegar a ser aceptable.

May era perfecta. No desearía que cambiara en absoluto. Le había enseñado una importante lección con su espíritu feérico: le había enseñado a vivir. Era un pedazo de ella que guardaría en su corazón por el resto de sus días.

Capítulo 22

El carruaje se contoneaba suavemente mientras una cálida brisa soplaba a través de las ventanas abiertas. El sol de principios de otoño iluminaba la ciudad de Bath. Hacía un mes que no veía las torres góticas de la abadía de Bath ni disfrutaba del tranquilo fluir del río Avon. May apenas podía creer lo rápido que había pasado el tiempo.

No habría venido si no fuera por las cartas urgentes que había recibido tanto de Iona como de tía Winnie instándola a regresar. La hermana y el marido de Iona la habían apoyado mucho, insistiendo en que partiera de inmediato y cediéndole el uso de su carruaje.

Aferró ambas cartas con preocupación. Ninguna de las dos cartas le proporcionaba una pizca de información importante más allá de subrayar la necesidad de su presencia. ¿Y si Winnie había vuelto a caer enferma? ¿Y si la juguetona Iona se había visto envuelta en un escándalo? May rezó para que la emergencia no fuera tan grande como para que ella no pudiera manejarla.

También rezó para que Radford no estuviera en la residencia a estas alturas de la temporada... mientras deseaba de todo corazón poder volver a verle.

Durante varios días vivió en Londres en un estado de nerviosismo, pues esperaba de cierta forma que él viniese tras ella. Cuando hacía un recado o paseaba por las calles, siempre lo había estado buscando. Esperaba, soñaba, imaginaba que lo vería entre la multitud, pero siempre se equivocaba. Aquellos sueños se habían convertido en agradables recuerdos. Así que se dedicó a disfrutar de enseñar a los niños pequeños a su cuidado y creía haber estado avanzando en su vida.

Sin embargo, ahora, al regresar a Bath, May se dio cuenta de que no había avanzado en absoluto. Parecía que había sido ayer cuando le dijo a Radford que la dejara en paz. Nada en su vida había progresado. Su huida a Londres no había resuelto nada.

Había sido más fácil esconderse que arriesgarse a perseguir una felicidad que quizá no pudiera mantener. Pero ya no podía seguir permitiéndose semejante estupidez. May se dio cuenta de que tendría que enfrentarse a sus sentimientos no resueltos por Radford y acabar con ellos para poder empezar de verdad una nueva vida.

—Solo rezo para que tía Winnie e Iona estén bien. Necesitaré toda la ayuda que puedan ofrecerme con esto.

—¿Cómo dice? —preguntó un hombre desde fuera del carruaje.

May parpadeó. No se había dado cuenta de que un elegante caballero a caballo había pasado junto a su carruaje en el mismo momento en que ella, descuidadamente, expresaba sus pensamientos en voz alta.

También montaba un caballo precioso. Una yegua de color crema claro con crines y cola oscuras... y motas marrones en su flanco trasero. Era exactamente como...

—¿Lord Evers? —preguntó May, rezando para que sus ojos deseosos no la estuvieran engañando una vez más.

El hombre aminoró la marcha de su caballo para igualar el ritmo del carruaje. Se volvió para mirarla. Sus ojos brillaron cuando el reconocimiento los iluminaba desde dentro.

—¿May? —Tomó aire rápidamente y pareció recobrar la compostura—. Señorita Sheffers, qué agradable sorpresa. ¿Qué la trae a Bath? Espero que se encuentre bien.

May se limitó a mirar a Radford, incapaz de confiar en sus ojos o en sus oídos. Lo más probable es que Radford no estuviese aquí, cabalgando junto a su carruaje. Tenía que estar soñando otra vez. Pero no podía ser un sueño... estaba demasiado preocupada por las razones

urgentes que la habían llamado a Bath y por la salud de su tía Winnie como para que aquello fuera un sueño agradable.

May golpeó el techo del carruaje y pidió al cochero que se detuviera. En cuanto las ruedas dejaron de girar, Radford bajó torpemente de la silla de Princesa y abrió la puerta del carruaje. Él extendió el brazo y la levantó hasta dejarla en el suelo.

Los brazos de él permanecieron alrededor de su cintura, aunque los pies de ella ya habían tocado tierra firme. May posó sus manos en los hombros de él y se dio cuenta de este hecho con un sobresalto.

—No puedo demorarme mucho —dijo mientras se alejaba de él. No había razón para ponerse nerviosa por un sueño que ya se había negado a perseguir—. Lady Iona Newbury y la tía Winnie me han escrito, rogándome para que viniera a Bath lo antes posible. —Sus manos temblaron mientras le mostraba las cartas que había arrugado sin remedio—. Me temo que la salud de Winnie haya empeorado.

Hablar de sus preocupaciones le ayudó a vencer las frívolas mariposas que revoloteaban en su estómago y la respiración entrecortada que experimentó súbitamente al estar de nuevo tan cerca de él.

Él le pasó el pulgar por la frente arrugada.

—He hablado con su tía y con lady Iona en el balneario esta misma mañana, señorita Sheffers. Permítame asegurarle que ambas parecían estar de buen humor.

May sintió que fruncía el ceño.

—¿Es así? —¿Por qué entonces escribían con tanta urgencia? Le reconfortó saber que al menos no la esperaba ningún desastre.

—Caminaban tomadas del brazo charlando alegremente y encandilando a todos los presentes. —Radford sonrió. Sus mejillas tenían los hoyuelos más adorables. Le cogió la barbilla y le levantó la cabeza para que le mirara directamente a los ojos—. Está usted tan encantadora como siempre. —Su voz se volvió suave. Era obvio que no se había dado cuenta del vestido arrugado y polvoriento que usaba May, ni de su cofia caída, ni en el inconfundible cansancio grabado bajo sus ojos—. He echado mucho de menos esa expresión pícaro suya.

¿De verdad?

—¿De verdad? —Su corazón se aceleró mientras la esperanza inundaba su pecho. Antes de que él pudiera responder, ella se apresuró a cambiar de tema—. Está usted cabalgando de nuevo. Me alegro mucho de que le haya demostrado a sus médicos lo equivocado que estaban. No es que me sorprenda. Sabía que lo lograría.

La sonrisa de Radford seguía siendo brillante como el sol mientras continuaba concentrado en ella y en nada más.

—Puedo cabalgar distancias cortas —dijo distraídamente—. Desde que dejé de esforzarme tanto, gracias a su reprimenda, mi pierna empezó a fortalecerse. Sin grandes cambios, eso sí. Es un proceso lento.

Con el pulgar acarició la mejilla de May, acercándose un poco más. May sintió que se ruborizaba al darse cuenta de lo descarado que debía parecerle su comportamiento al cochero y a cualquiera que pasara por allí. Apartó la cabeza, alejándose también del contacto mágico.

—Parece usted sano y contento. Me alegro —dijo ella en lugar de despedirse y se volvió para subir de nuevo al carruaje. Permitió que él la levantara, ya que no había bajado ningún escalón.

—Ahora mismo estoy más que contento —confesó—. Soy tremendamente feliz. —Ese decidido enfoque casi la hizo tropezar mientras se acomodaba nerviosamente en el estrecho

asiento del carruaje—. Si le parece bien, me gustaría visitarla mañana por la tarde. Hay muchas cosas que me gustaría explicarle... y por las que quisiera disculparme.

May asintió enérgicamente justo cuando el carruaje se tambaleó y empezó a rodar por la carretera.

Sí, sí, sí, apenas podía contenerse de gritar. Le encantaría que Radford la visitara. Su pierna estaba más fuerte y, sin embargo, su expresión seguía siendo tierna, como cuando la había mirado por primera vez. Tal vez el afecto que sentía por ella iba más allá de la necesidad de que su problemática situación le diera a su herido orgullo una sensación de valía. Su espíritu se animó. Hacía demasiado tiempo que no se permitía sentirse tan temerariamente especial.

Sin duda, una felicidad tan rara merecía el riesgo que acababa de correr su corazón recién curado.



Nadie le decía nada. Iona miraba a May con una sonrisa divertida, pero mantenía los labios herméticamente cerrados cuando May le pedía respuestas. Aquella noche, tía Winnie había venido a cenar a casa de los Newbury y, al igual que Iona, solo sonreía cuando le preguntaban por las vagas, pero urgentes cartas.

—Mañana —fue lo máximo que le dijeron.

Mañana.

A la tarde siguiente, May se sentó en el acogedor salón color salvia de los Newbury y se inquietó. Radford iba a aparecer en cualquier momento. Aquella espera le resultaba demasiado familiar, e hizo que se le revolviera el estómago.

¿Y si no venía?

Se había puesto el mismo vestido violeta oscuro confeccionado con las muselinas más finas que había llevado hacía un mes, cuando esperó nerviosa su visita en aquel mismo salón. Iona la había ayudado a domar sus rizos castaños y a peinárselos en un estilo recogido.

Al divisar su reflejo en la ventana, May pensó que lucía sorprendentemente elegante. El verano pasado la había cambiado. Se sentía más segura de sí misma y más a gusto. A diferencia de antes, el impresionante color del vestido no la incomodaba. Atrás había quedado la criatura tímida que sentía la necesidad de esconderse tras las cortinas.

Ella era quien era. Nada iba a cambiar eso. Radford le había enseñado que no tenía por qué avergonzarse. Enderezó un libro que estaba sobre una pequeña mesa de palisandro tallada con esmero y volvió a mirar por la ventana. Esperaba que esta vez cumpliera su palabra y llegara a tiempo. Tenía tantas ganas de agradecerle por esa nueva confianza que disfrutaba.

—¿May? —Iona estaba en el umbral del salón, retorciéndose nerviosamente las manos.

—No vendrá, ¿verdad? —preguntó May, quien de repente se sintió cansada.

—¿Qué? —Iona movió las manos con aún más nerviosismo—. Oh, no lo sé. Pero hay algunas personas en el estudio de papá esperando verte.

—¿Quién? —May cruzó la habitación para seguir a Iona hasta el estudio. Iona la agarró y la estrechó en un fuerte abrazo. Sus lágrimas humedecieron el hombro de May—. ¿Qué ocurre, Iona? Me estás asustando.

—Nada. —Iona se secó los ojos con un pañuelo e intentó sonreír—. Estoy contenta, eso es todo.

May comenzó a comprender la aprensión que sentían los hombres cuando los conducían a la horca. Su corazón retumbaba errático. Conocía a Iona. Aquellas lágrimas nerviosas no nacían de una simple felicidad. Algo terriblemente grande esperaba a May en el estudio... e Iona estaba

aterrorizada por ella.

May enderezó la columna, respiró hondo y abrió la puerta que conducía al estudio con paneles de roble del duque.

Tres figuras morenas y vagamente familiares le sonreían a modo de saludo. Era claramente una familia. El caballero rodeaba cariñosamente con el brazo la cintura de la dama. Un joven muchacho con el pelo negro y alborotado se tiraba de las botas como si le estuviesen lastimando.

—May, cariño... Winnie no había mentido. Te has convertido en una hermosa mujer —dijo el caballero.

—May, mi dulce May. —Sollozó la señora—. Hemos regresado a casa y no nos iremos.

La voz sonó como un susurro en un sueño. May se cubrió la boca mientras les observaba, incapaz de creerlo.

—Me parece que está en estado de shock —dijo el duque.

Alguien empezó a acariciarle la mano enérgicamente. May miró y vio que era Iona.

—¿Quiénes son? —inquirió May entre susurros detrás de su mano. No sabía por qué había hecho una pregunta tan tonta cuando ya conocía la respuesta.

A pesar de las canas de sus cabellos y el tono bronce de su piel, eran la viva imagen de los pequeños retratos que siempre había llevado en su medallón.

—¿Quién eres tú? —exclamó cuando su mirada se clavó en el joven. No tendría más de quince o dieciséis años. Su rostro era una versión masculina y bronceada del suyo propio.

Él se acercó a ella con desparpajo y le hizo una torpe reverencia.

—Soy tu hermano, Perseus.

—¿Mi hermano? —May se sorprendió de lo calmada que sonaba su voz—. Es un placer conocerle, señor Sheffers.

—Oh, cielos —dijo su madre, que de repente se sentía más como una extraña para May que ese muchacho que se hacía llamar su hermano—. Estás enfadada.

Enfadada era un eufemismo. Sus padres tenían un hijo. Habían viajado por el mundo mientras colmaban de amor a este muchacho, mientras que ella no había sido lo suficientemente buena para seguir a su lado. La habían dejado atrás, le habían hecho temer que estaban muertos.

Deberían regresar a sus exóticas y lejanas tierras y amar a su *hijo*. De todas formas, había sido más feliz sin ellos en su vida.

—¿May? —susurró Iona—. Lord Evers ha llegado.

Como si sintiera que May necesitaba apoyo, Radford le puso la mano en la espalda para protegerla.

—Luces impresionante —le murmuró al oído.

May apartó la mirada de sus padres y se volvió lentamente hacia Radford. Iba vestido con su mejor traje negro. Su sombrero de castor brillaba en la parte superior de su cabeza. Llevaba el bastón bajo el brazo para poder sostener el ramo de flores silvestres más grande que May hubiese visto en la vida.

—¿Haría el honor de presentarme? —preguntó con un gesto de la cabeza hacia sus padres.

—Vizconde Evers, tengo el placer de presentarle al señor y la señora Gaylord Sheffers... mis padres.

Oh Dios, sus padres por fin estaban en casa, y ella se sentía absolutamente menospreciada y miserable. No era para nada como se imaginaba que se sentiría su regreso. Manos y brazos la asfixiaban mientras su madre y luego su padre la abrazaban, llorando tan fervientemente como ella desearía poder hacerlo. Sus ojos permanecieron curiosamente secos durante todo el emotivo suceso.

—Supongo que deberíamos explicarnos —dijo su padre después de que el duque los condujera al salón de arriba, donde habían servido el té.

Radford había indicado a May que se sentara en un pequeño sofá. Puso las flores en un aparador y se sentó a su lado mientras le sostenía la mano con firmeza. May permitió que él le diera fuerzas mientras se preparaba para lo que sus padres tuvieran que decirle.

—Enviamos correspondencia —dijo su padre—. Escribimos carta tras carta explicando nuestra tardía ausencia. Yo enviaba las cartas a un pequeño pueblo pesquero de Brasil junto con los especímenes que había recogido. Hace poco me enteré de que ni las cartas ni los especímenes llegaron nunca a los barcos mercantes del Caribe. Un hombre en el cual confiábamos se quedó con el pago por este servicio y tiró nuestros paquetes. Cuando me enfrenté a él, intentó matarnos y robarnos el poco dinero que nos quedaba. Escapamos y nos perdimos en la selva. Pasaron años hasta que dimos con un capitán de barco dispuesto a traernos a casa.

May escuchó la explicación tan lógica y la aceptó como cierta. Aun así, se sentía desdichada. De no ser por la presencia tranquilizadora de Radford, estaba convencida de que se habría marchado de la habitación como si fuera una niña malcriada.

—Cuando me enteré de cómo te había tratado Sires... —dijo su madre—. No sabes cuánto me enfurece su comportamiento. Siento mucho no haber estado aquí para protegerte. Para darte una vida mejor.

—Estoy contenta —dijo May en voz baja.

Su padre entrecerró los ojos, mirando a Radford como si lo viera por primera vez.

—Vizconde Evers —dijo, con un deje de emoción viva en su tono—. ¿Qué interés tiene en mi hija? No estoy seguro de que sea apropiado que se siente ahí y le acaricie la mano de esa manera.

El agarre protector de Radford se mantuvo firme.

—No estoy de acuerdo.

El padre de May, un hombre alto que daba la impresión de ser mucho más joven debido a que estaba en forma, se quitó los guantes.

—Me importa un comino si no está usted de acuerdo. Es mi hija y la protegeré.

Entonces May rompió a llorar. Cruzó la habitación y se abalanzó a los brazos de su padre como había hecho cuando tenía cuatro años al suplicarle que no se marchara.

—Todos estos años temí que no me quisieran —sollozó—. Temí no ser lo suficientemente buena y que por esa razón no me llevaran con ustedes.

—Dios mío, May. —Su padre la abrazó con fuerza—. Siempre te hemos amado. Dejarte fue lo más difícil que hicimos. Luché contra ello, pero Sires y Winnie nos convencieron de que sería un error ponerte en peligro trayéndote con nosotros. Te merecías una vida mejor que la que podía darte un científico errante como yo. Merecías ser criada como una dama. —La dejó en el suelo y la miró fijamente a los ojos—. Mi amor por ti nunca ha flaqueado. Eres mi pequeña Mayflower, la más querida y dulce.

Esas eran unas palabras que May había olvidado, pero que necesitaba oír desesperadamente. El día que sus padres zarparon, su padre le había hecho prometer que siempre recordaría que era su pequeña Mayflower, la más querida y dulce... pues al recordar eso, recordaría que siempre sería amada.

—Ahora lo recuerdo, papá —dijo mientras se enjugaba las lágrimas—. Recuerdo que me dijiste que, pasara lo que pasara, este tipo de amor siempre valdría la pena. —Le besó la mejilla y dio un paso atrás. Su mirada se cruzó con la de Radford—. Por favor, discúlpame un momento. Necesito hablar con el vizconde en privado. Es algo que no debe esperar.

Radford tartamudeó y se sonrojó cuando ella lo sacó de la habitación, bajó las escaleras y salió al cuidado jardín de flores de los Newbury. Un perfume cargado viajaba con la suave brisa otoñal y le hacía cosquillas en la nariz. May estuvo a punto de comentar el aroma cuando Radford le puso un dedo en los labios.

—Tengo que explicarle algo. Y no, no puede esperar a que hable usted primero —dijo—. Fui un tonto. Estaba tan envuelto en el orgullo y el miedo que hice peticiones irrazonables sobre lo que quería y terminé alejándola de mí. La habría perseguido de inmediato, pero el duque me pidió que esperara y le diera tiempo.

Radford agachó la cabeza y le robó un beso rápido. El breve roce de sus labios hizo que el discurso de May, el que había ensayado tan bien, quedase en el olvido más profundo.

—May, es usted lo más importante para mí. Me gustaría cortejarla como es debido. Iré a ver a su padre y le pediré permiso, si es necesario. No quiero que esto sea una carga para usted, teniendo en cuenta el repentino regreso de sus padres, pero tengo que decir lo que pienso.

Dio un paso atrás y aspiró profundamente.

—Señorita Margaret Sheffers, estoy total, completa e irremediablemente enamorado de usted. Es usted la única mujer en el mundo a la que le pediría ser mi esposa.

—Oh, Radford —dijo May con un suspiro—. Le he traído aquí para decirle exactamente lo mismo. No debería haber dejado que el miedo y el orgullo me impidieran decirle la verdad sobre mis sentimientos. No debería haberle apartado. Yo también lo amo. —Una gran calidez la invadió al pronunciar las palabras que había mantenido ocultas durante demasiado tiempo—. ¿Cuán pronto podremos casarnos? Ya hemos perdido bastante tiempo; ciertamente no tengo paciencia para esperar más.

—Yo tampoco, cariño —dijo él con un grito de alegría—. Si fuera posible, yo diría que nos casáramos hoy mismo.

Epílogo

La boda no se realizó de inmediato. Tanto la madre de Radford como los padres de May exigieron que la boda se celebrase por todo lo alto. Pasaron seis angustiosos meses hasta que por fin pudieron pronunciar sus votos. Radford escribió largas y románticas cartas a May y le envió flores como para llenar varias habitaciones. May le escribía cartas igualmente románticas y bordaba todo tipo de pañuelos, camisones y sábanas con sus iniciales e imágenes de caballos bailando.

El tiempo libre le dio la oportunidad de reencontrarse con sus padres y de empezar a querer a su hermano prácticamente salvaje, Perseus. Sin embargo, seguía esperando el día en que su vida con Radford finalmente pudiera empezar.

—¿Estás segura de que estás segura ahí arriba? —llamó la tía Winnie un año después del bendito día de la boda. Acunaba al futuro vizconde en sus brazos mientras observaba con una mueca cómo May se sentaba encima de una mansa yegua vieja que Radford había jurado era la más bondadosa de las almas.

—Tanto como si estuviera en mis brazos —respondió Radford y dirigió a May una mirada que la hizo sonrojarse hasta la punta de los pies. Nunca había imaginado que el matrimonio fuera tan placentero.

Había pasado un año desde la noche de bodas y aún podía hacer que le fallaran las piernas con una sola mirada ardiente.

La madre de Radford se acercó a la tía Winnie y jugueteó con la manta del bebé. May observó cómo las dos testarudas mujeres discutían sobre que el bebé era el más hermoso que habían visto en su vida. Era la viva imagen de Radford.

Afortunadamente, la viuda lady Evers había acogido a May en la familia, diciéndole lo agradecida que estaba de que May hubiera hecho que su hijo encontrara nuevamente la felicidad.

—¿Vamos trotando hacia la colina? —preguntó Radford—. Prometo que no nos alejaremos del pequeño Henry por mucho tiempo. Yo tampoco soporto dejarlo todavía. Pero quiero que reanudes tus prácticas para que te sientas cómoda montando.

—Mientras esté a tu lado, estoy cómoda, Radford.

May contempló cómo él y Princesa se alejaban al trote, dejándolos atrás. Tanto el hombre como el caballo se movían con la misma elegancia que el viento. May echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Azuzó al caballo gris moteado a toda velocidad y pasó a toda velocidad junto a Radford. Su sombrero voló cuando el viento le revolvió el pelo.

En poco tiempo, Radford la alcanzó. Ambos cabalgaron por el campo, uno al lado del otro, sobre el lomo de dos criaturas maravillosas. May nunca se había sentido tan feliz ni tan salvajemente libre.

Copyright

Copyright © 2014 Dorothy McFalls

Reservados todos los derechos.

El escaneo, subida y distribución de este libro a través de Internet o por cualquier otro medio sin el permiso del autor es ilegal y está penado por la ley. Adquiera únicamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe ni fomente la piratería electrónica de materiales protegidos por derechos de autor. Apreciamos su apoyo a los derechos del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Imagen de portada: Young Woman Drawing 1801, By Marie-Denise Villers (1774-1821) [Public domain], via Wikimedia Commons

http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Villers_Young_Woman_Drawing.jpg

¡Muchas gracias por leer

La lista matrimonial!

[Suscríbete a mi boletín electrónico](#) para estar al tanto de mis últimas publicaciones.

Si el libro te ha gustado, no dudes en ayudar a otros lectores a disfrutarlo también. Después de todo, la mayoría de los libros se conocen por recomendación. ¿Qué puedes hacer para ayudar?

Recomiéndalo. Ayuda a otros lectores a encontrar este libro recomendándolo a amigos, grupos de lectura y foros de discusión.

Haz una reseña. Explica a otros lectores por qué te ha gustado este libro haciendo una reseña en el sitio web donde lo compraste, en Goodreads, BookBub o en tu blog.

¡Gracias!

Sobre la autora

Para **Dorothy McFalls**, autora de novelas de regencia y misterio, un «felices para siempre» es mucho más que un final ficticio, pues disfruta de cada día de matrimonio con su sensual marido escultor. La autora, que antes se dedicaba a la planificación urbanística medioambiental, se dedica ahora a escribir a tiempo completo. Para obtener más información sobre los próximos libros de Dorothy, visita su sitio web en <http://www.dorothymcfalls.com/>.

Dorothy también escribe novelas de misterio bajo el nombre de Dorothy St. James, como Southern Chocolate Shop Mysteries y la serie White House Gardener Mystery, que los críticos han calificado de «enérgica» y «trepidante». Más información sobre sus novelas de misterio en <http://www.dorothystjames.com/>

Adéntrate en los deliciosos misterios sureños de Dorothy con **Southern Chocolate Shop Mysteries**, de **Crooked Lane Books**

Asking for Truffle

Death in a chocolate shop.

Playing with Bonbon Fire

Beach music, spicy chocolates, and murder.

In Cold Chocolate

Sea turtles, chocolate turtles, and a shot in the dark.

PRÓXIMAMENTE: OTOÑO DE 2019

BONBON WITH THE WIND

A hurricane threatens the small island chocolate shop while Penn learns how easy it is to commit murder during a storm.

Catch the **White House Gardener Mysteries from Berkley Prime Crime**

Flowerbed of State: Casey's passion for organic gardening and eye for detail have carried her into the most important patch of land in America--the President's Park, on which sits the most important home in America: the White House. But while she's readying the final touches on an innovative cultivation program for the First Lady to inspect, she's attacked from behind by an unknown assailant who then disappears. When she comes to, she notices some damaged foliage that leads her and the Secret Service to a dead woman in a trash can. With the biggest opportunity of her life ready to bloom, and all the President's men plowing up her perfect plans, Casey has to dig in and root out a killer before she ends up planted herself...

“Credible characters, a fast-paced plot, and a light look at political life in Washington, D.C., will delight cozy fans.” ~ Publishers Weekly

“This spunky new romantic suspense series is an obvious pick for readers who enjoy Julie Hyzy's "White House Chef" series (Buffalo West Wing), but also think of gardening mystery series such as Rosemary Harris's (Slugfest).”~Library Journal

The Scarlet Pepper: As the official organic gardener for the White House, Casey Calhoun is

usually up to her elbows in something or other. But when someone starts tampering with the Presidential vegetable garden, she soon finds herself in way over her head. As if it wasn't bad enough that red peppers are growing instead of green ones and cabbage is popping up where the First Lady's favorite lettuce should be—a hard-nosed investigative reporter is found dead after targeting the unpopular Secretary of State. Raking over the clues and rumors, Casey knows that someone is sabotaging both her garden and the First Lady's reputation. But when she has one close call too many, Casey realizes that the next thing buried in the dirt might just be *her*...

"This cozy gets my highest recommendation, a perfect escape, and it should be in your in your hot little hands as you prepare your own gardens. Definitely a must "seed" story!!!" ~ Escape with Dollycas Blog

"A potboiler of homicide, blackmail, journalism, power and sex - but one that St. James handles with taste as well as verve - "The Scarlet Pepper" fulfills the promise of last year's series debut, "Flowerbed of State," and then some." ~ Richmond Times-Dispatch

Oak and Dagger: A Spy in the White House Gardens?

Stolen documents, death threats, mysterious holes in the South Lawn, and now a dead body in the garden! The evidence for the murder points to Gordon Sims, beloved White House chief gardener.

White House organic gardener Casey Calhoun, with the help of Special Agent Jack Turner, vows to clear Gordon's name. Soon Casey finds herself in a deadly race against time to discover the link between the missing stolen papers, the holes in the lawn, and a rumored 200-year-old treasure--before the killer strikes again...

"Another nail-biter from St. James, who combines a dandy whodunit, a courageous heroine, a budding romance and a rich dose of White House history and horticulture in this clever outing ... all of which makes "Oak and Dagger" a treasure for readers." ~ Richmond Times Dispatch

Puedes visitar a Dorothy St. James en:

<http://www.dorothystjames.com>

<http://www.facebook.com/dorothy.stjames>